George Novack

Los orígenes del materialismo

"El materialismo surge de la actividad práctica de la sociedad e impregna todos los aspectos de la vida humana..."

ediciones pluma

GEORGE NOVACK

LOS ORIGENES DEL MATERIALISMO

EDICIONES PLUMA

BUENOS AIRES

Edición original
The Origins of Materialism
Merit Publishers, New York, 1965

Traducción de
Alba Naiman

© by Ediciones Pluma
Buenos Aires, 1975
Printed in Argentina
Impreso en Argentina
Queda hecho el depósito
que marca la ley 11.723

PROLOGO

Este libro trata sobre los primeros pasos dados por la concepción materialista del mundo en su desarrollo. Es la continuación y el complemento de un trabajo anterior, Introducción a la lógica marxista, en el que explicamos las principales ideas del método dialéctico de pensamiento refiriéndonos sólo incidentalmente a las bases materialistas de la concepción marxista. Aquí centramos la atención en el aspecto materialista del marxismo.*

En el primer capítulo presentamos en forma esquemática las posiciones del materialismo y del idealismo. Estas dos concepciones sobre el carácter de la realidad, planteadas por primera vez por los griegos, marcan las fronteras del pensamiento filosófico. Hoy están en oposición absoluta. Pero el desarrollo de todas las ramificaciones de estas posiciones filosóficas, la contraposición clara y nítida de sus diferencias esenciales, la exposición de su total incompatibilidad, han llevado más de dos mil quinientos años.

Y no menos tiempo llevó que el materialismo adquiriese su actual claridad y amplitud. Una de las proposiciones fundamentales del materialismo dialéctico afirma que ningún fenómeno puede comprenderse totalmente hasta que no se ha desarrollado y consolidado en su plenitud. Esta exigencia del método marxista también se aplica al materialismo.

En el segundo capítulo nos proponemos demostrar que la actitud materialista no es fundamentalmente un problema teórico sino

* Ediciones Pluma, 1973. Coedición Pluma - Calmecac, 1975.

una cuestión de hecho producto de la práctica. Está, ante todo, sólidamente enraizada en las condiciones de la vida cotidiana, en las relaciones entre los hombres y su medio ambiente y en las relaciones que mantienen los hombres entre sí. El materialismo se origina en la actividad diaria y productiva de la humanidad. Pero hubo, y sigue habiéndola, una inmensa brecha entre la conducta irreflexiva basada en premisas inconscientemente materialistas y la generalización teórica de esa práctica sometida a la verificación de los procedimientos científicos. La humanidad vivió cientos de miles de años hasta crear las condiciones históricas necesarias para dar el salto del realismo ingenuo de la vida primitiva hasta la primera formulación conceptual de un método y una concepción materialistas definidos.

En este libro trazamos la evolución de la teorización materialista desde su surgimiento entre los griegos de Jonia hasta su elaboración en la sociedad greco-romana.

Tenemos el propósito de que ésta sea la primera parte de un trabajo más amplio en el que se discutirían las razones de la desaparición del materialismo del pensamiento europeo durante los mil doscientos años que siguieron a su nacimiento en el Mediterráneo; su reaparición en Occidente a través de los pensadores musulmanes y judíos; sus esporádicas apariciones durante la Edad Media; su resurgimiento en Europa Occidental como parte del surgimiento de la sociedad burguesa; su evolución en el mundo moderno, que culmina en su perfeccionamiento por las enseñanzas del marxismo.

El materialismo no puede pretender haber irrumpido en el mundo en toda su plenitud, como una revelación religiosa. Fue producto de un prolongado desarrollo histórico en el terreno ideológico. Concebido por los griegos, sufrió complejos procesos de elaboración intelectual por parte de muchas mentes capaces. El materialismo moderno constituye el resultado, la consecuencia de muchos milenios de investigación consciente de los aspectos más fundamentales y profundos del universo que habitamos y del modo de conocerlo.

Para comprender los medios más modernos de la producción agrícola, con su enorme capacidad, es necesario remontarse a los implementos más simples de nuestros antepasados salvajes y seguir paso a paso su evolución. En el Museo Británico de Ciencias de Londres se exhibe una serie cronológica de implementos agrícolas utilizados para preparar la tierra para el cultivo. La muestra co-

mienza con los palos de excavar y las azadas de los salvajes, sigue con el arado de tracción a sangre y termina con el tractor. El palo de excavar primitivo, simplemente una raíz o una rama de árbol aguzada en un extremo, está muy lejos de la maquinaria utilizada en las granjas actuales. Sin embargo fue la primera de la serie de herramientas que revolucionaron la producción de alimentos y tejidos y elevaron la civilización a su nivel actual.

En este caso se trata de instrumentos de trabajo que, aunque producto de la actividad colectiva y del pensamiento individual, son objetos materiales utilizados en el proceso productivo. Las filosofías son combinaciones de ideas que, aunque referidas a realidades objetivas, son de naturaleza esencialmente intelectual. Sin embargo, las herramientas del pensamiento, los conceptos, utilizados por la filosofía para la producción intelectual, tienen un origen similar al de los medios materiales de producción que fabrican los hombres. Estos conceptos fueron creados según evolucionaba la capacidad productiva del hombre y a partir de sus cambiantes relaciones sociales. Las primeras ideas elementales de carácter materialista eran muy elementales y confusas. Pero contenían la semilla que luego fructificó. De ellas provienen los instrumentos del pensamiento más precisos y versátiles, los conceptos más correctos, las formulaciones claras y totalizadoras del materialismo dialéctico.

Analizando el desarrollo del materialismo desde sus comienzos en Grecia hasta la actualidad, podemos distinguir tres etapas y tres tipos de pensamiento materialista que les corresponden:

1 – El materialismo antiguo, que comienza con Tales en el siglo VI a. C. y culmina con Lucrecio en el siglo I d. C.

2 – El materialismo burgués que se originó en el siglo XVI en Italia y concluyó con Feuerbach en el siglo XIX.

3 – El materialismo dialéctico, la concepción de la clase obrera industrial, creado por Marx y Engels a mediados del siglo XIX, que después de su muerte continuaron elaborando principalmente sus discípulos alemanes y rusos.

La primera etapa, del naturalismo de los jónicos al atomismo mecanicista de Lucrecio, produjo los principios básicos del materialismo aunque en forma elemental y restringida. Los materialistas antiguos enunciaron los temas que elaborarían sus sucesores. Se plantearon el aspecto dialéctico y el mecanicista de su pensamiento, pero ninguno se desarrolló plenamente.

A medida que avanzaban la sociedad y la ciencia la estructura del materialismo se hizo más compleja y más rico el contenido de sus descubrimientos y las determinaciones de su pensamiento. La segunda etapa del materialismo, producto del surgimiento del capitalismo, fue predominantemente mecanicista en su concepción y rígidamente metafísica en su método de pensamiento. Aunque la forma actual del materialismo, ligada al socialismo revolucionario, reconoce la validez del mecanicismo en su esfera específica, es totalmente evolucionista en su concepción y dialéctica en su método.

En cada uno de estos extensos periodos de su desarrollo el materialismo tuvo muchos matices y sufrió muchas desviaciones en su camino. El materialismo antiguo, por ejemplo, atravesó tres etapas principales, cada una de ellas relacionada con un periodo específico de la historia de la sociedad mediterránea: la escuela de los jónicos, en los siglos VI y V; los primeros atomistas, en los siglos V y IV, y los epicúreos, que florecieron entre el siglo IV antes de Cristo y el siglo II después de Cristo.

Hubo también algunas corrientes transicionales, como el pensamiento materialista entre los árabes, que conservaron algunas de las enseñanzas de la Antigüedad y prepararon así el renacimiento del materialismo en Europa Occidental, o el trabajo de Feuerbach que sirvió de puente entre el materialismo mecanicista del siglo XVIII y el materialismo dialéctico. Pero las tres tradiciones mencionadas son los tipos históricos predominantes, que se sucedieron en la evolución de la concepción materialista de la realidad.

El historiador del materialismo debe señalar las condiciones sociales y científicas que produjeron estas tres etapas de la filosofía materialista, los cambios históricos que las transformaron, superaron y elevaron, y las analogías y diferencias entre ellas. Uno de los objetivos de la investigación científica es demostrar, a diferencia de lo que afirman los escépticos, que la historia, incluyendo la historia de la filosofía, tiene un sentido y produce resultados positivos y progresivos. A pesar de sus aberraciones, repeticiones y retrocesos, la filosofía siguió una línea lógica trazada por las cambiantes condiciones de la vida social e intelectual del mundo occidental. Así lo demuestra la historia del materialismo, el producto más fructífero de ese proceso que constituye la mejor guía para la comprensión del universo que nos rodea.

Este trabajo no abarca toda la filosofía, sino que se concentra en una de sus corrientes, en las etapas principales de la evolución

*primitiva del materialismo y los rasgos distintivos de cada etapa, y esto incluso con limitaciones. Nos limitamos a la filosofía occidental. Al ampliarse el horizonte de la historia antigua se descubrió en Occidente que China e India produjeron aportes paralelos en la especulación racional, la lógica y el pensamiento materialista. En The First Philosophers * George Thomson ha aportado recientemente un estudio comparativo desde el punto de vista marxista sobre estos comienzos en China y Grecia.*

Pero estas corrientes pioneras del pensamiento filosófico en Oriente no son tratadas aquí. Hacerlo nos alejaría mucho de nuestro propósito principal, que es seguir el progreso del materialismo desde su primera aparición hasta su concreción actual. Por razones históricas específicas, los promisorios retoños filosóficos de Oriente no maduraron y fructificaron como los de Occidente. Solamente las tendencias y tradiciones materialistas de Occidente han seguido un desarrollo sostenido, pese a sus interrupciones y divagaciones. Sólo ellas culminaron en la escuela científica del marxismo, la forma superior del materialismo, que llegó a ser una adquisisición indispensable de la cultura del mundo contemporáneo.

Este es un estudio de la evolución del materialismo, más que una historia de los materialistas. Ambas cosas son inseparables, aunque no idénticas. El materialismo como concepción del mundo ha tenido un desarrollo objetivo que supera al de cualquiera de sus exponentes, por profunda que haya sido su comprensión e importantes sus aportes individuales.

Pero esta no es una historia completa del materialismo, con todos sus matices y complicaciones. Un estudio tan detallado puede ser útil para los investigadores, pero no sirve como introducción al tema. Por supuesto, los investigadores socialistas deben conocer profundamente toda la filosofía. Pero nuestro objetivo es diferente: lo que pretendemos es presentar los descubrimientos principales de este campo de la manera más sencilla y clara posible.

La realización de cada uno de estos objetivos plantea dificultades específicas. Durante mucho tiempo, quienes estudiaron filosofía y escribieron su historia fueron los investigadores inclinados al idealismo, no los materialistas. Estos autores a menudo dejaron de lado, minimizaron o distorsionaron las ideas de los materialistas y el rol que jugaron en la elaboración del pensamiento occidental.

* Ver índice bibliográfico al final del libro.

Otros, llevados por una perspectiva puramente racionalista de la historia de la filosofía, explicaron inadecuadamente a los pensadores materialistas, disociando el desarrollo de sus ideas de las circunstancias históricas y antagonismos sociales específicos que los nutrieron y formaron.

La escasez de los tratados sobre historia del materialismo acentúa esta insatisfactoria situación. Hay muchas historias de la filosofía, pero muy pocos tratados generales sobre sus expresiones materialistas. Seguramente se han escrito numerosas monografías excelentes sobre las posiciones fundamentales del materialismo y sobre aspectos especiales de su desarrollo. Pero el único tratado de materialismo completo en inglés que conozco es **History of Materialism**, *en tres volúmenes, del profesor alemán de filosofía Frederick Lange, publicada por primera vez en 1865, que fue originariamente un curso de conferencias en la Universidad de Bonn. Este trabajo, aunque todavía puede ser útil, lamentablemente es muy deficiente y contiene muchos errores.*

Lange no era materialista; era un semiidealista de la escuela kantiana que intentaba corregir con su historia los errores del materialismo, tal como él los entendía (o mejor dicho no los entendía). Marx y Engels conocían su trabajo y lo criticaron ásperamente. Lenin lo caracterizó correctamente como una historia "falsificada" del materialismo. Sin embargo, no se escribió nada que lo superara, desde que fue publicado hace casi un siglo.

La guía indispensable para comprender la doctrina y la historia del materialismo la constituyen los trabajos de los fundadores del marxismo, desde sus primeros escritos sobre cuestiones filosóficas de la década de 1840 hasta las últimas cartas de Engels sobre materialismo histórico de 1895. El mejor expositor de la filosofía marxista sigue siendo Plejanov. Plejanov educó a toda la generación de marxistas rusos que dirigió la Revolución Bolchevique, y sus ensayos sobre problemas teóricos son brillantes por su profundidad y erudición.

Su trabajo más extenso es **En defensa del materialismo**, *al que Lenin consideraba una "exposición notablemente lógica y valiosa del materialismo dialéctico". Comienza con los materialistas franceses de la segunda mitad del siglo XVIII y concluye con una explicación de la concepción del materialismo dialéctico. Plejanov lo utilizó en su polémica contra la escuela sociológica subjetivista de Rusia. Pero se redujo a la consideración de los momentos*

culminantes del desarrollo del materialismo burgués en los siglos XVIII y XIX y el salto desde las posiciones más avanzadas de ese materialismo al socialismo científico.

Los marxistas ingleses, sobre todo George Thomson y Benjamin Farrington, muy influidos por el movimiento comunista oficial, hicieron notables aportes a nuestra comprensión del materialismo en la Antigüedad, aportes que yo tomo en mi libro. Farrington nos esclareció sobre la influencia de la tecnología en la ciencia griega; Thomson planteó el rol que jugaron en la formación de la filosofía griega la producción de mercancías, la circulación monetaria y la revolución democrática.

Pero persiste la necesidad de una historia de todo el proceso de surgimiento y expansión del pensamiento materialista. Esta es una modesta contribución a esa historia de la cual todavía tanto hay que explorar y registrar.

* * *

Otra de las dificultades evidentes que se presentan reside en cómo exponer el desarrollo del materialismo. El filosofar constituye una función muy especializada de la actividad social; es sólo un aspecto de la compleja cultura civilizada. El materialismo, una de las dos principales corrientes de la filosofía, ha coexistido y preexistido en otras formas que las de la teoría filosófica abstracta.

El materialismo surge de la actividad práctica de la sociedad e impregna todos los aspectos de la vida humana. De hecho, es menos común la exposición general de la perspectiva materialista y su correspondiente método de acción bien definido que las actitudes materialistas concretas, que se manifiestan en la política, la ley, las costumbres, la moral, la industria, el arte y la ciencia. La formulación de una filosofía materialista aparece como la expresión más elevada de esas tendencias en otras esferas de la actividad vital.

Es tan poderosa la necesidad de expresarse del materialismo que puede llegar hasta a ser barrido de la filosofía oficial sin que deje de afirmarse por todos lados. A causa de sus implicancias heréticas el materialismo fue un anatema, por ejemplo, en la Europa medieval, cuando la teología de la Iglesia Católica mantenía prisionera a la filosofía. Sin embargo el impulso materialista, impedido de expresarse directamente en conclusiones teóricas, fluía por otros canales.

Se manifestaba en la irreverencia hacia el clero de los relatos populares franceses llamados fabliaux, en los grabados en madera en los pesebres y gárgolas de las catedrales, en las obras literarias de Bocaccio y Chaucer, que se mofaban de los curas y describían a los monjes como fornicadores, mentirosos, glotones, borrachos, holgazanes e hipócritas.

Los Cuentos de Canterbury de Chaucer son un ejemplo de cómo se infiltra el demonio materialista pese a los edictos oficiales. El materialismo estaba tan alejado de las intenciones de Chaucer como de la filosofía de la Inglaterra del siglo XIV. Al final de sus poemas el católico devoto pide a Cristo que, en su infinita misericordia, "olvide sus pecados", entre ellos sus "escritos llenos de vanidad mundana".

Sin embargo, la actitud crítica que mantiene Chaucer en sus Cuentos hacia los altos dignatarios de la Iglesia refleja un materialismo latente. Se hace muy evidente en los retratos del Prólogo de la Monja Abadesa y el Monje Abad. El poeta pinta a la monja como una dama que, bajo el barniz de su vocación eclesiástica, oculta inquietudes tan terrenales como la preocupación por el lenguaje culto, los modales refinados, las ropas a la moda y las joyas brillantes. Su rosario pintado de verde tiene un broche de oro en el que está grabada la siguiente inscripción: El amor lo consigue todo. Insinúa maliciosamente que este lema no se refiere exclusivamente a la adoración celestial.

Su monje "gordo y atractivo" y su fraile codicioso tienen rasgos igualmente mundanos. Chaucer pone al desnudo la distancia que media entre la realidad de estos personajes eclesiásticos y las pretensiones de su oficio. Y acentúa el contraste con el retrato de su pobre párroco, que no sólo enseñaba el credo de Cristo sino que "ante todo lo seguía".

El hecho es que la observación realista del poeta de los tipos sociales de la Inglaterra medieval estaba animada por un espíritu materialista, que aunque inconsciente no era por ello menos efectivo. La crítica a la jerarquía eclesiástica no está formulada en términos generales; sin embargo está presente en la penetrante visión creadora del artista. El, junto con Langland y Wyclif, lanzó las primeras protestas contra los abusos de esa omnipresente institución feudal. Fueron los heraldos del movimiento que se nutriría de muchas vertientes y explotaría en el irrefrenable estallido del pensamiento y el sentimiento anticatólico que pro-

vocaría dos siglos después la separación de Roma de la Iglesia Británica.

Si descendemos de las enrarecidas regiones de la religión y la literatura medievales, nos encontramos, cinco siglos después, con una explosión mucho más poderosa del sentimiento materialista, esta vez en la esfera de la política, en América del Norte. Tom Paine no era un poeta; fue el principal propagandista de la primera revolución colonial triunfante de la época moderna. No era católico ni ateo; era deísta, es decir, un protestante racionalista. Pero en sus creencias religiosas no entraban "el origen y el derecho divino de los reyes".

Para justificar la lucha de los colonos por la independencia y la justicia del republicanismo se vio obligado no sólo a ridiculizar y rechazar las pretensiones divinas de los monarcas, sino a ponerlos totalmente al desnudo. Anatematizaba al rey Jorge III llamándolo garra del demonio y maldición de la humanidad. Era un ataque materialista a los fundamentos teológicos de la realeza, inspirado por los objetivos políticos de la causa revolucionaria.

En nuestra época podemos observar contradicciones similares entre la teoría antimaterialista y la práctica materialista en la clase obrera. Un trabajador religioso, por ejemplo, puede ir a la iglesia todos los domingos y asentir cuando le predican que todos los hombres son hermanos, Dios es su padre y las cosas de este mundo nada significan comparadas con la recompensa celestial que puede deparar el futuro. Al día siguiente puede dejar de lado estos piadosos sentimientos e ir a la huelga por aumento de salario, contra un patrón que tal vez pertenezca a su misma confesión. Se enfrentará con los rompehuelgas y la policía y llevará adelante la lucha de clases de manera muy materialista por cierto. Sus ideas más generales pueden estar en total contradicción con su práctica en defensa de su nivel de vida.

Como vemos, la práctica materialista no siempre va acompañada por el pensamiento materialista. A lo largo de la historia sus relaciones han sido complejas y a menudo contradictorias. Pero en estas páginas nos interesa sobre todo estudiar el materialismo tal como se expresa en sus formas más generalizadas y conscientes en los filósofos, desde Tales a Marx.

* * *

¿Por qué se ha dejado de lado y distorsionado tanto la historia del materialismo? La filosofía materialista surgió en oposición a la arcaica concepción religiosa de la aristocracia agrícola, impulsada por las fuerzas nuevas de una sociedad esclavista comercial. Desde entonces ha tenido que luchar por su "espacio vital" contra las conservadoras clases dominantes.

En Grecia no solamente el materialismo era peligroso; también lo era el simple ejercicio del razonamiento metódico, que no podía dejar de dirigirse contra las antiguas ideas religiosas y los hábitos e instituciones santificados. Muchos filósofos griegos fueron perseguidos, expulsados de sus comunidades e incluso condenados a muerte por sus enseñanzas. En la Atenas de Pericles se condenó a Anaxágoras por atacar la religión y se lo obligó a escapar por haber dicho que el sol era "una masa brillante de piedra" y la luna de naturaleza terrenal. ¿Acaso no enseñaban los sacerdotes que el sol y la luna eran seres divinos, y no era la religión un medio para controlar a las masas?

Era aun más peligroso profesar ideas materialistas en la Edad Media, cuando se corría el riesgo de ser condenado por herejía como Roger Bacon, excomulgado de la Iglesia o asesinado. Esta fue la suerte de Giordano Bruno en época tan tardía como el siglo XVII.

En la era burguesa se persiguió a los pensadores de mentalidad materialista y se anatematizaron sus ideas. Se pueden citar cientos de ejemplos, desde la expulsión de Descartes de Francia, pasando por la excomunión de Spinoza de la comunidad judía de Amsterdam, hasta los ataques a Hobbes y J. Priestley en Inglaterra. No todos estos filósofos perseguidos eran totalmente materialistas. Pero sus críticas a las doctrinas religiosas e idealistas predominantes tenían el matiz materialista suficiente como para hacerlos sospechosos de heterodoxia y pasibles de castigo.

Hasta nuestra época los pensadores materialistas y sus seguidores casi siempre y en todas partes han sido una minoría. Algunos se han visto obligados a llevar una existencia furtiva y a menudo a ocultar todas las implicancias de sus ideas. Fueron la tendencia oprimida en el campo de la filosofía. Por más que en determinados periodos su influencia se haya extendido bastante en algunos sectores, la concepción materialista nunca gobernó la sociedad o el mundo intelectual de conjunto. Sin embargo, las ideas de los estudiosos y científicos materialistas han sido una de las gran-

des fuerzas motoras del progreso ideológico y científico. Inspiraron todos los descubrimientos que hicieron época en la ciencia natural, desde las primeras aproximaciones de las hipótesis atomistas en Grecia hasta la teoría de Darwin de la evolución orgánica.

A pesar de ello, la concepción materialista todavía es impopular en todo el mundo occidental, y también en los Estados Unidos. No sólo se la rechaza porque constituye la principal arma teórica contra todo tipo de sobrenaturalismo, espiritualismo y oscurantismo. En la actualidad se la combate con tanta vehemencia porque se asocia estrechamente la filosofía materialista con el movimiento socialista y el marxismo, con las luchas de los obreros por su liberación del capitalismo y con la oposición política al orden establecido.

La lucha entre el materialismo y sus adversarios, que comenzó hace alrededor de dos mil quinientos años, todavía se está librando a nuestro alrededor. Los defensores del capitalismo, de la universidad y las iglesias a los medios de propaganda realizan persistentes esfuerzos por evitar la penetración del pensamiento materialista.

Life, la publicación de Luce, la revista de mayor circulación en los Estados Unidos, es uno de los protagonistas más activos de la cruzada antimaterialista. En 1956 publicó una serie sobre La epopeya del hombre que trataba de los últimos descubrimientos científicos sobre los orígenes de la civilización. Era imposible referirse a ese tema sin socavar, aunque sea por sus implicancias, el cristianismo ortodoxo. Si, como lo demuestra indiscutiblemente la teoría de la evolución, el hombre surgió del reino animal, ¿qué crédito puede dársele a Adán y Eva y fábulas similares sobre el origen divino del hombre?

Los editores se apresuraron a vacunar a sus lectores contra toda herejía materialista. "La cosmología materialista --escribieron-- ha demostrado ser tan poco satisfactoria como la lectura literal del Génesis, el sistema geocéntrico de Ptolomeo o el universo que funciona como un reloj de Newton. Y el secreto del origen del hombre y la razón de su existencia en este planeta sigue siendo tan misterioso como antes." ¡O sea que todas las conclusiones de la ciencia no nos dicen nada que no supieran ya las tribus israelitas sobre el desarrollo del mundo y el destino de la humanidad!

Desechada así la "cosmogonía materialista" (y de paso los resultados de la ciencia), los editores plantean que el surgimiento y actividad de la "conciencia" constituye la prueba decisiva de la

naturaleza divina del hombre. Contraponen la moralidad eterna a las conclusiones de la ciencia moderna, que se basa en el método del materialismo. Los argumentos teóricos de estos apologistas de la existencia de Dios son tan débiles como inmensos sus recursos financieros e influencias.

Pero una cosa es evidente. Estos defensores de la religión y el capitalismo consideran al materialismo su principal enemigo ideológico, al que hay que combatir aunque el costo signifique el suicidio de la ciencia. Estos cerebros que funcionan en los rascacielos se ponen al mismo nivel que los adversarios del materialismo de la antigua Grecia, los cazadores de herejes de la Europa católica y los patanes bautistas que trataban de barrer el darwinismo en Tennesee hace algunas décadas.

Las disputas entre materialistas y antimaterialistas tienen una inmensa importancia práctica y están lejos de haberse solucionado. De allí los objetivos sociales y políticos de nuestro estudio teórico.

No caben dudas sobre quién saldrá victorioso en esta lucha por la supremacía que libran el materialismo y el antimaterialismo, la ciencia y la religión, la claridad y el oscurantismo. Aunque el materialismo no es el que manda en la filosofía o en los acontecimientos cotidianos, a escala histórica ha ido ganando terreno y consolidándose. Cuenta con ricas tradiciones, un contenido cada vez más amplio y las más diversas aplicaciones. Opera hoy sobre bases mucho más firmes que en el pasado y ha afinado mucho más las armas con las que combate a sus adversarios y resuelve los problemas de la ciencia y la sociedad.

El materialismo se ve constantemente confirmado por los avances de la tecnología, la ciencia y la industria. Los progresos de la lucha de clases y los éxitos del movimiento obrero internacional lo fortalecen mucho más. La acción de las masas que pelean por una vida mejor es su apoyo social más poderoso y su mayor fuente de reaprovisionamiento.

Pero todavía le esperan sus batallas más intensas. Como en su infancia, el materialismo todavía tiene que pelear por conquistar el lugar que le corresponde por ser la perspectiva futura de la humanidad emancipada. Todavía tiene que producirse su triunfo definitivo en los dominios del pensamiento. Pueda esta introducción a la historia de su primera época ayudar a acercar esta conquista.

George Novack

MATERIALISMO CONTRA IDEALISMO

Todas las filosofías se han visto enfrentadas con dos interrogantes: ¿En qué consiste la realidad? ¿Cómo se origina? Y después de los primeros griegos, los filósofos han debido responder otra pregunta: ¿Cómo se conoce la realidad? Las respuestas que se dieron a estas preguntas fundamentales determinaron el carácter de la filosofía y la ubicación del filósofo.

Casi desde los comienzos de la filosofía existieron dos posiciones principales sobre estos problemas: la materialista y la idealista. En su fundamental *Historia de la filosofía* Hegel declaró que "en todos los tiempos hubo sólo una filosofía cuyas diferenciaciones contemporáneas constituyen los aspectos necesarios de lo principal". Por cierto, a diferencia de otras formas de actividad intelectual, la de filosofar ha conservado determinados rasgos comunes que le dan continuidad desde los griegos hasta la actualidad. Pero este proceso de generalización del pensamiento constituye en el fondo una unidad de modos divergentes, y en última instancia opuestos, de explicar racionalmente el universo. El método materialista está en un polo; el idealista en el otro.

¿Cuáles son los principios esenciales del materialismo que lo diferencian de todas las demás tendencias filosóficas? ¿Cuáles son los rasgos distintivos que nos permiten reconocer a un pensador materialista y afirmar que una persona razona siguiendo lineamientos materialistas? Resumámoslo brevemente.

1 – La proposición básica del materialismo se refiere a la existencia de la realidad independiente de la existencia de la huma-

nidad. Afirma que la materia es la sustancia primordial, la esencia, de la realidad. Todo proviene de la materia y sus movimientos, y la materia es la base de todo. La frase "Madre Naturaleza" expresa este pensamiento. Esto significa, en términos materialistas, que la naturaleza es la fuente última de todo lo existente en el universo, desde los sistemas galácticos hasta los pensamientos más íntimos y audaces del *homo sapiens*.

2 – El segundo aspecto del materialismo se refiere a las relaciones entre la materia y el pensamiento. Según el materialismo, la materia produce el pensamiento y éste nunca existe independientemente de la materia. El pensamiento es el producto más elevado del desarrollo material y la organización animal, y la forma más compleja de actividad humana.

3 – Esto significa que la naturaleza existe independientemente del pensamiento, pero que éste no puede existir aparte de la materia. El mundo material existía mucho antes del comienzo de la humanidad o de cualquier ser pensante. Como diría Feuerbach: "La verdadera relación entre el Ser y el pensamiento es ésta: el Ser es el sujeto, el pensamiento el predicado. El pensamiento surge del Ser, pero el Ser no surge del pensamiento."

4 – Queda exluida así la existencia de algún Dios, o dioses, espíritus, almas u otras entidades inmateriales que se pueda suponer dirigen los actos de la naturaleza, la sociedad y el hombre, o influyen sobre ellos.

Estos son los principios elementales de la concepción materialista. Ellos determinan si el modo de pensar de alguien lo es o no, aunque esa misma persona no lo sepa.

Se puede comprender qué significan los principios materialistas comparándolos con una manera muy diferente de interpretar el mundo: la filosofía idealista. Uno de los métodos dialécticos de explicar una cosa consiste en demostrar cómo se relaciona con su contrario. Por ejemplo, comprender qué es una hembra implica saber qué es el macho y cómo funciona el ciclo reproductivo. Si queremos descubrir qué es un capitalista, debemos conocer también el surgimiento y evolución del trabajador asalariado. Sólo entonces podremos aprehender la esencia del sistema capitalista, basado en las relaciones entre estas dos clases sociales interdependientes aunque antagónicas.

El contrario filosófico del materialismo es el idealismo. Estas dos formas de pensamiento se definen y limitan recíprocamente en

el campo de la filosofía. Por lo tanto, hasta que no sepamos qué es el idealismo no podremos comprender a fondo las posiciones del materialismo, y viceversa.

¿Qué sostiene el idealismo (es decir, el idealismo consecuente)?

1 - El elemento fundamental de la realidad no lo constituye la materia sino la mente o el Espíritu. En última instancia, todo proviene de éste y depende de su actividad.

2 - El pensamiento genera los objetos materiales; tras el mundo material, o ante él, acecha el Espíritu o mente que lo crea. La Naturaleza puede ser la madre, pero hay un Dios-Padre que la trasciende.

3 - Por lo tanto, la mente o Espíritu es anterior a la materia e independiente de ésta. El Espíritu es la realidad permanente; la materia apenas un aspecto o ilusión pasajera.

4 - La mente o Espíritu es idéntico a lo divino, o emana de éste. Por lo menos deja abierta la posibilidad de existencia de lo sobrenatural, admite su poder y su interferencia.

Debe notarse que las proposiciones básicas de ambos tipos de pensamiento se oponen absolutamente. Uno debe ser correcto y el otro erróneo; no pueden ser correctos ambos. Quien sostiene consecuentemente las posiciones de uno inevitablemente llega a conclusiones absolutamente opuestas a las del otro.

El materialismo y el idealismo son las dos tendencias, las dos líneas, los dos campos principales en el terreno de la filosofía, de la misma manera que la clase capitalista y la clase trabajadora son las dos fuerzas sociales decisivas en la sociedad contemporánea. Esto no signfica que no haya otras posiciones filosóficas. De hecho, la historia de la filosofía exhibe muchas combinaciones de ideas y métodos que ocupan todo un espectro de posiciones entre ambos extremos Aunque estos matices del pensamiento no pueden agruparse incondicionalmente bajo ninguna de las dos categorías claramente definidas, sólo pueden entenderse refiriéndolos a ellas.

Veamos tres ejemplos de estas filosofías intermedias y amorfas. Hay agnósticos que no pueden decidir si realmente existe una realidad exterior independiente de nosotros y si es posible conocerla. En tanto que agnósticos permanecen suspendidos entre el materialismo y el idealismo

La teoría del conocimiento ideada por el famoso filósofo alemán Kant está estrechamente relacionada con esa posición. Sostenía que las "cosas en sí" existen como realidades objetivas. En

esto estaba de acuerdo con el materialismo. Pero luego afirmaba que el hombre nunca podrá conocerlas: sólo podemos conocer fenómenos, es decir, "las cosas tal como se nos aparecen". Con esta conclusión Kant retrocedía al idealismo.

Muchos pragmatistas norteamericanos se rehúsan a tomar una posición firme sobre si la naturaleza existe o no independientemente de la experiencia humana. No están seguros de si la experiencia necesariamente surge de la naturaleza o la naturaleza es producto de la experiencia. Estos vacilantes responden con toda clase de evasivas cuando se los enfrenta a esta alternativa. Aunque los pragmatistas alegan haber superado la oposición entre materialismo e idealismo, en realidad, en lo que hace a la teoría del conocimiento, eluden las cuestiones decisivas.

Estas formas de pensar son confusas e inconsecuentes en relación a los problemas fundamentales planteados por el mundo real y la teoría del conocimiento. Cuando sus sostenedores se ven entre la espada y la pared y se los obliga a abandonar su indefinición alrededor de estas cuestiones básicas generalmente terminan alineándose con el idealismo.

Estos filósofos sostienen posiciones esencialmente eclécticas. Hay otros a quienes se debe ubicar entre los materialistas o los idealistas, ya que lo fundamental de su teoría se orienta en una u otra dirección, aunque en una cantidad de cuestiones secundarias exhiban tendencias hacia la dirección opuesta.

Pero sólo seremos capaces de analizar y comprender todas estas formaciones complejas y contradictorias de la historia de la filosofía si captamos a fondo las ideas que caracterizan a los dos oponentes principales: el materialismo y el idealismo. Con ellos no se agota el campo de la filosofía, pero lo dominan. Determinan las tendencias principales de su evolución y las posiciones reales de las escuelas que oscilan entre ambos. Constituyen la guía que nos permite orientarnos firmemente y sin perdernos a través del abigarrado laberinto de las opiniones y las controversias filosóficas.

Los principios *elementales* del materialismo no cambiaron, desde que éste hizo su aparición en la Antigüedad hasta nuestros días. Pero la historia del materialismo no es la crónica de una aburrida repetición de un conjunto de principios abstractos que aparecieron ya completos de una vez para siempre, para ser redescubiertos y reafirmados periódicamente en su forma primitiva. El materialismo sufrió todo un proceso, que comenzó con las pri-

meras y toscas formulaciones de sus proposiciones esenciales y continuó ramificándose, hasta adquirir su forma actual. La filosofía materialista no sólo cambiaba formalmente en cada etapa de su desarrollo; también se diversificaba considerablemente y ampliaba su perspectiva.

Durante los últimos dos mil quinientos años se han construido superestructuras sumamente variadas sobre las premisas filosóficas del materialismo. Este presenta, en cada época, diferencias muy marcadas. Por ejemplo, es muy distinto el primitivo evolucionismo naturalista de los milesios (siglo VI a.C.) del complejo atomismo mecanicista de Lucrecio (siglo I d.C.). Incluso dentro de la escuela atomista hay disparidades: Lucrecio agrega a las observaciones de Demócrito algunas novedades y desecha algunas de sus afirmaciones, ya perimidas entonces.

Aun mayores son las diferencias entre las corrientes antiguas del pensamiento materialista y las modernas. Todos los materialistas sostuvieron que la materia en movimiento constituye el fundamento de la realidad. Pero en cada época la concepción de materia, de movimiento y de sus relaciones recíprocas fue diversa.

Consideremos, por ejemplo, las siguientes definiciones de movimiento, dos de la Antigüedad y dos de la época moderna. Para los jónicos la principal propiedad del movimiento de la materia consistía en el modo en que comenzaba a ser y dejaba de ser. Los atomistas ponían el acento en el desplazamiento en el vacío de las partículas de materia.

Los materialistas burgueses basaban su concepción del mundo en el simple movimiento mecánico de las masas y su impacto exterior; reducían todos los modos de movimiento a éste. Por último, los materialistas dialécticos definen el movimiento de manera mucho más compleja y correcta; lo consideran el proceso de transformación universal en el cual la materia adquiere las más diversas cualidades del movimiento, desde la del movimiento mecánico hasta la del movimiento mental. Cualquiera de estos modos específicos de movimiento se puede convertir en otro en las condiciones histórico-materiales adecuadas. Y sin duda existen importantes aspectos del movimiento de la materia que aún no han sido descubiertos.

Igualmente diversas son las opiniones surgidas en las sucesivas etapas del pensamiento materialista sobre la naturaleza de la materia y su estructura. Los griegos concebían a la sustancia primaria

(*physis*) compuesta de uno o múltiples elementos; Hobbes la concebía como cuerpo extenso; el concepto evolucionista moderno de materia tiene en cuenta las infinitas determinaciones de la existencia material, desde las partículas subatómicas y los sistemas galácticos hasta los seres humanos que viven, sienten y piensan.

Si pasamos de la naturaleza a la sociedad, advertimos una variación igualmente amplia en las perspectivas históricas, las concepciones sociales y los códigos morales de las escuelas materialistas. Aunque las escuelas antiguas y modernas se apoyaban en una concepción materialista del mundo y del lugar que el hombre ocupa en éste, la orientación social de los epicúreos, por ejemplo, era totalmente opuesta a la del marxismo. Los epicúreos predicaban la sumisión a la naturaleza, el desapego de los problemas del mundo y de la lucha política, la práctica de la contemplación. Predominaba en ellos lo pasivo, lo restrictivo, lo pesimista. Contrario a esta filosofía de la resignación, el materialismo dialéctico adopta una posición agresiva frente a la naturaleza, y exige su alteración progresiva en función del bienestar humano; es revolucionario en su intervención en las cuestiones sociales y políticas; coloca la actividad práctica por encima de la contemplación teórica. Su actitud es enérgica, expansiva, optimista y siempre constructiva.

Las notables diferencias entre estas dos formas históricas del materialismo no provienen solamente de los distintos niveles de desarrollo social y científico en que surgieron y actuaron, sino también de las distintas fuerzas de clase a las que sirvieron. El epicureísmo apareció en la transición de la ciudad-estado griega a los imperios alejandrino y romano; expresaba la protesta de elementos de las clases alta y media por la desintegración de la vida en la comunidad antigua y su incapacidad para ubicarse de manera segura y estable en los nuevos regímenes cosmopolitas. Los epicúreos estaban suspendidos entre dos mundos: uno que moría y otro que los rechazaba. En ninguno de los dos sistemas podían jugar un rol creativo.

El marxismo, por el contrario, es el instrumento ideológico de la clase obrera industrial. Esta, aunque también atrapada en un sistema social en decadencia, es sostén y constructora de un nuevo orden social superior, y se encamina a esa transición imbuida de confianza social y comprensión teórica.

Este ejemplo específico demuestra que, aunque el materialismo

es la más correcta y progresiva de todas las filosofías, no ha estado invariablemente asociado con los sectores sociales más avanzados, como afirman algunos comentaristas. No hay una correspondencia simple, directa, mecánica entre las concepciones del mundo y la dinámica social. Una vez lanzadas a la existencia, las ideas del materialismo pudieron adaptarse a las necesidades de las más diversas fuerzas sociales en determinados momentos de su desarrollo. El monárquico Hobbes y algunos dirigentes plebeyos del Movimiento de los Niveladores predicaban ideas materialistas en idéntico período de la revolución inglesa, en el siglo XVIII. Representaban dos variedades sociales contemporáneas pero opuestas de la misma posición filosófica, aristocrática la una, democrática la otra.

Todas las escuelas materialistas se desarrollaron en distintas direcciones. En un extremo, los milesios fueron los primeros en definir el concepto de naturaleza, pero no tocaron el problema del conocimiento. En el extremo opuesto, los fundadores del marxismo analizaron la dinámica de la evolución social desde sus mismos orígenes, pero no pudieron hacer lo mismo con las leyes de la naturaleza. Engels tuvo que dejar inconcluso el trabajo donde comienza a acercarse brillantemente al problema, *Dialéctica de la naturaleza*.

Lo que una escuela no pudo analizar de manera adecuada fue tomado y estudiado exhaustivamente por su sucesora. La unilateralidad de cada etapa hubo de ser superada por las avances posteriores del pensamiento científico y filosófico, llegando así a la concepción actual, que abarca muchos aspectos y facetas.

A pesar de los inevitables errores, cada una de las grandes escuelas sacó a la luz, a su manera y de acuerdo con su época, nuevos aspectos del pensamiento materialista. Cada una contribuyó con elementos esenciales a la creación del todo, profundizando la comprensión de la naturaleza, la sociedad, la mente humana, y las relaciones entre todos estos elementos. De este modo se penetra así cada vez más en la realidad.

El reconocimiento de que el materialsimo es incompatible con el idealismo no fue el menos importante de estos avances. En los comienzos de la filosofía la oposición tajante entre estas dos posiciones no se hacía evidente en términos tan categóricos como los expuestos al comienzo de este capítulo. Esta claridad también es un logro histórico, fruto de dos mil quinientos años de investigación científica y social y de conflictos internos en los dominios

de la propia filosofía. Todavía hoy algunos confundidos, interesados, a veces inconscientemente, en perpetuar la confusión sobre las verdaderas relaciones entre materialismo e idealismo, niegan la necesidad de sostener esta oposición. Esta actitud implica borrar los resultados de siglos de trabajo intelectual y regresar a la infancia de la filosofía.

Los últimos pensadores griegos conocían bien, y a menudo discutían, las diferencias entre las opiniones y los métodos del materialismo y del idealismo. Pero las respectivas posiciones todavía habían de ser trabajadas en detalle. Las diferencias sustanciales entre ambos a veces se veían ocultas u oscurecidas por la empresa común de afirmar la ofensiva del pensamiento racional y crítico contra las viejas ideas religiosas y las costumbres institucionalizadas.

Pero lo más importante es que el materialismo necesitaba de la coexistencia y el conflicto con su antagonista idealista, y de las contribuciones de éste, para adquirir conciencia de sus propias potencialidades y de su aplicación totalizadora. El idealismo hizo mucho más que empujar simplemente al materialismo criticándolo desde afuera. Los avances perdurables que algunos exponentes del idealismo, desde Sócrates a Hegel, realizaron en tal o cual sector de la realidad fueron incorporados posteriormente a la estructura del materialismo.

Ninguna escuela por sí sola monopolizó el descubrimiento de nuevas ideas, especialmente en los periodos más creativos de la filosofía. Aunque los materialistas griegos captaron lo esencial de la realidad del mundo objetivo más correctamente que los idealistas, sus puntos de vista eran erróneos en otros aspectos. Por otra parte, casi todas las escuelas idealistas, como los eléatas, los escépticos y los estoicos, agregaron algo nuevo y valioso a la comprensión de la realidad, pese a sus desaciertos en cuestiones fundamentales.

De conjunto los idealistas contribuyeron mucho más a la teoría del conocimiento que a la de la naturaleza. Pero incluso en este último campo realizaron aportes notables. Los atomistas concebían en un principio a la naturaleza como pequeñas partículas que se movían en el vacío, cuyas combinaciones y recombinaciones configuraban el transcurrir de los acontecimientos. Los pitagóricos, en cambio, la describían como un conjunto de relaciones matemáticas y cantidades mensurables. Ambas perspectivas.

eran válidas y valiosas. Pero en la sociedad antigua permanecieron diferenciados, y las direcciones distintas que tomaron los llevaron a desarrollar por separado hasta el límite sus respectivas posiciones.

Recién en el siglo XVII, cuando el avance de la mecánica coincidió con el resurgimiento del atomismo personificado por Galileo y Gassendi, estas dos aproximaciones a los fenómenos naturales, hasta entonces antagónicas, fueron unificadas en una síntesis superadora bajo nuevas condiciones históricas. Sus respectivos logros florecieron finalmente en la hipótesis atomista de Dalton, que revolucionó los fundamentos de la química.

Una unificación similar de líneas de pensamiento hasta entonces desconectadas y opuestas se dio en el siglo XIX. En esa etapa del desarrollo de la filosofía los fundadores del marxismo separaron de su cáscara idealista la lógica dialéctica formulada y sistematizada por el superidealista Hegel y la integraron al materialismo.

La oposición entre idealismo y materialismo, que ya comenzaba a hacerse notoria entre los griegos, se manifestó de manera mucho más definitiva cuando el materialismo pasó nuevamente a primer plano. Esto sucedió con el surgimiento de la sociedad burguesa. Y adquirió contornos definidos durante las luchas contra el medievalismo y con el avance de las ciencias durante los siglos XVI al XIX. Lo demuestra el hecho de que desde entonces se conoce a esta corriente con el nombre de materialismo, que la distingue inequívocamente de todos sus rivales. La palabra materialismo comenzó a difundirse en la época de Robert Boyle, el ilustre físico y químico inglés. Este menciona a los "materialistas" junto con los "naturalistas" en el ensayo escrito en 1674 llamado *Excelencia y fundamentos de la hipótesis* mecánica. Aunque Boyle era un piadoso protestante dio gran empuje al materialismo científico con su exposición de la concepción mecánica de la naturaleza.

El término fue tomado por el filósofo alemán Leibnitz en su *Respuesta a los pensamientos de (Pierre) Bayle*, el escéptico francés, escrito en 1702. Leibnitz, un conspicuo idealista, contrapuso conscientemente el materialismo al idealismo, considerándolos los principales adversarios en el terreno de la filosofía. Planteó la oposición que se da en las ciencias naturales, desde la época de los griegos, entre el pensamiento de tipo mecánico y el suyo propio, y llegó a la conclusión de que esta oposición se preanuncia en las doctrinas de Epicuro, el materialista, y Platón, el idealista.

El obispo Berkeley profundizó la contradicción desde el campo del idealismo. Luego lo hizo Kant, que se ubicaba en una posición intermedia. Finalmente, la tarea fue encarada por la crítica materialista al idealismo conducida por Diderot, D'Holbach y sus colegas en la segunda mitad del siglo XVIII, continuada por Feuerbach en Alemania y concluida por los marxistas en el siglo XIX.

En los siguientes capítulos seguiremos más específicamente el movimiento de la filosofía. Veremos con precisión cómo y por qué el materialismo y el idealismo, opuestos implícitamente desde su nacimiento, en medio de las luchas de clases en Grecia fueron arrancados de la caparazón de la filosofía, adquirieron caracteres definidos, lucharon a brazo partido entre sí por primera vez por su supremacía. Ahora, ya en nuestra época, se han trabado en combate mortal por la apropiación de los distintos aspectos del pensar racional y del conocimiento científico.

Capítulo II

LOS FUNDAMENTOS REALES DEL MATERIALISMO

Un materialismo consecuente no puede basarse en principios presumiblemente convalidados por apelaciones a la razón abstracta, a la intuición, a la evidencia en sí misma o a cualquier otra causa subjetiva o puramente teórica. El idealismo puede hacerlo. Pero la filosofía materialista ha de basarse en la evidencia que proviene de causas materiales objetivas, y la demostración práctica debe verificarla. Los fundamentos reales del materialismo y las causas que lo originaron sólo pueden hallarse en las condiciones materiales de la vida humana, que son producto de la secuencia de los distintos periodos sociales, que determinaron las variables formas y los cambiantes contenidos del pensamiento.

La base material, el origen histórico, la materia prima de la concepción materialista tienen su raíz en primera instancia en la actividad, y en los resultados de la actividad colectiva de los seres humanos. Esta incluye tanto sus acciones del pasado, tal como las registra la historia, como las del presente; todo lo que los hombres realizaron desde que la humanidad se diferenció del resto de los antropoides y lo que realizan todos los días, aquí y ahora. La vida, el significado, la fuerza, la validez del materialismo provienen de sus inseparables relaciones con la práctica habitual, ineludible, repetida millones de veces de cada miembro de la raza humana.

Los idealistas, haciéndose eco del dogma religioso de San Juan, proclamaban que "en el Principio fue el Verbo". Esto es fundamentalmente falso. La Palabra, el concepto, la formulación de principios, la comprensión crítica y la filosofía, incluso la materia-

lista, vienen del Acto. La actividad intelectual y los productos ideológicos ocupan en la vida y en la historia un segundo lugar, después de la actividad práctica de los hombres. Constituyen, de hecho, su fruto.

La actividad humana más importante es aquélla cuyo eje consiste en asegurar los medios de subsistencia. El persistente esfuerzo del hombre por alimentarse, vestirse, conseguir refugio y solventar otras necesidades básicas lo enfrenta con fuerzas naturales obcecadas, resistentes, contra las que tiene que luchar y a las que se debe adaptar para sobrevivir y avanzar.

No se trata, sin embargo, de que los hombres simplemente se sometan a estas fuerzas exteriores del mundo que los rodea; reuniéndolas, utilizándolas, alterándolas y produciéndolas las transforman de manera tal que llegan a beneficiarlo. Esta actividad colectiva consciente sobre la naturaleza, el trabajo, es peculiar de la especie humana. En la lucha por la vida la naturaleza actúa sobre el grupo social, el que a su vez se vuelve contra la naturaleza y la transforma en su beneficio.

Los hombres siempre sienten, en circunstancias específicas, la oposición entre ellos mismos y los otros objetos; pero en su infancia la humanidad es inconsciente de la oposición básica en que se encuentra respecto al medio ambiente. Por el contrario, da por sentada la unidad esencial entre ella y el resto de la realidad al asumir inconscientemente la vida práctica.

La diferenciación entre la humanidad como entidad separada del resto de lo existente, su contraposición clara y constante con la naturaleza, exige una inteligencia muy civilizada y sofisticada científicamente. Los pueblos primitivos no habían cortado el cordón umbilical que los unía a la Madre Naturaleza. Se consideraban una misma cosa con las plantas, los animales e incluso con los fenómenos físicos; se veían al mismo nivel que estos sectores y fenómenos del mundo natural.

Esta actitud materialista es espontánea, ingenua, casi instintiva. La separan años luz de cualquier generalización conceptual de materialismo. Existe por debajo del umbral de la conciencia. Entre esta actitud primitiva hacia la naturaleza, producto de la práctica cotidiana, y una explícita formulación materialista de la posición del hombre en el universo, había de desarrollarse un proceso que abarcó cientos de miles de años.

Sin embargo, estas relaciones con el mundo exterior incesante-

mente renovadas y puestas a prueba constituyen el punto de partida y el fundamento real de cualquier concepción materialista. A través de la actividad práctica resultante de la lucha social por la supervivencia se fueron revelando poco a poco las verdaderas relaciones entre el hombre y la naturaleza.

Toda la humanidad, desde el primer primate que usó una herramienta hasta el hombre de nuestra época, actúa apoyándose en esa creencia "natural" en la existencia del mundo exterior independiente y anterior al ser humano. En esto consiste su persistente materialismo. Hume, filósofo inglés del siglo XVIII, dio cuenta de esta creencia del sentido común de la siguiente manera:

"Parece evidente que un instinto natural o presupuesto lleva a los hombres a confiar en sus sentidos, y que, sin que medie razonamiento alguno, o incluso antes de que se utilice el razonamiento, siempre suponemos un universo exterior, que no depende de nuestras percepciones sino que existiría aun cuando nosotros y toda criatura sensible estuviéramos ausentes o fuéramos aniquilados."*

Es un hecho que en cada minuto de nuestra vida actuamos sobre el presupuesto de que existe un mundo exterior, indepen-

* El razonamiento de Hume lo condujo a la escéptica conclusión de que tal creencia en el mundo exterior no se justificaba racionalmente. No pudo encontrar ninguna evidencia en su propia experiencia o en la de los demás para apoyar esta afirmación. Al mismo tiempo se vio obligado a admitir que no sólo el resto de la humanidad sino también él, el escéptico razonable, tenía que actuar cotidianamente como si esta creencia fuera real.

Esta situación era humillante e incómoda para Hume, casi insostenible tanto en la teoría como en la práctica. Sin embargo, su exigencia de razones suficientes que explicaran nuestra fe en el mundo exterior dio un impulso al pensamiento filosófico.

El Doctor Johnson, contemporáneo de Hume, ridiculizó las consecuencias del razonamiento de éste, y trató de refutar la negación de Berkeley y las dudas de Hume sobre la materialidad del mundo exterior tirando una piedra. Este gesto significó una negación efectiva, práctica, del escepticismo de Hume. Pero el mismo Hume había reconocido que *en la práctica* se veía obligado a sentir y actuar como cualquier otra persona. Lo que exigía eran los fundamentos lógicos y la evidencia directa confirmada por la práctica que convalidaran la creencia del sentido común en la sustancialidad de las cosas materiales. Los argumentos de Hume debían ser enfrentados y rebatidos en el nivel superior de la teoría filosófica. Fue lo que, entre otros, trató de hacer Kant. Pero recién con el advenimiento del materialismo dialéctico se dio una respuesta materialista completa y correcta a la crítica escéptica de Hume.

diente de nuestra voluntad, que ejerce su influencia sobre nosotros. No podríamos actuar, trabajar ni comunicarnos sin asumir esta verdad. Nada resulta confirmado tan continua y completamente por la *práctica*, el supremo juez de la verdad, como la creencia en la existencia real de este mundo real que nos rodea. Esta actividad de la humanidad, siempre renovada, proporciona el testimonio más directo y la evidencia más definitiva de la validez de la concepción materialista del mundo y de nuestra relación con éste. La práctica también ofrece la refutación última a toda clase de escepticismo, agnosticismo e idealismo respecto a la existencia independiente de la naturaleza y nuestra capacidad para conocerla.

No es simplemente el contacto del hombre con un mundo externo, independiente, recalcitrante, que se le opondría siempre como un obstáculo inamovible lo que reivindica nuestra convicción de la naturaleza material de la realidad. La humanidad no está atada al medio ambiente como un cautivo a sus cadenas. La humanidad es una fuerza activa y reactiva que lucha con la naturaleza y la obliga a servir a sus necesidades.

La evidencia más convincente de la existencia real y necesaria del mundo material la da el hecho de que la humanidad asimile y altere las sustancias naturales. Los procesos fisiológicos por los cuales convertimos la materia exterior en nuestro propio cuerpo, nuestra propia vida, nuestras sensaciones y pensamiento constituyen la prueba cotidiana de la verdad del materialismo. Cuando respiramos, comemos o bebemos transformamos continuamente los elementos de la naturaleza en nuestra propia sustancia humana. Nuestra total dependencia de lo material queda demostrada por el hecho de que la falta de oxígeno, alimento y bebida produce asfixia, hambre y sed; de que sobrevienen la enfermedad o la muerte cuando el organismo carece de minerales, vitaminas y otros ingredientes vitales.

Los avances de la ciencia en lo que hace a la circulación de la energía necesaria a la vida demuestran que todos los procesos vitales están ligados a la conversión de una a otra forma y fuente de energía en la incesante interacción de la naturaleza. Salvo limitadas excepciones, toda la energía vital se origina en el sol y llega a la Tierra por radiación. Los vegetales la atrapan entonces y la transforman en energía química. De los vegetales la energía se transmite a otros organismos, entre ellos los animales que comen plantas o comen a otros animales. Así, la energía se transforma en

parte de los seres humanos y sus diversas funciones. En cada paso de este ciclo energético una forma de materia resulta convertida en otra, hasta que deja de ser útil a las criaturas vivientes. Estas, sin embargo, siguen dependiendo de la nueva energía proveniente del sol.

El hombre depende físicamente de la naturaleza y de los otros hombres, y de éstos también socialmente. La especie humana sólo se propaga por la unión de personas que pertenecen a sexos materialmente distintos. Sólo el adulto puede nutrir al niño. En todo momento el individuo está indisolublemente relacionado con los otros miembros de la especie.

Tiene con ellos una relación dual. Son iguales a él, actúan como él, lo ayudan. Gracias a ellos y con ellos obtiene los medios necesarios para vivir. Al mismo tiempo se diferencian de él, están separados de él, se le oponen. Tienen sus propios cuerpos, voluntades, mentes. Los niños deben aprender a reconocer y aceptar estas realidades materiales.

Estas relaciones físicas y sociales demuestran la existencia real independiente de la naturaleza y la sociedad, y el carácter material de las relaciones del individuo con ellas.

Capítulo III

MAGIA Y RELIGION

Los lazos físicos que unen al hombre con la naturaleza, entre ellos la función procreadora, constituyen el fundamento básico del materialismo.

Pero el segundo apoyo del materialismo lo constituyen las relaciones productivas que establecen entre sí los miembros de una sociedad en su lucha común con el medio ambiente. Los individuos no se enfrentan directamente con la naturaleza. Entre la naturaleza y el individuo está la sociedad, cuya estructura se basa en el modo de producir para satisfacer las necesidades. Las fuerzas y relaciones de producción actúan como intermediarias entre la naturaleza y los hombres, y determinan el carácter de sus relaciones en todas las etapas del desarrollo histórico.

Marx dijo que el hombre, al actuar sobre la naturaleza y transformarla para satisfacción de sus necesidades, primero forma y luego transforma su propia naturaleza. Pero el modo cómo el hombre actúa sobre la naturaleza y viceversa depende de los medios de producción con que cuenta. Por ejemplo, los indios del sur de California se quedaron en la etapa de la recolección de alimentos, no pudieron dedicarse a la agricultura en gran escala debido a la aridez del suelo. En la actualidad, debido a las técnicas de irrigación y a la construcción de acueductos, esta zona se convirtió en una de las regiones agrícolas más ricas del mundo.

La efectividad y extensión de la actividad del hombre, incluso de su actividad mental, dependen del nivel de su capacidad de producción material. Esta capacidad se multiplica a medida que la

sociedad avanza tecnológicamente. El nivel y las características de la actividad teórica de los hombres están determinados por sus actividades productivas y las instituciones sociales y culturales que éstas conforman. La imagen de la naturaleza y de las relaciones de los hombres con ella que predominan entre éstos está determinada por el grado de control que ejerce el orden social sobre sus propias actividades. Las tribus de la Edad de Piedra, que viven de la recolección de alimentos y permanecen en el estadio económico de la caza y la pesca, tienen una imagen de su medio que corresponde a su capacidad productiva extremadamente débil y a relaciones sociales muy simples.

Por lo tanto, la comprensión intelectual de la realidad está en función del control social sobre dicha realidad. Cuando tal control es mínimo la comprensión está muy poco desarrollada y profundamente distorsionada. Los pueblos primitivos, igual que todos, satisfacen sus necesidades de manera prosaica y materialista. Pero son fantásticas las formas en que el mundo que los rodea se refleja en sus mentes, su concepción de las cosas y las criaturas que lo pueblan, incluyéndose a ellos mismos. El bajo nivel de su capacidad de producción material constituye la base de una perspectiva no materialista de la realidad. La conciencia de los pueblos primitivos no penetra profundamente en su entorno ni capta con mucha agudeza sus relaciones. El hombre que vive tan próximo al salvajismo conoce mucho menos que el civilizado el verdadero carácter de sus actividades y de sus propias relaciones con ellas.

En la vida y la mentalidad del salvaje coexisten dos clases muy diferentes de actividades e ideas. Las relaciona sólidamente con la realidad cierta capacidad técnica desarrollada sobre un conocimiento genuino de las propiedades y procesos del mundo que lo rodea. Este conocimiento lo adquirió gracias al esfuerzo práctico colectivo por satisfacer las necesidades de la vida diaria. Los salvajes pueden ser recolectores de vista muy aguda, expertos cazadores, hábiles pescadores, artesanos y agricultores. Sin el trasfondo social de un conocimiento práctico que actúa sobre ellos mientras trabajan, es decir, que les permite satisfacer diariamente sus necesidades, no podrían haber sobrevivido en la lucha por la existencia ni haberse elevado tanto sobre la vida animal.

Las mujeres primitivas aprendieron a distinguir las plantas comestibles de las no comestibles, e incluso a convertir en ali-

mento raíces venenosas como la mandioca. Tuvieron que conservar el fuego y encenderlo, y utilizarlo para fines diversos. Debieron aprender a construir refugios y tejer vestidos. Los cazadores primitivos tuvieron que observar los hábitos de los animales de caza, aprender a hacer trampas para capturarlos, descubrir cómo utilizar sus productos y subproductos. La agricultura más simple exige muchos conocimientos: la selección del suelo y las semillas, el modo apropiado de despejar el terreno, la sucesión de las estaciones, la protección contra las pestes y los merodeadores, etcétera.

Estas actividades productivas: la recolección, la caza, la pesca, la agricultura y la artesanía elemental son las semillas de la ciencia y los antecesores de la filosofía materialista.

Sin embargo, el sector de la naturaleza que los hombres primitivos dominan es muy pequeño en relación con los misterios de lo desconocido y la insoportable presión que desde todos lados se ejerce sobre ellos. Su conocimiento práctico, fruto de su actividad productiva, es verdadero, racional y efectivo dentro de sus límites. Pero junto a él aparecen otras actividades e ideas falsas, irracionales e inútiles para concretar lo que intentan o pretenden hacer. Este conjunto de ritos y concepciones groteseas, producto de la inmensa cantidad de fenómenos desconocidos o no dominados, ha sido designado con el término de "magia".

La magia está allí donde no existe el control efectivo sobre la naturaleza que la tecnología proporciona al hombre. Los primitivos saben que deben plantar semillas y cultivar la tierra para obtener una cosecha. Al mismo tiempo conocen los límites que se imponen a sus esfuerzos. Por más duramente que trabajen o por hábiles que sean, no consiguen caza suficiente ni buenas cosechas. Las pestes, los animales feroces, el mal tiempo y muchos otros factores naturales que afectan para bien o para mal sus necesidades vitales están más allá del control de la comunidad. Y el lograr éxito en sus actividades constituye una necesidad desesperante para la supervivencia de la tribu.

La única alternativa que se les presenta a los pueblos no civilizados de escapar a las deficiencias de su economía social es la magia. Se espera que ésta satisfaga las exigencias y deseos que la vida social ha despertado sin contar con los medios para satisfacerlos. Las técnicas de la magia hacen suponer que existen poderes superiores y sobrenaturales que pueden influir, para bien o para

mal, en el curso de los acontecimientos; por lo tanto se impone contrarrestarlos, neutralizarlos o ganarlos.

Se atribuyen poderes especiales a las criaturas, elementos naturales o seres humanos que impresionan más poderosamente la imaginación primitiva. Pueden encarnarse en los antepasados, los jefes, los animales o las plantas, las montañas, la lluvia, el trueno, la luna o el sol. A estos seres existentes o que existieron alguna vez se los inviste con poderes y propiedades que no poseen ni ejercen realmente. Los salvajes cuentan con limitadas capacidades pero anhelan acrecentarlas. Entonces proyectan sus deseos insatisfechos en los objetos exteriores y luego esperan recuperar a través de la magia lo que han entregado.

"La magia se apoya en el principio de que al crear la ilusión de que se controla la realidad se puede llegar a controlarla efectivamente. Es una técnica ilusoria que complementa las deficiencias de la verdadera técnica. Cuando el nivel de producción es bajo, el hombre no es perfectamente consciente de la objetividad del mundo exterior. Piensa que lo puede cambiar a voluntad, y por lo tanto considera al rito preliminar la causa del éxito en la actividad concreta. Pero al mismo tiempo, como guía para la acción, la ideología de la magia importa la creencia válida y verdadera de que la actitud subjetiva del hombre puede cambiar el mundo exterior." (*Studies in Ancient Greek Society*, George Thomson, Vol. I, pp. 38-39.)

La mente del salvaje ve a la naturaleza de acuerdo a su propia imagen social, personificando sus fenómenos y humanizando sus componentes. Los pueblos primitivos están tan atrapados, tan sumergidos en su medio ambiente, que no diferencian claramente entre ellos y el resto de su mundo, incluyendo la vida vegetal y animal. Interpretan su entorno de acuerdo con sus relaciones sociales y sus modos de actividad habituales. Atribuyen a la naturaleza, o proyectan en sus elementos, los mismos lazos de parentesco por los que ellos se relacionan y su misma capacidad de voluntad, iniciativa y conciencia.

En su visión del mundo incorporan los objetos materiales como las piedras y los árboles, y los acontecimientos naturales como el trueno o el relámpago, como parientes o enemigos extraños, como portadores del bien o del mal. Ingenuamente creen que pueden pensar, actuar o hablar como ellos, o que son producidos por seres con motivaciones y objetivos similares a los suyos propios.

Nada que sea importante en la vida del salvaje queda fuera de las redes de lo mágico. Los maoríes de Nueva Zelandia, por ejemplo, consideraban a los árboles y las montañas seres iguales a ellos, con los que mantenían estrechas relaciones de parentesco. Los habitantes de las Islas Fiji piden permiso a los cocoteros antes de arrancarles sus frutos. Los indios hurones efectuaban todos los años un ritual por el que desposaban a sus redes y anzuelos con dos niñitas para obtener éxito en sus actividades de pesca.

Si una bestia salvaje mata a un *kooky* toda la tribu se venga del animal como si se tratara de un miembro de una tribu extraña. No es necesario que sea el mismo animal el que reciba el castigo, basta con que se trate de uno de su misma especie. Por otra parte, creen que todo el clan del animal se tomará la revancha con cualquier miembro de la tribu. Si un pariente resulta muerto al caerse un árbol, reducen el árbol a astillas y las esparcen al viento.

Este involucrar a los animales y las plantas en la organización totémica de su vida social, debido a su personificación de las fuerzas de la naturaleza, conduce a un curioso desarrollo dialéctico. La identificación acrítica e incondicional del resto del mundo con ellos mismos, que subyace en el materialismo instintivo de los pueblos primitivos, da origen al animismo, que constituye el punto de partida de la visión religiosa del universo. El principio del animismo atribuye el suceder de los acontecimientos a la intermediación de agentes naturales personalizados que transforma en sobrenaturales. El animismo es común a la magia y a la religión, y pasará a la filosofía a través del idealismo.

En las sociedades precivilizadas las prácticas y creencias de la magia no funcionan separadas de las que se basan en las proposiciones del conocimiento empírico. Ambas se unifican en la misma concepción del mundo circundante. Las mistificaciones de la magia involucran la procreación y la producción, los dos pilares de la existencia de todo grupo. La mente primitiva considera que el acto de dibujar una imagen del animal de caza o representar con mímica el asesinato de un enemigo de la tribu resulta tan efectivo para asegurar el éxito de la caza y de la guerra como el acto físico de arrojar una flecha o un garrote al ser que se quiere matar. Los ritos mágicos juegan el mismo rol que las oraciones, el agua bendita y la bendición de los sacerdotes en las ceremonias religiosas posteriores.

Se han detectado huellas de prácticas mágicas en las pinturas de

las cuevas paleolíticas descubiertas en España y Francia, realizadas hace alrededor de treinta mil años. Estos artistas primitivos pintaban o modelaban casi exclusivamente animales de caza. Muchos de estos proveedores de carne están representados en estado de preñez.

No dibujaban mamuts, ciervos y otros animales por el placer estético que proporciona la contemplación de la pintura, sino con el propósito utilitario de asegurarse la posesión mágica de las bestias salvajes de las que dependía su supervivencia. Al representarlas con lanzas y flechas clavadas en su carne los artistas cazadores pretendían asegurar a la tribu que la caza no fallaría.

Antes de la revolución agrícola, el control colectivo del salvaje sobre los procesos de la naturaleza, aunque suficiente para permitirle sobrevivir y progresar, era muy limitado. En consecuencia, tanto mayor era el lugar que ocupaban las prácticas mágicas, en función de la necesidad de superar esa debilidad.

Durante la barbarie la magia se transforma gradualmente en formas superiores de religión, sin cambiar su carácter esencial. La religión tiene una doble raíz histórica. Como la magia, constituye una expresión cultural de la falta de control del hombre sobre la naturaleza. Pero a diferencia de aquélla, la religión llega a reflejar el incremento de la pérdida de control del hombre sobre las fuerzas que rigen su vida social, consecuencia eventual, por ironía, justamente de la producción de alimentos.

La producción de alimentos acarreó consecuencias anómalas. Por un lado, por primera vez garantizó a los pueblos pastores y agrícolas la acumulación siempre en aumento de provisiones. Sin embargo, al desarrollarse posibilitó la división social del trabajo, el incremento de la artesanía y el comercio, y por lo tanto la acumulación de excedentes de riquezas en las comunidades más favorecidas. Esta fue la base económica de la aparición de grupos gobernantes no productivos.

A medida que se pasaba de la barbarie a la civilización se fueron diferenciando en las tribus, hasta entonces igualitarias, los jefes, los gobernantes, los sacerdotes y los nobles que organizaban el proceso productivo y determinaban el tributo que debían pagar los productores reales. Estas divisiones sociales se reflejaron en una nueva forma de conciencia social que atribuía a todas las personas y cosas un carácter dual y una existencia dividida. Por ejemplo, se suponía que el cuerpo estaba habitado por un espíritu, alma o

ánima distinto de aquél, al que abandonaba cuando el individuo soñaba, estornudaba o moría. Los poderes personificados de la naturaleza y los antepasados muertos se transformaron en fantasmas, genios, duendes, espíritus locales, gnomos, elfos, hadas, brujas, demonios, diablos y dioses.

Las grandes religiones del mundo, como el judaísmo, el cristianismo, el budismo, el islamismo, tomaron las ideas mágicas surgidas de la impotencia e ignorancia de los primitivos. Las refinaron transformándolas en los tan comunes pares de opuestos Dios-hombre, cuerpo-alma, espíritu-materia; de la misma manera sus ceremonias religiosas imitan los rituales y encantamientos que utilizaba el médico brujo de las tribus. Exaltaban a Dios, el alma y el espíritu considerándolos todopoderosos e inmortales, muy distintos al cuerpo perecedero, la degradada materia y la pecadora humanidad. Así, la religión y en consecuencia la filosofía idealista perpetuaron en la naturaleza la división social surgida con las clases y fueron las iniciadoras de la concepción maniquea del alma dentro del hombre y de las demás criaturas y objetos.

El Padre Nuestro que los niños aprenden en su hogar, en la iglesia y en la escuela demuestra que en el cristianismo actual persiste la magia. Es una decantación de elementos reunidos en todo el proceso que va desde la magia primitiva a las religiones civilizadas. Se remonta, según los estudiosos, hasta los cultos sumerios.

Por su contenido, objetivos y tono se diferencia en detalles, aunque no en su esencia, de los murmullos que emiten los salvajes en sus cánticos. El mago, el médico brujo y el *chamán* son los antecesores directos del sacerdote, el pastor y el rabino.

Tratemos de desmenuzar sus frases para entender cómo se educa a los niños en la superstición. El humilde peticionante en apuros dice primero "Padre nuestro", versión celestial del patriarca y del gobernante de la sociedad dividida en clases. Luego se eleva a este déspota a dimensiones divinas, muy por encima de los mortales: "que estás en los cielos". Recibe la reverencia que se debe a la autoridad superior: "santificado sea Tu nombre". El suplicante ruega que se satisfagan sus deseos: "venga a nos el Tu reino; hágase Tu voluntad". No después sino aquí y ahora: "así en la Tierra como en el Cielo".

De la misma manera en que el salvaje pide a su proveedor mágico una buena cosecha y abundante caza, el "salvaje" civilizado

ruega "el pan nuestro de cada día dánoslo hoy". Pide ser purificado de los tabúes que haya violado: "perdónanos nuestras deudas". A esto se agrega la influencia moralizante de la cultura cristiana: "así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". Y todo coronado por el reconocimiento de la debilidad, humildad, temor, respeto, sumisión al poder sobrehumano dominante: "porque Tuyo es el reino, el poder y la gloria".* La expresión de despedida "amén" significa: "así sea, no nos falles".

La perduración de la magia también se advierte en costumbres tales como colocar coronas en las tumbas o enviar flores a los funerales. Este rito se origina en la creencia primitiva de una vida posterior a la muerte; el alma que ha partido necesita de las mismas cosas que utilizaba en la vida terrena. Los salvajes y los bárbaros enterraban junto a los muertos notables alimentos, utensilios y armas, a sus esclavos y compañeros de guerra.

Estas costumbres funerarias hoy se reflejan en la colocación de ofrendas florales sobre las tumbas. Cualesquiera que sean las razones que se aduzcan para mantener este ritual, que incluso continúan practicando muchos materialistas y ateos, nos remonta a la concepción de la vida y la muerte propia de la infancia de la humanidad.

Las mentes de los pueblos precivilizados están dominadas por concepciones del mundo mágicas y religiosas. Este es el modo de representarse la realidad propio del salvajismo y la barbarie. Los pueblos que viven en estos estadios del desarrollo de la humanidad no cuentan con los medios materiales ni con las necesidades culturales que les permitan ascender al nivel de la generalización filosófica. Se representan sus relaciones mutuas y con el resto del mundo a través de formas mágicas y religiosas.

Es cierto que también entre esos pueblos el conocimiento positivo avanza, aunque lentamente. Es cierto que ese avance abre el camino a las primeras escuelas filosóficas y ramas de la ciencia. Pero en estas etapas iniciales de la evolución social, que abarcan desde la aparición del hombre hasta el fin de la barbarie, la filosofía está tan ausente como la escritura alfabética, el uso de la moneda o la mecanización. Estas son creaciones culturales propias de un grado superior de actividad social. La filosofía como forma

* Esta última frase no aparece en la versión católica, más común en los pueblos de habla hispana, sino en la protestante [*N. del E.*]

especial de teorización sobre las condiciones de la vida humana, y el materialismo como forma especial de razonamiento filosófico, pertenecen históricamente a los centros comerciales basados en una división social del trabajo muy desarrollada.

Capítulo IV

EL CAMINO A LA FILOSOFIA

Pocos problemas en la historia de la cultura son tan cautivantes y de tanta importancia como el de los orígenes de la filosofía. Es obligación del filósofo, y además una buena manera de poner a prueba su método, explicar cómo nació esta rama particular del pensamiento.

Solamente se hallará respuesta a este interrogante en el dominio de la evolución –y la revolución– social. Primero hay que remarcar el aspecto negativo: las formas ideológicas peculiares de la filosofía no existían entre los salvajes y los bárbaros. Este modo especial de pensar no surgió en alguna soñolienta comunidad selvática o entre los nómades del desierto. Ni siquiera apareció en los reinos agrícolas de la Mesopotamia y Egipto. Esto se debe a que ninguno de estos pueblos contaba con los requisitos materiales y espirituales necesarios para producir y practicar la filosofía.

La filosofía nació en los centros comerciales de la civilización egea, en el siglo VI a. C. Fue la realización cultural de una bullente urbe marítima. La primera escuela filosófica de que se tiene noticias estaba en Mileto, una de las ciudades fundadas por los griegos jónicos en la costa de Asia Menor opuesta a la Grecia continental.

Desde el vamos nos encontramos con un doble problema histórico. Primero, ¿por qué no apareció antes la filosofía? Segundo, ¿por qué surgió entre los jonios, y por qué se configuró el materialismo en esa misma época en el mismo lugar?

La respuesta al primero de estos interrogantes la da la sucesión histórica de las ideologías, desde la magia a la religión, de ésta a la filosofía. Este proceso fue consecuencia y espejo del desarrollo de la humanidad del salvajismo a la civilización, pasando por la barbarie. La capacidad de diferenciar entre los ritos y creencias mágicas, mitos, supersticiones religiosas y un genuino conocimiento empírico del mundo es esencialmente producto de una avanzada cultura urbana. Algunos pueblos atrasados todavía actualmente no han alcanzado este nivel.

Los pueblos más avanzados, incluso después de haber llegado a la civilización, tuvieron que andar mucho en su desarrollo económico-social para estar en condiciones de superar intelectualmente la magia y la religión. Fue necesaria una prodigiosa cantidad de cambios históricos, avances en la tecnología, transformaciones en la estructura social y definiciones de determinadas categorías del pensamiento antes de que la vanguardia de la humanidad pudiera sacudirse de encima las concepciones primitivas y alcanzar el método del razonamiento filosófico.

Estos cambios comienzan con la aparición de la agricultura, entre los milenios décimo y octavo a. C. Algunos hitos principales en este camino hacia la filosofía fueron la aparición de la vida urbana alrededor del 4.000 a. C., el descubrimiento de la fundición del hierro y su utilización para fabricar herramientas cerca del 1.100 a. C., la creación del alfabeto y la difusión de la palabra escrita varios siglos después.

La revolución agrícola permitió al hombre controlar por primera vez sus reservas alimenticias, estimuló la religión y produjo los primeros conocimientos necesarios a la filosofía y la ciencia. Hay una estrecha relación entre la agricultura, la religión y los rudimentos de la ciencia. Los recolectores de alimentos y los cazadores no necesitan señalar el paso del tiempo de manera muy exacta y su noción sobre la periodicidad era por demás elemental. Este conocimiento se transforma por primera vez en una necesidad económica y en una función social con la actividad agrícola, debido al ritmo uniforme y regulado de la producción. Los hombres se vieron obligados a prestar atención a determinadas regularidades en el movimiento de las estaciones y de los cuerpos celestes porque su sustento dependía de ellas. La necesidad de descubrir modos de medir el tiempo llevó a la invención del calendario y a los primeros descubrimientos astronómicos. Es por

eso que fueron los sacerdotes los creadores y custodios de la ciencia primitiva.

Este proceso puede observarse no sólo en las civilizaciones que florecieron en los valles irrigados por los ríos de la Mesopotamia y Egipto; también se dio en los valles de América Central y en las mesetas de los Andes y Méjico, donde se desarrollaron las culturas indígenas más avanzadas del Hemisferio Occidental. Examinemos el caso de los aztecas. Su religión tribal, basada en ritos en los que participaba todo el pueblo, hunde sus raíces en la actividad de cultivo del maíz. Sus ceremonias religiosas giraban alrededor del calendario inventado por los sacerdotes. Estos hechiceros, custodios del conocimiento, eran los supervisores de las ceremonias mágicas. Suplicaban a los elementos naturales, como la lluvia y las montañas, convertidos en fuerzas sociales personalizadas a las que ofrecían presentes y sacrificios humanos.

Estos rituales se relacionaban con las actividades agrícolas de las que dependía la vida de los aztecas. Su economía, su religión, su protociencia, estaban fusionadas en un todo.

Estos indios americanos bordeaban los límites entre la barbarie y la civilización. Contaban con una religión popular pero no con una filosofía; con un calendario y con los comienzos de una astronomía empírica pero no con una ciencia teorética; con el bronce pero no con el hierro; con una escritura pictórica aunque no tenían un alfabeto.

Serían necesarios muchos avences históricos fundamentales para que nacieran la filosofía y las ciencias naturales, entre ellos el surgimiento de la vida urbana. Los diversos estamentos de la población concentrada en las ciudades ejercían oficios muy variados: sacerdotes, reyes, nobles, funcionarios, mercaderes, artesanos. Las conquistas de varios milenios de cultura urbana permitieron a la humanidad superar su total absorción por la naturaleza y librarse de la dominación ejercida por ésta tanto en lo que hace al conocimiento como a la producción.

En la Antigüedad el punto más alto en el dominio de la tecnología lo constituyó la difusión del uso del hierro. En la Edad del Hierro se perfeccionaron las principales herramientas manuales. Gracias a este metal barato, los campesinos contaron con elementos agrícolas más eficientes: hoces, azadas, arados de reja, hachas, palas. Las herramientas de hierro hicieron que los herreros, los carpinteros, los zapateros, los albañiles y muchos otros artesanos

aumentaran su productividad. La combinación de la cultura urbana con las herramientas de hierro elevó la ingeniería a otro nivel. En el 1500 a.C. se horadó una montaña con un túnel de quinientos metros de largo para proporcionar agua a Samos. Mencionamos esta hazaña admirable porque Samos fue una de las ciudades jónicas donde nació la filosofía.

La difusión del hierro produjo un cambio fundamental en las relaciones entre industria y agricultura.

"El incremento en la productividad de la agricultura produjo un excedente que permitía mantener a gran cantidad de artesanos especializados. Lo que éstos producían dejó de ser patrimonio de los ricos para ponerse al alcance de todo el mundo. El artesano proveía al campesino de las herramientas con que éste aumentaba la productividad de su trabajo. Y así, por primera vez, se equilibró la relación entre industria y agricultura. Ya no sucedía que el agricultor produjera para el artesano, mientras que éste lo hacía sólo para una minoría selecta." (S. Lilley, *Men, Machines and History*, p. 21.)

Finalmente, la invención del alfabeto por los fenicios y su adopción por los griegos hacia fines del siglo VIII a.C. acabó con el monopolio de sacerdotes y escribas sobre el conocimiento, y puso la lectura y la escritura al alcance de gran cantidad de gente. Además de difundir ampliamente el conocimiento, la nueva escritura impulsó el desarrollo del pensamiento abstracto y transformó el lenguaje y el pensamiento en objetos especiales de estudio, abriendo así el camino a las ciencias de la gramática y la lógica, en las que los griegos descollaron.

En el siglo VI a. C. se dieron en un mismo lugar y en un mismo momento las condiciones sociales que hicieron obsoletas la magia y la religión, y permitieron el salto a un modo superior de razonamiento y una mayor capacidad de abstracción teórica. La filosofía, el materialismo y el método científico que los relaciona son creaciones originales de los griegos. Su cultura se nos aparece como el amanecer de nuestra era moderna, la fuente primera de nuestra civilización. Retrospectivamente, fue la continuación y la culminación de la revolución agrícola, la urbana y las de los metales, que disiparon de la naturaleza las nieblas de la magia y del pensamiento abstracto las mistificaciones de la mitología.

Tras los griegos estaban las realizaciones de los cretenses y los micénicos, los fenicios y los hititas, los súmeros, los babilonios, los

egipcios. La filosofía griega es el fruto maduro del esfuerzo y conocimiento de todos estos pueblos de Medio Oriente y del Mediterráneo. Los griegos tomaron de los babilonios y egipcios los rudimentos de las matemáticas y la astronomía, de los mesopotámicos y egipcios la medicina, de los fenicios la escritura. Al material proveniente de estas culturas tan ricas y variadas le agregaron sus propios aportes, creando así una forma de pensar y una concepción del mundo únicas y nuevas.

Este nuevo tipo de pensamiento no barrió desde su aparición con todos los resabios arcaicos. Todo lo contrario. Era preponderante en todas las formas de vida del pueblo griego la influencia de las viejas modalidades. Toda sociedad civilizada se compone de elementos provenientes de distintas etapas de la evolución cultural y material. En la historia de la Grecia clásica es muy evidente esa interpenetración de lo viejo con lo nuevo. Así como los griegos continuaban utilizando artículos de piedra y bronce junto con los de hierro, la magia y la religión se amalgamaban en su cultura con los primeros brotes del pensamiento filosófico y científico.

Las ideas y hábitos de la magia primitiva y la superstición religiosa no sólo precedieron y rodearon a la filosofía; en el mundo antiguo también influyeron sobre ella y ocasionalmente triunfaron sobre el racionalismo. Lo viejo y lo nuevo a veces se fusionaban en la mente de un mismo pensador o en la doctrina de una misma escuela. Por ejemplo, entre los pitagóricos se mezclaban los tabúes sobre la ingestión de carne, el culto a los héroes y el misticismo de los números con la ética, la ciencia y la filosofía, todo en una sola creencia. Parménides tomó como modelo del poema en que expuso su filosofía los himnos recitados por los profesantes de los Misterios. Hasta los epicúreos materialistas tenían ciertas características propias de una asociación religiosa.

Los griegos, desde el habitante de la campiña hasta el aristócrata cosmopolita, arrastraban de su pasado bárbaro una pesada carga de prácticas y creencias. La mayor parte del calendario religioso de las ciudades griegas estaba, como el de los aztecas, ligado a las etapas más importantes del ciclo agrícola.

Los tres grandes festivales de los atenienses se realizaban coincidiendo con la época en que se araba la tierra, con el abono de la viña y con la cosecha. Los ritos propios de estas celebraciones eran de características puramente mágicas. En la *Tesmoforia*, realizada en honor de la Diosa Madre Deméter, las mujeres casadas, después

de purificarse con ceremonias apropiadas durante nueve días, enterraban lechones, ramas de pino, imágenes de espigas, y en algunos lugares hasta órganos genitales humanos, para asegurar la fertilidad de la tierra. Durante el festival de primavera de la *Antesteria*, celebrado por todas las comunidades jónicas durante tres días, se esparcían habas en los umbrales de las casas para alejar de ellas los malos espíritus y las almas de los muertos, que se suponía que acudían al lugar.

Hesíodo hace una enumeración de días propicios y no propicios de cada mes. Se suponía que el contacto con los muertos y las tumbas contaminaba a las personas y provocaba la venganza de los malos espíritus si no se tomaban ciertas precauciones para purificarse. A un niño huérfano le estaban vedadas determinadas actividades.

Los griegos practicaban la magia negra y la hechicería. Torturaban y enterraban imágenes de futuras víctimas para atraer el mal sobre ellas. Se valían de los encantamientos y hechicerías de los brujos para echar a los demonios que habían hecho presa de los enfermos. Acostumbraban ofrecer sacrificios de animales y seres humanos para expulsar el mal de sus comunidades, expiar sus culpas y volver propicias a las fuerzas sobrenaturales ofendidas.

Difícilmente se podría encontrar una creencia o una ceremonia mágica practicada en la época tribal que no haya perdurado en algún lugar de Grecia. Magia y religión están tan entremezcladas entre los griegos que sería imposible separar en sus prácticas los componentes de una y otra. Estas prácticas tienen sus raíces en el culto a los antepasados heroicos, impulsado por los jefes militares de la era bárbara. La religión griega era un conjunto de ritos y creencias tomados de los cretenses, de las tribus patriarcales de invasores aqueos y de los micénicos. Zeus, por ejemplo, originalmente pertenecía a una banda de demonios minoicos, en honor de los cuales danzaban y practicaban rituales mágicos fertilizantes.

Los poetas homéricos elevaron a estos ancestrales dioses naturales hasta las alturas del Monte Olimpo, los invistieron con rasgos humanos y establecieron entre ellos una jerarquía según el modelo de la sociedad de conquistadores militares y piratas reales a la que cantaban. Había toda clase de dioses además de los del panteón: dioses locales, familiares y de clan, dioses de la naturaleza, ninfas de los bosques y deidades de los ríos, diosas de la justicia, etcétera. El origen salvaje de estas figuras se revela clara-

mente en el semibestial dios-cabra Pan, vestigio del totemismo primitivo, que sobrevive en la actualidad en la figura del diablo cristiano, con sus cuernos y su cola.

Los griegos consultaban oráculos en los lugares sagrados, tales como el templo de Zeus en Dodona o los de Apolo cerca de Mileto y en Delfos. Los sacerdotes pretendían adivinar el pasado y el futuro leyendo las señales del humo, de las hojas susurrantes o de las entrañas de los animales. Los griegos aceptaban y adaptaban a sus propias necesidades los cultos y dioses extranjeros, de la misma manera en que se apropiaban de sus ideas y costumbres. los Misterios eléusicos los tomaron de Menfis y Fenicia, los órficos de Egipto y el culto del mitraísmo de Persia, y celebraban sus ritos en los santuarios de los templos.

Lo asombroso es que la filosofía haya podido abrirse paso a través de esa gruesa capa de superstición santificada por el transcurso del tiempo. Algunos estudiosos niegan que las diferencias entre las concepciones tribales, las religiosas y la filosofía presocrática de los griegos sean tan marcadas y profundas como se supone generalmente. Las consideran afines más que opuestas (ver apéndice).

El pensamiento de todos los filósofos griegos, aun de los más materialistas, contenía rasgos tomados de las más diversas fuentes y etapas del desarrollo ideológico. Thomson aduce que Tales y Anaximandro pertenecían a familias de sacerdotes reales. Sería ahistórico suponer que cualquier fenómeno cultural, especialmente en su periodo de formación, puede estar enteramente libre de elementos contradictorios.

La filosofía griega nunca dejó completamente de lado la mitología y la religión para asegurarse la supremacía frente a ellas. Coexistieron como competidores obligados, hasta cierto punto, a vivir en buenos términos. La razón y la imaginación de los griegos no funcionaban en compartimientos aislados. La misma mitología, dejada de lado en favor de la filosofía natural, resultaba indispensable al arte griego, la literatura, el teatro, la escultura, la música, los festivales, etcétera. La filosofía no podía eludir la impronta de la mitología en ese ambiente cultural. Por otra parte, la filosofía dejó sus huellas en el teatro, aun cuando las obras trataban temas mitológicos.

Un aspecto significativo en que la filosofía se diferenció de sus predecesoras fue el proceso de su surgimiento. La magia y la

religión son producciones colectivas de origen tribal trasladadas a la vida urbana. Los más importantes entre los personajes ligados a estas ideologías no son históricos sino místicos, o por lo menos lo místico se impone en ellos sobre la realidad social.

En cambio la filosofía constituye la obra de individuos determinados. Desde sus comienzos se ve asociada con hombres que son personalidades históricas reales, no figuras imaginarias como los héroes de los cuentos populares y los dioses y salvadores del culto. El individualismo y el realismo propios de la especulación filosófica desde sus más arcaicas manifestaciones no son accidentales; constituyen características inherentes a su ideología. Son producto de circunstancias históricas específicas; se formaron en una estructura social superior a las antiguas relaciones tribales y de parentesco, en las que ya había comenzado a florecer la propiedad individual con todas sus consecuencias.

Veamos ahora cómo surgió esta nueva civilización.

APENDICE: BURNET Y CORNFORD

¿Fue la primitiva filosofía griega una ruptura definitiva con todas las concepciones precedentes, o constituyó la continuación, más racionalizada, de métodos e ideas ancestrales? Durante casi medio siglo los clasicistas ingleses discutieron este punto y todavía no está resuelto.

Los adalides de ambas concepciones en pugna son Burnet y Cornford. Burnet, el autor de *Early Greek Philosophy*, sostenía que la contribución intelectual de los milesios era única, original, cualitativamente diferente de todo lo producido por los babilonios, egipcios, hindúes, o sus propios predecesores en Grecia. "Algo nuevo apareció en el mundo con los primeros pensadores jónicos [. . .]"

Cornford afirmaba que, salvo en la medicina, los griegos prearistotélicos no eran científicos, porque no recurrían a la experimentación para controlar y ratificar sus especulaciones. Los filósofos, desde Tales a Epicuro, presentaban versiones racionalizadas de ancestrales ideas heredadas de Hesíodo y las cosmogonías místicas de Babilonia, que a su vez hundían sus raíces en las estructuras

totémicas originales de las tribus salvajes. Definía especialmente la filosofía presocrática como una reestructuración más racional y sofisticada de los mitos tribales, que se diferencia en la forma pero no en el contenido esencial de las concepciones más primitivas.

¿Quién de los dos está en lo cierto? ¿Los filósofos griegos crearon algo realmente nuevo en el dominio del pensamiento, o no hicieron más que transformar los materiales de la ideología primitiva heredados del pasado?

Planteada la cuestión de esta manera, debemos coincidir con Burnet en que los filósofos naturales jónicos fueron auténticos innovadores, que rompieron con los modos tradicionales de pensamiento y crearon un método original para concebir el mundo y explicar la posición del hombre en él. Rechazaron el sobrenaturalismo mítico y religioso e intentaron interpretar a través de los agentes naturales el origen, desarrollo y características del mundo. Fue un cambio revolucionario de los métodos utilizados en el pasado.

El proceso fundamental de desarrollo del pensamiento humano fue de la magia a la religión y de ésta a la filosofía. Cada una de estas etapas supera a la anterior, por más elementos obsoletos que arrastre de aquélla. Si bien la religión es un puente entre la magia y la filosofía, las bases y fundamentos sobre los que ésta descansa difieren de los de aquéllas y se les oponen. Esta secuencia del desarrollo ideológico, que Cornford no ve, está planteada, aunque unilateralmente, por Burnet.

Sin embargo, aquí no termina el problema. Los pensadores griegos no surgieron del vacío. Para avanzar ese gigantesco paso tuvieron que utilizar los materiales heredados del pasado; y librarse de esa vieja carga les llevó un tiempo considerable y significó una ardua labor intelectual. Nunca lograron eliminarla por completo de sus mentes.

Cornford brindó un gran servicio a la comprensión del pensamiento griego al revelar el trasfondo en extremo primitivo del que surgieron los presocráticos. Este trasfondo condicionó su perspectiva ideológica, aunque no la determinó en lo fundamental. Demostró que los procesos intelectuales que fructificaron en Mileto habían comenzado siglos antes, y podía seguirse su rastro hasta la racionalización de los antiguos mitos y dioses por los poetas Homero y Hesíodo. También señaló que el filósofo como tipo especial provenía de los sabios de la antigua Grecia; a su vez éstos,

los poetas y profetas, descendían del *chamán*, supuesto intermediario entre los hombres de la tribu y lo sobrenatural.

Muchos de los primeros filosófos conservaban o combinaban uno o varios rasgos propios de estas funciones. Empédocles era poeta y sabio; Sócrates, más prosaico, era a la vez un sabio y un inspirado profeta. En las nuevas filosofías yacía encubierta una considerable cantidad de mitología. Heráclito apelaba a la Justicia como reguladora de los procesos físicos; en la cosmogonía de Empédocles figura Eros-Amor; Platón se volvía a la inspirada profetisa Diotima en sus especulaciones cosmológicas. Las tradiciones del culto sacerdotal no sólo persistían en los idealistas pitagóricos sino también en los materialistas epicúreos.

Pero estos remanentes del pasado, conservados en mayor o menor grado, no eran tan decisivos e importantes como las nuevas ideas y métodos proyectados por los filósofos, especialmente por los de mentalidad materialista. Ellos descubrieron algo radicalmente nuevo. Cornford señala la concha que todavía cubre la perla, pero no da la debida importancia a los rasgos y funciones claramente originales de la perla misma.

El modo filosófico de explicar el mundo no era una simple extensión de lo viejo bajo un nuevo aspecto; se trataba de algo cualitativamente diferente, que surgió de un conjunto de condiciones históricas que no se habían dado hasta entonces. Las conclusiones de los naturalistas significaban mucho más que una reproducción racionalizada de afirmaciones de los mitos cosmogónicos. Por lo menos en lo que hace a los materialistas, sus posiciones constituían una negación y un rechazo revolucionario de esos mitos. Todo lo antiguo asimilado se transformaba en algo radicalmente nuevo y en principio diferente.

Lo más significativo en los primeros sabios griegos no es su relación con el pasado sino su ruptura con éste. No surgieron simplemente de las etapas anteriores; las superaron, dejándolas atrás. Las nuevas condiciones, fuerzas y descubrimientos barrieron con las concepciones míticas anteriores y dieron nacimiento a un nuevo tipo de pensamiento. Lo más importante en ellos no es por dónde recorrieron las antiguas rutas, sino en qué punto las abandonaron y echaron a andar por otras nuevas.

Comparando y analizando las ideas de los poetas mitológicos y los materialistas se descubren las diferencias básicas entre ambos. Pero lo que las prueba contundentemente son las consecuencias de

uno y otro pensamiento. "Por sus frutos los conocerás." Las últimas obras de los primeros naturalistas son el mejor testimonio de las raíces nuevas y la tierra diferente que las nutrieron.

Las escuelas idealistas tomaron mucho más de las tradiciones religiosas y mitológicas que las materialistas. Esencialmente representan la continuación de las antiguas formas de pensar en las nuevas categorías y técnicas filosóficas. En lo que a ellas se refiere, Cornford pisa terreno firme. Pero se pierde cuando rechaza a todas las escuelas presocráticas, materialistas e idealistas por igual, como no científicas.

La razón principal que aduce es que estos primeros griegos no incluían la experimentación entre sus métodos. Sin embargo, combinaban la aguda observación de los procesos naturales con un análisis racional basado en premisas materialistas. Esto bastaba para otorgar a sus procedimientos y conclusiones carácter y bases científicos.

La experimentación como práctica regular y como prueba de toda hipótesis sustentada constituye un paso necesario de todo método científico acabado. Pero es producto de una etapa superior del desarrollo de la ciencia y no es absolutamente indispensable para la investigación. La observación precede al laboratorio. La astronomía, una de las primeras ciencias, y de las más avanzadas, no se basa en la experimentación. Tampoco lo hace la economía política, entre las ciencias sociales. El intento de Cornford de negar la tendencia genuinamente científica del materialismo griego primitivo porque no aplicaba la experimentación hace agua por todos lados.

Cornford no aprecia en su verdadero valor la novedad de la filosofía griega, pasa por alto la discontinuidad entre la mitología antigua y las cosmogonías naturalistas y no percibe las diferencias entre las corrientes idealista y materialista.

Burnet comete el error opuesto, aunque de menor trascendencia. No atribuye la importancia debida a los elementos que se continúan en el pensamiento griego, transmitidos de las viejas concepciones a las nuevas.

Reconociendo sus respectivas limitaciones es posible superar la unilateralidad de sus posiciones y llegar a una apreciación más acabada de los presocráticos.

Capítulo V

LA REVOLUCION DE LA CIVILIZACION EGEA

La revolución del pensamiento humano que produjo la filosofía está ligada a un periodo específico de la historia antigua. En esa etapa los sectores más avanzados de la humanidad pasaron de la Edad del Bronce a la del Hierro; el desarrollo de la esclavitud la llevó desde sus comienzos patriarcales a una forma superior basada en una división más extensa del trabajo social y una expansión sin precedentes del comercio. Fue el producto final de una serie de cambios revolucionarios en los pueblos del Mediterráneo oriental y del Medio Oriente.

Se podrá entender mejor la naturaleza y alcances de estos cambios comparando algunas características especiales de ambas etapas históricas. La tecnología de la Edad del Bronce estaba rígidamente limitada por la escasez y alto costo del metal principal, lo que determinaba que se lo usara sólo para armas de guerra y artículos de lujo. El bronce era un material de lujo destinado a satisfacer las necesidades de los ricos, totalmente fuera del alcance del artesano y agricultor común.

Una vez que llegó a dominarse el proceso de fundición del metal, el hierro se hizo mucho más abundante, barato y fácil de trabajar. Con su introducción, por primera vez se hizo accesible a todos los estratos de la sociedad el uso del metal. Este material democrático proveyó de herramientas más eficientes al artesano, de materiales de construcción más fuertes al constructor de naves, de mejores implementos agrícolas al campesino; dio un ímpetu poderoso a las fuerzas productivas de la industria y la agricultura.

A su nivel, fue un periodo de innovaciones y avances tecnológicos hasta entonces inigualados. La cantidad de trabajadores que utilizaban herramientas de metal se multiplicó enormemente luego del descubrimiento de las técnicas para fundir y forjar el hierro, alrededor del 1.200 a.C., lo que estimuló la invención de nuevos tipos de herramientas metálicas. Desde el 600 a.C., y durante cinco siglos, se fueron agregando el cepillo de carpintero, la pala, la guadaña, la reja de arado, a las herramientas heredadas de la Edad de Piedra y de la del Bronce.

Las civilizaciones de la Edad del Bronce producían fundamentalmente para el uso de la comunidad y para el consumo local inmediato. El comercio se restringía en gran medida a los artículos de lujo, que no jugaban un rol importante en la economía. Con el advenimiento de la Edad del Hierro la división del trabajo se hizo más compleja. Las ciudades se poblaron con distintas clases de artesanos. El rápido crecimiento del comercio significó la expansión de las relaciones mercantiles, con la consiguiente transformación de la estructura de los principales centros marítimos.

En la Edad del Bronce la agricultura era prácticamente el único modo de producción de medios de subsistencia y riquezas. Ahora, la manufactura y el comercio adquirieron, por primera vez, una importancia considerable, y en algunos lugares clave decisiva. Los avances y conquistas de las ciudades-estado griegas estan íntimamente ligados al progreso de su comercio exterior. Las empresas comerciales, navieras, manufactureras y de colonización las pusieron en contacto con las regiones más remotas y los países más civilizados. Su diversificada vida interna fue el punto de partida de su participación en un mercado que se extendía de uno a otro extremo del Mediterráneo y de Egipto al Mar Negro, incluyendo los reinos de la Mesopotamia.

Fue en este momento que se realizaron tres inventos que hicieron época: la moneda metálica, la escritura alfabética y las unidades de peso y medida. Fueron consecuencia de las necesidades de la actividad mercantil. La moneda metálica se inventó a comienzos del siglo VIII, en la frontera entre el mundo griego y el oriental. Las primeras monedas facilitaron el intercambio entre Lidia y los puertos griegos. La escritura alfabética se desarrolló y difundió a fin de poder llevar las cuentas en el comercio. Se establecieron sistemas estables de pesos y medidas para facilitar el rápido intercambio de mercancías.

Esas innovaciones y cambios técnicos crearon nuevas fuerzas sociales, lo que con el tiempo significó la total estructuración de las relaciones sociales. La esclavitud patriarcal de Mesopotamia y Egipto era suplantada, o complementada, con la esclavitud comercial. En este sistema un número cada vez mayor de hombres producía mercancías para los mercados en expansión y estos hombres eran transformados, a su vez, en mercancías importantes. La oligarquía terrateniente hereditaria, que vivía en sus propiedades, las que producían para autoabastecerse, se vio transformada en una clase de propietarios de tierras con conexiones comerciales en los mercados cercanos o extranjeros. Muchos de los que cultivaban las tierras de los propietarios terratenientes dejaron de vivir en servidumbre total para transfomarse en pequeños propietarios. Los productos de los rebaños que apacentaban los pastores también entraron en la cadena del intercambio comercial.

Sin embargo, los mayores cambios de la estructura social no tuvieron lugar en el campo sino en los puertos. Surgieron las ciudades; en ellas ya los intereses agrícolas no tenían primacía sobre todos los demás, sino que se subordinaban a los del comercio y la manufactura. Se asentó la aristocracia mercantil independiente, que no se enriqueció produciendo para los monarcas, nobles y sacerdotes, sino para los mercados lejanos. Junto a ella, se expandieron con un grado cada vez mayor de independencia los artesanos y marinos.

Estos mercaderes, financistas, propietarios de barcos y de manufacturas, desafiaron el dominio de las viejas aristocracias terrateniente y militar, y derrocaron uno a uno a los representantes del orden arcaico. Las monarquías absolutas fueron las primeras en verse privadas de sus poderes. Al mismo tiempo el clero, que en Egipto y Babilonia era omnipotente, se vio degradado al nivel de una institución dependiente. Finalmente, los intereses mercantiles, manufactureros y marítimos entablaron una lucha a brazo partido con la nobleza terrateniente.

Como resultado de estas luchas, nuevos tipos de gobierno reemplazaron a los despotismos absolutos y a las oligarquías terratenientes. Adoptaron la forma de monarquías constitucionales, tiranías, oligaquías o repúblicas democráticas. A estos nuevos tipos de gobierno los acompañaron nuevas expresiones legales. Los códigos consuetudinarios heredados del tribalismo primitivo ya no satisfacían las necesidades o exigencias de los comerciantes. Estos

bregaban por una justicia mejor administrada y por hacer cumplir los contratos, a la vez que por una división de los derechos políticos que les fuera más favorable.

Las condiciones de la vida urbana removieron todas las ideas y valores morales profundamente arraigados. Hasta ese momento el nacimiento y las relaciones sociales constituían la base del *status* social. Pero entonces dejó de juzgarse a los ciudadanos solamente por el nacimiento y la genealogía: la riqueza pasó a ser un elemento importante. "El dinero hace al hombre."

Las clases altas de los puertos marítimos jónicos desplegaron una cosmopolita sabiduría práctica digna del Pobre Richard de Benjamín Franklin.* "Gánate la vida, y luego piensa en ganarte la virtud", escribió un poeta milesio del siglo VI. El único verso que se conserva del poeta jónico Pitermo dice: "Ninguna otra cosa importa, sólo el dinero".

La consecuencia más importante de estos cambios revolucionarios fue la producción de nuevas formas de conciencia. La magia caracterizaba la concepción del mundo propia del tribalismo; la religión, la de los primeros reinos y ciudades-estado. Ahora apareció algo genuinamente nuevo en la práctica y las mentes de los hombres: los primeros destellos de la filosofía y la ciencia.

Estas aparecieron porque el terreno histórico para su surgimiento y cultivo había sido preparado por los elementos ya descriptos: la introducción del hierro, la moneda metálica, la escritura alfabética, los pesos y medidas; un nuevo tipo de producción esclavista, la disgregación de las instituciones remanentes de la sociedad tribal y la liquidación de los despotismos teocráticos basados en la agricultura; el ascenso a niveles superiores del comercio, la manufactura y la colonización; el nacimiento de poderosas fuerzas sociales progresivas en las ciudades-estado marítimas de Grecia, que dieron una intensidad distinta a los antagonismos de clase y crearon nuevas instituciones legales, políticas y culturales. Tales fueron las condiciones históricas indispensables para la formación de la filosofía.

* Benjamín Franklin editaba anualmente el *Poor Richard's Almanack* (Almanaque del pobre Richard) que tenía informaciones útiles para los campesinos y también dichos, juegos y expresiones de sabiduría popular. [*N. del E.*]

Las ciudades-estado jónicas

Estas condiciones históricas también dieron origen a un nuevo tipo de ciudad-estado, diferente en aspectos fundamentales de los antiguos centros urbanos que habían florecido durante miles de años en los albores de la civilización.

Las ciudades de la Mesopotamia y Egipto estaban ubicadas en los valles de los ríos. Su economía agrícola dependía enteramente del control minucioso y constante de las reservas de agua. Las regían y mantenían gobiernos encabezados por monarcas absolutos, castas sacerdotales y la nobleza. Los conservadores reinos teocráticos ejercían, a través de la religión, un dominio total sobre las mentes de los hombres, y a través de la burocracia oficial sobre sus vidas y sus sustentos.

Los principales edificios de estas ciudades eran muy representativos de su estructura social. Al respecto dice Farrington: "Los monolitos, las pirámides, los templos, los palacios, las estatuas colosales —las moradas, tumbas e imágenes de reyes y dioses— son testimonio de la habilidad organizativa de los grandes, de la capacidad técnica de los humildes y de las supersticiones sobre las que se apoyaba la sociedad".

Las ciudades griegas que se levantaron en las fronteras del Asia Menor alrededor del siglo VIII a.C. tomaron muchas de las realizaciones de sus predecesores. Pero muchas características, tanto de su historia como de su estructura, las diferenciaban de los centros urbanos anteriores.

Las ciudades-estado jónicas eran una combinación de elementos sociales provenientes de cuatro fuentes. En primer lugar, conservaban muchas costumbres, códigos e instituciones propios de los estadios superiores de la barbarie griega. En segundo lugar, esos elementos se combinaban con vestigios de las civilizaciones minoico-micénicas. Luego esos aportes de las antiguas culturas egeas se combinaron con otros adquiridos de los pueblos vecinos de Oriente. Finalmente, todo eso fue adaptado a las exigencias de las actividades comerciales marítimas.

Los griegos jónicos fueron discípulos aptos y bien dotados de las culturas superiores que los rodeaban, a las que pronto superaron. Nos recuerdan a los norteamericanos cuando imitaban a Europa Occidental, a los japoneses cuando se asimilaron al capitalismo o a los chinos contemporáneos emulando los avances soviéticos.

Los colonizadores jónicos eran emigrantes de diversos orígenes, provenientes de numerosas regiones diferentes que, desarraigados de su pasado, no estaban tan atados a la tradición como otros pueblos. Los inmigrantes griegos entraron en relaciones amistosas con los nativos, con los que se entremezclaban y contraían matrimonio.

El clima y los puertos excelentes los favorecieron. Los habitantes de la ciudad tenían fácil acceso a los productos de las zonas habitadas por los agricultores y pastores. Por vía terrestre se comunicaban con las monarquías orientales y los reinos lidio-frigios, con los que intercambiaban mercancías por alimentos y materias primas. Su sistema de pesos y medidas y el uso del dinero los aprendieron de los lidios.

Este pueblo resultante de la fusión de los emigrantes griegos con los nativos, sometido a la influencia de las culturas oriental y helénica, fue el primero que creó un idioma, instituciones religiosas, intereses, ideas y una cultura comunes a todos los griegos, abriendo así el camino a la formación de una nacionalidad griega diferenciada.

Los jónicos establecieron colonias y desarrollaron la industria doméstica, creando así florecientes centros comerciales y manufactureros que se ligaban a muchos otros pueblos por tierra y por mar. Sus barcos llevaban a estos pueblos los productos de la agricultura y la industria griegas: aceite, vino, armas, alfarería, joyas, telas, y traían a cambio cereales, pescado, madera, lana, metales y esclavos.

Los jónicos eran comerciantes emprendedores, marinos duros y osados navegantes, exploradores y aventureros. Tales, según Solón de Atenas y Aristóteles, fue a Egipto "a hacer negocios y ver el mundo". En ese periodo la construcción de naves ocupaba en la tecnología el mismo lugar preponderante que en el siglo XIX la construcción de locomotoras. Los jónicos se transformaron en una potencia naval y marítima; produjeron habilidosos armadores de barcos e ingenieros capaces que construyeron muelles, puentes y túneles.

En la Mesopotamia y Egipto los monarcas, sacerdotes y nobles tenían bajo su dominio a artesanos dependientes e inertes masas campesinas de siervos y esclavos. Las ciudades jónicas estaban gobernadas por aristocracias comerciales astutas y cultas y habitadas por artesanos inteligentes, constructores de barcos y marineros

robustos. Cuando su economía alcanzó un grado mayor de avance y diversificación, los artesanos, igual que los mercaderes y los manufactureros, lograron un *status* superior. Los artesanos de Babilonia, Egipto y Creta usaban herramientas de cobre y bronce, escasas, costosas y no muy durables. Estaban bajo el dominio de los potentados y sacerdotes, que concentraban en sus manos las reservas de alimentos.

Los artesanos griegos eran hijos de la Edad de Hierro. El metal abundante, barato y duradero les permitió ser dueños de sus herramientas y controlar tanto su actividad productiva como sus medios de producción. Mantenían un trato familiar con reyes, nobles y sacerdotes. Pero como muchos de ellos trabajaban en sus domicilios, por cuenta propia, para extensos y pujantes mercados internos y externos, dependían mucho menos de los palacios reales, las casas nobiliarias y los templos, alrededor de los cuales giraban antes las ciudades. Estas condiciones de vida y trabajo proporcionaron a los trabajadores urbanos un sentido de independencia, iniciativa e individualismo que los acercaba a los marinos y estibadores de sus ciudades natales.

Había en las ciudades otras clases sociales, además de la nobleza, los mercaderes, los pequeños comerciantes, los artesanos y los trabajadores del mar. Estaban los extranjeros, que no gozaban de derechos civiles, y los esclavos, que no gozaban de ningún derecho.

A los esclavos se los entrenaba y ocupaba en distintos oficios. Pero la esclavitud no fue tan preponderante en la vida agrícola e industrial de las ciudades jónicas del siglo VI como llegó a serlo en la Atenas del siglo IV. Muchos de los productos manufacturados que se exportaban eran fabricados por hombres libres. La esclavitud no constituyó un obstáculo para el desarrollo de la actividad de los artesanos independientes ni colocó a los comerciantes en un nivel superior al de los productores. Aquéllos se mantenían muy ligados a la industria y estaban muy al tanto de su funcionamiento.

Cuando hoy pensamos en la antigua Grecia, generalmente suponemos que Atenas y Esparta fueron, desde un comienzo, sus capitales. No es así. Estas ciudades continentales recién se hicieron hegemónicas en los siglos V y IV a.C. En los siglos VII y VI, cuando su desarrollo social aún era muy inmaduro, las colonias griegas de las costas del Asia Menor ya estaban muy avanzadas.

No fueron las ciudades griegas propiamente dichas las que

iluminaron a las colonias lejanas; los puestos de avanzada en Asia dirigieron y educaron a la Grecia metropolitana. Elevaron el nivel de los griegos continentales y ayudaron a civilizar a los bárbaros que la rodeaban.

Los jonios superaban en mucho a los demás griegos del siglo VI en lo que hace a tecnología y economía, estructura social, actividad política, cultura e ideas. Fueron la avanzada comercial de la civilización egea. Mileto era el centro más progresista del mundo griego de esa época. Era la ciudad madre de las noventa colonias que rodeaban el Mar Negro; su comercio se extendía a lo largo y a lo ancho del Mediterráneo; sus habitantes estaban en contacto con los antiguos centros civilizadores.

No sólo estaban a la cabeza de la colonización y la navegación, las artes y la industria, la arquitectura y la ingeniería. El arte y la literatura griegos, al igual que la ciencia y la filosofía nacieron y se nutrieron en estas ciudades jónicas. Allí se perfeccionaron los poemas homéricos; allí escribieron sus obras imperecederas Safo, Anacreonte y muchos otros. Del mismo modo fueron ellos quienes afinaron los primeros instrumentos de la escritura en prosa de los griegos.

Las civilizaciones de la Mesopotamia y Egipto estaban regidas por déspotas inflexibles. En estos imperios nunca fue abolida la monarquía como institución. Las características y evolución política de las ciudades marítimas de Jonia eran muy distintas. Eran estados independientes, cada uno con gobierno propio. Originalmente las gobernaban monarquías hereditarias, reemplazadas luego por aristocracias de sangre. Las coaliciones de propietarios de naves, mercaderes y dueños de manufacturas, cuyo poderío no se basaba en la propiedad de la tierra sino en la riqueza mueble, comenzaron a desplazar a esas aristocracias del siglo VII. El creciente comercio reforzó las clases mercantiles numéricamente, en riqueza e influencia. Rompió la cohesión de las antiguas aristocracias terratenientes, ya que muchos nobles se dedicaron a esa actividad o establecieron provechosas ligazones con los comerciantes.

En estas ciudades libres, independientes y relativamente democráticas la lucha de clases empezó a plantearse de manera abierta y enérgica. El siglo VI fue testigo del surgimiento de un nuevo fenómeno político: las tiranías. La mayoría de los tiranos fueron príncipes comerciantes (algo así como la familia florentina de los

Medici), que aprovecharon el tumulto de los conflictos de clase para ponerse a la cabeza de las fuerzas populares y apoderarse del poder.

La transición del autoabastecimiento agrícola a la economía monetaria, el rápido desarrollo de la producción de mercancías, la extensión del comercio y la acumulación de riqueza en metálico crearon las condiciones para que la clase de los mercaderes combatiera a los reyes y los nobles, cuyos privilegios derivaban del nacimiento y la propiedad terrateniente. Los tiranos no eran pobres plebeyos: generalmente pertenecían a una de las facciones en pugna de las clases altas. Pero para alcanzar el poder y conservarlo se vieron obligados a apoyarse en los plebeyos de las ciudades y los campesinos desposeídos y disconformes y patrocinar algunas de sus demandas.

"Aristóteles dice que la mayoría de los tiranos alcanzaron sus posiciones alineándose junto al pueblo contra los nobles ricos. Esta causa tenía más oportunidades de triunfar en una ciudad como Mileto que en las comunidades agrícolas; y es así porque en Mileto la manufactura jugaba un rol importante, y en consecuencia el pueblo estaba más en condiciones de tomar conciencia de su importancia. Más aun, las fluctuaciones de la riqueza de los comerciantes nobles deben de haber sido constantes. Por lo tanto, el poder de esa clase debía de ser menos firme que el proveniente de la posesión de la tierra en un estado donde no existen otras fuentes de riqueza, ya sea industrial o comercial. Por lo tanto, aunque los comerciantes no necesariamente se transformaron en el poder supremo fueron una fuerza capaz de garantizar que su dirigente se elevara a posiciones de poder, primero como magistrado principal y luego como tirano." (*The History of Miletus*, Adelaide Glynn Dunham.)

En consecuencia, por un tiempo los tiranos se transformaron en héroes populares y dirigentes de masas. Aunque parezca paradójico, la democracia y las libertades cívicas penetraron en el mundo occidental bajo los auspicios de estos ambiciosos tiranos que se acreditaban muchos gobiernos brillantes. Pero la plebe griega nunca se reconcilió completamente con estos autócratas que se encumbraron por sus propios medios; en un nuevo vuelco de la lucha de clases saludó a quienes los derrocaron como héroes y salvadores de la democracia. Las tiranías fueron formaciones intermedias en la evolución política de las ciudades-estado griegas.

"La tiranía griega cumplió una función de transición –señaló Thomson–. Al forzar una brecha en el gobierno de la aristocracia, permitió a la clase media consolidar sus fuerzas para la etapa final de la revolución democrática, que implicó el derrocamiento de esa misma tiranía. Es por eso que la tradición griega la condenó casi unánimemente. Primero la denunciaron los aristócratas porque era progresiva, y luego los demócratas porque se había vuelto reaccionaria." (*Aeschylus and Athens*, p. 93.)

En resumen: la revolución en el plano intelectual que produjo la filosofía estuvo precedida por cambios revolucionarios en los fundamentos económicos de la vida griega. Los agresivos y progresivos centros comerciales, habitados por clases sociales en conflicto, reemplazaron a las comunidades agrícolas autosuficientes basadas en lazos tribales, de clan y familiares. Del mismo modo, el régimen político sufrió oleadas revolucionarias, a caballo de las cuales los mercaderes desalojaron del poder a la nobleza terrateniente y los tiranos abrieron las puertas al avance democrático de los plebeyos. Las fuerzas que en esta época impulsaron los cambios en casi todas las áreas, desde la tecnología a la filosofía, fueron los comerciantes junto con los artesanos y los marinos de las ciudades.

Mileto. La cuna de la filosofía

A Babilonia, Atenas y Roma se las conoce en todo el mundo; a Mileto no. Excepto para los estudiantes de filosofía, su nombre no resulta tan familiar como el de Esparta, o los de las ciudades fenicias de Tiro y Sidón. Sin embargo, merece estar a la altura de las más grandes de estas ciudades.

Mileto fue la cuna de la filosofía. Los hechos históricos que caracterizaban el progreso del Asia Menor desde los siglos VIII al V se desarrollaron fundamentalmente en este puerto marítimo. Herodoto consideraba a Mileto "el ornamento de Jonia". En la era romana todavía se hablaba de ella como "la más antigua ciudad de Jonia, y la madre de muchas de las ciudades del Ponto Euxino, de Egipto y de todo el mundo habitado".

La descripción que hizo un estudioso francés, A. Jardé, de la ciudad en sus primeras épocas, merece ser citada en detalle. "Construida sobre una península de cerca de dos millas de largo y de media milla a un tercio de milla de ancho, ofrecía todas las

ventajas posibles a los colonizadores griegos. La separaba del continente un istmo cerrado por altas murallas y se comunicaba con el mar a través de cuatro grandes bahías que constituían un refugio seguro. El corazón de la ciudad era el gran puerto nordeste. Dos colosales leones guardaban su entrada; a lo largo de sus orillas se extendían tres hileras de pórticos y muelles y, como vigilándolo todo, se elevaba el altar de Apolo délfico, el antiguo protector de marinos y emigrantes.

"De aquí partían en todas direcciones los barcos milesios, una gran flota mercante protegida por una poderosa flota de guerra. Mileto aportó a la batalla de Lado ochenta barcos, apenas cien menos que Quío. Había creado una industria para abastecer su comercio. De los lidios aprendió el arte del tejido y el teñido de telas y el de la decoración de vestidos y alfombras. Las lanas de Mileto se cotizaban mucho en Atenas, y las compraban en zonas tan lejanas como el sur de Italia. El manto de Antístenes de Síbaris, con sus flores y figuras, era una obra maestra de bordado en estilo oriental.

"Se podían encontrar mercaderes milesios en todos los puertos del Mediterráneo. Mileto comerciaba con las ciudades mercantiles de Eubea, y estuvo involucrado en la guerra entre Calcis y Eretria. Utilizando las colonias que había establecido desde el Helesponto al Cáucaso consiguió el monopolio del comercio del Euxino (Mar Negro), o algo muy similar al monopolio. Aunque no tenía, como Focea, colonias en el Mediterráneo occidental, mantenía relaciones comerciales con la Gran Grecia; la destrucción de Síbaris afectó a Mileto como un desastre nacional. Sus mercaderes visitaban constantemente los puertos etruscos, y hasta el 480 tuvieron la exclusividad de la exportación de las mercancías del Atica a Etruria.

"Focea, Efeso y las demás grandes ciudades de Jonia habitadas, como Mileto, por una laboriosa población de mercaderes, artesanos y navegantes eran escenario de igual actividad y riqueza. En todas ellas encontramos el mismo gusto por el lujo, el mismo amor a la artesanía fina y las joyas ricamente trabajadas; en todas se celebraban similares banquetes y festivales. Las cortesanas de Jonia eran modelo de elegancia y cultura, y Aspasia de Mileto, la amiga de Pericles, maravillaba a toda la Antigüedad. Jenófanes de Colofón nos describe a sus jóvenes paseando por el Agora 'todos vestidos de púrpura, con los cabellos hermosamente arreglados, impregna-

dos del perfume de sutiles ungüentos'." (*The Evolution of Greek People*, pp. 193-194.)

Este párrafo describe a las clases altas de Mileto. Pero además de los "selectos" (nobles, mercaderes ricos, propietarios de barcos y sus elegantes cortesanas y damas refinadas) había miles de artesanos, trabajadores del puerto y marinos que trabajaban y vivían con sus familias en esta activa ciudad-estado marítima.

Mileto tenía una larga historia comercial. Posiblemente alguna vez haya sido una factoría perteneciente a Creta. Los griegos habían llegado a esa zona en el siglo X a.C. encabezados por los atenienses. Atenas consideraba a Mileto una creación suya. La ciudad alcanzó notoriedad por primera vez a comienzos del siglo VIII, cuando los fenicios fueron expulsados de las aguas griegas y los jónicos los reemplazaron en su función de comerciantes. Mileto estaba excepcionalmente bien ubicada para convertirse en el puerto más importante del Golfo de Latmos, que constituía el centro natural del comercio del Egeo oriental. Construida sobre un promontorio que penetra en el mar, sus puertos en la boca del río Meandro ofrecían facilidades excepcionales para el dominio del tráfico marítimo.

Su posición era inmejorable respecto a las rutas comerciales del norte y del oeste. A diferencia de otras ciudades de la costa, su prosperidad no dependía del tráfico de las caravanas sino del comercio por mar. Se convirtió en el principal centro distribuidor del Egeo oriental y en el punto de intersección de su comercio.

Mileto fue la primera ciudad griega que acuñó moneda, y se transformó en la más rica y la más culta de Jonia. El templo de Apolo de Didima, que estaba en su territorio, no sólo era el altar central del culto de toda la región sino también su banco. Las autoridades del templo emitían moneda, custodiaban los depósitos y organizaban las expediciones colonizadoras.

Los milesios se transformaron en los señores del Mar Egeo y su tráfico comercial. Ligadas a la floreciente actividad exportadora, principal fuente de su riqueza, la ciudad contaba con extensas manufacturas. Su comercio lanero era tan famoso en el siglo VI a. C. como el de los florentinos y flamencos en la Edad Media. Sus talleres textiles fabricaban mercaderías de calidad para los aristócratas, finos tejidos artísticamente decorados con bordados multicolores. Con la lana de Angora y el lino que traían del campo sus artesanos tejían tapices, alfombras, clámides y mantos. La

tejedurí a y el teñido eran oficios prósperos, muy relacionados entre sí. Los milesios exportaban telas de lana hasta a Italia.

Su alfarería, hecha con arcilla roja con un revestimiento amarillo claro, se vendía desde el Mar Negro a Italia. No se quedaba atrás la industria del aceite de oliva, otro de sus productos de exportación. De las minas cercanas Mileto obtenía hierro suficiente para el uso interno y la exportación, además del oro y la plata que utilizaba como dinero.

Sus actividades manufactureras estaban muy ligadas a la comercialización de la producción agrícola. Los milesios cultivaban trigo, olivo, higos de Esmirna, lino (que utilizaban para fabricar tejidos), hacían miel y cera, extraían tintura de la púrpura, vendían pescado fresco y salado, vino y aceite de oliva. De sus ganados obtenían pieles y lana de Angora. Contaban con una extensa industria maderera, que les proveía de materia prima para sus barcos y para la exportación de muebles.

Los esclavos eran otra de las grandes mercancías. Sus comerciantes compraban esclavos en el Mar Negro y el Asia Menor y los distribuían por toda Grecia.

Gracias a su ubicación favorable y al impulso de su agricultura e industria, su expansión martítima no tuvo paralelo en la historia de los estados griegos. Mileto estuvo a la cabeza de la colonización del Mar Negro. Llevaron a los habitantes bárbaros de los puestos comerciales que instalaban en las orillas los bienes, costumbres e ideas de la civilización; a cambio de ellos, obtenían los productos naturales de la región, que utilizaban para su propio consumo y para el comercio. Importaban, sobre todo, pescado, sal, lana, trigo, hierro, plata y oro, tierra roja para pintura, tinturas vegetales y esclavos.

En Berezan, una isla de pescadores del Mar Negro a la que los milesios proveían de alimentos, casi todos sabían leer y escribir, y era común que los mercaderes que se cubrían de alegres joyas impartieran órdenes a los artistas atenienses. Aunque Mileto no fundó colonias en el Mediterráneo occidental, tenían amplias conexiones comerciales con esa zona, como lo señala Jardé.

La ciudad madre no era solamente un activo puerto marítimo; sus extensiones en Egipto y el Mar Negro estaban habitadas por poblaciones políglotas expertas en las actividades propias de los centros comerciales.

Cuando la dinastía saíta abrió por primera vez Egipto a los

mercaderes y colonizadores de Grecia, en el siglo VII, los milesios navegaron hasta la boca del Nilo con treinta barcos; en Naucratis, el único lugar donde se les permitía establecerse a los griegos, construyeron la así llamada muralla milesia. Aunque posteriormente establecieron puestos en Menfis y Abidos, Naucratis se transformó en el principal sitio de intercambio de bienes e ideas entre griegos y egipcios. Después del 569 a los milesios se les reservaron templos y muelles especiales; gozaban de una indiscutida preeminencia en el lugar. Naucratis llegó a ser el principal mercado de Egipto y uno de los más prósperos del mundo griego; allí se intercambiaban los productos de Africa y Arabia por mercancías griegas. El respeto que sentían los egipcios por Mileto se refleja en el hecho de que el rey egipcio Neco, después de su victoria sobre Josué de Judá, envió sus pertrechos de batalla a Didima como ofrenda a Apolo.

Estos avances económicos proporcionaron inmensa riqueza e influencia a la clase mercantil de Mileto y de sus colonias. El rey Creso de Lidia, por ejemplo, recurría a estos millonarios para que le proporcionaran fondos. Estos hombres agudos, aventureros, brillantes, cumplieron funciones económicas y se desempeñaron como altos magistrados y sacerdotes.

Los mercaderes milesios obtuvieron grandes ingresos dedicándose a la ganadería. Así se derrumbaron las barreras de la nobleza hereditaria y se mezclaron los nobles con los hombres de negocios en una nueva plutocracia. Los terratenientes activos e inteligentes se dedicaron a la industria y al comercio; los mercaderes penetraron en sus filas, ya sea haciéndose terratenientes o estableciendo con ellos vínculos familiares o de negocios.

También eran ambiguas las relaciones que mantenían los mercaderes y propietarios de naves con los hombres que trabajaban en la construcción de barcos, los estibadores y los marinos, que constituían una fuerza plebeya de considerables dimensiones. Mileto es uno de los primeros lugares de que se tiene memoria en que los trabajadores marítimos actuaron como una enérgica fuerza revolucionaria.

Las masas de Mileto conformaban un conjunto móvil, cambiante, compuesto de elementos variados. Había artesanos, marinos; muchos extranjeros, algunos atraídos por las oportunidades que brindaba al comercio, otros que no tenían hogar y se refugiaron allí; campesinos arruinados a los que la economía mone-

taria había desarraigado de la tierra; hordas de esclavos de diferentes nacionalidades. Igual que Atenas posteriormente, la ciudad era escenario de conflictos de clase intensos y prolongados, que frecuentemente terminaban con el derrocamiento del régimen político imperante en ese momento. A menudo se veía envuelta en guerras comerciales con rivales que estaban expandiéndose, como Samos, Corinto y Colchis.*

En el siglo VIII una aristocracia terrateniente derrocó a la monarquía hereditaria original. A mediados del siglo VII un gobierno de los mercaderes ricos expulsó y reemplazó a la aristocracia. Mileto pronto se transformó en una tiranía clásica. En el 604 a.C. tomó el poder el tirano Trasíbolo. Pero la tiranía, aunque brillante, duró poco. Los dos últimos tiranos fueron derrocados alrededor del 580 a.C.

Después de su expulsión, durante dos generaciones Mileto estuvo desgarrada por una violenta guerra civil, en la que el poder oscilaba entre el partido de los ricos por un lado y los trabajadores "manuales" plebeyos por el otro. Primero triunfaron los pobres; luego los ricos volvieron a obtener la supremacía. Terminó en una salida de compromiso: se implantó una oligarquía moderada formada por mercaderes y campesinos, ricos y prósperos, que gozaba de poderes restringidos. Los magistrados, por ejemplo, eran electos cada dos meses.

Aquí no acabaron los cambios gubernamentales. Una nueva tiranía derrocó al régimen constitucional. A su vez, ésta fue reemplazada por un gobierno democrático, que duró hasta la caída de la ciudad en manos de los persas después de la conquista de Lidia en el 546. En el 494 los persas destruyeron la ciudad después de aplastar una revuelta jonia encabezada por los milesios; nunca volvió a retomar su importancia anterior.

En síntesis, durante la mayor parte de su existencia como la ciudad más importante del Egeo, Mileto estuvo gobernada por los ricos, que periódicamente eran combatidos, y a veces vencidos, por los plebeyos. Pero la democracia plebeya nunca pudo perpetuar su gobierno ni evitar que se lo arrebataran los príncipes mercaderes.

Una de las causas de esta inestabilidad política la constituía el hecho de que los marinos, el sector más militante de las fuerzas democráticas, debían embarcarse periódicamente en largos viajes,

* Colchis: actualmente Georgia (URSS). [*N. del T.*]

mientras que los mercaderes y sus partidarios podían quedarse en la ciudad. Por la misma razón los trabajadores marítimos a menudo han apoyado los movimientos radicales con más ardor pero con menos estabilidad que los artesanos urbanos.

Los milesios aportaron la mayor parte de las innovaciones culturales de la primera Edad del Hierro. Difundieron entre sus ciudadanos la lectura y la escritura, que democratizaron el conocimiento de la misma manera en que el hierro democratizó el uso del metal. La necesidad de llevar cuentas los llevó a hacer de la precisión un hábito y estimuló la capacidad de pensamiento generalizador. Con una ciudadanía tan alerta y culta, Mileto se convirtió en la capital intelectual, comercial y manufacturera del mundo civilizado de la época.

Capítulo VI

LOS PRIMEROS FILOSOFOS

Los primeros filósofos, los llamados "naturalistas" de Mileto, provenían de la clase mercantil, librepensadora y en expansión, o de los patricios terratenientes influidos por aquélla. Desde la Antigüedad hasta la era burguesa la clase mercantil ha producido muchos pensadores relevantes en diversos campos.

En la actualidad se acostumbra describir a los filósofos como personas desligadas de los problemas prácticos. Los primeros pensadores griegos no se parecían en absoluto a profesores encerrados en los claustros académicos. Eran ciudadanos activos y prominentes en sus comunidades; se dedicaban a los negocios y a la política, viajaban al extranjero y estimulaban el conocimiento técnico y el pensamiento generalizador.

El fundador de la escuela de Mileto fue Tales (ca. 624-548-45 a. C.), que encabezó la lista de "los siete sabios de Grecia". Según Aristóteles era un astuto hombre de empresa; una vez hizo un montón de dinero, pues su conocimiento de las estrellas le permitió prever que la cosecha de olivo sería muy buena; adquirió todas las prensas de olivos de Quío y Mileto y acaparó el mercado cuando vino la cosecha. Esta anécdota es significativa, porque, inconscientemente, Aristóteles demuestra cómo los jónicos ligaban las actividades económicas con las científicas. Tales instaba a las ciudades jónicas a unirse en un consejo federal contra el enemigo persa y algunos de sus discípulos participaron en las luchas democráticas de su época.

La clase mercantil se interesaba mucho en las matemáticas, la astronomía, la meteorología y la geografía, debido al valor que tienen para la navegación. Con ésta se hacían o perdían fortunas; se arriesgaban vidas humanas en viajes difíciles: resultaba imperativo, entonces, estudiar las condiciones climáticas, conocer las mareas y las estrellas, ubicar a los barcos en el mar y las peculiaridades de los puertos naturales. Como los científicos de la republicana Nueva Inglaterra, que provenían en su mayoría de las ciudades costeras, los sabios milesios buscaban ayudar a los hombres de mar estudiando el clima y los fenómenos celestes. Sus investigaciones científicas se veían estimuladas y orientadas por las exigencias de la navegación comercial.

Tales fue el primer astrónomo y matemático griego; tenía fama de haber descubierto las propiedades magnéticas de la piedra imán. La fuerza que él vio actuar hoy es considerada como lo que constituye la naturaleza de la materia. Se dice que aprendió de los fenicios los elementos que hacían al avance del arte de la navegación. A Anaximandro se le atribuye el haber hecho el primer mapa del mundo conocido, e importado de Egipto el reloj de sol. Sostenía que el mundo era redondo y fue el primero en explicar que la luz de la luna provenía del sol. Hecateo, que pertenecía a una antigua familia milesia, se convirtió en el "padre de la geografía" gracias a sus viajes y a la información que le proporcionaban los marinos y mercaderes de su ciudad natal.

Estos hechos, y las leyendas que los acompañan, son un testimonio de la disposición de los milesios para asimilar y desarrollar todo lo que aprendían de otros pueblos. Del mismo modo demuestran hasta qué punto su trabajo científico y sus especulaciones filosóficas estaban ligados a su vida comercial e industrial.

Las actividades prácticas de los milesios orientaban sus descubrimientos científicos y otorgaban características especiales a su pensamiento. Kautsky explica que el comercio produce formas de pensamiento distintas a las que originan la artesanía y la agricultura. Los procesos mentales y las ideas de los artesanos y los campesinos son muy concretos pero extremadamente limitados.

"Por otra parte, la actividad del mercader ejerce sobre él efectos muy diferentes. No necesita ceñirse al conocimiento de una rama específica de la producción en una localidad determinada; cuanto más amplia sea su visión, cuanto más ramas de la producción abarque, cuantas más ciudades con sus necesidades y condiciones de pro-

ducción específicas conozca, tanto más rápido descubrirá con qué mercancías le conviene más comerciar en una época dada y en qué mercados puede comprar y vender obteniendo mayores ganancias. Respecto a los diversos mercados y productos en los que se ve involucrado, su interés básico reside en las relaciones entre los precios; es decir, las relaciones entre distintas cantidades de trabajo humano abstracto; es decir, entre relaciones numéricas abstractas. Cuanto más se desarrolla el comercio, más se separan en el tiempo y en el espacio la compra y la venta, mayores se hacen las diferencias entre las monedas y los sistemas monetarios de que tiene que valerse, más se apartan los actos de la venta y del pago, más se desarrollan los sistemas de interés y crédito; y más complejas y diversificadas se vuelven las relaciones numéricas. Por lo tanto el comercio tiene que desarrollar el pensamiento matemático y al mismo tiempo el abstracto.

"El comercio amplía los horizontes más allá de la estrechez de miras local y profesional; hace accesibles al conocimiento del mercader los más diversos climas y suelos, estadios culturales y modos de producción. Al mismo tiempo, lo impulsa a efectuar comparaciones, le permite descubrir lo general en el conjunto de las particularidades, lo regular en el montón de cosas fortuitas, lo que siempre se repite bajo determinadas condiciones. De este modo, igual que por medio del pensamiento matemático, se desarrolla mucho el poder de abstracción. La artesanía y las artes, en cambio, desarrollan el sentido de lo concreto, pero más en lo superficial que en lo esencial. No son las actividades 'productivas' como la agricultura y las artesanías, sino el comercio 'improductivo', que estimula la capacidad mental, lo que constituye la base de la investigación científica." (*Foundations of Christianity*, pp.166-167)

Kautsky agrega que además de la actividad comercial hace falta tiempo libre para impulsar el pensamiento científico y la investigación desinteresada. "El comercio desarrolla las características mentales necesarias, pero no su aplicación a la ciencia." Y continúa con la observación de que "el pensamiento científico sólo podía darse en una clase influida por esas características, experiencias y conocimientos que son consecuencia de la actividad comercial, pero al mismo tiempo libre de la necesidad de ganar dinero; por lo tanto, con tiempo y oportunidades como para disfrutar de la investigación desprejuiciada, como para resolver

problemas sin tener en cuenta sus resultados prácticos, inmediatos y personales".

Esta era la situación de la clase de terratenientes que vivían en las ciudades comerciales marítimas o estaban inmersos en su cultura.

El impulso que dio al pensamiento abstracto la difusión de la escritura, luego de la invención del alfabeto, no fue menor que el proporcionado por el intercambio de mercancías, el cálculo de precios o el llevar las cuentas. La escritura alfabética no sólo ofrecía la ventaja de ser fácil de popularizar; era un modo más generalizador de expresar las ideas. La palabra escrita representaba un grado de abstracción mayor que las escrituras pictográfica e ideográfica, monopolizadas por los escribas profesionales. Las letras del alfabeto, como las usadas posteriormente en el álgebra, no tienen siginificado por sí mismas; sirven para designar a los menores elementos fonéticos a los que pueden reducirse las palabras. Al objetivizar de esa manera el habla en forma escrita, los griegos tomaron conciencia de los elementos estructurales de su lengua y comenzaron a analizar el significado de los términos y las funciones de las partes de la oración. Se convirtieron en retóricos, gramáticos y lógicos.

Por estas razones culturales y materiales, la necesidad de filosofar se sintió primero en las comunidades con una clase mercantil entusiastamente inquisitiva y adquisitiva, con elementos esclarecidos en la aristrocracia terrateniente y también con una masa libre, activa e independiente de artesanos y marinos. Estos sectores no sólo se disputaban el poder entre sí sino que se influían mutuamente.

Algo similar sucedió dos mil cuatrocientos años después, a un nivel histórico superior, en la época del capitalismo comercial, entre los navegantes y dueños de plantaciones de las colonias de Norteamérica, que proporcionaron los dirigentes e ideólogos de la primera revolución norteamericana. No resulta demasiado descaminado ver al jónico Tales como una especie de Benjamín Franklin, ese norteamericano multifacético que fue tipógrafo, hombre de negocios, estadista y diplomático, *bonvivant*, escritor, economista, inventor, moralista y científico. Anaximandro nos recuerda a Thomas Jefferson, que no sólo supervisaba su plantación y construyó una nueva nación, sino que se interesaba en las innovaciones agrícolas, la arquitectura, la educación, la reforma religiosa, y muchos otros asuntos.

Las condiciones materiales que permitieron la aparición de los primeros filósofos, científicos y materialistas se originaron en las actividades económicas que indujeron a los milesios a prestar constante atención a los problemas tecnológicos y a ciencias tales como la astronomía, la geometría, la meteorología y la biología. Los conflictos de clase estimularon sus energías e impulsaron en ellos un agudo sentido de la individualidad y la libertad cívica.

Pero existían otras características (rasgos) peculiares de la ciudad que hicieron posible que floreciese la libertad de pensamiento. Así como no había una monarquía absoluta que impusiera un sistema rígido de gobierno sobre un pueblo sometido, tampoco el sacerdote estaba en condiciones de arruinar las mentes de los hombres con la superstición y evitar la investigación de los procesos sociales y naturales. El oráculo del templo de Didima, administrado por los sacerdotes hereditarios del culto de Apolo, no ensombrecía la ciudad, no la dominaba ni restringía la libertad de pensamiento y acción de sus habitantes. Por el contrario, el templo fue su primera casa de moneda y su primer banco: como tales servía a los intereses comerciales de la comunidad y promovía sus empresas colonizadoras. La influencia que ejerció desde Persia, pasando por Egipto, hasta el Mediterráneo occidental, fue un factor de la grandeza de Mileto.

El dictador Histaeo propuso en el siglo VI que el tesoro de Apolo del templo de Didima se usara para equipar una flota para combatir a los persas. Aunque esta sugerencia sacrílega fue rechazada por los oficiales principales y los altos sacerdotes, demuestra que los milesios estaban libres de los tabúes eclesiásticos.

Los naturalistas de Mileto pudieron orientar sus investigaciones en direcciones diversas sin que los sacerdotes interfirieran. La consecuencia más general de sus investigaciones fue la creación de un método realmente nuevo de pensamiento, una nueva visión del mundo, que marcaron el comienzo del análisis científico de la naturaleza de las cosas.

Religión y filosofía

"El comienzo de toda crítica es la crítica de la religión", observó Marx. Así fue en las primeras etapas del pensamiento griego. La crítica de los milesios a las actitudes e ideas religiosas, o

más bien su abandono de éstas, constituyó los fundamentos de la filosofía y el comienzo de la carrera del materialismo.

Como ya se explicó, durante muchos milenios las concepciones mágicas, animistas y religiosas de los procesos naturales, sociales y mentales dominaron y conformaron las mentes de los hombres. La concepción religiosa dependía de la aceptación de la existencia y actividad de los seres y los poderes sobrenaturales.

En lugar de dar una definición general de la religión, preferimos analizar un ejemplo típico de la concepción religiosa de los antiguos griegos para entender hasta qué punto la divinidad dominaba su mundo mental. La *Ilíada* de Homero ocupaba en la educación y en la imaginación griegas un lugar comparable al que ocupa la Biblia en el mundo occidental. Homero cuenta que los griegos, que desde hacía diez años acampaban a las puertas de la ciudad de Troya, habían sido azotados por una plaga; muchos habían muerto, y los perros y gatos habían devorado sus cadáveres, que yacían desparramados en el suelo.

Hoy en día, los epidemiólogos estudiarían las causas naturales y las circunstancias sociales que provocaron la epidemia. Pero los griegos homéricos creían que se trataba del castigo a alguna desconocida ofensa hecha a un dios. No se preguntaban qué agentes naturales o condiciones de vida causaban la enfermedad, sino qué dios había sido ofendido, por quién y de qué manera.

En vez de recurrir a investigadores o médicos, llevaron a un profeta, la versión helénica del hechicero o el brujo. Aquél informó que el dios enojado era Apolo, que se había tomado la revancha tirando sobre el campamento dardos mágicamente invisibles con su arco de plata. ¿Cómo habían ofendido los griegos a este poderoso jefe divino?

Agamenón, el jefe de los griegos, se había apoderado de la hija de un guardián del altar de Apolo erigido en ese lugar. Apolo había respondido a las oraciones de su sacerdote pidiéndole venganza enviando la plaga al campamento. Actuando de acuerdo a este diagnóstico, los generales griegos obligaron a Agamenón a devolver su concubina. Aunque esta concesión provocó peleas entre los guerreros griegos, satisfizo al sacerdote y aplacó a Apolo, que hizo desaparecer la plaga.

Este es un ejemplo de la religión griega primitiva. Es lo mismo que la magia pura, muy similar a las creencias y prácticas actuales de los nativos del Africa occidental o de las tribus del Alto

Amazonas. De hecho, Homero recogió los ingredientes de la historia de la Edad de Piedra de las tribus helénicas.

Los naturalistas milesios asestaron un golpe mortal a este método mágico y a esta perspectiva mitológica cuestionando sus fundamentos mismos. Volvieron al principio de las cosas y preguntaron: ¿qué creó el mundo y cómo fue creado? Según la mitología homérica los dioses Océano y Tetis fueron los creadores de todas las cosas, incluso de los otros dioses.

Los babilonios y los egipcios tenían mitos similares sobre el origen del mundo, que tenían sus fundamentos en su especial experiencia histórica. Ambos países habían librado una desesperada lucha con la naturaleza para arrebatarle la tierra de la cual obtenían su sustento, drenando los pantanos adyacentes a los ríos. Por lo tanto, creían que las cosas habían comenzado cuando un ser divino hizo algo similar a dar la orden: "Que aparezca la tierra seca".

El nombre del creador babilonio era Marduk. "Todas las tierras eran mar... Marduk levantó una ráfaga sobre la superficie de las aguas, hizo barro, y lo colocó al alcance de la ráfaga."

Se explicaba el nacimiento de la humanidad por un acto similar de creación divina. Según los mitos de los israelitas, que en aquella época vivían en una región cercana, su dios tribal, Jehová, que nos es mucho más familiar, hizo a la humanidad igual que un albañil hace un ladrillo. Tomó un puñado de polvo y le insufló la vida.

¿Qué fue lo tan osado, progresivo y revolucionario que hicieron los materialistas griegos? Explicaron la formación del mundo y del hombre dejando de lado a Océano, Marduk, Jehová o cualquier otro personaje divino, poder mágico o agente espiritual.

Homero atribuía el origen de las cosas al *dios* Océano. Tales, el fundador del materialismo, explicaba que el origen de todo es el *agua*. Hay algo parecido en las dos explicaciones, ya que ambas relacionan el comienzo de las cosas con este líquido. Pero hay un mundo de diferencia entre ellas.

En su teoría el filósofo no daba cabida a ningún agente mágico, mítico o alegórico. Su sustancia primera es una parte visible del mundo que se conoce a través de la experiencia, un elemento puramente natural. *Entre el dios Océano considerado como principio y el agua, el elemento físico, como base de la explicación, media el salto decisivo del animismo al materialismo, de la religión a la filosofía.*

El mismo contraste aparece respecto a las leyendas de los babilonios y los egipcios sobre los orígenes de las cosas. Tales estaba de acuerdo con ellos en que al principio todo fue agua. Pero sostenía, en opisición a ellos, que la Tierra y todo lo demás se había formado a partir del agua por procesos puramente naturales, similares a la formación de los deltas en la desembocadura de los ríos.

Anaximandro, el que siguió a Tales entre los materialistas milesios, daba una explicación igualmente natural del surgimiento de la humanidad. Decía que todas las criaturas vivientes habían nacido de elementos húmedos; los peces habían precedido a los animales terrestres y el hombre una vez había sido igual a un pez. Cuando las aguas retrocedieron y apareció la tierra seca algunos peces tuvieron que adaptarse a la vida terrestre y se transformaron en hombres. Basaba su razonamiento en el hecho de que el hombre es el único animal que necesita de un largo periodo de crianza, y no podría haber sobrevivido a menos que la especie hubiera sido nutrida por otra. Era una especulación genial, comparable a la teoría atomista de los materialistas griegos posteriores, ya que la suposición de Anaximandro no estaba muy alejada de lo que fue realmente el curso de la evolución orgánica.

Lo que hicieron estos primeros materialistas fue ofrecer un planteo coherente, elemental e inadecuado como era, de la creación del mundo y de la humanidad, sin meter a los dioses ni a las fuerzas de la magia. Hoy no nos parece nada notable, porque ya se trata de un lugar común. Pero hace dos mil quinientos años fue un acontecimiento que hizo época. Tal vez la siguiente analogía ayudará a entender sus implicancias revolucionarias.

Los cosmólogos religiosos creían que en la creación del mundo intervenían los dioses y la naturaleza. Pero los dioses eran más poderosos e importantes que ésta, porque creaban y gobernaban el mundo. De la misma manera quienes hoy apoyan el capitalismo enseñan que la sociedad exige una burguesía gobernante en la cúspide y una clase obrera en la base. Una persona comienza a transformarse en un revolucionario socialista cuando empieza a entender que la clase capitalista parasitaria es superflua para el progreso futuro de la sociedad. Del mismo modo en que el movimiento socialista se basa en la exclusión de los explotadores de la vida política y económica de la sociedad, e impulsa a los productores verdaderos a transformarse en la fuerza gobernante,

los jónicos eliminaban las fuerzas sobrenaturales de sus teorías sobre la naturaleza y la humanidad y las reemplazaban por fuerzas físicas genuinas.

Lo extraordinario de los avances milesios lo demuestra el que durante esa misma época el judaísmo surgía en Palestina, la religión de Zoroastro en Persia, el budismo en la India y el taoísmo y el confucionismo en China. Mientras que estos pueblos producían nuevas religiones los jónicos rompían con la concepción religiosa. La reforma que hicieron los judíos y los persas del politeísmo al construir una visión del mundo que giraba alrededor de una sola deidad fue indudablemente un paso adelante. Pero se mantenían presos de la superstición religiosa.

Los milesios realizaron la hazaña, indudablemente de mucho mayor envergadura, de desarrollar una explicación de las cosas que no incluía ningún dios. Al rechazar todos los seres y fuerzas sobrenaturales y apoyarse solamente, en sus teorizaciones, en los actos de la naturaleza y los procesos físicos, los materialistas milesios efectuaron una profunda revolución en el pensamiento humano y adoptaron un método enteramente nuevo para comprender el universo y aproximarse a sus problemas.

Capítulo VII

LAS CONTRIBUCIONES DE LOS MILESIOS AL MATERIALISMO

Nuestra información sobre la mayoría de los pensadores griegos, y especialmente sobre los primeros, es muy escasa. Los relatos sobre sus vidas, obras e ideas están muy mezclados con la leyenda. Los textos que han quedado son fragmentarios, distorsionados, contradictorios, e incluso si empleamos para su estudio los métodos más correctos nos llevan a interpretaciones divergentes.

Sin embargo, el testimonio unánime de la Antigüedad indica que los milesios fundaron la primera escuela de filosofía y la asentaron sobre una base materialista. Estos dos hechos están orgánicamente relacionados. Es esencial comprender por qué el nacimiento de la filosofía fue al mismo tiempo el comienzo de la concepción materialista del mundo. Lo que determinaba la posición de los iniciadores de la filosofía era la naturaleza de aquello a lo que se oponían. Las primeras formas del pensamiento filosófico necesariamente debían ser de contenido materialista, ya que por su contenido estaban dirigidas implícitamente contra las ideas religiosas dominantes y los procedimientos de la magia, se oponían a éstos críticamente y se transformaron en la única alternativa sólida contra ellos.

El legado imperecedero de los milesios fue el método que utilizaron para explicar la formación del mundo y su desarrollo posterior. En vez de apelar a los dioses como creadores y promotores de los fenómenos, buscaban las causas de las cosas en las relaciones de los acontecimientos en la naturaleza y entre los mismos elementos naturales.

Mientras que los religiosos tejían historias sobre lo que supuestamente había sucedido, los pensadores de Mileto trataban de extraer de la naturaleza, más allá de la maraña de los acontecimientos, los factores decisivos que dieron origen a las cosas y las hicieron tal como son. Este procedimiento de investigar los acontecimientos naturales y las leyes de su desevolvimiento, y no las acciones e impulsos de los poderes divinos, era científico en sus principios y racional en sus métodos.

Además de su método de investigación, los milesios aportaron otras importantes contribuciones al acervo del materialismo.

Una se refería al concepto mismo de materia. Los milesios no llegaron a una concepción general de la materia, ésta se logró con el desarrollo ideológico posterior. Pero iniciaron el proceso especulativo que culminó en la definición de la categoría materia.

Los milesios se vieron obligados a considerar el problema de la materia y su naturaleza a causa de su mismo punto de partida, del impulso y la dirección de su pensamiento. Si se rechaza a los dioses como autores de los acontecimientos, entonces, ¿cuál puede ser la fuente original de todas las cosas? Aristóteles, al que debemos mucho de nuestro conocimiento sobre las ideas de los milesios, describió las conclusiones materialistas de éstos con estas palabras:

"La mayor parte de los primeros filósofos pensaban que el principio de todas las cosas estaba solamente en la forma de la materia; pues aquello de lo cual todas las cosas están hechas y de lo cual, por ser el principio, provienen, y a lo cual, en última instancia, retornan . . . esto, dicen ellos, es el elemento y el principio de las cosas."

Los pensadores milesios fueron Tales, Anaximandro, Anaxímenes y Hecateo. Aunque su modo de razonar era el mismo, estos miembros de la escuela de Mileto dieron cada uno respuestas algo distintas a la cuestión de cuál era la forma específica de la materia, cuál era "el elemento y el principio de las cosas". Tales redujo al agua la sustancia primera de la cual todo deriva y a la cual todo retorna.

Se han hecho muchas conjeturas sobre por qué Tales consideró al agua la sustancia primera de la naturaleza, la realidad esencial de todos los demás fenómenos. Aristóteles dijo que Tales tomó en cuenta el rol esencial jugado por el agua en la producción de la vida, ya que de ella podía provenir lo cálido, y lo que está vivo es

cálido. El agua también constituye la esencia de las semillas. Aristóteles sugiere que tal vez Tales se atenía a la primacía que las mitologías griegas y egipcia acordaban a este elemento.

Algunos estudiosos posteriores opinan que Tales eligió el elemento húmedo impulsado por sus estudios específicos sobre las condiciones climáticas. El agua no sólo asume formas tan diferentes como las de hielo, líquido y vapor; los griegos mezclaban e identificaban la niebla, el viento, el aliento animal y la vida. Pero lo más importante no es si fue la meteorología, la botánica o la biología, el fenómeno de la evaporación, la germinación de las plantas o el origen de la vida la fuente de inspiración de Tales. Lo que interesa es que seleccionó un elemento puramente natural, observable físicamente, y utilizó exclusivamente sus propiedades y poderes para explicar la realidad.

Anaximandro, su sucesor, avanzó un paso más en el desarrollo de la concepción de la materia. Puso objeciones a la noción de Tales de que todo es esencialmente una forma de agua. Sostenía que la sustancia primaria no podía ser ningún elemento específico como el agua, el aire o el fuego. Aristóteles explica así su posición: "Están en oposición unos con otros: el aire es frío, el agua es húmeda y el fuego es caliente, y por lo tanto, si cualquiera de ellos es infinito, los demás ya tendrían que haber dejado de ser." Es decir, uno de los elementos debería haber sido absorbido por los demás.

Anaximandro enseñaba que tenía que haber algo más primitivo que cualquiera de estos elementos, de lo cual estos opuestos antagónicos debían de haberse separado, a lo cual estaban sujetos y a través de lo cual pasaban. Llamaba a este sustrato lo ilimitado, lo infinito. Este infinito era material, por lo tanto perceptible, aunque estaba fuera de nuestro alcance. Aparentemente designaba así a la materia original de la cual deriva todo. Anaximandro se aproximó a la categoría general de la materia, y especialmente a la inagotable creatividad de la materia, que se manifiesta de innumerables maneras pero no puede fijarse o identificarse con ninguna de sus determinaciones en especial.

Todos los milesios eran cosmólogos que trataban de explicar cómo surgió el universo y cómo se relacionan la tierra y los cuerpos celestes. Tales decía que la tierra flotaba en el agua. Anaximandro dio una explicación más elaborada de la formación del universo y su organización.

Tomó los cuatro elementos que los griegos suponían conformaban la naturaleza —el agua, la tierra, el aire y el fuego— para explicar la evolución del universo. Alguna vez estos cuatro elementos estuvieron ubicados uno sobre el otro. La tierra, por ser el más pesado, estaba en el centro; el agua la cubría; el aire se encontraba encima del agua; y el fuego, el más liviano, los envolvía a todos. El fuego calentaba el agua y la evaporaba. Esto ponía en descubierto a la tierra, pero aumentaba el volumen del aire. Cuando la presión crecía hasta su punto máximo, estallaba la cubierta ígnea del universo, adoptando la forma de ruedas de fuego encerradas en tubos de aire que rodeaban la tierra y el mar.

Adaptándose a este esquema de la evolución natural intentó explicar una cantidad de fenómenos astronómicos y meteorológicos, desde las fases de la luna y sus eclipses a las causas del trueno y el relámpago.

El concepto de Anaximandro de la extensión infinita de la materia le permitió realizar un importante avance en la cosmología. Planteó que había más de un mundo. Existía un número ilimitado de universos; nunca se detenía el proceso de su creación y disolución. Esta doctrina de la pluralidad de los mundos, esencialmente correcta, tiene una interesante historia. La adoptaron los atomistas; los idealistas de la Grecia clásica y los teólogos cristianos la abandonaron; se puso en discusión nuevamente con la revolución copernicana en la astronomía y las especulaciones de Bruno, que provocaron un reanimamiento del materialismo en los comienzos de la era burguesa.

Anaxímenes, la tercera luminaria de la escuela de Mileto, avanzó aun más en el descubrimiento de las formas en que se desenvuelve el universo. Ni Tales ni Anaximandro tenían una idea muy precisa sobre la naturaleza de los procesos físicos que generan el mundo. Anaxímenes trató de llenar este vacío. Suponía que el aire era el primer principio, o la sustancia primera, de todas las cosas. El aire está siempre en movimiento, decía, porque si no lo estuviera no cambiaría tanto como lo hace.

Adscribía todos los cambios del cosmos a los que se producen en la densidad del aire. Las diferentes formas de las cosas se debían a que su composición material fuera más o menos compacta, lo que a su vez era consecuencia de la rarefacción y la condensación de la sustancia fundamental, el aire. El aire se trans-

formaba en fuego, viento, tierra o piedra al hacerse más denso o disgregarse.

Ofrecía el siguiente experimento como evidencia de estos procesos universales. Cuando exhalamos aire por la boca, si apretamos los labios, sale frío, se va hacia abajo y se hace compacto. Si abrimos la boca y soplamos sobre nuestras manos, el aire se expande y se vuelve caliente. Procesos similares a esta compresión y distensión del aire explican los distintos fenómenos.

Su notable concepción sobre las causas del cambio y la diversidad en la naturaleza constituye una aplicación específica de la ley dialéctica que dice que los cambios cuantitativos producen cambios cualitativos. Para Anaxímenes, las variaciones en la densidad del aire generaban los distintos tipos de materia. Es decir, la acción de un proceso físico determinado sobre la sustancia originalmente indiferenciada bastaba para producir la amplia variedad de las cosas e incluso sus cualidades opuestas.

Estos tres pensadores encararon un esfuerzo decidido, sostenido y fructífero por retrotraer todo a sus causas naturales y profundizar el análisis de la sustancia interna de la materia. Esa búsqueda aún prosigue. Pero fueron los milesios los primeros en embarcarse en ella, y con las herramientas y conocimientos de que disponían se encaminaron en la dirección correcta.

Heráclito

Los milesios estudiaron el cambio que se produce en las cosas y trataron de descubrir razones naturales que expliquen el curso de su desarrollo. Consideraban que el universo estaba formado por cuatro elementos principales: tierra, aire, agua y fuego. Todo lo demás, los cuerpos celestes, el mundo, las plantas, los animales y el hombre de un modo u otro derivaban de la interacción de estos elementos.

Pero no daban ninguna explicación de por qué las cosas tenían que cambiar, por qué no podían permanecer tal como eran. ¿Cuál era la causa fundamenal del cambio perpetuo? Las primeras respuestas a este problema se encuentran en los escritos de un aristócrata de otra ciudad griega, Heráclito de Efeso, varias generaciones posterior.

Heráclito fue uno de los titanes del pensamiento humano.

Hegel, un gran pensador que conocía a fondo la historia de la filosofía, lo consideraba el fundador de las leyes de la dialéctica, y no hay por qué privarlo de este honor. Los antiguos filósofos griegos, decía Engels, eran dialécticos por naturaleza en su forma de pensar. Estaban acostumbrados a considerar los fenómenos en perpetuo cambio y desarrollo, a tomar en cuenta sus interconexiones, oposiciones y contradicciones, sus transiciones a algo distinto de su estado original.

Esta característica notable del pensamiento griego tuvo en Heráclito uno de sus exponentes más brillantes. Fue el primero que analizó teóricamente los procesos generales de cambio. Consideraba al fuego el primer principio, la sustancia última de las cosas, que producía todo. Igual que los primeros jónicos, parte de bases materialistas. Clemente de Alejandría nos ha transmitido el siguiente fragmento, muy significativo, de Heráclito:

"Este mundo, que es el mismo para todas las cosas, no fue hecho por ningún dios ni por ningún hombre. Siempre fue, es y será un fuego eternamente vivo, que se enciende con medida y se apaga con medida."

Lenin consideraba este fragmento "una excelente exposición de los principios del materialismo dialéctico".

Heráclito formuló dos proposiciones que fueron incorporadas como pilares de la estructura del pensamiento dialéctico. Una es su concepción de que "todo fluye". Dio ejemplos pintorescos para ilustrar la universalidad del cambio. El sol es un sol nuevo todos los días, y también a cada momento. No podemos bañarnos dos veces en el mismo río, pues sus aguas fluyen, cambian continuamente. Todos los objetos son y no son; nunca son los mismos pues siempre están cambiando a alguna otra cosa. Con este razonamiento Heráclito disolvía todos los estados fijos de existencia en el proceso de transformación perpetua en que todo objeto nace a la existencia, permanece durante un tiempo y luego desaparece.

Heráclito hizo más que afirmar que todo está en eterno movimiento. Explicó por qué ni siquiera las sustancias más estables y sólidas permanecen sin alteraciones ni reposo. Decía que todo está formado por opuestos que están siempre en un estado de tensión. Cualquier forma determinada de materia es el resultado del equilibrio de fuerzas opuestas.

Este equilibrio, sin embargo, se ve constantemente perturbado por el movimiento, la interacción, la lucha entre sus opuestos.

Todas las cosas sufren un movimiento dual: uno lo producen las oscilaciones provocadas por la acción recíproca de los opuestos; el otro, el movimiento del todo hacia o desde su fuente originaria. Y una de estas fuerzas antagónicas va superando a la otra hasta que finalmente la vence.

Heráclito decía que los pares de opuestos están internamente unificados. La enfermedad hace agradable la salud; el hambre trae satisfacción. Daba como ejemplo de esta unidad de los opuestos el movimiento del tornillo. Este tiene al mismo tiempo dos formas de movimiento opuestas: rectilínea y curvilínea. El movimiento en espiral característico de su función es de naturaleza contradictoria: va hacia arriba y gira, rota a la vez sobre el mismo plano y sobre uno diferente.

Presentaba otros ejemplos de la oposición y la identidad de las contradicciones reales. Las cosas cortadas en formas opuestas, como la muesca y la espiga, señalaba, encajan unas con otras. El final y el comienzo son contrarios; sin embargo se confunden uno con el otro en la circunferencia del círculo. El todo está conformado por sus partes y todas las partes vienen del todo; sólo podemos conocer y comprender al uno y a lo múltiple a través de la generación del uno por el otro.

A Heráclito le debemos esta ley de la identidad o interpenetración de los opuestos como característica primaria de todas las cosas y explicación de su transformación y cambio. Con su ayuda pudo dar una explicación teórica de la armonía y la desarmonía de las cosas en función de la íntima interconexión y transición de una a otra.

"La mayor armonía nace de cosas diferentes y la discordia es lo que produce todas las cosas." Ni la unidad más armoniosa e integrada puede persistir indefinidamente como tal; lo impiden el incesante movimiento de sus opuestos, el desequilibrio de sus fuerzas internas en lucha. "La lucha es el padre y el rey de todas las cosas; hizo a los dioses y a los hombres, tanto a los hombres libres como a los esclavos."

En este libro no me referiré demasiado al método dialéctico y sus leyes, a los que me dedico en otro trabajo. El tema principal de estas páginas es el contenido y los principios del materialismo tal como se desarrollaron en la Antigüedad. Pero las enseñanzas de Heráclito demuestran que los dos aspectos que se combinan en esta filosofía, el fundamento materialista y el método dialéctico,

no aparecieron recién en su última etapa de desarrollo, sino que estuvieron presentes desde sus mismos comienzos.

Materia y movimiento

La atención que prestaron los milesios al desarrollo dialéctico de todas las cosas se manifiesta en otro aspecto de su concepción de la materia: su carácter intrínsecamente dinámico. Los estudiosos de la Antigüedad llamaban hilozoístas a los milesios, lo que, traducido, significa "los que suponen que la naturaleza está viva".

Los milesios no erigieron barreras impenetrables entre la naturaleza, la vida, la sociedad y la mente humana; daban por sentadas su unidad esencial y sus interrelaciones. Continuaban usando los antiguos términos teológicos para expresar su concepción de la dinámica de los procesos materiales; decían que los dioses estaban en todo. Para ellos los dioses representaban la capacidad interna para la acción. Al decir que los dioses estaban en todo estos naturalistas pretendían difundir por toda la naturaleza el poder de iniciar el movimiento, patrimonio exclusivo de los seres divinos.

Aristóteles afirmó que Tales, aparentemente, "admitía que el alma es una fuerza móvil, si es cierto que decía que la piedra imán tiene un alma porque mueve al hierro". Posteriormente, Jenófanes sostenía que "Dios es la causa del movimiento".

El énfasis que ponían en señalar la cualidad dinámica inherente al movimiento reviste considerable significación a la luz del desarrollo ulterior del pensamiento griego y europeo sobre este tema. Posteriormente el idealismo tendió a privar a la materia de la actividad que le es inherente y atribuyó la fuerza del movimiento a las formas, las ideas o a seres supremos espiritualizados. La materia fue degradada, hasta que llegó a considerársela una forma de existencia pasiva, inerte, muerta, inferior, que debía su actividad y movimiento a la influencia externa de las formas, las ideas, los espíritus o Dios.

Esta idea de que la materia es esencialmente inerte persistió y se hizo parte de la concepción mecanicista del mundo que propiciaron Galileo, Descartes, Newton y Locke. La separación entre materia y movimiento, con el consiguiente concepto de que el movimiento proviene exclusivamente de agentes externos, fue definida por Kant en el siglo XVIII, de la siguiente manera: "La

posibilidad de una materia viviente no puede ni pensarse: su concepto implica una contradicción, ya que la falta de vida, la inercia, es lo que caracteriza a la materia".

Si la materia viva es un absurdo, como afirmaba Kant, entonces el materialismo es igualmente absurdo e imposible. Pero a los milesios no los confundía el supuesto dualismo absoluto entre materia y movimiento planteado por el desarrollo posterior de la teoría. Consideraban que la naturaleza engendraba el movimiento en sí misma, incluso que estaba esencialmente viva, y no contraponían la materia pasiva a alguna otra extraña fuente de actividad.

Estaban fundamentalmente acertados, en comparación con Kant, al asumir espontáneamente la inseparabilidad de materia y movimiento. Lo que no veían era que la naturaleza no es necesariamente, e incluso no es común que lo sea, el terreno en que se producen los fenómenos de la vida. La vida es una forma especial de movimiento, que excepcionalmente existe y se manifiesta en las organizaciones superiores de la materia. Pero la materia está siempre en movimiento y el movimiento se expresa siempre en la actividad de algo material.

La religión griega consideraba a los cuerpos celestes e incluso a los cielos mismos como seres divinos, y por lo tanto de naturaleza superior y enteramente diferente a todo lo existente sobre la Tierra. Los idealistas luego reforzarían este dualismo de la existencia contraponiendo las formas y las ideas eternas a la materia perecedera; los dioses inmortales a los hombres mortales; los espíritus divinos a los cuerpos carnales. Este dualismo era extraño al pensamiento de los naturalistas milesios. Eran monistas, a diferencia de la religión popular dualista de su época o de los idealistas que vinieron luego. Asumieron espontáneamente la unidad sustancial de todas las cosas como parte integral de su concepción.

El proceso evolutivo

Finalmente, los milesios eran tan evolucionistas como podían serlo en las condiciones que se daban cuando encararon los fenómenos de la naturaleza y la vida humana. Consideraban las formas existentes desde la perspectiva de su transformación, el curso de su desarrollo, su fin y su conversión en otras cosas. Ya hemos obser-

vado que sus especulaciones sobre el origen y desarrollo del universo estaban impregnadas del espíritu del método evolucionista.

Veamos nuevamente el esquema de Anaximandro. De la primera materia indeterminada, lo ilimitado, se diferencian los dos opuestos originales, el calor y el frío, impulsados por su propia energía. Lo frío se ubica en el centro y forma la tierra; lo caliente asciende a la superficie y da origen a los cuerpos celestes brillantes, luminosos, ígneos. Estas estrellas son fragmentos de lo que una vez fue una caparazón que en un momento estalló y se dividió.

Estas especulaciones son elementales, propias del nivel de los conocimientos científicos de aquella época. Pero, en principio, no se diferencian demasiado de la hipótesis nebular desarrollada por Kant y Laplace en el siglo XVIII o de las actuales especulaciones, más informadas, sobre el origen de las estrellas y los planetas. El proceso de surgimiento de las estrellas es un problema para el cual no se ha encontrado aún solución definitiva.

Anaximandro describió el proceso evolutivo para explicar los orígenes de la vida y del hombre. Decía que la acción del sol sobre la tierra acuosa generaba unas especies de vejigas de las cuales salían las distintas clases de seres imperfectamente organizados. Estos se fueron convirtiendo gradualmente en los animales actuales. Los antepasados del hombre eran criaturas del tipo de los peces, que vivían en las aguas cenagosas, y que a medida que el sol fue reseccando lentamente el mundo se fueron adaptando a la vida en la tierra seca. Es una explicación totalizadora, bien pensada, que abarca paso a paso las secuencias del origen del universo, la vida y la humanidad.

A medida que los dioses van siendo relegados se hace más prominente y poderosa la relación entre el animal y la humanidad. Lo evidencian las especulaciones de los milesios sobre la biología y la evolución de la humanidad. Anaximandro decía que la humanidad emergió del elemento húmedo y alguna vez fue similar a un pez. Anaxágoras, su sucesor, hizo una contribución al materialismo no menos importante. Atribuía la superioridad del hombre sobre los demás animales a su actividad tecnológica. Afirmaba que el hombre es el más inteligente de los animales porque tiene manos, que constituyen la herramienta por excelencia y el modelo de todas las herramientas.

Esta observación concuerda en un todo con el primer principio del materialismo histórico, que destaca la mano como el órgano

biológico más importante, responsable de la transformación del primate en hombre al hacer posible el trabajo. La mano fue la palanca biológica, el origen y prototipo de las herramientas, lo que hizo posible el uso y la fabricación de éstas.

Las limitaciones de los milesios

Ya hemos dado suficientes evidencias de la mentalidad materialista con que los primeros filósofos milesios encaraban su punto de partida, sus procedimientos y sus conclusiones. Al mismo tiempo, debemos señalar que sus ideas, en muchos aspectos, eran nebulosas, confusas y erróneas. Eran pioneros que sólo podían esbozar las primeras aproximaciones a una interpretación materialista del universo.

Muchas creencias antiguas y muchos absurdos se mezclaban con sus posiciones genuinamente nuevas, válidas y fructíferas. Consideraban al principio activo esencialmente divino; incluso pensaban que las nubes eran seres vivientes. Identificaban al viento con el soplo vital. También personificaban a las fuerzas de la naturaleza, y explicaban el movimiento de las cosas por fenómenos personales y sociales como el amor, el odio y la justicia.

Esto no debe sorprendernos, ni les quita méritos. Es necesario considerar todas las filosofías como productos históricos, y no juzgarlas según patrones eternos y arbitrarios sino de acuerdo a las condiciones concretas de su época y lugar. Cada una es una combinación de ideas extraídas de diversas fuentes y de valor desigual. Después de aprehender la escuela de pensamiento como una unidad integrada se hace necesario someter su variado contenido a un desmembramiento crítico, analizar sus componentes, separar la paja del trigo y medir su importancia relativa. Las filosofías no deben juzgarse solamente por lo que son en sí mismas, sino por aquello de lo cual provienen y aquello a lo que dan origen.

William Ellery Leonard señaló correctamente: "Para evaluar la ciencia griega no debemos comenzar por el conocimiento humano posterior a los griegos sino por la ignorancia humana anterior a los griegos". Lo mismo se aplica a los primeros filósofos.

Los vestigios de antiguas creencias que encontramos en los pensadores milesios sólo significan que no podían ir más allá de lo

que el conocimiento científico y el marco social de su época lo permitían. Sería ahistórico, poco realista e irrazonable criticarlos por no haber hecho más de lo que hicieron.

Están a las puertas de la investigación filosófica. Lo más significativo de cualquier escuela filosófica no reside en los aspectos en los cuales permanecieron estáticos o retrocedieron (aunque hay que tenerlos en cuenta) sino en sus aspectos vitales, dinámicos, creadores. Es necesario descubrir si esa escuela encontró algo nuevo, que supere las ideas de sus predecesores y por lo tanto promueva el progreso del pensamiento humano. Los milesios pasan fácilmente esa prueba.

Materialismo y ateísmo

Estas consideraciones sirven de guía para entender su actitud hacia los dioses. En la actualidad tanto los defensores de la fe como los partidarios del materialismo reconocen que la posición materialista es esencialmente hostil a la religión y enemiga de todos los dioses. Pero esto no implica que todos los filósofos inclinados al materialismo, incluso los fundadores de esta corriente, hayan sido ateos francos y conscientes. Nada de eso. El materialismo contiene al ateísmo así como en la semilla está latente el fruto. Es el producto lógico, la conclusión necesaria del pensamiento materialista. El rechazo total a los dioses, sin embargo, no se da de golpe. Los materialistas se fueron aproximando a este nivel cautelosa y gradualmente, y culminaron el proceso recién varios milenios después.

Los materialistas más antiguos no negaban explícitamente la existencia de los dioses, pero las explicaciones que daban sobre el mundo tornaban a los poderes divinos cada vez más inútiles e innecesarios. Los relegaban totalmente, privándolos de su soberanía y de sus principales poderes y funciones.

Este proceso que se dio en la filosofía es análogo al que sufrió, en el terreno de la política, la institución de la monarquía, tan antigua y arraigada como la creencia en los dioses. Las fuerzas antimonárquicas del mundo occidental al principio no asaltaron la fortaleza central de los reinos; tendieron a restringirla limitando el gobierno absoluto, estableciendo otros poderes que la contrarrestaban, dándose una constitución. Los movimientos repu-

blicanos, que aspiraban a liquidar la monarquía, en la teoría y en la práctica, aparecieron recién en el momento culminante de prolongados conflictos. Estas etapas se sucedieron tanto en la historia de Grecia como en la de nuestro país.

Lo mismo sucedió con la soberanía de los dioses en los reinos del pensamiento y con sus representantes en la sociedad. Los primeros esfuerzos de los materialistas consistieron en reducir los poderes de los dioses y asignar sus funciones a los procesos y las fuerzas materiales. Socavaron las bases de apoyo de la divinidad sin derribarla.

Jenófanes (570-470), que provenía de Colofón, una de las doce ciudades jónicas, comenzó este proceso de socavamiento con su crítica radical al politeísmo predominante en su época. Prosiguió el trabajo científico de los milesios y, muy probablemente, fue el primer geólogo y paleontólogo. De la observación de los restos fósiles de conchas, pescados y animales marinos que encontró en Siracusa, Paros y Malta dedujo que estos depósitos terrestres alguna vez habían estado mezclados con el mar. También consideró el arco iris un fenómeno natural, en una directa ruptura con el mito tradicional. "Aquélla que llaman Iris es solamente una nube, púrpura, escarlata y verde a la vista", dijo.

Jenófanes atacó las leyendas de dioses relatadas por Homero y Hesíodo y se dio a la tarea de explicar cómo los dioses eran producto de las mentes y las manos humanas. Satirizaba las concepciones populares sobre los dioses, planteando que los hombres los habían creado en su imaginación. Por eso había tantas deidades diferentes, cada una de ellas producto de naciones y necesidades distintas.

Decía que la gente que concebía los dioses les adjudicaba ropas, cuerpos, voces, funciones similares a los suyos. Los dioses etíopes eran negros y de nariz achatada; los tracios tenían cabellos rojos y ojos verdes. Si los bueyes, los leones y los caballos tuvieran manos y pudieran dibujar, seguramente inventarían dioses de su misma forma. Es una anticipación de la teoría de Feuerbach de que la religión se origina cuando el hombre, inconscientemente, objetiva y diviniza su propia naturaleza.

En lugar de la noción primitiva de la existencia de muchos dioses de exageradas características humanas, Jenófanes sostenía la idea de un solo dios, que se elevaba por encima de los mortales comunes y reinaba sobre el universo entero. Su concepción de que

"Dios es uno y es el todo" era monoteísta, y hasta panteísta. Conservaba el concepto básico, pero reducía la autoridad y el temor reverencial que inspiraban los dioses despojándolos de misterio y bajándolos más a tierra al exponer sus rasgos de factura humana.

El libre pensamiento acerca de los dioses se difundió ampliamente en Atenas hacia fines del siglo V a.C. Las enseñanzas de los naturalistas y los sofistas contribuyeron a debilitar la antigua religión. La primera afirmación inequívoca de carácter ateo apareció en la época de Sócrates, en un fragmento del drama satírico *Sísifo* que califica la religión de astuto fraude impuesto a los hombres para mantener la ley y el orden en la sociedad.

Sin embargo, esas expresiones no eran comunes. Aunque algunos escritores griegos y romanos testimonian que había ateos a su alrededor, el ateísmo puro era extraordinariamente raro en la Antigüedad. La mayor parte de los filósofos adoptaba una posición intermedia entre la fe absoluta en los dioses y el escepticismo sobre sus atributos y existencia. Ninguno de ellos llevaba su crítica a la fe popular hasta la consecuencia última de que los dioses son producto de la imaginación humana y que carecen de existencia objetiva.

Aunque a algunos se los acusaba de carecer de dios a causa de sus críticas al politeísmo predominante, no se puede considerar a ningún pensador griego o romano destacado un ateo confeso. Epicuro y Lucrecio, de quienes hablaremos luego, eran materialistas genuinos y enemigos declarados de la religión oficial, y sin embargo enseñaban que los dioses existen. Lo único que negaban era que los dioses interferían en los movimientos del universo o que tenían algo que ver con los asuntos humanos. Les quitaron a los dioses su ocupación, pero no los asesinaron ni los abolieron.

Esta actitud ambigua hacia la divinidad persistió en los principales pensadores materialistas casi hasta épocas recientes. Recién en el siglo XVIII el materialismo se hizo explícitamente ateo y se negó abiertamente la existencia de Dios. En Inglaterra y Norteamérica, en el siglo XVIII, era evidente la timidez con que se abordaba esta cuestión urticante; todos los materialistas evitaban rechazar la existencia divina.

La ruptura definitiva fue obra de los materialistas franceses que anunciaron el advenimiento de la Revolución Francesa. Los últimos compromisos, confusiones y equívocos fueron superados por

el Barón Von Holbach, que en su *Sistema de la Naturaleza*, publicado en 1770, repudió categóricamente la creencia en la existencia de Dios. Sin embargo, incluso Holbach retrocedió hasta el punto de partida de los pioneros milesios al afirmar que la única noción no absurda de Dios es la que lo identifica con la fuerza motora de la naturaleza. Pero Holbach y Diderot reservaban el ateísmo a los estudiosos y científicos, a la élite esclarecida; suponían que escapaba a la comprensión de las masas, inevitablemente ignorantes y supersticiosas. "Demasiado bueno para la gente común."

Este proceso señala que la relación entre materialismo y ateísmo es dialéctica. El materialismo es potencialmente, intrínsecamente ateo; el ateísmo es la expresión adecuada de su concepción del universo, el resultado acabado en que su contenido esencial se define más clara y completamente. Pero las primeras manifestaciones del materialismo son de un ateísmo incompleto. Fue necesaria una elaboración histórica vasta y compleja antes de que los materialistas lograran la conciencia plena de que tanto la realidad como las premisas sobre las que ellos se basan son totalmente incompatibles con la religión.

Los héroes del pensamiento

Aunque conservaron muchas ideas arcaicas y erróneas, los milesios fueron los primeros en interpretar la naturaleza en sus propios términos y no de manera sobrenatural. A veces se remarca este hecho como un "milagro". Pero tiene que obedecer a causas profundas.

¿Qué fue lo que impulsó y permitió a estos "sabios" concebir el universo como un proceso que se origina, determina y regula a sí mismo? No contamos casi con información biográfica que nos aclare con qué problemas específicos e inmediatos se vieron enfrentados que los hayan motivado para considerar el cosmos físico como un objeto independiente, una realidad exterior que se desarrolla de acuerdo a sus propias leyes. Tendremos que contentarnos con algunas observaciones generales.

Las innovaciones tecnológicas y los cambios de tipo económico propios de la civilización egea, que proporcionaron a los habitantes de las ciudades-estado jónicas un mayor control sobre su ambiente material, del mismo modo les proporcionaron el punto de partida

para su perspectiva cualitativamente distinta de la "naturaleza de la naturaleza". Farrington, en su *Greek Science*, señala que Tales puede haber elaborado su teoría sobre la creación del mundo a partir de la observación de la sedimentación de los deltas que realizó en sus viajes a Egipto o en los puertos jónicos. El taller del alfarero o del fundidor y la cocina inspiraron a Anaximandro su interpretación de los procesos naturales. Anaxímenes puede muy bien haber tomado la idea de la condensación, sobre la cual construyó su cosmología, del proceso industrial de suavización de los tejidos a presión. Tal vez Heráclito eligió el fuego como primer principio porque éste representaba, para los artesanos, el agente de todo cambio, en la cocina y en la herrería, tanto en la tierra como en los cielos.

"Los milesios –concluye Farrington– no eran simples observadores de la naturaleza. Su familiaridad con determinadas técnicas agilizaba su vista, orientaba su atención y condicionaba la elección que hacían de los fenómenos a observar. El rechazo a lo místico y sobrenatural constituye solamente una explicación negativa de lo nuevo en sus modos de pensar. Lo decisivo es su contenido positivo, que deriva de las técnicas de la época." (Pp. 36-37.)

Sin embargo, el "contenido positivo" y la racionalidad dialéctica de sus especulaciones no provenían directamente de las transformaciones que producía el avance de la técnica en las relaciones con la realidad exterior. La materia prima de sus ideas materialistas la constituían, en forma más inmediata, los cambios en las relaciones sociales introducidos por la extensión de la división social del trabajo, la producción para el mercado y el intercambio monetario.

A menudo se dice que el hábito de la observación aguda y profunda del mundo era característico de los griegos. Los milesios demostraban esta capacidad no sólo en sus investigaciones científicas sino también en los artículos de uso cotidiano y en las mercancías que fabricaban para la exportación. Se percibe también en el interés realista por el detalle con que sus alfareros diseñaban la delicadeza de una hoja, las espirales de un zarcillo o el sutil movimiento de un gato.

Los milesios no exploraban la naturaleza por el gusto de hacerlo. Estudiaban con energía y éxito aquellos procesos y objetos de la naturaleza relacionados con sus actividades y preocupaciones. El lugar privilegiado que la meteorología ocupaba en sus investigaciones, indudablemente no se debía únicamente a su ubicación geo-

gráfica, sino a sus actividades de largo alcance, marítimas, comerciales y colonizadoras. Centraban su atención sobre los aspectos (desde la meteorología a la metalurgia) más vitales para sus propósitos de producción y cambio.

Consideremos la tan conocida afirmación de Heráclito: "Todas las cosas se cambian en fuego y éste en todas las cosas, del mismo modo en que las mercancías se cambian por oro y el oro por mercancías". Esta comparación no es casual. Demuestra que las transacciones monetarias en amplia escala orientaban el pensamiento abstracto, estimulaban la capacidad de generalización y el hábito de observar lo regular en la variación de los fenómenos. Heráclito aplicó a los fenómenos de la naturaleza este modo de pensar generado por la economía comercial. Imaginó e interpretó el proceso de desarrollo universal aplicando las categorías comerciales. El fuego era el elemento a través del cual circulaban y se transformaban todos los demás elementos, del mismo modo en que el dinero era el medio de circulación de las mercancías. Los conceptos de la filosofía reproducían de manera transparente la realidad económica.

Las ideas y relaciones políticas, legales y éticas producidas por el movimiento democrático contribuyeron directamente a la formación de la nueva concepción. En los centros comerciales marítimos la filosofía nació al mismo tiempo que el Estado democrático. Aquélla fue el producto ideológico, éste el producto político, de las guerras y las luchas de clases que periódicamente se sucedían. En esas luchas estaban involucrados los comerciantes y los propietarios de naves, los marinos, los trabajadores metalúrgicos y los tejedores, los tejedores de alfombras, los tintoreros, los armeros y los propietarios de viñedos y huertas que vivían en la ciudad. Estas convulsiones dieron pie a las observaciones de Heráclito y otros pensadores de que todo fluye, el cambio es producto de la tensión y desequilibrio de fuerzas opuestas, para las cuales la regla de hoy es la excepción de mañana, lo bueno y lo malo se intercambian sus lugares y la lucha es la madre de la existencia.

En este periodo de la historia griega la codificación de las leyes comenzaba a reemplazar al derecho consuetudinario. Esa revisión crítica del viejo orden que se tradujo en el gobierno de la sociedad a través de la ley escrita indujo a los investigadores más serios a indagar qué leyes gobiernan la aparición y repetición de los acontecimientos de la naturaleza, cuál es la "justicia" que necesariamente

ha de regular el cosmos. Por eso dice Heráclito: "A medida que avance, el fuego juzgará y condenará todas las cosas".

Las amplias perspectivas de tiempo y espacio que los viajes desplegaron ante los jónicos definieron los límites de la historia humana y del mundo conocido, ayudaron a relegar a los dioses y dieron preeminencia al hombre y sus obras.

La expansión de sus intereses, que se abrieron paso a través de las limitaciones impuestas en el pasado a la política, la cultura y la teoría general estaba ligada a la expansión sin precedentes y la diversidad de su vida urbana. Las profundas innovaciones de la organización social, las demandas de su actividad comercial y las categorías de su cultura de clase, condicionada por las mercancías, determinaban las líneas principales de su pensamiento.

En su infancia la ciencia y la filosofía eran patrimonio casi exclusivo de la clase ociosa. Los progenitores de la ciencia en la Mesopotamia y Egipto, los observadores de las estrellas, los que hacían los calendarios, los geómetras, los estudiosos de los números, estaban asociados a los sacerdotes. Los naturalistas de Mileto, que fueron los primeros científicos genuinos, también pertenecían a las clases dirigentes de su época. Su riqueza les daba los medios, el tiempo y la libertad que les permitían ocuparse de problemas intelectuales que iban más allá de las estrechas necesidades inmediatas de la vida cotidiana, aunque determinados en lo esencial por las exigencias de las empresas comerciales que sus comunidades encaraban.

Estos hombres cultos se dedicaban a sus tareas intelectuales sin tener nada que ver con el trabajo manual de los sectores plebeyos y de los esclavos. Sin embargo, la separación entre teoría y práctica, inherente a toda sociedad de clases, era mucho menos pronunciada en los naturalistas milesios que lo que lo fue dos siglos después en los idealistas clásicos de Atenas.

En la historia hay héroes del pensamiento y héroes de la acción. Son los primeros en aprehender la esencia de los nuevos acontecimientos, los que penetran la realidad más profundamente, formulan sus descubrimientos con conceptos claros y fructíferos, y luego luchan por ellos contra las ideas y modos de pensar ya superados. Nos encontraremos con muchos de esos héroes en esta revisión de la historia del materialismo.

Los naturalistas milesios fueron exploradores de la filosofía, los primeros en hacerla famosa. Su salto en la evolución del

pensamiento fue tan audaz que crearon una época totalmente nueva.

Breadsted, uno de los fundadores de la arqueología norteamericana e historiador de las civilizaciones antiguas, les brindó este merecido tributo: "Entraron en un mundo nuevo, que llamamos ciencia y filosofía, mundo al que nunca se habían asomado las cabezas pensantes del Antiguo Oriente. Este paso, dado por Tales y los grandes hombres de las ciudades jónicas, figura y figurará siempre entre las insignes realizaciones del intelecto humano, y provocará la reverencia y la admiración de todas las épocas." (*The Conquest of civilization*, pp. 317-318.)

Capítulo VIII

LOS PRIMITIVOS ATOMISTAS

En agosto de 1955 se celebró en Ginebra la Conferencia Internacional sobre el Uso Pacífico de la Energía Atómica. El presidente de la Conferencia y director de la Comisión de Energía Atómica de la India, Doctor H. J. Bhabha, dio un discurso de bienvenida a los asistentes, en el cual dividió la historia de la civilización en tres épocas, de acuerdo a sus fuentes energéticas.

En la primera época de las civilizaciones de los valles del Eufrates, el Indo y el Nilo la fuerza muscular humana o animal era la única fuente de energía que se utilizaba para labrar la tierra, extraer agua, acarrear cargas o el transporte. La energía molecular, como la que proviene de la combustión química que se produce al quemar madera, se usaba muy limitadamente para cocinar, calentar y fundir. Estas fuentes energéticas tan restringidas apenas permitían a la humanidad mantener un nivel de mera subsistencia.

Esta primitiva fuente energética se siguió utilizando casi sin alteraciones hasta que los avances científicos y técnicos realizados entre los siglos XVII y XIX permitieron al hombre una mayor utilización de la energía química, especialmente de la que se produce por la combustión de los fósiles, el carbón y el petróleo. Estas fuentes energéticas hicieron posible la revolución industrial, que inició la segunda gran época de la historia de la humanidad. Hoy el 80% del enorme consumo mundial de energía proviene de la combustión del carbón, el petróleo y el gas, el 15% de la madera y los desperdicios agrícolas, el 1,5% de la fuerza hidroeléctrica y apenas el 1% de la fuerza muscular.

Ahora que se comenzó a explotar la energía atómica, se le abrió a la humanidad la posibilidad de utilizar recursos completamente nuevos y aparentemente inagotables. El Doctor Bhabha señaló correctamente: "La adquisición del conocimiento de cómo liberar y utilizar la energía atómica debe reconocerse como la tercera gran época de la historia humana". La energía atómica es mucho más eficiente y concentrada que la muscular o la molecular. Hoy estamos en los umbrales de esta nueva era.

Mileto, a orillas del Asia Menor, y Abdera, en Tracia, donde en el siglo V a.C. floreció el atomismo griego con Leucipo y Demócrito, están muy lejos en el espacio y el tiempo de Alamogordo, en Nueva Méjico, y de Hiroshima, en Japón, donde en 1945 las primeras bombas atómicas hicieron penetrar violentamente a la humanidad en la Era Atómica. Sin embargo, aunque separadas por casi dos mil quinientos años, existe entre ambas un nexo definido y claramente discernible.

La conexión es fundamentalmente metodológica e ideológica. Pues la concepción original de la estructura atómica interna de la materia y el mismo término "atómico" nos vienen de estos pensadores griegos del siglo V. Esto no significa que los experimentos de los científicos del siglo XX derivan en línea recta de las especulaciones de los atomistas griegos. La historia no actúa de manera tan simple y directa; las condiciones y causas que originan esos descubrimientos que hacen época son mucho más complejos y de recorrido muy sinuoso.

Una amplia variedad de circunstancias históricas, cuyas raíces se hunden en la primera organización de la sociedad en clases y que culmina en las últimas formas conocidas, se interpone entre la enunciación de las primeras hipótesis atomistas y el amanecer de la era atómica. Para señalar un solo factor, el desarrollo de la técnica metalúrgica no fue menos necesario para la construcción de bombas y reactores atómicos que la elaboración de una correcta teoría sobre la materia. El progreso de la metalurgia, a su vez, dependió en gran medida de la evolución de la industria y el arte militar, determinada, a rasgos generales, por las cambiantes necesidades de la sociedad dividida en clases, desde los comienzos del esclavismo hasta el apogeo del capitalismo.

Pero esto no desvirtúa el hecho de que la corriente de pensamiento sobre la estructura del mundo material puesta en marcha por los atomistas griegos fue una condición histórica indispensable

para que los científicos atómicos actuales alcanzaran sus realizaciones. Como precursores en los terrenos metodológico e ideológico, los atomistas griegos merecen ocupar un lugar destacado en la historia de la ciencia y el pensamiento humano.

Sin embargo, pocas veces se les ha brindado el reconocimiento que se merecen. En la Antigüedad, aunque se rendía honores a sus cualidades personales, los métodos y conclusiones de los atomistas fueron subestimados durante mucho tiempo. Platón ni siquiera menciona en sus escritos las obras de los atomistas, y tiene fama de haber dicho que le gustaría quemar todos los trabajos de Demócrito. En la Academia aristotélica se mofaban de ellos. Este menosprecio tradicional persistió, con algunas notables excepciones, hasta nuestros días.

Luego veremos por qué se despreciaba tanto a los atomistas en la Antigüedad. Pero primero debemos referirnos a sus realizaciones y al por qué de su importancia para la evolución de la filosofía griega y la historia del materialismo.

El atomismo griego y la ciencia

Los atomistas constituyen la segunda escuela griega de filosofía materialista; los naturalistas milesios conformaron la primera. Hay diferencias de opinión entre los investigadores sobre la definición precisa de las afinidades entre ambas escuelas. Pero, desde la perspectiva de la formación de la filosofía materialista, es evidente que los atomistas tomaron de los milesios sus investigaciones sobre la naturaleza y sus especulaciones sobre sus procesos. Las analizaron a la luz de las críticas y contribuciones de los filósofos griegos posteriores y de la ulterior evolución de la sociedad griega. Gomperz, un alemán que es toda una autoridad en lo que atañe al pensamiento griego, caracterizó correctamente al atomismo como "el fruto maduro del árbol de la vieja doctrina jónica sobre la materia, sembrado por los fisiólogos jónicos". (*Greek Thinkers*, vol. I, p. 323.)

Los atomistas dieron más consistencia y extensión a las ideas y métodos de los pioneros del materialismo. Anaxímenes, por ejemplo, explicaba las diferencias entre las cosas como una consecuencia de sus distintas densidades, producto de los procesos de rarefacción y condensación. Pero estos procesos no pueden imagi-

narse claramente a menos que se presuponga que hay en el espacio partículas imperceptibles que se unen o se separan. Los atomistas lograron esta comprensión profunda de las operaciones ocultas de los procesos materiales.

Ya explicamos por qué las primeras formas de la filosofía, aparecidas entre los milesios, necesariamente debían ser materialistas por su intención y objetivos. Ahora debemos señalar que, junto con la filosofía y el materialismo, apareció una tercera adquisición cultural. Se trata de la ciencia, como método racional de encarar la realidad, como interpretación sistemática de sus procesos y, por ende, como estímulo de la comprensión de la naturaleza por el hombre y de su control sobre ella. Este triple nacimiento de la filosofía, el materialismo y la ciencia se lo debemos a los milesios.

Antes de ellos la humanidad ya había acumulado muchos conocimientos parciales sobre el mundo y sus movimientos, incorporados a las técnicas de la sociedad antigua y formulados por ésta en sus conceptos fundamentales. Fueron la materia prima para la fabricación de las distintas ciencias. Los griegos fueron los primeros en transformar esta información empírica, desordenada, producto de la práctica y la producción material cotidianas en ramas de la ciencia teóricamente fundamentadas. Cada una contaba con un método propio especial, producto de un sistema racional de pensamiento e investigación.

Pero no acometieron esta empresa en todos los terrenos. Por ejemplo, se quedaron atrás en el desarrollo teórico de la química. Los orígenes de la química empírica se remontan hasta los trabajadores del metal y los expertos en orfebrería de Egipto del año 3000 a.C. Los egipcios eran tan hábiles en las artes de la metalurgia, el esmaltado, la coloración del vidrio, la extracción de aceites vegetales y el teñido que el país se hizo fama de ser el padre de la química. El mismo término "química" deriva del nombre árabe de Egipto, Kehm, el país de la tierra negra.

Pero ni los egipcios ni sus sucesores, los griegos, lograron conformar un cuerpo teórico consistente en la química a partir de los oficios del alfarero, el tintorero o el orfebre. De hecho, la química tuvo que pasar por la incubadora de la alquimia y esperar hasta que comenzara a expresarse la teoría atómica moderna, en la segunda mitad del siglo XVIII y los comienzos del XIX, para adquirir un fundamento científico real.

Sin embargo, los griegos sentaron las bases de la teoría científ-

fica en un número considerable de ramas del conocimiento: las matemáticas, la física, la biología, la medicina, la historia, la política, la lógica y muchos otros sectores de las ciencias naturales, sociales y del pensamiento.

En la Antigüedad no se hacían diferencias entre la filosofía y la ciencia. Estaban tan mezcladas que no podían, ni pueden, separarse. Los primeros filósofos fueron también los primeros hombres de ciencia. El multifacético Tales fue astrónomo, geómetra e ingeniero al mismo tiempo que filósofo, comerciante y estadista. Lo mismo podemos decir de muchas otras figuras importantes de todas las tendencias de la filosofía griega.

Salvo en la medicina, la especialización, compartimentación y profesionalismo tan comunes ahora en la ciencia, lo mismo que la división e incluso el antagonismo entre los filósofos y hombres de ciencia, eran desconocidos en los tiempos de Grecia y Roma. Las ciencias crecieron amparadas y controladas por la filosofía, hasta que en la época burguesa se separaron del tronco materno y siguieron su camino por su cuenta.

Una de las razones principales de esta separación entre filosofía y ciencia fue que después de la Antigüedad la religión, y su correspondiente filosofía idealista, entraron en oposición cada vez más franca y directa con los métodos y conclusiones de las ciencias naturales, entorpeciendo su desarrollo. Esto no significa que los idealistas siempre hayan ejercido una influencia adversa sobre el progreso científico. Aunque las premisas y conclusiones básicas del idealismo son totalmente anticientíficas, ello no ha impedido que los filósofos idealistas clásicos, desde Sócrates hasta Hegel, hayan aportado significativas contribuciones a una u otra rama de la ciencia.

Pero la relación entre ciencia y materialismo ha sido más consistente y orgánica. El materialismo nació junto con los primeros éxitos del método científico, y desde entonces ambos permanecen estrechamente ligados. Se han influido mutuamente. El desarrollo de las ciencias impulsó el progreso del materialismo, mientras que los métodos e ideas de éste ayudaron al avance de las ciencias.

El artículo "Materialism" en *The Encyclopedia of Religion and Ethics* contiene un adecuado testimonio de esta simbiosis histórica entre materialismo y ciencia. "Las conquistas principales de la metafísica materialista —dice— coincidieron con las épocas de renovado interés en el progreso de la ciencia física, o de notables

progresos de ésta. El surgimiento, en sucesivas épocas de la historia del pensamiento, de esta tendencia a considerar el mundo como algo esencialmente material, evidencia que el materialismo se adecúa claramente a las mentalidades de muchas personas, especialmente de aquéllas cuyos estudios están relacionados con las ciencias físicas." Esta observación es muy significativa, ya que su autor, F. R. Tennant, catedrático inglés, fue un opositor religioso y filosófico del materialismo.

Esta relación entre ambos se expresó históricamente a través de vías positivas y negativas. El estancamiento de las ciencias que se produjo en el siglo II a.C., paralelo a la decadencia de la sociedad occidental, llevó al desaliento y prolongada desaparición del pensamiento materialista en Europa; por otro lado, el resurgimiento de las ciencias en los siglos XV y XVI estimuló las ideas materialistas. Desde la Antigüedad hasta el presente vienen marchando hombro a hombro. En el terreno de la filosofía sólo la tendencia materialista puede ser considerada completamente científica, es decir, enraizada en una verdadera comprensión de la realidad y de su desarrollo.

La ciencia depende tanto del materialismo, que le proporciona una base teórica y un método correctos, como el materialismo depende de la ciencia, que le aporta conocimientos verificados por la práctica. Cada avance decisivo dado por la sociedad en el conocimiento de su medio y el dominio sobre la naturaleza enriqueció el contenido y elevó la forma de la concepción materialista. Las escuelas materialistas, por su parte, no sólo tratan de mantenerse al nivel de los descubrimientos y avances científicos, sino que a veces se anticipan a éstos y les preparan el camino.

Por otro lado, la filosofía materialista no podría llegar mucho más allá del nivel de desarrollo de la ciencia, y comparte y refleja las deficiencias de ésta.

Donde más evidente resulta en la Antigüedad esta relación entre ciencia y materialismo es entre los atomistas. Estos no sólo continuaron las especulaciones de los milesios y anunciaron las ideas de la química moderna y la Era Atómica. Las teorías de Leucipo, Demócrito, Epicuro y Lucrecio y sus compañeros del universo, la historia de la sociedad y la civilización, fueron los puntos culminantes del pensamiento científico del mundo antiguo.

Como lo hace notar Farrington en *Greek Science*: "La verdadera gloria del atomismo de Demócrito es que respondía mejor que cualquier otra teoría a los problemas de su época. Con él culmina

en la Antigüedad el movimiento de especulación racional sobre la naturaleza del universo comenzado por Tales. Se basa en la simple observación de los sentidos de los procesos técnicos y naturales, y en unas cuantas demostraciones experimentales del tipo de las que ya hemos mencionado. Su mérito teórico consiste en haberles dado a los resultados una coherencia lógica mayor que la de cualquier otro sistema antiguo."

La base filosófica del atomismo

Desde su nacimiento hasta su extinción, a fines del siglo II a.C., la historia de la escuela atomista abarca alrededor de siete siglos. Veremos sólo las líneas principales de su desarrollo durante ese periodo.

Los dos primeros nombres ilustres asociados con la escuela atomista son Leucipo y Demócrito. Florecieron en el siglo V a.C. y también eran nativos de Jonia. Leucipo nació en Mileto, Demócrito en la próspera ciudad de Abdera.

Los primeros estudiosos griegos de la naturaleza remontaban el origen de las cosas a cuatro elementos: el fuego, la tierra, el agua y el aire, y consideraban a uno de ellos como la fuente sustancial de todo lo demás. Esta concepción "elemental" de la materia y de los comienzos de sus diversas manifestaciones no sólo dominó el pensamiento antiguo sino que persistió hasta los tiempos modernos. Es relativamente reciente el reconocimiento de la existencia de muchos más componentes químicos básicos. Todavía en 1764 Voltaire escribía en su famoso *Diccionario filosófico* que sólo había que reconocer a los cuatro elementos tradicionales. Recién fueron dejados de lado por la ciencia química a fines del siglo XVIII, cuando Lavoisier demostró la existencia del oxígeno e inauguró la nueva secuencia y los nuevos tipos de elementos básicos. Ahora la serie química está formada por más de cien elementos naturales, y algunos fabricados por el hombre.

Los cuatro elementos, el fuego, la tierra, el agua y el aire, eran todos cosas observables físicamente. Pero cuando se pretendía explicar en base a ellos los múltiples fenómenos del mundo, asumían un carácter cada vez más abstracto y generalizado. Estos cuatro estados de la materia se transformaban uno en otro y además constituían la realidad sustancial de las demás manifestaciones de la

materia. El fuego en forma de tierra, o de hueso o de paisaje era una entidad bastante diferente, al menos en apariencia y para los sentidos, que el fuego en forma de llama.

¿Cómo podía una y la misma cosa aparecer como tantas otras cosas diferentes, o transformarse en esas cosas diferentes? Estas y muchas cuestiones similares que surgen del mismo desarrollo de la cosmología milesia plantean ante los filósofos griegos una serie de problemas nuevos que exigen solución. Formularon estos problemas en los siguientes términos: ¿Cuál es la relación entre el uno y lo múltiple, lo permanente y lo cambiante, la identidad y la diferencia, el ser y el no ser? ¿Y cómo sabemos qué es cada uno de estos términos? ¿Conocemos la realidad y la verdad con la razón o con los sentidos?

Esta nueva tendencia del pensamiento griego coincidió con un cambio que afectó el eje de la actividad filosófica, de uno a otro sector de la cultura griega, desde el Asia Menor a las colonias griegas de Sicilia y el sur de Italia. Quien personifica este cambio es Pitágoras, el fundador de la comunidad pitagórica. Alrededor del 530 a.C. Pitágoras, que a la sazón contaba cuarenta años, tuvo que escapar de su Jonia natal cuando la invadieron los persas y se estableció en Crotona, al sur de Italia.

Influido por las matemáticas y la religión, el pensamiento de los pitagóricos se orientó en una dirección distinta a la de los milesios. No describían el universo en función de la actividad de determinados elementos materiales y procesos físicos. Fueron los primeros en reconocer el importante rol que podían jugar los números en el conocimiento de las cosas, y fueron tan lejos que hicieron del número la sustancia fundamental del universo. Para ellos la física era idéntica a las matemáticas.

Esta idea general, tomada en sí misma, fue inmensamente fructífera en la historia de la ciencia. Sin embargo, deslumbrados por su descubrimiento de que en todo lo que los rodeaba podían percibir relaciones matemáticas, los pitagóricos exageraron enormemente la fuerza y aplicabilidad de los números. Afirmaban la identidad entre la realidad y las matemáticas, cuando en realidad entre ellas hay una interdependencia y una correspondencia mutua.

Esta identificación entre número y cosa se veía facilitada porque los pitagóricos representaban los números de manera figurativa, como los puntos en el juego de dominó. Además, su aritmética estaba estrechamente relacionada con la geometría. Llamaban *uno*

al punto, *dos* a la línea, *tres* a la superficie, *cuatro* al sólido, y construyeron su concepción del mundo a partir de estos números-dimensiones.

Los pitagóricos realizaron otro avance importante en su pensamiento. Insistían en que estas relaciones matemáticas que constituían el universo sólo podían percibirse y comprenderse realmente a través de los procesos de razonamiento. Su teoría del universo y del conocimiento ponía al procedimiento lógico y a los resultados del pensamiento abstracto por encima del estudio de los procesos y estados físicos como la rarefacción, la condensación y la tensión, y las técnicas y la observación directa de los sentidos, que constituían el trasfondo del pensamiento jónico.

Parménides de Elea, fundador de otra escuela italiana, llevó hasta sus últimas consecuencias esta tendencia al pensamiento abstracto y a la exaltación de la razón pura. Los pensadores griegos ya habían concebido tres ideas generales fundamentales al analizar la realidad: las categorías de Ser, no Ser y devenir. Parménides trató de esclarecer el contenido y la interrelación de estos tres aspectos de la realidad.

El eje de su investigación estribaba en la naturaleza del Ser y el modo de conocerlo. Heráclito había concluido que todo cambia. Este sentido de la naturaleza mudable de las cosas, en el que todo se ponía patas arriba y se transformaba en algo diferente de lo que fue una vez, perseguía la mente y la imaginación de los griegos, que vivían en una sociedad turbulenta y cambiante. Lo expresó muy explícitamente Herodoto, el primer historiador, que vivió en la misma época. Observó: "Pues muchos estados que una vez fueron grandes se han vuelto pequeños, y aquellos que en mi época eran grandes habían sido pequeños anteriormente".

Sócrates dijo: "Convocad a los filósofos, a todos excepto Parménides, y junto con ellos a los poetas; todos os dirán que nada es, pues las cosas están constantemente transformándose". Excepto Parménides. Este declaraba que todo es, y que nada no es, y que nunca los opuestos podían encontrarse. ¿Qué lo inducía a negar tan categóricamente lo que los demás afirmaban? ¿Qué argumentos utilizaba para justificar su posición opuesta?

A Parménides le preocupaba la naturaleza contradictoria de las cosas, evidenciada en el cambio, y la aplicación del principio lógico de contradicción al cambio mismo. El principio de contradicción, entendido de manera formal y aplicado estáticamente, dice que

cada cosa debe ser ella misma y no otra, y no puede ser una y otra cosa al mismo tiempo. Debe elegirse entre ellas. Parménides tomó con absoluta seriedad este principio, que se erigía en su camino como un obstáculo.

La esencia misma del cambio y del devenir reside en que expresa la transición de lo que es a lo que no es y de lo que no es a lo que es. Pero Parménides no podía reconciliar la coexistencia de lo que es y lo que no es. Todo, razonaba, es o no es. Lo que es es, y lo que no es no tiene ninguna realidad. Y por cierto es así si se aplica estrictamente la regla formal de la contradicción.

Por lo tanto, la existencia de lo que *es* es absolutamente real y de ninguna manera puede contaminarse con su opuesto excluido, el no ser. Por lo tanto, concluía, todo cambio, movimiento y expresión de diversidad es irreal, una ilusión de los sentidos, y solamente el Ser es verdaderamente real.

Parménides creía que con sólo andar por la senda del pensamiento lógico se llegaba a la verdad perfecta. En consecuencia se aferraba firmemente a la ley de la contradicción y no se apartaba de los resultados lógicos de su aplicación estricta. No podía admitir que una cosa (que es lo mismo que decir todas las cosas) pudiëra ser y no ser al mismo tiempo. La ley de la contradicción, tal como él la concebía, comprendía e invocaba, prohibía esa conclusión. Pero el cambio, por el cual una cosa pasa de lo que es a lo que no es, no puede reconocerse si no se acepta la presencia simultánea del Ser y el no Ser, y la transformación de uno en otro a través del proceso del devenir.

Parménides resolvía el problema negando la realidad del cambio, el devenir y el no Ser. Consideraba a estos estados como errores de opinión, confusiones e ilusiones de los sentidos; afirmaba que solamente el Ser inmutable, inmóvil y uniforme era real y podía ser verdaderamente conocido.

En síntesis, Parménides planteó dos posiciones que ejercieron gran influencia sobre el curso posterior del pensamiento griego. La primera que el pensamiento lógico puro es el único camino hacia la verdad y el conocimiento de la realidad, lo que implica despreciar las impresiones sensoriales y la actividad práctica. La otra es su identificación de la realidad con lo perfecto, inmutable, sin origen. La escuela de los eléatas ayudó a imprimir esta combinación en el pensamiento griego; se la encuentra no sólo en la base del idealismo clá-

sico sino también en la concepción atomista de la unidad del Ser.

El siguiente gran pensador de la Grecia occidental, Empédocles de Agrigento (una localidad de Sicilia), defendió la validez de la evidencia de los sentidos, atacada y rechazada por los pitagóricos y los eléatas. Pero aconsejaba y practicaba una utilización más cuidadosa y crítica del testimonio provisto por la percepción sensorial. Con sus experimentos con el reloj de agua demostró por primera vez que el aire, aunque invisible, tiene masa, puede ocupar un lugar en el espacio y ejerce una fuerza. Señaló la diferencia entre el aire y el espacio vacío.

La importancia teórica de este descubrimiento reside en la comprobación experimental de que la materia puede existir en estado muy refinado, y producir determinados efectos aunque sea demasiado sutil y pequeña como para que se la vea u observe directamente a través de los sentidos.

Anaxágoras, filósofo de la escuela jónica que Pericles llevó a Atenas a mediados del siglo V, realizó experimentos que demostraron que hay procesos físicos que tienen lugar por debajo o más allá del nivel de la percepción directa. Tomó dos vasos, uno con un líquido blanco y otro con un líquido negro; traspasó gota a gota el líquido de ambos vasos; aunque, por razones físicas, debe cambiar el color de cada vaso a cada gota que cae, este cambio recién se vuelve perceptible una vez que se han mezclado varias gotas.

De estos experimentos Anaxágoras extrajo la conclusión de que los sentidos no son jueces de la realidad totalmente precisos, aunque sus percepciones no son totalmente erróneas. La evidencia que proporcionan los sentidos debe utilizarse para llegar a la verdad; para aprehender lo invisible, como en el caso del cambio gradual de color, debemos apoyarnos en lo visible.

En la teoría de la física Anaxágoras superó a Empédocles en otro aspecto. Este se adhería a la concepción de los cuatro elementos como primeros principios. Anaxágoras planteaba un cuadro más complejo de la naturaleza de la materia. Afirmaba que los primeros principios, a los que llamaba "semillas", existían en número y variedad infinitos, y que cada una de estas partículas infinitamente pequeñas, indestructibles e inmutables, encerraban en sí mismas las cualidades de todo lo demás.

Estas fueron algunas de las principales corrientes filosóficas posteriores a los milesios que constituyeron el trasfondo ideológico del cual surgieron las teorías de los atomistas.

Capítulo IX

LAS CONCEPCIONES DE LOS ATOMISTAS

¿Cuáles fueron las enseñanzas de los atomistas, y especialmente cómo consideraban que estaba construída la materia?

Los atomistas se proponían tomar en cuenta las contribuciones y críticas de sus predecesores filosóficos y proveer soluciones a los problemas o dificultades planteados por ellos. Los milesios buscaban la fuente sustancial de todas las cosas en los cuatro elementos o en la materia ilimitada de Anaximandro, pero no podían explicar satisfactoriamente la totalidad a través de un elemento simple.

Heráclito había defendido la posición del devenir absoluto y cambio universal de todas las cosas a través de la unidad, tensión y lucha de sus opuestos, y afirmaba que su estabilidad era transitoria. La lógica de los eléatas, por el contrario, sostenía que lo único real era el Ser; las cosas eran esencialmente fijas e inmóviles; el cambio era una ilusión de los sentidos.

Empédocles y Anaxágoras trataron, por tres vías, de rescatar la realidad del cambio, el movimiento y la variación, anatematizados por los eléatas. Sostenían que los primeros principios eran múltiples, de cantidad y variedad infinitas. Atribuían la creación y destrucción de las cosas a la reunión y separación de estos elementos. Finalmente, demostraron que, a través de la inferencia basada en la observación, el hombre podía descubrir procesos de la naturaleza reales y efectivos, aunque no completa y directamente perceptibles por los sentidos.

Partiendo de estas posiciones y controversias, los creadores del atomismo, Leucipo y Demócrito, postulaban dos tipos de existencia

esencial: lo lleno y lo no lleno, el algo y la nada, el átomo y el vacío. Uno equivalía al Ser; el otro al no Ser. Por lo tanto, en oposición a los eléatas, los atomistas afirmaban la existencia real del no Ser como vacío o espacio no lleno, y hacían derivar el cambio y la variación de la interacción entre el átomo y el vacío.

El sucesor de Aristóteles a la cabeza de la Academia de Atenas, Teofrasto, escribió sobre Leucipo: "Suponía la existencia de elementos innumerables y siempre en movimiento, es decir, los átomos. Y hacía a sus formas infinitas en número, aunque sin una razón determinada por la cual pertenecen a una u otra clase, y porque veía que el cambio y la transformación de las cosas era incesante. Sostenía, además, que *lo que es* no es más real que *lo que no es*, y que ambos del mismo modo son causa de las cosas que llegan a ser; pues decía que la sustancia de los átomos era compacta y llena, y los llamaba *lo que es*; ellos se movían en el vacío, al que llamaba *lo que no es*, pero afirmaba que era tan real como *lo que es*."

Por lo tanto, a través de la especial unión de *lo que es* con *lo que no es* los atomistas reconciliaban las posiciones contradictorias de Heráclito, que sostenía que todo fluye, y de Parménides, que afirmaba que nada cambia. La relación de los átomos con el vacío explicaba tanto la permanencia como el cambio, el movimiento y el reposo, la identidad y la diferencia. Nada cambiaba en ellos, pero su interacción incesante originaba todos los cambios, combinaciones y diferenciaciones de las cosas.

El átomo de Leucipo y Demócrito se componía de elementos tomados de las ideas básicas de sus predecesores. Era similar a la sustancia primaria simple de los milesios y a la noción de los pitagóricos de que los números son lo que constituye las cosas. El átomo era increado e inmutable como el Ser de Parménides, aunque múltiple y siempre sujeto a combinaciones como los cuatro elementos de Empédocles y las "semillas" de Anaxágoras.

La materia concreta estaba formada por estos gránulos o partículas. Los átomos eran increados, de sustancia sólida y uniforme y absolutamente impenetrables. Eran un elemento de irreductible realidad. "Atomo" significa lo que ya no puede ser cortado, dividido o separado.

Los átomos se diferenciaban entre ellos intrínsecamente por su tamaño y forma, extrínsecamente por la posición y adecuación de cada uno en relación con los demás. Algunos tenían forma de gancho, otros eran ásperos y suaves, angulares y curvos. Podían ser de

cualquier tamaño, pero siempre tan pequeños como para escapar a la observación sensorial. Así fue imaginado el átomo cuando la humanidad lo concibió por primera vez.

La concepción del vacío revestía similar importancia en el sistema de los atomistas. Es necesario poner especial énfasis en este segundo factor, ya que a veces se lo subestima. Sin embargo ambos eran inseparables para la mentalidad de los atomistas; el vacío no es menos esencial en su teoría que el átomo. Juntos engendraban el universo.

El concepto de vacío hacía posible explicar teóricamente el movimiento y lo hacía asequible a la sensibilidad. El vacío en el que los átomos se movían y existían era también increado e inmutable, sólido y uniforme, pero completamente homogéneo y penetrable. El vacío era tan pasivo y permeable como activos e impermeables los átomos.

La historia del concepto del vacío en la filosofía y la ciencia es tan interesante e instructiva como la del de su compañero, el átomo. Fue el modelo de los conceptos de infinito y espacio no lleno de los antiguos, de la extensión de los cartesianos, del éter de los físicos del siglo XIX y del campo electromagnético de los científicos contemporáneos. Todavía hoy los físicos están luchando contra las dificultades que implica la relación entre el campo electromagnético y las unidades de materia más pequeñas. Puede decirse sin exagerar que todavía deben resolver problemas planteados por primera vez cuando los griegos diferenciaron el átomo del vacío.

Según los atomistas, ¿cómo se formó el cosmos? Una cantidad de átomos de formas diferentes se separaron de la masa del infinito, se esparcieron por el espacio vacío, chocaron por accidente. Se enredaron arremolinándose en círculos. Los similares se adhirieron entre sí; los átomos livianos escaparon y los demás se juntaron todos. De este arremolinado conglomerado de átomos y del agrupamiento de sus componentes similares fueron creados y destruidos nuestro mundo y todos sus cuerpos y un infinito número de otros mundos.

Este proceso cósmico no tiene fin. Todo nace y muere por el choque, coagulación y disolución de los átomos que se mueven en el vacío. Las diferentes cualidades y apariencias de las cosas se deben a las diversas combinaciones de los átomos que las constituyen, todos ellos de distintas formas, tamaños, posiciones y modos de agruparse. Los múltiples átomos, con sus variadas combinaciones, componen las cosas del universo del mismo modo en que las letras del alfabeto ocupan posiciones diversas y se agrupan en distinto orden.

Con sus teorías los atomistas trataron de satisfacer tanto las exigencias de los sentidos como las de la razón. Su afirmación de que todo objeto particular está formado por átomos superaba en mucho las observaciones inmediatas de los sentidos. Se apoyaba en la deducción de que los objetos y cambios directamente perceptibles están causados por elementos y movimientos materiales ocultos, en condiciones ordinarias, a los sentidos. Explicaban los fenómenos visibles diciendo que la estructura de la materia estaba formada por gránulos moleculares que escapaban a las posibilidades de la observación directa.

Creían que los átomos eran cuerpos, realidades con existencia material, o como los llamaba Demócrito algo que estaba en contraste con el espacio vacío, que era nada. El hecho de que todavía a comienzos del siglo XX algunos importantes científicos hayan cuestionado la existencia real de los átomos da la pauta de la audacia de la convicción de los atomistas de que los átomos no eran una ficción. Los positivistas contemporáneos consideraban el átomo como un mecanismo conceptual que servía para explicar determinados fenómenos moleculares, pero ponían en duda que, además de ser una hipótesis útil, designara una realidad objetiva.

Apoyándose en estos conceptos generales, Ernst Mach, uno de los teóricos más influyentes de las ciencias naturales de comienzos de siglo y exponente de la filosofía del empiriocriticismo, negaba explícitamente la existencia real de los átomos. Hace cincuenta años repudiaba aquello de lo cual la bomba convenció dramáticamente hasta al más ignorante patán de nuestros días. No lo señalamos para subestimar a Mach, cuyas críticas a algunos presupuestos teóricos de la teoría newtoniana influyeron en las investigaciones de Einstein y otros científicos sobre la relatividad y la energía atómica, sino para resaltar lo penetrante de la visión teórica de los atomistas. Sus ideas resultan tanto más osadas por su novedad absoluta.

Hay, con toda seguridad, una distancia colosal entre las ideas de los atomistas sobre la estructura de la materia y la utilización práctica de la fuerza atómica. Es la distancia que separa una especulación teórica de una prueba experimental. Las ideas recién se verifican incuestionablemente cuando los hombres pueden producir o destruir lo que ellas predican.

* * *

Los atomistas tenían muchos conceptos erróneos sobre el universo. Uno era el de que los cuerpos más grandes caen en el espacio vacío a más velocidad que los más pequeños. Otro era su creencia en la inmutabilidad y homogeneidad sustancial de los elementos físicos fundamentales. La ciencia moderna comprobó que esta concepción, que persistió durante siglos, es falsa.

Dalton demostró con sus experimentos que los átomos de los elementos no son todos iguales; cada uno tiene su peso específico. En nuestro siglo se comprobó que incluso el peso de átomos de los mismos elementos (isótopos) es variable. Ahora sabemos que los átomos no sólo son capaces de alterarse y dividirse, sino que son altamente mutables, fisionables y fusionables. Más aún, la presión mecánica y la colisión no son las únicas vías por las cuales los átomos pueden accionar y reaccionar entre sí; también lo hacen eléctricamente y de otras formas.

Estos sucesivos avances en el conocimiento de las propiedades de los átomos no invalidan los descubrimientos de los atomistas en su época y lugar. Su descripción de la constitución interna del mundo natural, sus modos de operar y su evolución era la más adecuada e inteligente posible para la información, técnicas e ideas de que disponían. Sus errores específicos eran inevitables dado el estado rudimentario del conocimiento científico de entonces, y son menos importantes que la admirable coherencia de su concepción cosmológica según la cual todas las causas son uniformemente físicas y todos los efectos materialmente determinados.

Los atomistas eran deterministas estrictos. El único fragmento que nos queda de las enseñanzas de Leucipo afirma: "Nada sucede sin una razón, sino que todas las cosas ocurren por una razón, y por necesidad". Nada puede ser atribuido a la casualidad; todo tiene su causa, de la cual necesariamente proviene. Nada se produce de la nada; todo tiene sus antecedentes materiales, de los cuales depende su existencia.

Estos principios son condiciones indispensables para la investigación científica de la naturaleza. El método científico se apoya en el rechazo del puro accidente, la teleología, las causas finales o el principio inteligente como explicaciones de los acontecimientos naturales.

Black Power, un libro de Richard Wright recientemente publicado, ejemplifica de manera excelente el contraste entre estos dos modos de interpretar los fenómenos naturales. Relata que un arroyo

sagrado, en la Costa de Oro africana, se inundó, produciendo considerables daños. Los nativos creían que la inundación expresaba la ira de los espíritus ancestrales, a los que había que propiciar inmolándoles algunas víctimas. En consecuencia, trataron de evitar que los ingenieros enviados para investigar las causas naturales del torrente tomaran medidas para encauzarlo y detener sus destructivos efectos.

En este caso las ideas y prácticas de la magia chocaron con los métodos de la ciencia. La concepción de la tribu era teleológica. Consideraban que en este fenómeno natural estaban involucrados la voluntad y la concreción de los objetivos de los poderes fantasmales; no examinaban las condiciones materiales reales que lo produjeron.

Los atomistas rechazaron resueltamente este método animista. Donde resulta más evidente es en su concepción básica del movimiento. Los idealistas buscaban alguna razón teleológica para la existencia del movimiento. Para los atomistas el movimiento no tenía causa primera; había existido siempre. El movimiento era un rasgo inherente a los átomos que se movían en el vacío; cualquier movimiento presente estaba condicionado y determinado siempre por un movimiento previo, de manera que en su sistema no tenían cabida ni un primer motor ni una interferencia divina que mantuviera las cosas en marcha.

Su total determinismo era válido, pero unilateral. El accidente es un rasgo de la realidad tan fundamental como la necesidad. Pero la casualidad no tenía cabida en la teoría de Leucipo y Demócrito. Esto era inconsistente, porque en su propia concepción de la formación de las cosas estaba implícita la contingencia. La creación de los múltiples mundos fue tanto una consecuencia de la necesidad como de la casualidad. El mundo no estaba vivo, ni lo gobernaba ninguna predestinación, ni había sido producido por designio de nadie ni de nada. Surgió del concurso puramente fortuito de átomos que se combinan y separan en el vacío. La exclusión del accidente causó considerables dificultades a los atomistas; los que los sucedieron en la misma escuela trataron de rectificarla, pero sin éxito.

* * *

Ya en la Antigüedad se discutían dos importantes aspectos de la filosofía de Demócrito. Uno se refería a su concepción sobre la materia y el movimiento; el otro a su teoría del conocimiento.

Aristóteles escribió que, según su opinión, la razón de que

Leucipo y Demócrito hayan dejado de lado con tanta ligereza el problema de los orígenes del movimiento se debía a que era imposible explicar el movimiento inicial del cosmos sin aceptar la existencia de una fuerza inteligente. Más tarde, Simplicio y Cicerón afirmaron que los átomos tenían que ser puestos en movimiento en virtud de algún impulso externo.

Los filósofos y físicos mecanicistas de la época burguesa suponían que Demócrito opinaba igual que ellos, que la inercia era inherente a la materia. Boyle decía que Dios "dio movimiento a la materia" y Newton que "Dios, en el principio, conformó la materia en partículas sólidas, con masa, duras, impenetrables, movibles . . . " En ese caso, los átomos, como partículas últimas de materia, serían impulsados de un lugar a otro y de un estado a otro por choque mutuo, después de que el primer motor los active. Lange afirmó que los atomistas fueron los primeros en plantear "una teoría del universo estrictamente mecánica".

Todos ellos no lograron aprehender el punto principal de la posición de Demócrito. Este criticaba a Anaxágoras el haber introducido a la mente como motor de la materia y ordenador del mundo. Consideraba el movimiento de los átomos en el vacío como un hecho irreductible de la existencia para el cual no cabía explicación posterior. Este proceso material fundamental no tenía principio ni fin; el movimiento de los átomos en el vacío era infinito, eterno, indestructible. Circulando al azar en el vacío ilimitado, los productos de su asociación y disociación sufren formas tan complejas del movimiento como lo son el nacimiento, el crecimiento, la atracción, la repulsión, la desintegración y la destrucción.

El que Demócrito haya descripto el átomo como indivisible e inmutable permitió a Gassendi, Boyle, Newton y otros integrar su concepción fundamental en su mecanicismo físico y teológico. Pero Demócrito no era mecanicista en el sentido moderno del término; fue un materialista dialéctico primitivo, que veía la realidad como un fluir homogéneo y sin fin de cosas que nacen, pasan y dan origen a otras cosas. Las matemáticas y la física eran demasiado inmaduras en tiempos de los griegos como para servir de base a una concepción científica del mundo de las características del materialismo mecanicista de los siglos XVII y XVIII.

* * *

Algunos comentaristas declararon que Demócrito sostenía una posición escéptica o subjetivista en relación a la evidencia de los sentidos y la posibilidad de alcanzar un conocimiento auténtico sobre el mundo exterior a través de la percepción sensorial. El diferenciaba dos tipos de conocimiento. "Hay dos formas de conocimiento, el auténtico y el bastardo –escribió–. Al bastardo pertenecen todos éstos: la vista, el oído, el olfato, el gusto, el tacto. El auténtico no tiene nada que ver con éstos."

De aquí puede entenderse que no otorgaba ningún crédito a la percepción sensorial. Así, Lange afirmaba que "Demócrito consideraba las cualidades sensoriales, tales como el color, el sonido, el calor, etcétera, como meras apariencias engañosas . . . " Esta es una distorsión de la concepción de Demócrito. Este no intentaba negar el rol básico que cumplen los sentidos en el conocimiento. "Todos los sentidos –como decía Epicuro– son heraldos de la verdad." Pero los sentidos no son todopoderosos. Conducen a un conocimiento de la realidad más profundo que depende de la percepción. El pensamiento no es absolutamente diferente de la sensación; es un movimiento posterior, más complejo y sutil, de las mismas imágenes recibidas del exterior y reflejadas en el individuo.

Los dos modos diferentes del conocimiento se basan en dos grados o niveles de la realidad distintos. Los sentidos reflejan con más o menos precisión lo que aparece en la superficie de las cosas y se conforma en imágenes que atraviesan el aire. Este conocimiento de las cosas es correcto y confiable hasta donde alcanza. Aristóteles afirmaba que Demócrito "juzga verdadero lo aparente". Pero esto no es más que opinión. "La verdad está profundamente enterrada."

El conocimiento verdaderamente genuino es el de los átomos y el vacío, que actúan por debajo de la superficie de las apariencias y las generan. Estos factores fundamentales de la naturaleza son demasiado minúsculos como para ser directamente percibidos por los groseros sentidos. La razón infiere su existencia y actividad.

Los átomos y el vacío son el único objeto "auténtico" del conocimiento científico, ya que sólo ellos tienen existencia inmutable. Demócrito dice que las diversas cualidades de las cosas, percibidas por los sentidos y producto de los movimientos y combinaciones de los átomos, son verdaderas sólo por convención. Esto no significa que las cualidades sensoriales no tengan una referencia objetiva o causas materiales, sino más bien que son comunes a todas las personas que las experimentan.

Los atomistas no negaban completamente la percepción, como lo hacían los eléatas. Sostenían que los colores, los gustos, los sonidos, los olores y las sensaciones táctiles eran *tanto* características de los objetos como efectos de su acción sobre los sentidos.

Demócrito quería relacionar las causas objetivas naturales con las respuestas de los sentidos y la sensación con la capacidad generalizadora de la razón. El médico Galeno escribió al respecto: "Después de desacreditar la apariencia de las cosas diciendo: 'el color es una convención, lo amargo es una convención, lo dulce es una convención, en la realidad sólo hay átomos y vacío', Demócrito hace que los sentidos hablen a la razón de esta manera: 'Pobre razón, después de privarnos de los medios de demostrar tu existencia, quieres vencernos. Tu victoria es también tu derrota'."

Este argumento irónico está dirigido contra los lógicos eléatas y platónicos, que estigmatizaron como ilusorias las cualidades sensoriales y por lo tanto se quedaron suspendidos en el aire. "Ya que la única evidencia de tu existencia real la obtienes de nosotros –dicen los sentidos– nuestra caída por obra tuya significa tu propia caída."

Los atomistas, por lo tanto, trataron de diferenciar, en nuestra percepción sensorial del mundo externo y en la formación de nuestro conocimiento de ese mundo, los componentes objetivos de los subjetivos, sin establecer entre ellos una separación absoluta. Este intento no era viable. Restringieron el conocimiento verdadero al de los átomos simples e inmutables y al vacío, considerando inferior el conocimiento de los cuerpos compuestos y siempre cambiantes. De esta manera Demócrito señalaba la diferencia entre la manifestación externa de las cosas y su realidad interna, entre la apariencia y la esencia. Pero no veía claramente la relación entre la realidad material subyacente y la apariencia, cómo de aquélla surge ésta, ni explicaba cómo el conocimiento de las cualidades de las cosas adquirido por intermedio de los sentidos da lugar al conocimiento válido de los átomos y el vacío.

Esta brecha entre el átomo y el vacío y las cualidades sensibles, entre la existencia permanente y la que está en eterno cambio, no fue superada por ningún materialista de la Antigüedad y constituyó, por cierto, uno de los problemas más escabrosos con los que se enfrentaron posteriormente los filósofos mecanicistas.

La sicología de los atomistas fue uno de sus puntos débiles. Explicaban que el cuerpo se compone de átomos burdos, el alma o la mente de átomos refinados, suaves, redondos. Los dioses, que no

cumplían una función esencial en su sistema, estaban formados por átomos superfinos. Estas ideas elementales atestiguan su intención de dar una simple explicación materialista totalizadora de los fenómenos, desde los cuerpos celestiales hasta la vida, la sensación, la mente y los dioses. Pero también atestiguan su escaso conocimiento de la fisiología y la sicología.

* * *

En esta reseña no presentamos mucho más que un esquema del conjunto de ideas de los primeros atomistas, reconstruido en base a los fragmentos de sus obras que se han conservado. Se perdió la mayor parte de sus escritos. Una lista de los tratados de la escuela atomista compilada por los estudiosos alejandrinos da idea de la envergadura de los intereses e investigaciones que inspiraron y apoyaron sus ideas. Abarcan temas tales como la ética, las ciencias naturales (cosmología, astronomía, sicología y percepción sensorial), lógica (problemas y crítica a teorías anteriores), matemática (geometría y números), música (ritmo y armonía, poesía y solfeo), obras técnicas sobre medicina, agricultura, dibujo y pintura y hasta de tácticas militares, tratados sobre las causas de los fenómenos celestes y meteorológicos, de la botánica, de la geología y la biología, sobre el fuego, el sonido y muchas otras cosas.

Aunque en sus líneas fundamentales su método de investigación y análisis de la naturaleza era más correcto que el de sus adversarios, las doctrinas de los atomistas no despertaron gran interés en Grecia o en Roma. Se atrajeron los elogios de algunas personalidades selectas como Epicuro y Lucrecio, pero el atomismo no fue una escuela popular o destacada.

La sabiduría de Demócrito era enciclopédica, y sus cualidades intelectuales estaban a la par de las de Platón y Aristóteles. El mismo Aristóteles elogiaba su originalidad y amplitud de conocimientos en términos muy entusiastas: "Parece haber reflexionado sobre todo y de manera clara y metódica".

Demócrito fue un erudito matemático; Arquímedes le acreditaba el mérito de haber formulado por primera vez dos importantes teoremas sobre las propiedades de las secciones cónicas. El primero, que el cono equivale al tercio del cilindro; el segundo, que una pirámide es igual al tercio de un prisma de su misma altura y base. En lo que hace a la astronomía, explicó correctamente la naturaleza de la Vía

Láctea y de las montañas de la luna. Como biólogo, estudió cuidadosamente los órganos internos de los animales. También tenía teorías sobre el color y sus combinaciones.

A pesar de todo, Platón y Aristóteles son mucho más valorados y conocidos que Demócrito. Ello no se debe simplemente a que de sus obras se conserva mucho más que de las de los atomistas, de las que sólo conservamos fragmentos.

La razón principal de esta diferencia en el prestigio logrado por unos y otros hay que buscarla en sus respectivas posiciones. La concepción idealista de Platón y Aristóteles y de sus discípulos satisfacía las necesidades de la aristocracia esclavista de Atenas en mucho mayor medida que el método y las perspectivas de los atomistas. Y desde entonces se ajustan mucho más a los intereses de las clases gobernantes de Occidente.

La historia de la filosofía la escriben y enseñan hombres muy influidos por la sicología y las concepciones religiosas e idealistas de las clases privilegiadas. Estos estudiosos siempre tendieron a atribuir mucho más mérito a los idealistas clásicos que a las especulaciones de sus adversarios materialistas. Esto afectó adversamente la reputación de Demócrito.

No se valorizó debidamente su obra por haber sido él un materialista tan intransigente. Demócrito no atribuyó a la naturaleza ninguna actividad consciente y rechazó las espurias causas sobrenaturales, espirituales y finales que viciaban las especulaciones de los idealistas. Explicaba la formación y las transformaciones del universo, el origen de la vida, la sensación, la civilización, la moral y el pensamiento (e incluso la existencia de los dioses y demonios) por causas puramente naturales producidas por los movimientos de los átomos en el espacio vacío. Analizaba todo con el mismo método, desde la caída original de los átomos a través del espacio hasta las percepciones, pensamientos y conducta de las personas que lo rodeaban. Este método estricto, que relaciona los procesos y fenómenos físicos, orgánicos, sociales, históricos y sicológicos de una manera coherente, es el prototipo de todos los sistemas materialistas posteriores.

Sin embargo, los originales atomistas están alcanzando, lentamente, el lugar que les corresponde en la nómina de los que han aportado el progreso intelectual. Sir Francis Bacon, el padre del materialismo inglés, consideró a Demócrito el más grande de los filósofos antiguos. No caben dudas de que fue una de las grandes cabezas científicas de la civilización grecorromana.

En su libro sobre el electrón publicado en 1917, dos mil trescientos años después de que los atomistas enunciaran sus principios, el físico norteamericano Millikan, ganador del Premio Nobel, afirmaba: "Estos principios, con muy pocas modificaciones y omisiones, todavía hoy podrían ser aceptados". Millikan no hacía buenas migas con la concepción materialista de la filosofía: sin embargo, como científico práctico, tenía que reconocer la penetración y perspectiva notables de estos eminentes materialistas de la Antigüedad.

Capítulo X

LA MEDICINA Y LA HISTORIA EN GRECIA

La Grecia de los siglos VI al IV antes de Cristo es un ejemplo de lo que decíamos en el prólogo en cuanto a que la actitud materialista no se expresaba solamente en la filosofía, sino también de muchas otras maneras. Las tendencias que elevaron el materialismo a las cúspides del pensamiento se evidenciaban en toda la cultura griega, desde las artes plásticas hasta el teatro.

A fines del siglo VI los escultores abandonaron la rigidez y solemnidad de los modelos egipcios y orientales para reproducir la energía y espontaneidad de la figura humana móvil. Los artesanos con temperamento artístico dotaron de gran vivacidad a la piedra, el mármol y el bronce. El cuerpo dejó de ser simétrico y rectangular y se hizo curvo; se inclinó y flexionó en una variada gama de posturas atléticas; las piernas adquirieron movimiento; las manos se abrieron; las ropas se plegaron en gráciles dobleces; los rostros expresaron emociones intensas, características individuales, la edad. Por más que se la haya idealizado, la belleza sensual de la escultura clásica griega reflejaba una tendencia a mostrar a los seres humanos en actividad que es profundamente naturalista.

Los grandes dramaturgos, Sófocles, Esquilo y Eurípides, hicieron de los antiguos mitos un medio de expresar las ideas religiosas, morales e intelectuales de su época. Pintaron con tal fuerza emocional y penetración poética los conflictos entre la tradición y las nuevas exigencias de la vida urbana griega que su público se veía impulsado a reflexionar más profundamente sobre las situaciones que atravesaban. Eurípides, el más radical, democrático e indivi-

dualista de los tres, fue procesado con el cargo de impiedad alrededor del 410 a.C. a causa de la irreverencia hacia la religión del Estado. Describía a un adivino como "un hombre que habla pocas verdades y muchas mentiras". En otra obra, *Belerofantes*, sembraba la duda sobre la existencia misma de los dioses:

> *¿Dice alguien que hay dioses arriba?*
> *No, no los hay, no los hay. No dejéis que ningún tonto,*
> *dejándose llevar de falsas fábulas, os engañe.*

Sostenía que el destino del hombre no es obra de seres sobrenaturales sino de causas naturales o de la casualidad. Este racionalismo iba acompañado de una simpatía especial por las mujeres y los esclavos y de la condena a las atrocidades imperialistas que Atenas cometía en nombre de la democracia.

No podemos seguir estas tendencias materialistas que se daban en todos los aspectos de la cultura griega para no apartarnos de nuestro objetivo de trazar las líneas principales del pensamiento filosófico. Sin embargo, hay dos aspectos, el arte de la medicina y la elaboración de la historia, que merecen especial atención a causa de su íntima relación con el avance del materialismo en el terreno filosófico. Ambos fueron producto del poderoso movimiento social e ideológico que volvió las mentes de los hombres de la superstición al naturalismo y del despotismo y la oligarquía a la democracia, movimiento que les otorgó una fundamentación científica.

La práctica de la medicina racional se transformó en una profesión independiente con métodos propios precisamente en los principales centros de actividad filosófica, matemática, científica y política. Este cambio tuvo lugar primero en Jonia, luego en Sicilia y el sur de Italia, finalmente en las principales ciudades-estado de la Grecia continental. Los médicos se ubicaron junto a los filósofos, sobre todo a las escuelas materialistas, al deslindar el arte de la medicina de la magia y la religión.

Según el poeta Hesíodo:

> *Encontramos en la Tierra unos treinta mil dioses,*
> *súbditos de Zeus y guardianes de la humanidad.*

Lo que producía la enfermedad era la mala voluntad de los dioses, la causa de la curación residía en su benevolencia. Por lo tanto, la

posibilidad de curarse estaba en manos de los sacerdotes. Además de prescribir dietas especiales, ejercicios y recetas tradicionales, estos médicos confiaban sobre todo en los ensalmos y exorcismos para extirpar los malos espíritus que hacían sufrir a los pacientes.

Los médicos griegos ilustrados dejaron de lado los encantamientos y rituales de los brujos y se dedicaron a observar y analizar cuidadosa y racionalmente las enfermedades del cuerpo y las perturbaciones de la mente. Las nuevas técnicas y teorías positivas que enunciaron estos profesionales basándose en su conocimiento del cuerpo humano hizo avanzar a la medicina un largo trecho de la senda que conduce a los tiempos presentes.

Uno de los primeros teóricos de la medicina fue Alcmeón, proveniente de Crotona, centro de influencia pitagórica del sur de Italia. Se le atribuye el descubrimiento del nervio óptico y el haber realizado investigaciones sobre los canales auditivos; también se dice que fue el primero en hacer una intervención quirúrgica en el ojo.

Su descubrimiento más importante se relaciona con la función del cerebro como sede de la sensación y el pensamiento. Antes de Alcmeón, e incluso posteriormente, se consideraba que las sensaciones y el pensamiento estaban localizados en el corazón. Para los romanos el centro de la conciencia no era la cabeza, sino el corazón, el hígado y los pulmones: por eso sus augures consultaban estos órganos para conocer el futuro. La superstición corriente de que la espoleta del pavo tiene virtudes proféticas se remonta a esta creencia de que el conocimiento no está localizado en el cerebro sino en el tórax.

Alcmeón, sin embargo, adscribía al cerebro la función del pensamiento. Según él hay conductos en el cuerpo que transmiten al cerebro las modificaciones producidas en los órganos sensoriales por los estímulos externos. Fue el primero que practicó la disección y que observó que toda perturbación del cerebro afecta la sensibilidad. Estudió la actividad de los órganos del sonido, la vista y el gusto. Ubicó el principio de la vida en el alma, la que era inmortal, como las estrellas, y efectuaba como ellas movimientos circulares. Afirmaba que tanto los animales como los hombres poseen sensaciones, pero sólo los hombres poseen inteligencia, y ésta es producida por las sensaciones.

Además de investigar sobre embriología, anatomía, fisiología y sicología, Alcmeón estructuró una concepción general sobre la salud y la enfermedad. La salud es el resultado del equilibrio y la combinación proporcional de cualidades y fuerzas opuestas: lo húmedo y

lo seco, lo frío y lo caliente, lo amargo y lo dulce. La enfermedad aparece cuando uno de los contrarios supera al otro, ya que la actividad incontrolada de cualquiera de ellos tiende a la eliminación de su principio opuesto. La salud, por lo tanto, consiste en mantener el equilibrio de los opuestos. Al investigar la razón de una enfermedad deben buscarse las causas físicas que perturban este equilibrio, tales como la dieta escasa o el agua en mal estado.

Otros pensadores más inclinados al pitagorismo, especialmente Filolao, desarrollaron una doctrina médica estableciendo una analogía con el mundo y su fuego central. Opinaban que el principio básico del cuerpo humano parece ser el calor, y que la temperatura demasiado alta o demasiado baja causa indirectamente la enfermedad al actuar sobre la sangre, los humores y la bilis. Partiendo de la importancia especial que los pitagóricos atribuían al número cuatro tanto Filolao como Empédocles declaraban que había cuatro órganos principales en el cuerpo humano.

La escuela de medicina más importante de la Antigüedad era la de Hipócrates, que provenía de Cos, una isla jónica. Los médicos hipocráticos del siglo V tenían una mentalidad más empírica que sus rivales y rompieron más drásticamente con las ideas y prácticas heredadas del pasado bárbaro.

De la misma manera en que hoy los católicos acuden al Santuario de Lourdes en busca de que la intervención divina produzca un milagro que los cure de sus males, los crédulos peregrinos griegos acudían ante los altares de Esculapio, el semidiós de las curaciones, en Rodas, Cos, Cnidos y Pérgamo, en la esperanza de que las hechicerías de los sacerdotes les devolvieran la salud. Aunque pertenecientes al clan o cofradía de Esculapio, los hombres de la orden de Hipócrates contraponían a los conjuros mágicos de las viejas y los charlatanes procedimientos científicos que pretendían descubrir las causas materiales de las enfermedades que afectan a los seres humanos.

Partían de un rechazo firme y consciente del origen divino o demoníaco de la enfermedad. Los médicos que creían que la causa de la enfermedad y la muerte eran las fuerzas sobrenaturales utilizaban diversos ensalmos y encantamientos para expulsarlos del cuerpo, valiéndose a veces de fetiches que se suponía contenían al mal espíritu culpable. El momento culminante de su tratamiento, la "crisis", consistía en la eliminación del demonio que causaba la perturbación.

Los médicos hipocráticos también buscaban provocar la crisis en el desarrollo de la enfermedad, es decir, la eliminación de la sustancia que provocaba el mal. Pero descartaban por completo la demonología e interpretaban las causas, el desarrollo y la crisis de la enfermedad a través de factores puramente naturales.

Dos citas de sus escritos ilustran esta posición materialista.

Los griegos llamaban a la epilepsia "el mal sagrado". El autor del tratado hipocrático sobre el tema abre la discusión con esta declaración tajante: "No creo que el 'mal sagrado' sea más sagrado o divino que cualquier otra enfermedad; por el contrario, tiene características específicas y una causa muy definida. Sin embargo, como es totalmente distinto de otras enfermedades, aquéllos que, humanos al fin, lo ven con ignorancia y asombro, lo consideran una señal divina. Esta teoría del origen divino de la enfermedad, aunque provocada por la dificultad de comprender la enfermedad, se ve debilitada por lo simple que es su curación [. . .]

"Según mi opinión, los que llamaron 'sagrada' por primera vez a esta enfermedad eran de ese tipo de personas a las que ahora consideramos hechiceros, curadores de fe, curanderos y charlatanes. Estas personas pretenden ser muy piadosas y en especial muy sabias. La invocación de un elemento divino les permitía ocultar su incapacidad de proporcionar un tratamiento adecuado, y entonces lo llamaron mal 'sagrado' para no confesar su ignorancia sobre la naturaleza de la enfermedad."

La impotencia estaba muy extendida entre los escitas, que atribuían esta condición a Dios y adoraban a las víctimas, aterrados ante la perspectiva de ser atacados por el mal. El comentarista hipocrático barría con las pavorosas fantasías que llenaban la religión popular. "En mi opinión también estos males son divinos, como todos los demás. Ninguno es más divino o humano que otro; todos son iguales y todos son divinos. Cada uno de ellos tiene su propias características y ninguno ocurre de manera no natural." Y continúa con su teoría sobre la causalidad natural atribuyendo esta anormalidad sexual a los hábitos ecuestres de los escitas.

Un tratado de *Medicina antigua* se destaca como exposición clarísima de los principios del empirismo racional, es decir, de la habilidad producto de la experiencia elevada al nivel de método científicamente orientado. El autor afirma que sólo se puede alcanzar un conocimiento claro de la naturaleza del hombre a través de la medicina. "Este es el campo de investigación que reclamo; es decir, la

naturaleza del hombre y el conocimiento preciso de la causalidad en este campo."

El arte de curar, decía, no venía del sacerdote ni del filósofo; sus antepasados eran tan humildes como las técnicas culinarias que prolongaron la vida del hombre al mejorar su alimentación. El estudio de la medicina, por lo tanto, no debía partir de presupuestos arbitrarios derivados de la especulación filosófica, y menos aun recurrir a los dioses. "La naturaleza del cuerpo es el punto de partida del razonamiento médico" y el fundamento de la práctica de la medicina.

Los médicos hipocráticos de Jonia criticaban y condenaban a sus rivales de Occidente por tratar de deducir las reglas de la práctica médica de conceptos cosmológicos *a priori* y de conceptos abstractos sobre la naturaleza de las cosas. "En la práctica médica no se debe recurrir en primer lugar a la teorización plausible sino a la experiencia combinada con el razonamiento. Una teoría verdadera es un recuerdo esquematizado de cosas captadas a través de la percepción sensorial. Pues la percepción sensorial, que es lo primero que recibe la experiencia y quien transmite al intelecto las cosas aprehendidas por ella, tiene imágenes claras; y el intelecto, al recibir estas cosas muchas veces, toma nota de la ocasión, el momento y el modo, las acumula y las recuerda. Ahora bien, apruebo la teorización cuando se fundamenta en el incidente y deduce sus conclusiones de los fenómenos . . . pero si no parte de una impresión clara sino de una ficción plausible a menudo provoca una situación dolorosa y llena de dificultades. Todos los que actúan de esta manera se pierden en un callejón sin salida."

Estos preceptos señalan el método empírico adoptado por la escuela hipocrática. Su teoría del conocimiento basada en las historias clínicas se oponía a la de las escuelas de medicina más especulativas, que tomaban como punto de partida una generalización de la filosofía natural y trataban de hacerla servir como instrumento de investigación de los procesos fisiológicos que interesan al médico. Los especialistas hipocráticos tenían un concepto mucho más estricto y concreto del método científico. Tomaban en cuenta ante todo las cualidades específicas de los fenómenos que estudiaban y ponían a prueba continuamente sus conclusiones por medio de la observación posterior de los procesos.

Los médicos hipocráticos no se limitaron al individuo aislado en su análisis de la salud y la enfermedad. No separaban la mente del cuerpo ni el cuerpo de lo que lo rodeaba. Consideraban al hombre en

relación con su ambiente natural y social con más coherencia y profundidad que cualquier otra tendencia científica de la Antigüedad. Tenían en cuenta sistemáticamente el lugar en que el paciente vivía, el alimento que comía, el tipo de agua que bebía y el aire que respiraba. Uno de sus principales tratados se titulaba *Aires, aguas, lugares.*

Fueron los primeros en relacionar las diferencias raciales y nacionales con el ambiente natural e histórico. Atribuían los hábitos e instituciones peculiares de los persas, escitas, celtas y otras naciones extranjeras a la influencia de los factores geográficos. Fueron aun más lejos; también consideraban las circunstancias sociales y políticas que afectaban al paciente; por ejemplo, si estaba sujeto a la libertad griega o al despotismo oriental.

Fusionaron el empirismo y el racionalismo, la observación aguda y el análisis reflexivo, en una unidad armónica. "El examen del cuerpo es una tarea seria, que exige buena vista, buen oído, sentido del olfato, del gusto y del tacto y capacidad de razonamiento." Toda la información provista por los sentidos y acumulada por la experiencia debía ser sometida al pensamiento crítico, según reglas derivadas de casos similares.

El amplio examen médico a que sometían al paciente está descripto en *La epidemia*, libro I: "Los factores que nos permiten distinguir las enfermedades son los siguientes: primero se debe considerar la naturaleza del hombre en general y de cada individuo, y las características de cada enfermedad. Luego hay que estudiar al paciente, qué comida se le da y quién se la da (pues esto puede facilitar o dificultar su alimentación), las condiciones climáticas y geográficas generales y particulares, los hábitos del paciente, su modo de vida, ocupación y edad. Después se debe tomar en cuenta su forma de hablar, los modismos que utiliza, sus silencios, sus pensamientos, cómo duerme y se despierta y las características y momento de sus sueños. Luego, hay que tomar nota de si se tira el pelo con fuerza, se rasca o solloza. Tenemos que observar sus paroxismos, la orina, el esputo y el vómito. Hay que estar atento a cualquier cambio en la enfermedad, con qué frecuencia ocurren esos cambios, de qué naturaleza son, y cuál es el cambio específico que induce a la muerte o a una crisis. Observemos, también, el sudor, los temblores, los escalofríos, la tos, el estornudo, el hipo, el tipo de respiración, el eructo, si la flatulencia es silenciosa o ruidosa, las hemorragias y las hemorroides. Hay que determinar la significación de todos estos síntomas."

Una vez establecidos el diagnóstico y el pronóstico, y hecho todo lo posible, finalmente el médico debe apoyarse en la naturaleza para completar la cura. "La naturaleza es el médico de todos los males. Es ella misma quien se abre el camino para su propia acción." El médico, al prescribir su terapia, actúa como asistente de la naturaleza que refuerza la capacidad regeneradora inherente al organismo humano.

"La vida es breve, la ciencia es larga; la oportunidad es evasiva, el experimento peligroso, el juicio difícil." Estas famosas palabras resumen el espíritu de los hipocráticos. Combinaban un profundo interés por la salud del hombre con el amor a su arte y la decisión de mejorarlo pese a todos los obstáculos. Por su afán de conocimiento objetivo, la escrupulosidad de sus investigaciones, su libertad respecto a toda superstición, su comprensión del sufrimiento de sus semejantes, porque no hacían ninguna discriminación entre esclavos y hombres libres, los miembros de la escuela hipocrática están entre los más nobles ejemplares del humanismo materialista que el mundo haya conocido.

* * *

El pensamiento materialista, originalmente aplicado por los filósofos al mundo físico, pronto se extendió a la historia de la humanidad y posteriormente a los problemas del conocimiento. Los griegos fueron innovadores en los tres terrenos. Inventaron la historia y sus ciencias auxiliares, la cartografía y la geografía, y también la física, la matemática, la sicología y la lógica.

También en este aspecto los milesios sembraron las semillas que los atenienses hicieron fructificar. El primer escritor que fue más allá del mero registro de acontecimientos notables, fue Hecateo de Mileto. Hacia fines del siglo V. escribió dos trabajos que hicieron época: las *Historiae*, o Investigaciones sobre historia; el otro sobre geografía, llamado *Ges periodas* o Recorrida por la tierra, que describe el mundo conocido desde Esparta a la India.

Hasta ese momento la imagen que los griegos tenían del pasado era la trazada por el poema épico de Homero. Lo consideraban un relato auténtico de lo sucedido en los tiempos antiguos, de la misma manera en que consideran la Biblia los judíos y cristianos ortodoxos. El mismo Hecateo aceptaba a Homero como un hecho histórico.

A las clases esclarecidas y cultas de los prósperos centros comer-

ciales ya no les bastaban las leyendas de dioses y héroes con las que se entretenían las tribus bárbaras o las narraciones sobre los reinos y hazañas de reyes a los que asociaban con las cortes despóticas o los cultos de los templos. Los mercaderes y navegantes que andaban por tierras remotas, los ciudadanos libres que participaban en las asambleas, fundaban colonias, libraban la guerra contra los gobiernos orientales y las ciudades-estado rivales y eran testigos de revoluciones democráticas y revueltas oligárquicas exigían cronistas que estuvieran al nivel de sus conocimientos, su mentalidad crítica y sus puntos de vista amplios.

Los primeros historiadores se abocaron a interpretar los acontecimientos humanos siguiendo las mismas líneas según las cuales los filósofos explicaban los procesos naturales. Escribían en prosa y no en poesía, y dejaron de lado los mitos antiguos, en un esfuerzo sostenido por presentar solamente los hechos y descubrir sus causas reales. Hecateo puso énfasis en esta actitud crítica en la oración con la que comienza las *Historiae*: "Escribo sobre lo que considero verdadero; pues las tradiciones de los griegos me parecen muchas y variadas".

Los choques entre los griegos y los reinos orientales vecinos que trataban de conquistarlos estimularon a Hecateo a escribir sus obras. La información que reunió de diversas fuentes sobre las costumbres y el pasado de Asiria, Media y Persia, y sobre Jonia y la antigua Grecia, enriquecieron considerablemente el horizonte histórico de sus contemporáneos.

Herodoto (484? - 425 a.C.), que escribió en la centuria siguiente, tomó como modelo de su gran obra la de Hecateo, y se basó en los materiales aportados por éste. Narró las relaciones que se fueron dando entre los griegos y las potencias de Oriente, desde el ascenso al poder de Creso en Lidia, alrededor del 560 a.C., hasta la captura de Sestos, en el 478 a.C. Dentro del marco de estas luchas, saltaba sobre el tiempo y el espacio para contar al lector todo lo que había visto y aprendido sobre el mundo conocido.

Herodoto merece ser considerado el primer etnólogo, además de "el padre de la historia". Su trabajo es un tesoro pleno de información sobre las diversas culturas de la Antigüedad, desde las civilizaciones de Grecia, Persia y Egipto a las costumbres de las tribus bárbaras que los rodeaban. Aunque escéptico sobre muchas leyendas, no abandonó totalmente la creencia en las tradiciones antiguas y en el control de los dioses sobre los acontecimientos.

Su explicación teórica de los acontecimientos biográficos e históricos la basa en la concepción del crimen y el castigo que encontramos en la épica, el drama y la filosofía griegos. La *hybris* del agresor (su ambición excesiva) provoca la *némesis* de una correspondiente venganza. Así, desde la guerra de Troya hasta su época, los griegos y los orientales habían estado agrediéndose mutuamente y alternativamente pagando las culpas de tal injusticia. En este conflicto de opuestos Heráclito reivindicaba el rol de los griegos, especialmente la dominación de Atenas, por su defensa de la libertad y la democracia contra la tiranía persa.

La aproximación a la historia cada vez más racional y realista de Hecateo y Herodoto fue llevada a la perfección por el maestro de los historiadores griegos, Tucídides (*ca.* 471-399 a. C.). Se planteó la tarea de describir el conflicto entre Atenas y Esparta, que duró 27 años, conocido como la guerra del Peloponeso (431-404 a. C.). Aclara en el comienzo de la obra que se puso a escribir la historia de la guerra "comenzando en el momento en que estalló, en la creencia de que sería una gran guerra, que merecía ser relatada más que ninguna de las que la habían precedido". Más adelante dice: "La he vivido entera, a una edad en que estaba en condiciones de comprender los acontecimientos, prestándoles atención con el objetivo de conocer la exacta verdad sobre ellos".

Tucídides siguió un método científico más disciplinado que el de sus predecesores, aunque todos escribieron para el mismo público. Expurgó su narración de todo residuo mitológico, advirtiendo al lector que "me temo que la falta de sentimentalismo de mi historia le restará interés". Con grandes dificultades, fue reuniendo, con el correr de los años, información precisa sobre la guerra de las fuentes más dignas de confianza, testigos, documentos y tratados, y controló escrupulosamente todo lo que pudo. Cuando, como en el caso de un eclipse solar, no podía explicar las causas de un acontecimiento, admitía francamente su ignorancia y no apelaba en su auxilio a fantasías sobre los dioses.

Se centró en las relaciones políticas entre las ciudades-estado que luchaban por alcanzar la supremacía de Grecia, y se aferró estrictamente a ese tema. El poderoso estado comercial y naval de Atenas era tan democrático como imperialista, y Tucídides atribuyó correctamente la prolongada guerra del Peloponeso al temor que sentían los lacedemonios a la agresividad política expansionista de las clases mercantiles atenienses.

Distinguía cuidadosamente entre los pretextos oficiales con que se justificaba la acción de los combatientes y las razones políticas, estratégicas y económicas subyacentes en su profunda hostilidad y en sus alianzas. Rara vez permitía que los prejuicios religiosos, morales, patrióticos o puramente personales interfirieran en su análisis objetivo de las causas de los acontecimientos y de las motivaciones de los protagonistas principales.

Tucídides indagó con realismo la historia primitiva de la civilización helénica, los orígenes de la monarquía micénica, el crecimiento de las ciudades-estado griegas y el surgimiento del imperio ateniense. Relacionó correctamente el surgimiento de las tiranías con el fracaso de las oligarquías y aristocracias establecidas en aplicar una política vigorosa de expansión comercial y colonial ultramarina. Esto sucedía porque los estados dirigentes competían por el establecimiento de puestos comerciales y áreas de explotación sobre las márgenes del mundo griego. Explicaba la caída de las tiranías por obra de las fuerzas democráticas a partir de que sus estrechos intereses autocráticos trababan el desarrollo de la prosperidad y el poderío de las ciudades.

Tucídides no penetraba en la base económica de la realidad política de manera consciente y sistemática. Tendía a explicar el curso de los acontecimientos en función de las cualidades personales de los dirigentes, desde Pericles hasta Alcibíades, más que de las razones materiales de las clases y estados en conflicto. Sin embargo, era el más materialista de todos los historiadores antiguos.

Por ejemplo, relacionaba las formas de gobierno con la estructura predominante en la sociedad y los intereses específicos de las clases dominantes. La "monarquía patriarcal con prerrogativas tradicionales" era la forma de gobierno correspondiente a la asociación prepolítica basada en la familia y el clan. La oligarquía de Corinto era la contraparte política de las condiciones económicas y sociales propias de un estado comercial y marítimo. El gobierno de Esparta representaba el ascendiente de los terratenientes que poseían la tierra en propiedad colectiva sobre una clase más amplia de "vecinos" que, aunque políticamente subordinados, eran económicamente "libres", y sobre una clase aun más numerosas de ilotas despiadadamente explotados y rígidamente controlados. Finalmente, la existencia de la democracia ateniense dependía del tributo imperial extraído a los estados sometidos, lo que colocaba a la antigua aristocracia terra-

teniente y a la numerosa e importante clase media rural completamente a merced de la "canalla marinera".

Tucídides introdujo de la siguiente manera su descripción de la terrible plaga que devastó a la Atenas sitiada "cualquiera, médico o profano puede tener su opinión sobre los orígenes probables de la plaga y las causas que pudieron producir tal desorden. Yo, por mi parte, describiré sólo cómo fue, y daré cuenta de los síntomas que pueden permitir reconocerla si apareciera nuevamente; pues yo mismo fui atacado, y observé personalmente a otros que la sufrieron." Luego describía detalladamente no sólo las manifestaciones físicas de la epidemia, sino también los efectos síquicos y morales que tuvo sobre la población.

El espíritu científico de su análisis contrasta de manera evidente con el comienzo de la *Iliada*, donde se atribuye la plaga que padece el campamento griego a la ira de los dioses y se pretende exorcisarla aplacándolos. Puede medirse el progreso de la mentalidad griega, desde su naciente expresión en la barbarie hasta su maduración en la ciudad-estado comercial del imperio democrático, comparando estos dos pasajes.

Estos primeros historiadores no desarrollaron teorías completas sobre la evolución de la sociedad y sus leyes. Herodoto atribuía las causas inmediatas de los acontecimientos a las voluntades individuales y sus causas últimas al Destino o al celo de los dioses.

A pesar de la penetración con que analizaba las causas fundamentales de las luchas que describía, Tucídides creía que la historia avanzaba en un ciclo que se repetía incesantemente, del mismo modo que Platón y Aristóteles creían que los planetas rotaban en círculos armónicos recurrentes. Pensaba que su historia sería útil a las futuras generaciones porque lo que ya había sucedido volvería a suceder y acarrearía las mismas consecuencias. Sin embargo, su esquema cíclico representó el primer intento de descubrir un esquema regular que hiciera inteligible el proceso histórico de conjunto.

Observó que los griegos de su época habían surgido de instituciones tribales y tenían raíces en el pasado. "Muchas pruebas podrían aportarse para demostrar que los primeros griegos tenían un modo de vida similar al de los bárbaros de hoy." Este descubrimiento de que los griegos estaban a un nivel superior de desarrollo social que sus antepasados y otros pueblos y que habían atravesado

sucesivas etapas culturales fue un punto de partida de la historia comparativa y la sociología científica.

Al iniciar un método de análisis de los problemas del hombre que se desligaba de los controles sobrenaturales y buscaba ubicar toda la acción humana bajo la perspectiva de la causalidad material, Tucídides abrió el camino al estudio científico de los problemas sociales que muchos siglos después darían nacimiento al materialismo histórico.

* * *

Hipócrates, Demócrito y Tucídides eran contemporáneos. El médico nació el mismo año, 460 a. C., aunque no en el mismo lugar, que Demócrito, y luego se hicieron buenos amigos. También fue discípulo del sofista Gorgias, y otro sofista, Protágoras, puede haber sido el autor de *Medicina antigua*, un tratado de la colección hipocrática. Los principios metodológicos de Tucídides eran muy similares a los de la escuela hipocrática.

El filósofo atomista, el médico y el historiador estaban influidos por las tradiciones materialistas de los naturalistas jónicos, y más que nada reflejaron, en sus campos específicos, las tendencias materialistas del siglo V a.C. Desterraron todas las formas de lo sobrenatural y buscaron causas materiales para explicar los fenómenos que estudiaban en el mundo físico, la vida humana y su propia civilización.

Para ellos la fortuna ya no era la diosa que interfería en el orden cósmico y dirigía el transcurrir de los asuntos humanos; la casualidad era sólo el elemento incalculable de la vida, la que estaba gobernada por la necesidad y era susceptible de explicación racional. Demócrito dijo: "La casualidad es un ídolo que inventaron los hombres para justificar su incapacidad mental. De hecho, la casualidad a menudo entra en conflicto con el conocimiento. Respecto a la mayor parte de los problemas, una mente inteligente puede ejercer con éxito la previsión." Compartían su creencia natural en la existencia de leyes naturales y en la acción inteligente, sobre las cuales se basa la perspectiva materialista.

Capítulo XI

LOS SOFISTAS

Hasta ahora hemos trazado la evolución de la concepción materialista refiriéndonos sólo incidentalmente a la prehistoria de la escuela idealista. Ahora se hace necesario dirigir nuestra atención al movimiento filosófico opuesto al materialismo. Como este trabajo está dedicado al tema del materialismo, la discusión del idealismo y su evolución se limita a cómo afectó el desarrollo de su antítesis.

Aunque la tendencia materialista cristalizó antes, la perspectiva idealista alcanzó una posición privilegiada en Grecia. Fue, en el mundo antiguo, la escuela de pensamiento decisiva y triunfante. El idealismo se transformó en la ideología dominante porque se apoyó en condiciones sociales profundamente asentadas y fuerzas de clases muy poderosas. La tradición, la religión, las exigencias de la aristocracia esclavista, el bajo nivel de la cultura plebeya, conspiraron para orientar la teoría por cauces idealistas y apartarla del materialismo.

La escuela idealista produjo algunos de los representantes del pensamiento humano más brillantes, que presentaron fuertes argumentos a su favor y sistematizaron sus concepciones en una perspectiva mundial nueva y totalizadora. Los idealistas, además, sacaron ventaja de las deficiencias de la teoría materialista en esa etapa infantil de su desarrollo.

La corriente cada vez más amplia de la especulación griega tomó, entre los siglos VI al IV, un curso sinuoso e intrincado. Las dos principales corrientes filosóficas en lucha no se contraponían de manera muy marcada. Se encontraban, se mezclaban, se confundían, ora marchando juntas, ora por caminos distintos. La corriente mate-

rialista se alimentaba con el desarrollo de las artes, la artesanía y la técnica, la difusión de la economía monetaria, las luchas de clases relacionadas con la revolución democrática y la crítica de la religión. El idealismo tenía que ver con el reacomodamiento de la religión, los nuevos descubrimientos matemáticos, los cultos místicos, y las concepciones morales y legales y la política de la aristocracia esclavista.

Cuando analizamos las posiciones de cada uno de los filósofos nos encontramos con que en casi todos ellos se mezclan en diversas proporciones las dos corrientes del pensamiento. Tales, el padre del materialismo, todavía concebía en términos divinos el principio de la vida, el movimiento y la dinámica. Por otra parte, Platón, el idealista sin par, demostró, al proyectar su ciudad ideal en *La República*, ser un estudioso agudo de las constituciones y la vida política de las principales ciudades-estado griegas, Esparta, Atenas y Siracusa. Trató de hacer un esquema de la evolución legal en la sucesión de las distintas formas de Estado, de la oligarquía a la tiranía pasando por la democracia, atribuyendo parcialmente estas transformaciones políticas a los cambios producidos en la distribución de la riqueza y la propiedad.

Más aun, existen marcadas diferencias entre los mismos que se reclamaban idealistas. Sócrates, hijo de un escultor y una partera, estaba mucho más cerca del espíritu técnico de un artesano que su discípulo Platón, mientras que Aristóteles, el sitematizador del idealismo, se desplazaba gradualmente del idealismo puro de Platón hacia el materialismo, a medida que progresaba su pensamiento.

Esto no significa que sea imposible o innecesario diferenciar una tendencia de la otra. Los mismos griegos eran muy conscientes de la oposición existente entre ambas perspectivas. La posición esencial de las diversas escuelas estaba determinada por cuál tendencia era predominante y cuál secundaria en el conjunto de sus ideas.

Los pitagóricos y los eléatas, por ejemplo, están definitivamente entre los precursores del idealismo, porque sus principales doctrinas, que el universo está esencialmente constituido por el número y que lo lógico es lo real, eran antimaterialistas. Es cierto que el mundo tiene propiedades matemáticas; también es cierto que la realidad es lógica y que lo lógico es real. Pero las conclusiones de pitagóricos y eléatas de que la esencia de la realidad es matemática y lógica, no material, constituye la antítesis del materialismo.

De la misma manera, los naturalistas milesios y los atomistas

deben ser ubicados en el campo materialista, a pesar de los restos de conceptos religiosos y otras incoherencias de sus posiciones, porque sus métodos y doctrinas se basaban fundamentalmente en la realidad material, ya sea en los estados de la materia, uno de los cuatro elementos o los átomos y el vacío.

Anaxágoras

De acuerdo a este criterio podemos ubicar a otros pensadores. Anaxágoras constituye un buen ejemplo de ello. Sostenía que la causa del movimiento era el *Nous* (mente o espíritu), que conoce y mueve todas las cosas. Si tomamos aisladamente este aspecto de su pensamiento tenemos que ubicarlo dentro de las filas del idealismo. Los primeros materialistas daban por sentado que el movimiento es inherente a la naturaleza; por lo tanto, no tenían ningún motivo para hacer aparecer un motor original de las cosas.

Pero otorgar a ese rasgo del pensamiento de Anaxágoras una importancia desproporcionada llevaría a una comprensión incorrecta y superficial de la orientación fundamental de su concepción. Como señaló Aristóteles, Anaxágoras sólo utilizaba la noción de "Espíritu como *deus ex machina* para referirse a la formación del mundo; y siempre que se encuentra sin explicación de la necesidad de la existencia de algo, apela a ella. Pero en otros casos considera causa a cualquier otra cosa." El sentido de esta crítica es evidente. Cuando Anaxágoras podía ofrecer una explicación positiva de cualquier fenómeno, razonaba en términos materialistas y se olvidaba de la idea del Espíritu como primer motor. Pero cuando no conocía las causas específicas de las cosas y no tenía otra explicación que dar hacía aparecer al *Nous*. Es decir, el *Nous* era una expresión de su ignorancia.

Se hace evidente el contraste entre Anaxágoras y Aristóteles en sus concepciones respectivas sobre el desarrollo de la inteligencia humana. Anaxágoras decía que el hombre se hizo inteligente porque tenía manos. Esta concepción esencialmente correcta tiene un fundamento materialista. Aristóteles combate esta teoría y sostiene que al hombre le fueron dadas las manos porque tenía inteligencia. Esta explicación teológica es idealista, ya que supone como origen de la inteligencia humana la voluntad de una inteligencia sobrehumana.

Platón también atestigua esta característica de Anaxágoras. Hace

decir a Sócrates en el *Fedón*: "Una vez escuché a alguien leer de un libro (según él decía) de Anaxágoras, y afirmar que el Espíritu produce el orden y es la causa de todo. Esta explicación me agradó. Me parecía correcto que el Espíritu fuera la causa de todo . . . Era una esperanza maravillosa, mi amigo, pero se desvaneció rápidamente. Cuando seguí leyendo descubrí que no asignaba al Espíritu ninguna causalidad en el orden del mundo, sino que aducía causas tales como el aire, el éter, el agua y otros absurdos similares."

La decepción que Anaxágoras le causó a Sócrates y la aversión de éste por la orientación de su pensamiento ilustra adecuadamente lo que queremos señalar. En primer lugar, Anaxágoras (*ca.* 500-428 a. C.) era un vínculo viviente ente los naturalistas milesios y los idealistas clásicos de Atenas. Fue el primer filósofo extranjero que estableció su residencia en Atenas, donde permaneció treinta años. Llegó después de la destrucción de su ciudad nativa, Klazomenai, que siguió a la revuelta de los griegos jónicos contra el despotismo persa. Estaba muy ligado a Pericles, el famoso dirigente de la democracia ateniense. Pero fue sometido a juicio y expulsado de Atenas bajo el cargo de colaboración traidora con los persas, a causa de su relación con el partido de Pericles. También se lo acusó de impiedad, debido a que enseñaba que el sol era una piedra calentada al rojo y la luna estaba hecha de tierra.

Por otra parte los idealistas, empezando por Sócrates, tomaron muy en serio el principio mismo del *Nous*, la inteligencia, lo aplicaron consecuentemente y lo elevaron a un primer plano, mientras que para Anaxágoras era secundario.

Los sofistas

Protágoras, el principal sofista, también hizo de vínculo entre materialistas e idealistas. Fue discípulo de Demócrito, contemporáneo de Anaxágoras, maestro de Sócrates y amigo de Pericles.

Los sofistas aparecieron durante el apogeo del movimiento democrático que se había iniciado en los centros comerciales jónicos ciento cincuenta años antes. Durante la segunda mitad del siglo V, en la Atenas de Pericles, el pueblo llegó a ser totalmente soberano.

En la juventud de esta revolución democrática, que transfirió el poder de la aristocracia terrateniente a las clases comerciales y manufactureras, nació la filosofía; las doctrinas de los atomistas y los

sofistas fueron los productos filosóficos característicos de su madurez.

La democracia en ascenso, avanzando al mismo tiempo que aumentaban impetuosamente la riqueza, el comercio y la industria, reconstruyó el Estado y liquidó las instituciones más obsoletas. En Atenas, por ejemplo, el Consejo del Aerópago, una especie de Suprema Corte de Justicia que se ocupaba de los delitos graves, fue reemplazado por jueces a sueldo. La sustitución de este pilar fundamental del gobierno aristocrático por tribunales democráticos abiertos a los ciudadanos más pobres, demostró a los atenienses que ni siquiera las instituciones más sacrosantas de la sociedad eran intocables e inmutables.

El Aerópago era un organismo civil y religioso que gozaba de la especial protección de los dioses. Tenía su asiento en la sagrada Colina de Ares, al pie de la cual se suponía que residían las Furias; efectuaba sus sesiones al aire libre, para que ninguno de sus integrantes corriera el peligro de contaminarse por estar en la misma habitación con una persona culpable de haber derramado sangre. Su liquidación fue un golpe asestado a los privilegios de la nobleza y a la religión tradicional.

La Atenas de Pericles produjo notables obras de arte y algunas de las personalidades más dotadas de la Antigüedad. Pero también pululaban en ella nuevos ricos que respetaban muy poco lo antiguo y estaba impulsados por un desorbitado afán de ganancia y por ambiciones imperialistas. Sus ataques a los fundamentos legales, morales y políticos del viejo orden culminaron en la Guerra del Peloponeso, a través de la cual se extendió a toda Grecia la lucha entre demócratas y oligarcas.

"Se convulsionó todo el mundo helénico, en todas partes luchaban los jefes populares, que querían el triunfo para Atenas, contra los oligarcas, que lo querían para los lacedemonios", escribió Tucídides, que participó en estos acontecimientos revolucionarios y los describió desde la posición de "el sector moderado de los ciudadanos". "Los dirigentes de las ciudades estaban llenos de halagadoras promesas, para satisfacer, por un lado, el clamor por la igualdad política que provenía del pueblo, por el otro a la aristocracia moderada; buscaban sacar provecho de esos intereses públicos que decían defender y se entregaban a los más calamitosos excesos... La moralidad no se llevaba bien con ningún partido... Se cometían toda clase de iniquidades."

Los sofistas trataron de responder a las exigencias de las clases educadas de una nueva orientación intelectual en esta época turbulenta de guerras entre ciudades-estado, revoluciones democráticas y contrarrevoluciones oligárquicas, cuando todo era inestable y de todo se dudaba. Estos hombres ilustrados fueron desacreditados por la historia posterior, tanto que hoy su nombre es sinónimo de razonamiento tortuoso y de filosofía falsa. Es una injusticia comenzada por los conservadores de su época y perpetuada por los seguidores de los idealistas clásicos. Los sofistas fueron calumniados en su época del mismo modo en que los enciclopedistas del siglo XVIII fueron execrados por los sostenedores del antiguo régimen y mal representados por los reaccionarios del siglo XIX. Aristófanes, el escritor de comedias, contribuyó mucho al mal nombre que adquirieron los sofistas al satirizar a Sócrates en *Las nubes*.

Los sofistas eran pensadores extranjeros ambulantes que iban de lugar en lugar buscando público y clientes y difundiendo ideas nuevas. Les atraía Atenas por su riqueza, importancia y vigorosa actividad intelectual y científica. Al igual que otros comerciantes, algunos de ellos ofrecían de vez en cuando mercancías de calidad inferior adornadas con brillantes rótulos a su público ávido. Pero los principales sofistas no eran pensadores mediocres y mercenarios que improvisaban argumentos falaces con inconfesados propósitos; fueron innovadores que influyeron mucho en la cultura griega del siglo V.

Al hacer más vastos el concepto de aprendizaje y los programas de estudio, estos pioneros de la educación occidental abrieron las puertas al conocimiento, hasta entonces monopolizado por la aristocracia, a sectores más amplios de la población. Proclamaban que la capacidad de aprender no era un don natural producto de la buena educación sino que podía ser adquirida por cualquiera que ejercitara su inteligencia. Con su actitud sometían a un examen crítico todos los mitos, dogmas y supersticiones.

A su modo, estos especialistas en historia y política, que declaraban que su tarea era preparar a los hijos de los bien nacidos y los ricos para la vida adulta y el éxito en la actividad pública, eran promotores de reformas sociales. El legislador Protágoras, a pedido de Pericles, ayudó a establecer una colonia modelo en el sur de Italia, la primera ciudad planificada.

Los representantes de los patricios calumniaban a los sofistas a causa de que cobraban por sus servicios. Pero esta característica de

su actividad profesional, que tanto molestaba a la urbanidad aristocrática, correspondía a las necesidades creadas por la economía monetaria. Las democracias comerciales urbanas recurrían a estos educadores que brindaban un nuevo tipo de educación.

El viejo ideal educativo, que se expresaba en su forma más perfecta en Esparta, se basaba en el entrenamiento de una élite militar. Exaltaba los modos de vida aristocráticos, los concursos ecuestres, el cultivo de los deportes masculinos, el ejercicio físico.

Los sofistas introdujeron un tipo de educación más adaptado a las necesidades y características de las repúblicas democráticas. Ponían el acento en el desarrollo del conocimiento, en el entrenamiento para el pensamiento lógico, en mejorar el lenguaje, en la participación en la discusión política. Su objetivo era no producir simples guerreros disciplinados sino individuos con mentalidad crítica capaces de hablar con fuerza y precisión a fin de convencer a sus conciudadanos del camino correcto a seguir.

Esas habilidades les eran necesarias no sólo a los dirigentes de las fuerzas democráticas sino con mucha más razón a sus adversarios, que debían contender con ellos en las asambleas y tribunales. Una vez destrozada la hegemonía política de la aristocracia, sus representantes, que aspiraban a seguir dirigiendo la ciudad como estadistas, generales y magistrados, podían ganarse y mantener el favor popular con sólo dominar las artes del debate público.

Esta nueva clase de filósofos encontró un público dispuesto a pagar sus habilidades, debido a que la vida en las ciudades-estado democráticas promovía la discusión en los mercados, el debate en la Asamblea, la confrontación de posiciones opuestas en los tribunales. El choque de intereses entre los propietarios, el regateo incesante en los emporios comerciales, las encarnizadas disputas entre las facciones políticas, las reuniones informales de ciudadanos en los lugares públicos, estimulaban el intercambio de ideas entre los elementos dirigentes de todas las tendencias. Los métodos de los sofistas y Sócrates, o una forma literaria como la de los *Diálogos* de Platón, que sacaba a luz los aspectos positivos y negativos de argumentos opuestos, son inconcebibles bajo un régimen de despotismo oriental sin actividad mercantil importante ni un conjunto de ciudadanos libres, enérgicos y políticamente independientes. Se daban en un medio donde los bienes, el dinero y las ideas se intercambiaban a gran escala y los conflictos de clase eran abiertos y acalorados.

Los sofistas se especializaban en el estudio de las técnicas del

pensamiento y la oratoria, e hicieron valiosas contribuciones a la filosofía con sus descubrimientos en los campos de la retórica y la gramática. Adelantaron muchos elementos de la ciencia de la lógica, creada por las figuras más destacadas del idealismo griego.

El método "antilógico" de los sofistas reflejó con claridad en la teoría los cataclismos y conflictos de su época. Afirmaban que en toda experiencia se oponían dos "logoi"; toda tesis tenía su antítesis. Los sofistas enseñaban a sus discípulos a provocar la oposición a toda posición dada, y hacer aparecer, si es necesario, el lado más débil como el más fuerte.

Demostraban que los diversos puntos de vista, costumbres e instituciones de la religión, la política, la ética y la economía eran todos igualmente justificables. Veamos algunas de las contradicciones que figuran en los *Disoi Logoi*, escritos después de las Guerras del Peloponeso, que explican cómo las mismas acciones y acontecimientos pueden ser comprendidos de modos diametralmente opuestos, según las circunstancias, el punto de partida y los intereses de quien los evalúa.

"El consumo inmoderado de comida y bebida perjudica al consumidor que no se controla, pero beneficia al comerciante que las vende. El triunfo en los juegos es bueno para el triunfador, pero malo para el derrotado. El resultado de las Guerras del Peloponeso fue bueno para los lacedemonios, pero malo para los atenienses.

"Ponerse adornos y cosméticos es indecente para un hombre, pero decente para una mujer. En Macedonia es decente que una joven tenga relaciones premaritales, en la Hélade no lo es.

"Engañar a un enemigo es justo, engañar a un amigo es injusto. El asesinato de un pariente es injusto, pero en algunos casos, como en el de Orestes, es justo. Robar un templo es injusto, pero sacar de Delfos el tesoro cuando la Hélade está amenazada por los bárbaros es justo."

Este planteo tendía a removerlo todo y a negar la universalidad y necesidad de las costumbres, posiciones e instituciones más tradicionales. Nada aparecía establecido para siempre; ninguna verdad era absolutamente cierta; todos los valores eran relativos.

¿Cómo diferenciar, entonces, lo correcto de lo incorrecto, lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso, lo sabio de lo tonto, lo justo de lo injusto? ¿Y cómo lograr ese conocimiento si es que puede lograrse?

Protágoras contestaba que no puede separarse cada aspecto de

su opuesto. Lo justo era también injusto, lo valiente cobarde, lo verdadero falso, según las circunstancias específicas del individuo.

Protágoras fue uno de los exponentes más notorios del subjetivismo y el relativismo en la Grecia antigua. El relativismo es esa forma del pensamiento que se centra en la mutabilidad de las cosas y en la diversidad de sus apariencias, con exclusión o en detrimento de su esencial sujeción a leyes y necesidad real.

Su concepción se apoyaba en dos proposiciones principales:

1 – El hombre es la medida de todas las cosas, del ser de aquéllas que son y del no ser de aquéllas que no son.

2 – Las afirmaciones contradictorias son igualmente válidas.

Sobre esa base las cosas son a cada persona tal como se le aparecen; todas las sensaciones, todos los conceptos, son relativos, individuales y arbitrarios. No puede haber un conocimiento común de una realidad material independiente, ni una verdad objetiva. Es imposible saber cómo son las cosas realmente ya que se les aparecen de manera tan diferente a los distintas animales, hombres, sentidos, y bajo circunstancias tan variadas como la edad, la salud, la situación económica, etcétera. En consecuencia, las afirmaciones que se contradicen sobre cualquier cosa pueden ser igualmente verdaderas o no verdaderas.

Otro sofista importante, Gorgias, acentuó aun más este punto defendiendo las siguientes tesis: no hay verdad; si la hubiera, no se la podría conocer; si se la conociera, no se la podría comunicar.

La concepción relativista de Protágoras de que el hombre es la medida de todas las cosas no era de carácter puramente teórico; también servía a propósitos sociales prácticos. Su argumentación reforzaba la idea de que las instituciones sociales no son inalterables, sino que pueden y deben transformarse de acuerdo a las cambiantes exigencias de la humanidad.

Protágoras negaba que hubiera normas abstractas, intemporales y absolutas de justicia, verdad, moralidad y legalidad, independientes de las necesidades y perspectivas de tal o cual grupo social. La ley fue hecha para el hombre, no el hombre para la ley. Esa concepción teórica actuaba como disolvente de las estructuras políticas y la ortodoxia religiosa. Escribió un libro sobre los dioses en cuya primera oración declaraba que él no sabía si los dioses existían o no, o cómo eran.

Si lo correcto y lo incorrecto, la justicia y la injusticia, la verdad y la falsedad, no son pasibles de una sanción objetiva y necesaria,

entonces el Estado y sus leyes sólo pueden basarse en la fuerza o en la convención. Trasímaco llegó a la conclusión de que las leyes del Estado eran una invención de los débiles para controlar a los fuertes, y de que la fuerza es la única ley que reconoce la naturaleza.

Su afirmación de la "ley del embudo" horrorizaba a aquéllos que pretendían ocultar tras los absolutos religiosos y éticos que es la fuerza la que sostiene a la sociedad de clases. Pero Trasímaco simplemente exponía lo que estaba sucediendo a los ojos de toda Grecia. Allí un gobierno tras otro era derribado e impuesto por la fuerza y el fraude, y la única ley era el vigor de las fuerzas en pugna. Los idealistas no podían perdonar a los sofistas más francos que le quitaran la hoja de parra a la realidad del poder en sus regímenes comerciales esclavistas.

Critias, en su *Sísifo*, es igualmente iconoclasta respecto a la religión. Una vez que se colocó a la sociedad bajo el dominio de la ley, decía, alguien "persuadió a los mortales a creer en la existencia de una raza de dioses", para someterlos por el temor y mantenerlos dentro de los marcos legalmente establecidos.

Otros sofistas le movieron el piso al conservadorismo al contraponer la naturaleza a la costumbre o la ley. Antifón sostenía que la mayor parte de lo que se considera justo ateniéndose a las leyes es contrario a la naturaleza. Aristóteles atribuía a algunos autores sofistas sentimientos extremadamente igualitarios: "Está contra la naturaleza ser el amo de otro hombre, pues sólo por la ley un hombre es esclavo y otro es libre; por su naturaleza no se diferencian; el dominio del amo sobre el esclavo se basa en la fuerza, y por lo tanto no es justo".

Los sofistas desarrollaron una marcada tendencia materialista al destacar que las condiciones histórico-sociales hacen de los hombres lo que son. Como los atomistas, los hipocráticos, los historiadores y los dramaturgos, consideraban que el hombre es esencialmente creativo, siendo su capacidad inventiva responsable de los avances de la civilización.

El único aporte significativo sobre la naturaleza del mundo físico que hicieron los sofistas provino de Antístenes, discípulo de Gorgias y Pródico. Fue el primer pensador griego que identificó explícitamente el ser con el cuerpo material. Afirmaba que sólo existen los individuos, y que lo único real son las cosas corpóreas, que se pueden tocar. Las cualidades de los objetos percibidas por los sentidos son irreales aisladas de la sustancia que las contiene.

Su teoría del conocimiento era la antítesis de la de los idealistas, que abstraían de las cosas sus cualidades transformándolas en entidades con existencia independiente. Se dice que Antístenes afirmó: " ¡Oh Platón, veo un caballo pero no la caballosidad! "

Esta concepción de la materia como sustancia extensa y persistente no se difundió mucho en la Antigüedad, aunque posteriormente la tomaron los estoicos. Sin embargo, este concepto de materia apenas previsto por Antístenes se transformaría en la clave del mecanicismo naturalista predominante en la época burguesa.

Aunque los sofistas se aliaron a las clases altas y no se comprometieron con las ideas más radicales, la crítica incesante propia de su método dialéctico determinó que los conservadores los detestaran y desconfiaran de ellos. Se decía que sus enseñanzas corrompían a la juventud, subvertían los valores morales, la estabilidad política y la religión.

Los idealistas clásicos se apropiaron de los procedimientos lógicos descubiertos por los sofistas e hicieron de ellos un arma de su sistemática ofensiva contra su relativismo, su individualismo, su escepticismo y su subjetivismo. Sócrates planteaba, en contra de los sofistas, que lo justo y lo legal son la misma cosa. Platón sostenía, polemizando con Protágoras, que Dios, no el hombre, es la medida de todas las cosas. El reservaba el gobierno solamente a los mejores, mientras que para los sofistas el arte de gobernar era accesible a cualquier persona racional. Contrarrestaron la influencia liberalizadora de los sofistas con el establecimiento de normas absolutas e invariables en la filosofía, la lógica, la ética y la política, a fin de restablecer las posiciones y valores de la oligarquía, cuyo dominio ponía en peligro el movimiento democrático triunfante

Capítulo XII

ATENAS Y LA REVOLUCION SOCRATICA

Sócrates vivió del 469 al 399 a.C.; Platón del 427 al 347; Aristóteles del 384 al 322. Los tres hicieron de Atenas el centro de su actividad filosófica. Estaban muy relacionados entre ellos y dieron al pensamiento idealista una continuidad que abarcó casi un siglo.

No puede entenderse el desarrollo del idealismo independientemente de la evolución de Atenas en los siglos V y IV, ya que los idealistas clásicos son los representantes supremos de su cultura.

La vida en Atenas

Las ciudades griegas ya habían superado las condiciones tribales y aldeanas en que los demás pueblos, e incluso algunas comunidades griegas, vivían todavía. Pronto caerían bajo el dominio del imperio alejandrino. Pero en el siglo V estaban en el pináculo de su poder, independencia y progreso.

Los intereses comerciales y las ambiciones de los atenienses los impulsaron a transformarse en la vanguardia de las guerras contra Persia, que salvaron a Grecia del peligro de la dominación oriental. Los atenienses auxiliaron a los griegos asiáticos en su revuelta contra el rey persa Darío; sus fuerzas derrotaron a los invasores persas en Maratón y su flota aseguró la victoria venciendo a los marinos de Jerjes en Salamina. Atenas, la salvadora de Grecia, se transformó en el centro de la Confederación Panhelénica; el Egeo llegó a ser un lago ateniense, en tanto su dominación se extendió a Megara y Beocia.

Pero, en la cumbre de su poder, Atenas se vio envuelta en una prolongada guerra con su rival Esparta, que duró, con interrupciones, desde el 431 al 404, y terminó con la derrota y caída del imperio ateniense. Los humillados atenienses nunca reconquistaron su hegemonía sobre Grecia.

La historia de los acontecimientos internos de Atenas fue tan dramática y turbulenta como sus relaciones exteriores. Tanto su ascenso como su decadencia estuvieron signados por cambios bruscos. Debido a su prosperidad y poderío la ciudad se transformó arquitectónicamente; también florecieron las artes, la literatura, la filosofía, la historia. Gracias al impulso proveniente de su población plebeya y marítima la Constitución de Atenas fue la más democrática de Grecia. En la Atenas de la época de Sócrates las etapas que en otros lugares necesitaron siglos para desarrollarse se agotaron en unas pocas generaciones. La rapidez asombrosa de estos cambios, el carácter extremadamente acelerado del desarrollo histórico, los repentinos desastres interiores y exteriores, sometieron a sus dirigentes a extenuantes esfuerzos y a la vez los obligaron a concebir las más fecundas ideas.

Atenas presentaba, más que cualquier otra ciudad avanzada de Grecia, agudos contrastes. Era en parte urbana y en parte rural, aunque la ciudad predominaba sobre el campo; en parte vieja y en parte nueva; en parte libre y en parte esclava. La producción para el consumo se mezclaba con la producción para el intercambio. La agricultura y la ganadería coexistían con la minería y la industria, el comercio y la banca en rápido desarrollo. Costumbres, ideas e instituciones propias de un primitivo tribalismo se confundían con innovaciones sociales, políticas y económicas. La libertad y el gobierno propio de sus ciudadanos chocaban teórica y prácticamente con la esclavitud y la privación de los derechos civiles que se practicaban dentro de Atenas y con la expansión imperialista hacia el exterior.

Estas combinaciones paradojales y las violentas contradicciones que provocaban impartieron un tremendo dinamismo al desarrollo de Atenas y agudizaron la capacidad intelectual de sus habitantes. A. D. Godley escribe: "La ciudad [. . .] estaba siempre ansiosa por escuchar o relatar alguna novedad. Fue un periodo de intenso despertar intelectual, en el que, como en la época isabelina o en la nuestra, las nuevas ideas y descubrimientos (aunque los desconocidos continentes descubiertos entonces eran intelectuales) ampliaban diariamente el campo de discusión. El instrumento de la crítica no

era la escritura sino la conversación. Las inteligencias se encontraban en la conversación activa.

"Muchas razones convergían para hacer de Atenas, mucho más que de cualquier otra ciudad griega, un centro de la conversación. Su importancia política, sus exhibiciones teatrales, atraían a multitudes de extranjeros de toda Grecia, del Egeo, mejor dicho de las avanzadas occidentales de la civilización helénica, de la misma Sicilia y de las poblaciones griegas del sur de Italia. Incluso las dificultades provocadas por las Guerras del Peloponeso contribuían a ello, ya que el temor a las incursiones peloponesas concentraba cada vez más la vida del Atica dentro de los muros de la metrópolis ateniense. Por lo tanto Atenas era el lugar de reunión de elementos muy diversos: caballeros rurales expulsados de sus propiedades por el temor a los ejércitos invasores; isleños que venían del Egeo a pagar sus tributos; profesores viajeros del sur de Italia y del Asia Menor. Todos contribuían, según el tenor de sus actividades, con nuevos puntos de vista y elementos para la discusión." (*Socrates and the Athenian Society*, pp. 36-37.)

En sus momentos de mayor prosperidad Atenas contaba con una población de trescientos a cuatrocientos mil habitantes. Fue el principal centro manufacturero, mercantil y financiero de Grecia. Su población se dedicaba a las ocupaciones más diversas. Fuera de las murallas de la ciudad los campesinos cultivaban trigo, olivos y vid para la fabricación del vino; los pastores llevaban sus rebaños a pastar a las montañas. Dentro de la ciudad los artesanos, libres y esclavos, fabricaban muchas cosas para la venta, desde artículos de cuero a alfarería. A cuatro millas de distancia estaba el puerto del Pireo, que se comunicaba con la ciudad por medio de murallas, sede de un importante comercio de exportación e importación y centro de construcción de naves. No muy lejos, en las colinas de Laurion, estaban los metales preciosos que en buena medida contribuyeron a la prosperidad de Atenas.

La economía monetaria de Atenas había avanzado mucho desde las épocas de la antigua comunidad aldeana que producía para su autoabastecimiento. Esta ciudad cosmopolita se alimentaba con productos importados y su prosperidad dependía de la exportación. Su economía tan extendida la transformó en la potencia diplomática, militar y naval más importante del Mediterráneo, y la arrastró a la guerra contra los enemigos de Grecia, como Persia, y contra las ciudades-estado rivales, como Esparta y Corinto.

La economía de Atenas, tan desarrollada, fue la base de la abigarrada variedad de su estructura social. En el campo vivían los terratenientes ricos, las familias nobles y los pequeños campesinos, pastores y mineros; en la ciudad, los manufactureros, mercaderes, propietarios de naves, financistas y profesionales se codeaban con los artesanos, mecánicos, trabajadores marítimos y navegantes. A diferencia de lo que sucedía en la Mileto del siglo VI, en la Atenas del siglo IV el comercio se concentraba, en gran medida, en manos de personas que no eran ciudadanos y se basaba en el capital de los prestamistas.

Los ciudadanos se dividían en nobles y ciudadanos ordinarios, ciudadanos nativos y extranjeros no ciudadanos, ricos y pobres, libres y esclavos. Los ciudadanos con sus esposas e hijos apenas alcanzaban a unos 160.000, los residentes extranjeros eran alrededor de 90.000, los esclavos 80.000.

Los atenienses ricos y nacidos en las clases altas poseían gran cantidad de esclavos a los que debían su riqueza y bienestar. Incluso los artesanos y pequeños propietarios poseían y empleaban esclavos. El Estado era el mayor empleador de esclavos: los explotaba en las minas y galeras y los utilizaba como policías y empleados burocráticos.

Estos esclavos, que en realidad eran bienes que sus amos poseían en propiedad, a veces eran de origen griego, pero lo más común es que fueran extranjeros. Su condición variaba considerablemente; el trato que recibían en las minas y en las cuadrillas de trabajo era terrible; el que se les daba a los esclavos domésticos y a los artesanos especializados que producían ganancias para sus amos era mucho más aliviado. Había esclavos que trabajaban de maestros; el principal banquero de Atenas había sido esclavo.

Los fundamentos de la economía ateniense fueron la esclavitud interna y la dominación imperialista del mundo exterior. Este modo de propiedad y de producción penetraba todos los aspectos y recovecos de la vida de Atenas y estampó una huella indeleble en las ideas de sus intelectuales.

Políticamente, Atenas era una democracia esclavista. Desde Clístenes se había dividido la ciudad en doscientos demos o distritos, que combinaban las características del antiguo sistema tribal de parentesco con la nueva organización basada en la residencia territorial. Las viejas divisiones tribales conservaban un carácter ceremonial. La ciudad tenía un culto común; el ayuntamiento era también el templo. El nacimiento seguía constituyendo el pasaporte a la

ciudadanía. Solamente participaban de la vida política los hijos de ciudadanos atenienses legítimamente casados.

Ya en el 570 a.C. Atenas estaba dividida en tres partidos: el de la costa, que incluía a los grandes y pequeños comerciantes, aspiraba a una república de clase media; el de la llanura, cuya base de apoyo eran los grandes terratenientes de los mejores distritos agrícolas, deseaba una oligarquía; el de la colina, el más radical y democrático, movilizaba a los campesinos más pobres, los mineros, pastores y artesanos tras los industriales y mercaderes progresivos y se transformó en la fuerza impulsora de la causa democrática. Desde entonces no cesó la lucha entre la reacción aristocrática y la democracia, lucha que culminó con el eventual triunfo del pueblo y la implantación de la república democrática.

Esta república fue gobernada por el "Consejo de los 500", elegido conjuntamente por diez grupos tribales, cada uno de los cuales abarcaba un décimo de los demos. No tenían un poder ejecutivo supremo, como un rey antiguo o un alcalde, gobernador o presidente modernos. Todos los ciudadanos tenían la obligación de participar de los asuntos públicos. Atenas se gobernaba y defendía utilizando rotativamente los servicios de 7.000 de sus 40.000 ciudadanos. Uno de cada seis ciudadanos se veía obligado periódicamente a trabajar para el Estado, ya sea en tareas civiles o militares. Cuando gobernaba Pericles se les pagaba por prestar servicios en el ejército, la armada, por participar del Consejo o los tribunales. Esto permitía a los ciudadanos comunes, los artesanos y los trabajadores navales participar directamente de la administración de los asuntos públicos y estar informados de todos los problemas del Estado, desde las negociaciones diplomáticas a los litigios legales.

Aunque la riqueza, el bienestar y la democracia de Atenas descansaban sobre la esclavitud, aunque las mujeres y los extranjeros estaban excluidos de la vida política, debe reconocerse que, dentro de estas limitaciones históricas, la igualdad, libertad y autogobierno de sus ciudadanos eran incuestionables.

Lo característico de la realidad ateniense no era la calma, sino la lucha. Las prolongadas y victoriosas guerras de defensa nacional elevaron el orgullo, la confianza en sí mismos y la autoestima de los atenienses; las intrigas y las guerras imperialistas con las ciudades-estado rivales los impulsaron a aprovechar, cuando no a agotar, todas sus energías; las vastas ramificaciones de sus empresas comerciales y colonizadoras, las disputas de los litigantes ante los

tribunales, las contiendas electorales, las luchas fraccionales y las revueltas civiles, significaban una conmoción constante. Un mensajero de los corintios decía a los lacedemonios que los atenienses "llegaban al mundo y no se concedían ningún descanso a sí mismos ni se lo concedían a los demás".

Esto se aplica totalmente al tábano Sócrates, que desarrolló sus ideas en este medio social. Sócrates nunca escribió ni publicó nada; conocemos sus enseñanzas a través de contemporáneos suyos, tal el caso de Aristófanes; de sus discípulos, como Platón y Jenofonte, o de sus críticos, por ejemplo Aristóteles. (Algunos investigadores, como Storey, opinan que en los *Diálogos* hay más de Platón que de Sócrates; otros, como John Burnet y E. E. Taylor, atribuyen a Sócrates todas las ideas expresadas por el Sócrates platónico, hasta *La República*, con su teoría de las Formas Ideales, inclusive.

Recuerda a los sofistas por su forma de actuar, como maestro de la juventud de las clases altas, crítico de las convenciones predominantes y centro de un círculo de amigos entre los que se contaban los ciudadanos más destacados de Atenas. El método socrático es una extensión y refinamiento de las innovaciones introducidas por los sofistas. Ambos fueron responsables del traslado del eje de la filosofía de la investigación sobre la naturaleza a la del carácter y la conducta del hombre, del aspecto objetivo de la realidad al subjetivo.

Pero Sócrates criticaba al extremo a los otros sofistas destacados, y elaboró sus propios puntos de vista polemizando con ellos. Llegó a ser la personalidad fundamental de la evolución de la filosofía griega por su carácter de fundador reconocido del idealismo. El fue el elemento decisivo para el relegamiento del materialismo. Sócrates fue el maquinista que condujo el tren de la filosofía por los rieles del idealismo, camino fundamental por el que desde entonces se desliza.

A este cambio decisivo se lo ha llamado con justicia "la revolución socrática". Reconociendo este giro decisivo, habitualmente se divide a la filosofía griega en periodo presocrático, clásico y posaristotélico. Esta clasificación, hecha desde el punto de vista de los idealistas, es muy injusta para con los atomistas, pues les atribuyen una importancia secundaria. Pero refleja el hecho de que desde entonces en el pensamiento griego predominó el idealismo y el materialismo quedó relegado.

La revolución socrática de la filosofía fue un producto de las luchas convulsivas entre la democracia y la oligarquía. Sócrates se pasó en Atenas sus setenta años de vida, y muy raramente traspasó

sus murallas. Luchó tres veces en el ejército y actuó como comisionado público

Pasó las Guerras del Peloponeso, vio a su ciudad elevarse hasta la cumbre, luego luchar desesperadamente hasta que fue destronada de su sitial de reina del mundo mediterráneo. Luego de la muerte de Pericles, presenció la asunción del poder estatal por su amigo y discípulo Alcibíades. Vio a los dirigentes antidemocráticos aprovecharse de las derrotas y desastres sufridos por los atenienses para implantar una dictadura oligárquica en el 413, y luego nuevamente, con "los Treinta", en el 404.

Sócrates no fue un representante del pueblo ni un sostenedor de las ideas democráticas. Sospechoso de simpatías hacia los aristócratas, fue condenado a muerte en el 399 a.C. por los partidarios de la democracia. Pero conformó sus ideas en la atmósfera del movimiento popular. Su racionalismo, su individualismo, su humanismo y su espíritu crítico estaban en consonancia con las tendencias generadas por las fuerzas democráticas. Por otra parte, sus teorías idealistas y su apoyo a la aristocracia reflejaban la reacción de las clases altas contra las tendencias igualitarias de la "chusma" urbana.

La revolución socrática

¿Cuál era la naturaleza de la revolución que inició Sócrates en la filosofía griega?

Para los propósitos del análisis se puede dividir la realidad en tres esferas distintas aunque materialmente relacionadas: el mundo exterior, o naturaleza; la sociedad humana y la mente. En las diferentes fases de su desarrollo la filosofía centró su atención en uno u otro de estos sectores. Los milesios se dedicaron casi exclusivamente a los procesos de la naturaleza; más aun, no diferenciaban claramente entre los varios aspectos de la realidad ni analizaron la sociedad o el desarrollo del pensamiento.

"Hacia mediados del siglo V —dice el Profesor Robin— el objeto del pensamiento filosófico era explicar qué es la realidad subyacente, y qué es el ser verdadero del universo visible. Se dejaba a los poetas y legisladores la reflexión sobre la conducta, y la filosofía no la consideraba un objetivo propio." (*Greek Thought and the Origins of Scientific Spirit*, p. 131.)

Con los sofistas y Sócrates se llegó a un nivel teórico más avanzado. Diferenciaban la sociedad de la naturaleza y comenzaron a examinar de manera científica las relaciones sociales y la conducta humana.

Este salto de la investigación de la naturaleza al estudio del hombre puede parecer a primera vista un retroceso de la ciencia. Es cierto que Sócrates relegaba a un último plano la investigación de la naturaleza, e incluso pensaba que no merecía ser considerada un problema filosófico. Pero este cambio en la filosofía presentaba aspectos más positivos que la mera aversión a seguir investigando el mundo exterior. Aunque llegó a conclusiones idealistas, Sócrates investigó la sociedad y la conducta de la humanidad de modo naturalista, sin apelar a la sanción religiosa ni a los hábitos ya establecidos. "Se analizaba la vida humana de la misma manera en que un fisiólogo hace la disección de una rana, y la consecuencia fue una ética secular, no metafísica."

Fue un avance para la filosofía. Sócrates extendió el radio del pensamiento racional a la vida social, dando a la filosofía un objetivo explícitamente político y combinando el pensamiento crítico con la práctica social.

El que se desplazara el centro del interés teórico del medio natural al social no era en sí mismo un índice de retroceso, como se lo interpreta a veces. Expresaba más que nada la profunda necesidad que sentían las fuerzas en conflicto en las principales ciudades-estado de encontrar respuesta a una serie de impostergables problemas morales, políticos y teóricos.*

El gran cambio que impuso Sócrates en la filosofía, en beneficio de la aristocracia ateniense derrocada por el movimiento democrático, fue subordinar en el terreno de la teoría la naturaleza a la humanidad, reinterpretando los procesos naturales según el modelo de la actividad y el razonamiento del hombre. Sócrates reprodujo, en un nivel más elevado de la civilización, lo que los primitivos hacían espontáneamente a través de la magia y el animismo primitivo, aunque de manera completamente diferente y racional.

* Podemos notar un énfasis similar en la solución de problemas sociales en otras filosofías. Una de ellas es el marxismo, cuyo objetivo principal es dar respuesta al movimiento de la clase obrera moderna. Otro ejemplo es el del pragmatismo de John Dewey, que fue el instrumento filosófico del movimiento progresivo de los Estados Unidos. De paso, ésa es la razón por la cual Dewey sentía tanta simpatía por el acento que ponía Sócrates en la moralidad y los problemas sociales.

Los "fisiólogos" jónicos iban de las leyes naturales al hombre; Sócrates iba del pensamiento humano y la actividad social a la naturaleza. Como lo señaló Lange: "Estaba enteramente convencido de que la razón que estructuró el mundo actuó a la manera de la razón humana; podemos seguir sus pensamientos en todas partes, aunque al mismo tiempo debemos admitir su infinita superioridad. Se explica el mundo a partir del hombre, no el hombre a partir de las leyes universales de la naturaleza. Se parte, entonces, del supuesto de que en el orden de los acontecimientos naturales rige la misma antítesis entre pensamiento y acto, entre planificación y ejecución material, que encontramos en nuestra propia conciencia" (p. 64).

Según Sócrates, la humanidad fue creada por un supremo artífice inteligente que produjo el resto del mundo para proveer a nuestras necesidades. Explicaba que Dios, o el Bien supremo, se preocupó por proveer a la humanidad de luz, agua, fuego y aire. El sol brilla durante el día y la luna y las estrellas durante la noche para que los hombres tengan luz. La tierra produce alimentos y otras cosas para nuestro sustento y los animales existen para servirnos. El cuerpo humano y sus órganos son también una prueba de la previsión del benevolente creador. "¿Acaso no nos han sido dados estos párpados, con una valla en sus bordes, para mantener alejado el viento y resguardar el ojo? Hasta la ceja cumple su función, ya que, como un cobertizo, está preparada para detener el sudor que al caer de la frente podría penetrar e irritar esa parte de nosotros tan delicada como asombrosa."

Es una concepción de la realidad absolutamente teleológica, ya que ve en todas partes las evidencias del propósito inteligente y del trabajo de la divinidad. Es un idealismo abierto, puro. El universo está animado de un propósito y lo guía la razón. Este propósito específico y racional está conformado según las perspectivas y posición social de los aristócratas atenienses. Dios provee a las necesidades de la humanidad, y especialmente de su élite filosófica, de la misma manera en que otros hombres proveen a las necesidades de las personas de posición acomodada.

Además de esta concepción idealista del cosmos, Sócrates creó una doctrina racional de la moralidad y una teoría del conocimiento sistemática. Declaró que "la vida no comprendida no merece ser vivida"; en consecuencia, intentó someter la conducta humana y las instituciones sociales a la más rigurosa crítica de la razón.

La teoría ética de Sócrates está relacionada con su teoría del

conocimiento. El conocimiento no es solamente un medio para comportarse correctamente; constituye la esencia misma de la moralidad. La virtud es conocimiento. Nadie hace el mal voluntaria o conscientemente. Los hombres toman caminos equivocados porque no conocen qué es el bien ni qué es el mal.

La virtud es consecuencia del conocimiento verdadero, y todo conocimiento verdadero debe partir de concepciones correctas. De esta manera Sócrates hace depender toda su filosofía del conocimiento verdadero, que sólo puede adquirirse a través de la crítica de las ideas predominantes. La moral depende de la lógica.

Media una gran distancia entre esta concepción y la moral consuetudinaria de la antigua Grecia, o la de los israelitas, que se apoya en el origen divino de los Diez Mandamientos según los interpretaron los sacerdotes y profetas. Aunque aristócrata en esencia, Sócrates logró ubicar la moral sobre bases racionales.

Sócrates tenía un particular método de pensamiento. Partía del supuesto de que hay dos tipos diferentes de conocimiento: las opiniones comunes, no sometidas a examen, de la gente común, y los conceptos metódicos, conscientes, verdaderos de la mentalidad filosófica, que ha descubierto el Bien en todas las cosas. Sócrates utiliza este "recurso" para separar el conocimiento falso del verdadero y llegar al conocimiento real a través del examen crítico de los fundamentos de nuestras creencias.

Los "fisiólogos" de Jonia intentaron encontrar la verdad investigando la naturaleza y el carácter de las cosas mismas. Sócrates tomó una dirección diferente. En vez de investigar directamente los *hechos*, examinó las *afirmaciones* de la gente o las *teorías* con que las sustentaban. Comenzaba con una proposición presumible o provisionalmente verdadera. La consideraba una hipótesis inicial que llevaría, a través de la contradicción, a una verdad final o evidente en sí misma.

Tomando esta proposición inicial procedía a deducir sus consecuencias lógicas. En el transcurso de la discusión surgían otros aspectos de la situación hasta que se enfrentaban puntos de vista opuestos. Este método dialéctico de provocar opiniones contrapuestas sobre la misma cuestión perseguía el propósito de extraer las consecuencias de cada una de ellas para descubrir cuál es la verdadera. El resultado de este debate, diálogo o desarrollo multifacético de las ideas sería el conocimiento genuino, opuesto a la simple opinión.

A diferencia de algunos sofistas y escépticos, Sócrates no dudaba de la posibilidad de alcanzar el conocimiento cierto y la verdad de las cosas. En el *Fedón* advierte expresamente contra la *misología*, es decir, la desconfianza en la posibilidad del razonamiento válido. Examina dialécticamente todos los temas para llegar a un conocimiento seguro y probado de su naturaleza real.

En contra de los sofistas, que ponían el acento en la relatividad de la moral, los valores, las leyes, etcétera, Sócrates utilizaba su método para distinguir lo necesario, permanente y universal de lo contingente, transitorio e individual en las ideas. Quería descubrir lo inteligible en lo sensible, lo esencial en las manifestaciones accidentales.

Trataba de lograrlo a través del proceso racional de generalización, que acaba en la definición del objeto considerado. Esta definición sería la forma verdadera o la causa real de su ser. Algo bello, por ejemplo, es una manifestación de la forma de la Belleza.

En última instancia, para Sócrates la idea del Bien y todas las demás ideas absolutas o formas eternas del ser eran innatas en el alma humana, que traía su recuerdo de un estado previo de existencia en este mundo. Todo conocimiento implica recordar, recobrar o reconocer las formas eternas.

La teoría socrática del conocimiento constituye la antesala de una teoría completamente idealista de una realidad superior al mundo material, al que la humanidad conoce por medio de los sentidos. En el *Fedón* planteó dos conceptos que a partir de entonces pasaron a formar parte del repertorio del idealismo filosófico. Se trata de la doctrina de la inmortalidad y divinidad del alma y de la teoría de la existencia autónoma de formas del ser ideal. Estas dos ideas clave se apoyan una en la otra. La creencia en la inmortalidad del alma está apuntalada por la teoría de las formas ideales, igualmente eternas; la teoría de las formas ideales depende de la actividad del alma independiente del cuerpo.

Sócrates creó la concepción del alma que constituye la esencia del idealismo y que, con uno u otro nombre, ha dominado desde entonces la teología europea y la filosofía idealista. La doctrina del alma perpetuada y popularizada por el cristianismo está tomada de la cultura greco-romana, que se la debe a Sócrates.

Las raíces de esta creencia en el otro yo inmaterial se remontan al salvajismo. En Homero la *psique* o alma es un fantasma que acompaña al hombre durante toda su vida y lo abandona cuando muere. Los jónicos y Heráclito identifican el alma con el aire o el fuego. Los

primeros pitagóricos transformaron la *psique* en una individualidad permanente que cayó de su primitivo estado divino y debe cumplir con determinadas leyes de la vida para recobrar su lugar entre los dioses.

Sócrates dio una forma nueva a estas antiguas ideas. Para él el alma era la fuente y la sede tanto del conocimiento como de la bondad. Fue el primero en racionalizar el concepto de alma y hacer de ella ese elemento humano que contiene el conocimiento y la ignorancia y permite distinguir la virtud del vicio. Secularizó el alma al identificarla con la conciencia y el carácter cotidianos, y al mismo tiempo espiritualizó el conocimiento y la conducta al identificar estas formas de la actividad humana con una entidad divina.

La función de este constituyente divino de la humanidad es conocer; es decir captar la esencia de las cosas en las Formas, y sobre todo conocer el bien y el mal. Por lo tanto gobierna los actos del hombre para que éste se conduzca bien en la Tierra y se gane la bendición eterna.

Esta doctrina implica una división radical de la realidad y de cada individuo entre el alma y el cuerpo. El alma es sólo espíritu, divina, imperecedera, y puede existir independientemente del cuerpo. El cuerpo está contaminado por la materia, confundido por los apetitos y las emociones que impiden el acceso al conocimiento real. El cuerpo visible es afín al mundo visible de los cambiantes fenómenos físicos, mientras que el alma se relaciona con el invisible reino preexistente de las formas inmutables y divinas. El cuerpo heterogéneo está sujeto al nacimiento, la decadencia y la muerte; el alma invisible no es generada, es indestructible e inmortal.

En la teoría del ser, esta división entre alma y cuerpo se expresa en la oposición entre las Formas eternas y sus apariencias perecederas. La justicia no es una simple opinión relativa, individual o convencional, que cambia con la época, el lugar y las circunstancias, como sostenían los sofistas. Igual que las demás Formas, por ejemplo el Bien, el Mal, la Igualdad y la Rectitud, la Justicia es absoluta, universal, eternamente preexistente, objetiva. Nunca cambia: es una pauta absolutamente invariable.

Sócrates y Platón reconocían ingenuamente que sus argumentos en favor de la inmortalidad del alma y la eternidad de las Formas tenían el objetivo de refrendar "las antiguas historias sagradas que nos revelan que el alma es inmortal". La innovación introducida por los idealistas fue el método con el que rescataron y rehabilitaron

estas antiguas creencias. Para establecer sus conclusiones no apelaron a la tradición, pese a que le rendían tributo, ni a la autoridad constituida ni al dogma. Se basaron en la argumentación y en el razonamiento crítico.

Lo vemos claramente en el *Fedón*, donde Sócrates, a través de Platón, intenta probar la inmortalidad con una serie de argumentos teóricos. Estos van desde la demostración del proceso cíclico del nacimiento y la muerte y la alteración inevitable de las distintas manifestaciones del ser a la demostración final de que la teoría de las formas demuestra que el alma es indestructible, ya que las Formas no albergan oposiciones ni contradicciones internas. Todos estos argumentos se esgrimen contra las objeciones de críticos o adversarios amistosos. Le otorgan la última palabra a la razón y a la demostración lógica.

* * *

Podemos sintetizar entonces las contribuciones de Sócrates a la filosofía:

Por una parte, estableció las bases de la ciencia de la lógica. Aristóteles le atribuye la introducción del argumento inductivo y la definición universal. Fue el primero en tratar científicamente los problemas morales y la íntima unidad existente entre la teoría crítica y la práctica social. Para Sócrates el conocimiento, la voluntad y la conducta están integrados; lo que demuestra que el conocimiento es verdadero es una probada capacidad para actuar correctamente.

Por otra parte, Sócrates se apartó de la investigación objetiva de la naturaleza y dio una interpretación teleológica del mundo. Dio nuevas fuerzas a la religión con su concepción del alma inmortal que habita temporariamente su morada de barro. Explicaba la historia humana como un despliegue de la divina providencia, no como el autodesarrollo de la humanidad en su lucha por su supervivencia contra las condiciones dadas. Desarrolló la teoría de las ideas eternas y las Formas absolutas, que están por encima de las manifestaciones de la materia y son independientes de ella.

Todas estas doctrinas fueron incorporadas en el idealismo filosófico que dominó el pensamiento europeo durante dos mil cuatrocientos años y es hoy el adversario irreconciliable del materialismo.

Capítulo XIII

PLATON Y ARISTOTELES

Con Platón y Aristóteles el pensamiento griego alcanzó la cumbre de su desarrollo y se conformó en los moldes clásicos que se transmitieron a través de los siglos y afectaron a la filosofía hasta la época actual. Sería muy útil que estudiáramos profundamente a estos gigantes del pensamiento. Sin embargo, dado el objetivo de este trabajo, es más pertinente que analicemos la común oposición al materialismo de los supremos representantes del pensamiento idealista que las diferencias entre ellos, que no carecen de importancia.

¿Por qué estos eminentes idealistas ejercieron una influencia tan perdurable sobre el curso de la filosofía griega y posterior a los griegos?

El idealismo apareció como concepción del mundo coherente en una sociedad donde las relaciones de cambio surgían de la producción esclavista. Pero el idealismo reflejaba en mucho mayor medida el sistema esclavista que la superestructura de las relaciones de intercambio mercantil. Era la expresión ideológica de la aristocracia esclavista en su batalla defensiva por la supremacía contra las tendencias democratizantes de las fuerzas mercantiles y plebeyas de las ciudades-estado griegas

Los idealistas fueron los primeros grandes ideólogos de la sociedad dividida en clases y de las diversas formas de gobierno del mundo occidental. Esto se ve claramente en la defensa que hacen de la esclavitud como sistema que sigue el orden natural, de su toma de partido por el sistema de castas en contra de la democracia y por la aristocracia contra los reclamos y ataques del pueblo.

Es muy útil conocer a estos pensadores griegos, sobre todo para rectificar ese cómodo prejuicio de muchos racionalistas de que todas las mentes esclarecidas y educadas necesariamente han de llegar a las mismas conclusiones generales en lo que hace a los problemas sociales. Gracias a las revoluciones democrático-burguesas, hoy resulta un lugar común afirmar, siempre en el terreno de la teoría, que todos los hombres son naturalmente iguales y deberían estar hermanados en una sociedad humana universal. Pero estas ideas les eran totalmente ajenas a estos ideólogos de la aristocracia en la ciudad-estado griega. Ellos opinaban lo contrario. A sus ojos los hombres eran desiguales y estaban divididos en clases por naturaleza. Cada uno ocupaba su lugar apropiado en la jerarquía del cuerpo civil. Sólo de esa manera los hombres podían ser realmente humanos y volverse totalmente civilizados.

Sócrates demostró que para él esta concepción no era una mera especulación sino que respondía a sus convicciones más profundas cuando se negó a exiliarse y se sometió a la pena de muerte que le impuso un jurado hostil en su Atenas nativa.

Los idealistas perfeccionaron su filosofía en respuesta al predicamento histórico de las clases propietarias griegas, los terratenientes prestamistas y los esclavistas, hacia fines del siglo V. Durante décadas las luchas de clases atormentaron a las ciudades-estado griegas; la oligarquía y la democracia se alternaban en la supremacía.

Después de que la expansión imperialista hubo provocado el ascenso de Atenas primero y su desastre después, la democracia mercantil y marítima ateniense estaba al borde del colapso. No podía hacer que Atenas recuperase su grandeza anterior, ni podía cambiar su estructura interna, a causa del irremediable antagonismo entre hombres libres y esclavos. Fue el periodo del ocaso del primer experimento de gobierno democrático.

Los idealistas eligieron defender la reacción oligárquica contra las fuerzas democráticas. Platón y Aristóteles pertenecían al patriciado; Sócrates mantenía estrechas relaciones con los mismos círculos. Platón provenía de una familia de la alta aristocracia; su tío Carmides, uno de los personajes de sus *Diálogos* perteneció al gobierno de "los Treinta", que intentó anegar en sangre la democracia.

Diógenes Laercio decía sobre Platón: "En su país no se mezclaba en los asuntos del Estado, aunque por sus escritos era un político. Y la razón era que el pueblo estaba acostumbrado a una

forma de gobierno y a un tipo de constitución distintos de los que él propugnaba." Totalmente contrario al gobierno popular, Platón dedicó su talento a justificar el ultraconservadorismo en el pensamiento social.

Sin embargo, las pequeñas ciudades-estado en las que predominaba la oligarquía estaban tan en decadencia como la democracia que ésta odiaba tanto. La escalvitud empobreció y degradó a los ciudadanos libres. El ejército de la Atenas del siglo IV estaba formado por mercenarios, no por ciudadanos, lo que indica hasta qué punto se había deteriorado la democracia de Pericles. En vida de Platón y Aristóteles la monarquía macedonia estaba por conquistar Grecia, aplastando la independencia de sus ciudades-estado más poderosas, de Esparta a Atenas. Este tipo perimido de república estaba ya por desaparecer junto con su democracia.

Como los patricios a quienes ellos se dirigían sólo podían perder con los acontecimientos por venir, ya se tratara de un movimiento popular dentro de sus propias ciudades o de la conquista militar por una potencia extranjera, estos filósofos tendían a exaltar la inmovilidad por sobre el cambio y establecer límites infranqueables al proceso histórico.

Una de las tareas principales de los idealistas fue rehabilitar la concepción religiosa, que por muchas razones había caído en descrédito. El derrumbe de las pautas morales que acompañó a las guerras civiles y las guerras entre las ciudades-estado había significado también el desplazamiento de las antiguas concepciones del universo paralelamente al de las posiciones de sus clases dominantes. Aunque no negaban la existencia de los dioses –hasta Demócrito se había visto obligado a justificar la difundida creencia en ellos, aunque aclaraba que no sabía cómo eran– las críticas de los materialistas, los sofistas y otros racionalistas habían desacreditado considerablemente el politeísmo arcaico entre las clases educadas.

El creciente abandono de los antiguos credos y rituales sólo podía contrarrestarse reforzando la religión. Los filósofos idealistas se abocaron a ello, utilizando para este propósito su avanzada metodología. No fueron los únicos en acudir en rescate de la religión; fue en esa época que se difundieron los nuevos cultos populares entre las clases bajas. Pero la misión específica de los filósofos era renovar la religión para los aristócratas educados.

Por lo tanto los griegos, creadores de la filosofía, el materia-

lismo y la ciencia, también inventaron la teología, la que puede definirse como el arte de proporcionar argumentos racionales en apoyo de las creencias religiosas. La teología es una rama de la apologética peculiar de las civilizaciones comerciales. La religión primitiva no busca justificación en la razón; recién necesita hacerlo cuando sus fundamentos se ven sacudidos y sus dogmas y prácticas puestos en tela de juicio por los elementos esclarecidos de la revolución urbana.

En la revisión idealista de la naturaleza de los dioses el cálculo político influyó tanto como las consideraciones teóricas. La religión fue un instrumento indispensable para el gobierno aristocrático. Las instituciones religiosas, desde el altar de Apolo en Delfos hasta los cultos locales, estuvieron involucradas en la estabilidad del gobierno oligárquico, la cohesión de la ciudad-estado, la lucha por la supremacía de las clases altas y el sojuzgamiento de los sectores sociales más bajos. El Apolo délfico, por ejemplo, jugaba en la religión y la política griegas un rol centralizador y conservador similar al del Papado romano en el Medioevo. La neutralidad de sus sacerdotes en la guerra entre griegos y persas había hecho dudar a muchos atenienses de su fe ancestral.

Los idealistas reconocían con claridad, discutían ingenuamente y abiertamente aceptaban el valor de la religión como consolidador social e instrumento de la dominación de clases. Su franqueza en esta cuestión contrasta evidentemente con la hipocresía con que los teólogos y políticos modernos tratan de ocultar la influencia reaccionaria de las instituciones e ideas religiosas. Resulta muy aleccionador estudiar sus puntos de vista porque en ellos se percibe la voz auténtica de la clase dominante de un estado aristocrático.

Platón, al reclamar en *La República* la aplicación del "noble engaño", puso al descubierto hasta qué punto la oligarquía ateniense era consciente de la utilidad de las doctrinas religiosas para mantener el dominio de su clase. Dividía a los habitantes de su estado ideal en tres categorías: Gobernantes o Guardianes, Auxiliares y Productores. Discutía luego los medios necesarios para perpetuar esta jerarquía social y dar fuerza a las decisiones de los gobernantes.

Preguntaba Platón: "[. . .] ¿Cómo podemos idear una de esas falsedades convenientes de las que hablábamos recién, una falsedad noble, que nos permita persuadir a toda la sociedad, incluso a los mismos Gobernantes si es posible, a aceptarla? "

Respondría que lo mejor sería presentar la formacion de esa sociedad dividida en clases como una vieja leyenda fenicia; es decir, investir sus orígenes de un aura de antigüedad que la ponga más allá de los alcances de una investigación inmediata y de una verificación fácil. Luego prosigue: "Les diremos que son todos hermanos; pero, cuando Dios creaba a los destinados a gobernar, mezció en ellos un poco de oro, por lo tanto ellos son los más valiosos; y puso plata en los Auxiliares y hierro y bronce en los campesinos y otros trabajadores. Como todos constituyen familias, en la mayoría de los casos los hijos serán como los padres, pero ocasionalmente un padre de oro puede tener un hijo de plata y un padre de plata un hijo de oro, etcétera; por lo tanto la tarea primera y principal asignada por Dios a los Gobernantes es, entre todas sus funciones como Guardianes, la de prestar la atención más cuidadosa a la mezcla de metales en las almas de los niños, de modo que, si uno de sus hijos naciera con una mezcla de hierro o bronce, no deben dejarse llevar de la piedad sino colocarlo entre los artesanos o campesinos, asignándole así la ubicación apropiada a su naturaleza; y contrariamente, si alguno de éstos produjera un hijo con plata u oro, deben promoverlo a Guardián o a Auxiliar, según su valor, en la creencia de que ha sido predicho que si alguna vez el Estado cayera en manos de un guardián de bronce o hierro será su ruina. Esa es la leyenda. ¿Pueden sugerir ustedes algún mecanismo que nos permita lograr que la crean?

"La respuesta fue: '[. . .] No la primera generación, sino tal vez sus hijos y descendientes, y eventualmente toda su posteridad'."

En este pasaje se expone ampliamente la relación entre las fábulas religiosas y las técnicas de dominación de clase. Para justificar el sistema de castas de *La República* de Platón, se debe inducir a los ciudadanos a creer las nobles mentiras de que Dios creó las diferencias sociales, de que éstas se originan en diferencias innatas que vienen desde la creación del hombre y por lo tanto están en la naturaleza misma de las cosas, y de que si los de metal ordinario toman el poder se alterará el orden divino y la República irá a la ruina. Es interesante observar, de paso, que el sistema de castas está descripto en términos de los metales preciosos que constituyen la base de una economía monetaria.

Platón no fue el único, en su época o posteriormente, en señalar la utilidad política del noble engaño para apoyar la desi-

gualdad social. Pero con seguridad es uno de los exponentes más directos de la necesidad de recurrir a ese criterio. Otros que encontraban indispensable su aplicación temieron justificar su uso en términos teóricos tan explícitos.

Los idealistas griegos completaron la tarea de racionalizar la ya obsoleta religión popular reemplazando la mitología por la teología, aunque ni Sócrates ni Platón descartaron totalmente los mitos. Siempre que tropezaban con alguna dificultad en la exposición de su idealismo apelaban a los mitos para ocultar la falta de argumentos y conocimientos positivos. Este era un recurso común de los pensadores griegos. Por ejemplo, Platón utilizaba una alegoría para relatar qué pasaba con el alma antes de unirse al cuerpo y después de abandonarlo, e invocaba la leyenda de la Atlántida para explicar la prehistoria de la humanidad.

Los filósofos idealistas transformaron la sustancia de la religión y la revistieron de una nueva apariencia. Aplicaron nuevas técnicas lógicas y dialécticas, en sí mismas de incalculable valor, a la restauración de las supersticiones cuestionadas.

Ya hemos visto que Sócrates consideraba que la humanidad es la obra de Dios, y el resto del universo la manera en que una benevolente Providencia atendía a sus necesidades. Ese es un aspecto de la cuestión. Pero también identificaba a lo divino con los esclavistas patriarcales. "La naturaleza de lo divino es gobernar y dirigir, y la del mortal subordinarse y servir", dice en el *Fedón*. "Los dioses son nuestros guardianes, y nosotros, hombres, una de sus posesiones." Además, los dioses son los mejores señores, cuyos dictados no deben cuestionarse.

Platón planteó una concepción similar. Para él, el universo es una hermosa obra de arte, creada por una Inteligencia Suprema, de acuerdo a un designio premeditado y en bien de la humanidad. El mundo tiene un alma viviente creada por Dios, de la misma manera que los hombres tienen un alma viviente donde reside la inteligencia.

Aristóteles, que dio su nombre a la teología, la consideraba la ciencia superior. La identificaba con el conocimiento del ser que combina la existencia sustancial, dependiente, con la libertad de todo cambio. En su sistema lo divino es lo inmortal, lo inmutable, la fuente última del movimiento, a la que nada mueve y es inmóvil en sí misma.

En su *Metafísica* Aristóteles plantea que debe existir una

sustancia eterna, causa de un movimiento circular eterno, y que para ser permanente esta sustancia debe ser inmaterial. Tiene que haber algo que mueva a los cielos llenos de estrellas sin ser movido él mismo. Este motor inmóvil es Dios, que pone directamente en movimiento las estrellas inspirando en sus almas el amor y el deseo. Todas las demás cosas derivan sus movimientos del mismo motor original. Este motor original es el conocimiento cuyo único objeto es él mismo. La única actividad de Dios es la de conocer.

Mediante toda una serie de argumentos similares Platón y Aristóteles trataron de transmutar la mitología en teología mediante la teleología. El mayor servicio que le prestaron a la religión y a las clases dominantes es el haber hecho lo sobrenatural más aceptable para la mente crítica asignándole razones lógicas para su existencia y supuestas actividades.

Su lógica distaba de ser impecable. Aunque, por ejemplo, el Dios de Aristóteles nada conoce salvo a sí mismo y mueve todo, él niega explícitamente que Dios conozca el mal. Su Dios no crea materia eterna; es un ser inmaterial que le da movimiento. Estas contradicciones en su concepción de Dios o, mejor dicho, las limitaciones impuestas al poder y atributos divinos, iban a causarles considerables dificultades a los teólogos cristianos y árabes que confiaron en sus posiciones.

La teología cristiana se apoderó de Platón y Aristóteles y les debe mucho. Su prestigio e influencia como tendencia filosófica se deben en buena medida a sus doctrinas teológicas y teleológicas, que desde entonces han resultado de suma utilidad a muchos ideólogos de las clases altas.

Como representantes filosóficos de la aristocracia griega, los idealistas elaboraron sus concepciones características en oposición directa y consciente a las ideas de los voceros más inclinados al materialismo. Ya hemos visto como Sócrates rechazó a Anaxágoras porque éste se negó a atribuirle al *Nous* o Inteligencia el papel crítico en la explicación de los fenómenos, y de ahí en más buscó indicios de la razón divina que le indicaran que todo lo existente en todas partes era lo más perfecto que podía ser. En el mismo pasaje Sócrates rechaza a Empédocles, Anaxímenes y Demócrito, quienes buscan las causas en fenómenos materiales tales como el vórtice o el aire y no en lo que es bueno y digno. La tarea del filósofo –dice–, es demostrar que la naturaleza, y la naturaleza de las cosas, concuerda con algún fin racional concebido por la razón divina.

Platón fue más implacable aun en su rechazo de los materialistas.

"—Sí, son individuos que se creen inteligentes; he conocido a unos cuantos.

"—De modo que sus adversarios en las alturas de lo desconocido defienden su posición con gran habilidad; sostienen que la existencia verdadera consiste en ciertas formas inteligibles, incorpóreas; describen lo que los otros llaman verdad como una forma pasajera del devenir, no como la realidad; y hacen pedazos lo que ellos llaman cuerpos. Sobre esta cuestión se libra continuamente una terrible batalla."

Platón hace una alusión directa a la lucha irreconciliable con los materialistas al desarrollar el concepto de las Formas Ideales, que constituyen su teoría del conocimiento y dependen del reconocimiento del alma inmortal. En *El sofista* escribe: "Esta disputa acerca de la realidad es una especie de Batalla entre Dioses y Gigantes. Un bando arrastra todo a tierra, toma literalmente las rocas y los árboles, argumentando que sólo lo que se puede tocar y sentir es real, definiendo la realidad como un cuerpo, y si alguien dice que algo sin cuerpo es real, lo desprecian y se niegan a escucharlo. En *Fedón*, donde desarrolla sus argumentos para demostrar la inmortalidad del alma, rechaza las teorías de Simmias y Cebes que pondrían al alma bajo la dependencia de las leyes del cambio y la decadencia física. Simmias propone que el alma puede asemejarse a la armonía de la lira y que así como la armonía desaparece cuando la lira se rompe y las cuerdas se cortan, el alma perece cuando muere el cuerpo.

Platón, por intermedio de Sócrates, refuta las objeciones materialistas negando que el alma pueda compararse a la armonía, porque la armonía es relativa, mientras que el alma es inamovible e invariable y porque la armonía no puede entrar en discordia con los elementos que la componen, mientras que el alma es dueña de las pasiones y emociones del cuerpo.

Como dice George Thomson en el Tomo II de *Studies in Ancient Greek Society*, los Gigantes son los materialistas y los Dioses los idealistas.

En *Las leyes* Platón denuncia a los materialistas como ateos que socavan la religión, subvierten el orden moral existente, fomentan la lucha civil, engañan a los jóvenes y los corrompen:

"—Dicen que la tierra, el aire, el fuego y el agua existen por naturaleza o azar, no por designio, y que de esas sustancias

totalmente inanimadas han surgido cuerpos secundarios como la Tierra, el sol, la luna y las estrellas. Puestas en movimiento por sus propiedades individuales y afinidades mutuas, tales como el calor y el frío, lo húmedo y lo seco, lo duro y lo blando y demás combinaciones formadas necesariamente por la mezcla casual de los opuestos, se ha creado el cielo junto con todo lo que éste contiene, junto con los animales y las plantas, y las estaciones también poseen ese origen: no la mente, ni Dios ni el arte sino, como he dicho, la naturaleza y el azar. El arte surgió después de ellos y en base a ellos, de origen mortal, para producir ciertos juguetes que en realidad no participan de la verdad sino que consisten en imágenes relacionadas con la misma, tales como las que producen la pintura, la música y las artes concomitantes, mientras que las artes que obedecen a algún propósito serio, como la medicina, la agricultura y la gimnasia, colaboran activamente con la naturaleza; asimismo en cierta medida la política, pero ésta es sobre todo arte; lo propio con la legislación: ésta es totalmente arte, no naturaleza, y sus premisas son falsas.

"—¿Cómo es esto?

"—Los dioses, amigo mío, según esta gente, no existen en la naturaleza sino solamente en el arte, puesto que son el producto de leyes que varían de un lugar a otro según los convencionalismos aceptados por los legisladores; y la bondad natural es distinta de lo que es bueno a los ojos de la ley; y no existe la justicia natural; constantemente la discuten y la cambian; y, puesto que es cuestión de arte y ley y no de naturaleza, cualesquiera que sean los cambios introducidos de tanto en tanto son válidos para el momento. Esto es lo que nuestros jóvenes oyen de labios de poetas profesionales e individuos que dicen que la fuerza es el derecho; y el resultado es que caen en el pecado, creyendo que los dioses no son lo que las leyes les ordenan que crean, y en la contienda civil, puesto que se les induce a vivir de manera natural, es decir, ejerciendo el dominio sobre los demás en lugar de estar sometidos legalmente a ellos.

"—¡Qué historia terrible y qué desgracia para la moral pública y privada de los jóvenes! "

Esto suena conocido; se parece mucho a las acusaciones que los círculos conservadores contemporáneos lanzan contra los materialistas y los marxistas.

Aristóteles fue el primer historiador de la filosofía y desarrolló

explícitamente sus concepciones en constante comparación crítica con las de sus predecesores. Refutó las opiniones previas y demostró los errores y falsedades de los primeros materialistas para dar validez a sus propias opiniones. En efecto, muchas de sus críticas de las concepciones de los materialistas eran oportunas y bien fundamentadas.

Pero Aristóteles contraponía cuidadosamente sus ideas a las de los materialistas en su concepción de la naturaleza, la sociedad y los procesos de pensamiento. Su idealismo es más pronunciado en su concepción de lo que es la naturaleza. Mientras los físicos consideraban la naturaleza como algo absolutamente material, Aristóteles veía en la naturaleza una mezcla de materia y forma, o de fin y medio. Los acontecimientos naturales se desarrollan como el arte humano. Los anima el pensamiento y se dirigen a un fin específico que realiza su carácter esencial y su fin implícito. Nada en la naturaleza ocurre en vano o sin propósito. Todas las cosas perecederas aspiran en sus movimientos a lo Bueno y lo Perfecto, deseado con mayor o menor claridad, que es Dios, el motor inmóvil, el pensamiento del pensamiento.

Esta falange formidable de filósofos idealistas combatió a los materialistas y los aplastó, o al menos los colocó a la defensiva. El ataque de los idealistas recibió el aporte no sólo de los intereses materiales de la oligarquía dominante sino también de ciertas debilidades inevitables en el arsenal de los materialistas.

Los primeros materialistas dieron explicaciones coherentes de los orígenes y funciones de los fenómenos naturales y de los comienzos y el devenir de la sociedad. Demostraron una increíble intuición, teniendo en cuenta la época, en el análisis de los aspectos esenciales de estas dos esferas de la realidad.

Pero los materialistas eran débiles y vulnerables cuando se trataba de explicar los fenómenos, invisibles pero importantísimos, propios de los procesos mentales. Los idealistas, por su parte, se revelaron excepcionalmente capaces en este campo de la ciencia. Los idealistas fueron expertos en el análisis del proceso mental y maestros en el manejo de los conceptos generales. Expusieron y clarificaron los problemas del conocimiento, mientras los materialistas aportaron a los problemas del ser y el devenir. Los grandes idealistas desde Pitágoras a Platón rechazaron las premisas del materialismo primitivo porque, entre otras razones, éstas no analizaban ni apreciaban correctamente la capacidad creadora del razonamiento humano, sobre todo en el campo de la mate-

mática. ¡Los idealistas clásicos griegos sostenían una posición filosófica fundamentalmente falsa, pero fueron lo suficientemente hábiles como para descubrir las fallas de sus opositores! Iba a pasar mucho tiempo antes de que se eliminara este defecto del materialismo.

Capítulo XIV

LOS LOGROS DE LOS IDEALISTAS

Una de las condiciones para el surgimiento de la filosofía fue la existencia de un pueblo ocioso, relevado del trabajo por los esclavos y que podía disponer del tiempo y los medios necesarios para la discusión e investigación teórica. La teoría de Platón de que los gobernantes deberían ser filósofos y los filósofos gobernantes de su República ideal, y la concepción aristotélica de Dios como pensamiento puro que se piensa a sí mismo, son proyecciones de este estado de cosas.

Pero la misma situación que asignaba el trabajo de producción material a los esclavos y las tareas de teorizar y gobernar a una aristrocracia que necesitaba justificar su existencia imprimió su sello sobre el curso y los resultados de toda su línea de razonamiento. Los idealistas introdujeron divisiones tajantes en la realidad. Exaltaban la razón pura por encima de la práctica, la mente sobre los sentidos y apetitos, el alma sobre el cuerpo y a Dios por encima del hombre. Elevaron a los amos sobre las masas y desarrollaron teorías para sancionar la desigualdad social en sus formas más groseras: la subordinación del esclavo a su dueño, del no ciudadano al ciudadano, de la mujer al hombre y del bárbaro al griego. Su ciencia estaba al servicio de la teología y ambas al servicio de los fines políticos e intereses materiales de los esclavistas.

La estructura del pensamiento idealista griego correspondía esencialmente a la estructura jerárquica del sistema esclavista. La relación amo-esclavo dominaba sus concepciones de la naturaleza,

la sociedad y el individuo; su influencia no sólo se refleja en la ética y en la política, sino también en la teoría física, la fisiología y la sicología.

En *La República* de Platón toda la inteligencia, todo el poder, toda la voluntad, están concentrados en los hombres de oro, en la clase dominante esclarecida, mientras que la "raza inferior", hecha de metal más ordinario, es congénitamente incapaz de razonar, mandar o dominarse.

El alma misma tiene tres partes: la razón, el espíritu y los apetitos. La razón es atributo de los gobernantes, el espíritu de los policías y los apetitos de los trabajadores.

El cuerpo posee las mismas categorías. El cuello separa la cabeza del tronco porque la parte divina del alma, ubicada en la cabeza, no debe ser contaminada por las partes inferiores.

La mente y la materia se oponen como amo y esclavo. El desorden es inherente a la materia, y cualquier regularidad o belleza en la naturaleza es producto de la mente que impone el orden.

Los filósofos naturales jónicos habían interpretado el mundo material evolucionando de acuerdo con sus leyes internas. En el esquema natural de Aristóteles la materia es el elemento refractario que provoca desorden y caos, mientras que los distintos tipos de causas racionales dirigen este elemento recalcitrante hacia fines específicos. Como señala Farrington en *Greek Science*, la mente se asemeja así a un amo que apunta a ciertos fines e impone su voluntad sobre la materia. La materia suele resistirse a dichos fines y, al igual que un esclavo, nada puede lograr si no es bajo la dirección de una voluntad superior. La materia y el esclavo son igualmente inferiores y serviles.

Las mismas motivaciones sociales ocultas llevaron a los idealistas a exaltar el razonamiento por sobre la evidencia sensorial, a separar la teoría de la práctica y a elevar esta oposición a la categoría de principio. Al exaltar uno se degrada al otro. El rey filósofo que contempla la realidad ideal mediante la razón pura y se encuentra así en comunión con lo Bueno, lo Bello y lo Divino está en un lugar aparte y por encima del mundo trabajador común cuyos mortales son artesanos, técnicos, practicantes de las artes. Esta separación de las esferas de la producción material induce a los idealistas a subestimar las técnicas productivas que participan en la trasformación de la materia.

En *El banquete* Platón dice que el hombre que es sabio en el conocimiento del amor entre dioses y hombres es un ser semidivino; el hombre que es sabio únicamente en artes y oficios es un ser vulgar. Platón traza una distinción tajante entre estudios tales como la música, la gimnasia, la matemática, la astronomía y la dialéctica, que son dignos y excelsos, reservados para las órdenes superiores, y los oficios vulgares y domésticos que embotan la mente, mutilan el cuerpo y pertenecen propiamente a la naturaleza, y los sectores inferiores de la humanidad.

Aristóteles se disculpa por hablar de la mecánica y de otras funciones prácticas, sosteniendo que los sabios y filósofos las desprecian con razón. Platón llega a despreciar la utilización de demostraciones matemáticas en las que se introduce la mecánica. Declara que la geometría se ve corrompida y despojada de su dignidad al "dejarla huir, cual esclavo fugitivo, del estudio de las cosas incorpóreas, ininteligibles, hacia los objetos sensoriales y utilizar, además del razonamiento, cuerpos que han sido fabricados, lenta y trabajosamente, con el trabajo manual".

Jenofonte, su discípulo, dijo: "Los oficios llamados domésticos no le dejan al hombre la menor oportunidad de consagrarse a sus amigos o a su ciudad; de modo que los hombres de esta clase parecen incapaces de beneficiar a sus amigos y defender a su país. Así en algunos estados, sobre todo en los que parecen mejor gobernados, ningún ciudadano puede dedicarse a las tareas domésticas." Jenofonte se refería a la conservadora Esparta y a la arcaica Creta.

Este desdén por las actividades manuales combinado con la sobreestimación de las funciones puramente intelectuales divorciadas de su aplicación práctica ha sido una característica de la visión teórica de las clases dominantes desde entonces hasta nuestros días. Lo vemos, por ejemplo, en la afirmación de que la filosofía no posee o no debe poseer vínculo alguno con la política y que no es de incumbencia o utilidad para las masas trabajadoras.

La expresión más acabada de esta actitud está contenida en la concepción platónica de las Ideas eternas o de las Formas perfectas, que constituye la esencia de su teoría idealista del ser y del conocimiento. La teoría platónica del conocimiento resulta de una doble trasformación de las cosas verdaderas y sus reflejos en la mente. Por un lado, tomaba las cosas materiales y las transformaba en las ideas de las mismas; por otro lado tomaba las ideas de las cosas y las convertía en la realidad esencial de las cosas mismas.

¿Cómo realizaba este acto de transustanciación tan milagroso y misterioso como el sacramento católico de la transformación de la hostia y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, y que obedece al mismo tipo de razonamiento?

Los viejos filósofos "físicos" habían buscado la permanencia de las cosas en la materia o en uno de los elementos materiales. Heráclito había señalado que todas las cosas estaban en movimiento y sometidas a cambios constantes por las fuerzas opuestas que actúan dentro de ellas. Los sofistas habían puesto el acento en la fluctuación y el convencionalismo de las costumbres sociales, las instituciones políticas y los códigos morales.

Platón desarrolló su teoría de las ideas eternas en franca oposición a todas estas tendencias, ofreciéndola como solución a los problemas que éstas habían planteado. Reconoció que los fenómenos físicos están en constante proceso de cambio y envueltos en contradicciones. Sus apariencias representan una sucesión constante de contrarios en la que es imposible aferrarse a algo permanente. Pero esta mutabilidad y estas propiedades múltiples, esquivas y contradictorias pertenecen solamente a las cosas empíricas, a la materia, al estado físico, a la percepción sensorial.

Existe otro grado de existencia más elevado, representado y reflejado dentro de los fenómenos físicos siempre cambiantes. Estas son las Ideas o Formas. Constituyen la realidad esencial, la identidad permanente en las cosas y sus apariencias. Las Formas no están sujetas a ninguna contradicción interna. Son eternamente idénticas a sí mismas, inmóviles, uniformes, no generables e incorruptibles. Son totalmente independientes del fluir de las cosas e intrínsecamente fijas y estables.

Tomemos de Platón dos ejemplos de tales Ideas o Formas eternas. Algo está húmedo. ¿Qué es húmedo? La humedad es una propiedad física causada, lo sabemos ahora, por la presencia de agua o de algún compuesto químico similar. Para Platón no es así. Para él un cuerpo es húmedo o se vuelve húmedo si participa o surge de la Idea o Forma de Lo Húmedo. La humedad de la cosa puede ser mayor o menor o desaparecer pero lo húmedo no aumenta, disminuye ni perece. Su existencia es eterna. Su naturaleza es inmutable. La humedad ordinaria, palpable, es una copia de esta idea inmortal.

El mismo contraste se aplica a las relaciones sociales como la justicia, la virtud, el amor, la amistad, etcétera, y a las propiedades

físicas como la humedad. Hay muchas virtudes, dice Platón. Pero se vuelven excelsas porque cada virtud participa de la Idea o Forma de La Virtud en cuanto tal. La Virtud es la esencia común de la que participan muchas virtudes, que les otorga la cualidad de virtud, así como el oro del lingote hace que todas las partes del lingote sean doradas.

Como materialistas sabemos que no hay oro verdadero fuera de la sustancia metálica que es la realidad material. En realidad, además de la existencia física de este metal y de su elaboración como alhajas, monedas, etcétera, existe en nuestras mentes un concepto general de oro. Pero esta idea del oro, o la definición científica formal de lo áureo, no es más que una abstracción del oro verdadero. No es una Forma eterna más real que todas las expresiones de la existencia objetiva de dicho metal que dieron lugar a esa generalización conceptual.

Platón, empero, pensaba y enseñaba otra cosa. La Idea o Forma que existe en nuestra mente de lo húmedo, lo derecho, lo parejo y cualquier otra propiedad o relación física y la virtud, bondad, justicia u otros fenómenos sociales o valores morales, era infinitamente más permanente, real, verdadera, esencial que cualquiera de sus manifestaciones empíricas o copias materiales.

Para él el proceso de conocer la realidad consistía en una progresión de la ignorancia absoluta, a través de la opinión, hasta el conocimiento absoluto. Estas etapas del conocer correspondían a otros tantos grados correlativos del ser: el no ser, el fenómeno y el ser perfecto, y a otros tantos medios correlativos de conocimiento, desde la sensación hasta el intelecto. Existía un paralelismo exacto entre cada grado del ser y cada etapa del conocer. La percepción sensorial nos muestra las cosas en sus contradicciones, a la vez unidad y multiplicidad, húmedo y seco, frío y caliente. Pero entonces aparece el intelecto, desentraña estas contradicciones e introduce la unidad y el orden en el flujo de apariencias contradictorias al aislar las ideas eternas que ellas contienen.

Las Formas puras son completamente inmateriales y accesibles únicamente al pensamiento puro. Estas entidades supremas están entronadas en un reino superior, muy por encima de la confusión mundana de las cosas. Platón consideraba a las matemáticas y a los valores morales los mejores ejemplos de estas Ideas eternas, aunque su doctrina de la Idea abarcaba todas las cosas.

¿De dónde surgían estas Formas puras? No derivaban de

recuerdos ni generalizaciones de las experiencias sensoriales cotidianas, aunque éstas las evocaban. Su origen era distinto. Provenían de una vida previa; los hombres las recordaban. Su descubrimiento o, mejor dicho, recuperación señalaba la existencia de un mundo mejor y más elevado en el más allá, siempre que se las buscara coherentemente en éste. Filósofo es quien no se deja distraer por la apariencia transitoria de las cosas, sino que busca su esencia racional. ¿Por qué?

Las Formas son las causas de todos los fenómenos. Hacen de las cosas lo que son. Lo Húmedo humedece; Lo Justo hace buenos a los hombres y sus acciones. La causa última de todas las cosas, la Forma de las Formas, es la Forma de Lo Bueno. Todas las cosas participan de Lo Bueno y es necesario buscar Lo Bueno en todas las cosas para descubrir su causa o razón lógica de ser. El sumo Bien asequible a los hombres es utilizar el intelecto para descubrir esta divina Bondad en todas las cosas.

La doctrina platónica de las Ideas o Formas eternas como causas cumple una función indispensable en el esquema idealista. Llega a ser la base racional de la aceptación de las ideas absolutas y de pautas intemporales inmunes al cambio. Al no ser productos humanos, no pueden –o no deben– ser cuestionadas, atacadas ni reemplazadas por la acción humana. Esto les permitió a los idealistas afirmar que todo debe medirse en comparación con las pautas absolutas. Estas conformaban la base del orden en el universo, sociedad e individuo. Eran inmutables y fruto de la inspiración divina; regulaban y ponían coto al caos en la naturaleza y el Estado, así como la razón que las reconocía aplacaba los apetitos en el individuo. Garantizaban que los mejores poseían el derecho a gobernar y que la justicia que éstos administraban estaba enraizada en forma inamovible en las verdades eternas.

Los idealistas interpretan las pautas absolutas de acuerdo con las perspectivas de la aristocracia ateniense; su contenido concreto derivaba de los intereses fundamentales de esa clase dominante. Oímos con claridad la voz del esclavista cuando Sócrates dice en *Fedón* que el suicidio es malo porque Dios es nuestro guardián y nosotros sus posesiones; sería tan necio querer abandonar el cuerpo antes de que Dios haga su voluntad con la esperanza de una vida mejor como que un esclavo escape de un buen amo.

La misma tendencia se observa inclusive en aspectos aparentemente aislados del pensamiento de Platón, como su teoría

astronómica. Afirmaba que el movimiento de los planetas debe ser circular y uniforme porque la irregularidad es incompatible con el comportamiento de un gentilhombre. Y no callaba su consternación ante el comportamiento irregular de cometas y meteoros que vagan por un cielo que de otro modo sería ordenado.

El prejuicio esclavista no es menos evidente en la doctrina platónica de que el alma del hombre está sujeta a Dios y el cuerpo al alma como un esclavo a su amo. Tal es la esencia inmutable de las cosas, y sabio es quien lo reconoce en teoría y lo concreta en la vida práctica. De punta a punta la filosofía idealista recibe su forma y estigma de esta relación social de dominación y sumisión, que se supone obedece al orden natural y al decreto divino.

Otra falla del idealismo es su incurable dualismo que lo recorre de punta a cabo. Sus términos opuestos jamás entran en contacto en la realidad. Existe un abismo insondable entre los fenómenos perecederos y las Formas intemporales; entre cuerpo y alma; entre teoría y práctica; entre Dios y el hombre; entre amo y esclavo. Estas deben permanecer rigurosamente aparte porque pertenecen a reinos totalmente separados. Mezclarlos o confundirlos es fruto de la ignorancia, fuente de desorden y causa de anarquía.

Dos mundos esencialmente distintos se enfrentan sin puente que los una. Este dualismo imposible de erradicar es característico de la concepción del mundo de las clases dominantes que para proteger y perpetuar su posición privilegiada erigen barreras insalvables a su alrededor. Así el universo está dividido en cielos inmutables y la tierra siempre cambiante; la naturaleza en materia degradada y Formas divinas; las cosas materiales en reflejos y esencias; la sociedad en amos y sirvientes; el ser humano en alma inmortal pura y cuerpo terrenal corrompible. Esta escisión en los más elevados dominios de la teoría reflejaba la escisión insalvable dentro de la sociedad esclavista.

Platón ilustra la situación en su parábola de la caverna. El cuerpo aprisiona a la humanidad como en una caverna. En esta vida estamos sentados frente a la pared del fondo de la caverna, y vemos sombras que se desplazan sobre ella. Esas son las proyecciones de las Formas puras que pasan ante la entrada de la caverna y que el sol proyecta sobre la pared ante nuestra vista. Esa procesión constante de reflejos de las Ideas eternas son las cosas que vemos a nuestro alrededor en el mundo sensorial sublunar.

Filósofo es quien comprende la naturaleza difusa, insustancial

de estas manifetaciones materiales y ve la divina realidad del reino ideal en estos reflejos perecederos.

La imagen es bellísima, pero trastoca las verdaderas relaciones entre la realidad material y el reflejo que tenemos en la mente de las mismas. El mundo objetivo que existe fuera de nosotros es la realidad primaria y las ideas son reflejos multiformes derivados de los diversos aspectos de las mismas en nuestras mentes.

Aristóteles efectuó muchas modificaciones a la visión platónica del mundo, sobre todo en su teoría de las Ideas. En lugar de las Formas como causas únicas de las cosas, desarrolló la doctrina de la cuádruple causa: material, eficiente, formal y final.

La principal crítica de Aristóteles a los materialistas fue que éstos reconocían un solo tipo de causa en sus explicaciones del devenir y el ser de las cosas, la causa material. Se planteaban, ¿de dónde vienen las cosas y de qué están hechas? , sin ir más allá de esos interrogantes.

Se deben tener en cuenta otras tres clases de causas o razones para comprender un proceso cualquiera, dice Aristóteles. Hay que preguntarse: ¿Qué es esto? : causa formal. ¿Cuál es el agente que lo creó? : causa eficiente. Lo último y más importante de todo: ¿Cuál es el fin de su existencia? : causa final.

Estas causas contribuyen a la génesis de todas las cosas que existen en el universo y del universo mismo. Para poder comprender algo hay que analizar las cuatro condiciones necesarias de su existencia.

La causa decisiva de la existencia, empero, no es la material sino la causa final. Esta es el fin que concreta la Idea de la cosa en la realidad y en el que se expresa más acabadamente su Forma. En el sistema de Aristóteles la naturaleza es esencialmente teleológica porque cada cosa nace y se desarrolla para cumplir su propio fin específico.

Esta concepción teleológica de la causalidad universal, en la que Dios, el ser supremo, la Forma de las Formas es el fin absoluto, es la causa última de todas las categorías inferiores del ser, le otorga a la física y a la metafísica de Aristóteles su carácter antimaterialista.

Aristóteles no disociaba la materia de la forma, lo particular de lo general o las cosas de las ideas tan absolutamente como Platón. Modificó la teoría de las Ideas en tanto causas para acercarla a la realidad material y disminuir la distancia entre las cosas existentes

y sus causas ideales. Pero en última instancia Aristóteles también recurre a la causa final cuando plantea la Idea como causa fundamental de todas las cosas y entra, por tanto, en la escuela idealista. Por ejemplo, aunque considera que la materia y la forma son inseparables e intercambiables, la forma es el factor dinámico que hace de las cosas lo que deben ser. En toda la naturaleza la forma pugna por realizarse contra los escollos que le interpone la resistencia de la materia.

Para todos los idealistas, desde Sócrates hasta Aristóteles, el pensamiento, la razón, la idea general, la Forma eran el factor predominante y primario en la génesis y explicación de la naturaleza de lo real. Las propias formaciones materiales no eran sino receptáculos para las ideas reveladas por la razón y debían en última instancia sus rasgos, funciones y poderes al Razonador o Razón Suprema, que era divino.

Tal es la esencia del idealismo. Al igual que el materialismo, el idealismo ha cambiado su forma y aspecto externo y modificado su contenido muchas veces en los últimos dos mil quinientos años. Pero sus ideas fundamentales siguen siendo las de los pensadores griegos del siglo IV antes de Cristo. Todas las escuelas posteriores de filosofía idealista descienden de la Grecia clásica. Esta comunidad de pensamiento se extiende del San Agustín cristiano, Plotino y los teólogos medievales a las doctrinas más importantes de los idealistas ilustres de los siglos XVII, XVIII y XIX, desde el alemán Leibnitz, pasando por el obispo inglés Berkeley, hasta Hegel, el último de los grandes pensadores idealistas.

Abarca asimismo a sus descendientes contemporáneos que dominan la filosofía oficial en las universidades. La diferencia reside en que los titanes del idealismo de la Antigüedad y de los comienzos de la burguesía aportaron muchos elementos valiosos al avance del conocimiento, que han sido incorporados al tesoro permanente del pensamiento filosófico, mientras que los pigmeos contemporáneos repiten los viejos errores que retrasan el avance de la filosofía.

Los aportes del idealismo griego a la filosofía

Los grandes filósofos idealistas eran racionalistas, tanto en sus métodos como en su práctica. Existe una diferencia entre el racionalismo y el idealismo. El racionalismo exige que todo posea

una causa suficiente y que cada concepto se someta a la prueba de una crítica razonable. En este sentido el racionalismo trasciende al idealismo y se incorpora también al método de cualquier filosofía materialista madura.

Los idealistas clásicos exigían que todas las cosas se justificaran a la luz del razonamiento metódico. No dependían de la tradición, revelación, intuición, mística ni de función irracional alguna para el descubrimiento y demostración de todo lo real, verdadero, bueno o bello. Confiaban exclusivamente en la actividad y el método de la inteligencia. El espíritu de su racionalismo se expresa en el aforismo de Sócrates: "la vida no analizada no merece vivirse". Sócrates se oponía a cualquier sentimiento de desconfianza hacia el razonamiento y constantemente instaba a sus interlocutores a plantear sus dudas, críticas y objeciones, no para contraponer dogmáticamente sus posiciones a las de ellos sino para mejorar y ampliar su comprensión mutua y así redondear y perfeccionar las posiciones unilaterales o superficiales.

Los idealistas racionalizaron la religión y justificaron ideológicamente los intereses de la oligarquía esclavista. Pero hicieron mucho más que eso. Crearon las bases teóricas de diversas ramas del conocimiento: economía, política, matemática, moral, estética, lógica, biología, etcétera.

El origen histórico del idealismo fue la sociedad de clases, donde una minoría que se adueña de los medios de trabajo y los controla obliga a la mayoría a cumplir sus órdenes. Mientras el trabajo manual esté separado del intelectual, y la supervisión de la producción de las tareas de producción material, la minoría favorecida dedicada al estudio científico y teórico puede ser presa fácil de la ilusión de que las ideas son independientes de las cosas. El idealismo eleva esta supuesta primacía de la teoría sobre la práctica y de la razón pura sobre la experiencia sensorial a la categoría de principio rector del universo.

Pero el idealismo no es simplemente resultado de la división del trabajo en una sociedad productora de mercancías. Es la superación del proceso mismo del conocimiento o, mejor dicho, su abuso inconsciente.

El instrumento del conocimiento es el concepto. Los conceptos son generalizaciones hechas en base a la experiencia de las cosas y se llega a ellos por un proceso de abstracción. Poseen un carácter dual. Mientras los conceptos reflejan o formulan rasgos de su

objeto, lo hacen de manera parcial. Los conceptos más correctos y acabados no pueden evitar distorsionar en cierta medida la realidad puesto que expresan el contenido y los vínculos de las cosas sólo en forma relativa y aproximada, no absoluta y total.

El idealismo desvincula los productos de la abstracción de las verdaderas condiciones que representan. Aisla un aspecto del conocimiento de la totalidad –en el caso de los griegos son las ideas– y trata de introducir la realidad a la fuerza en este único molde arbitrario.

La intencionalidad, por ejemplo, cumple una función en la acción humana, y es aplicable al análisis de la motivación humana. Pero el idealismo extiende ilegítimamente este concepto a la naturaleza y el proceso histórico en su conjunto, donde está fuera de lugar. O convierte a la razón, que es producto de la naturaleza y la sociedad, en creadora de las mismas.

Aunque el pensamiento materialista suele tropezar en la práctica con la tendencia inherente a la reflexión conceptual a desvincularse de la realidad y deformarla, lo protege su exigencia de que las ideas correspondan a la realidad objetiva. Con ello controla mejor los vicios de la abstracción y le dificulta al pensamiento el extraviarse más allá de los límites de la existencia real.

El pensamiento dialéctico contrarresta y supera conscientemente esta deficiencia del pensamiento de dos maneras: primero, combinando los conceptos individuales según las leyes del movimiento de sus objetos y segundo sometiendo continuamente las conclusiones teóricas a la prueba de la práctica.

Libres de las inhibiciones de estas premisas materialistas, los idealistas llevan la abstracción hasta el punto de arribar a deformaciones fantásticas de la realidad y a ideas completamente arbitrarias, vacuas y falsas. Así, en su versión extremadamente deformada de la realidad, los griegos tomaron un aspecto de la experiencia humana, su actividad ideológica, y la llevaron demasiado lejos. Exageraron en demasía el papel y el poder del pensamiento en el desarrollo del universo, la historia de la sociedad y la vida de la humanidad.

Pero este concentrarse en la mente indujo a los grandes idealistas a prestar atención especial a los procesos mentales y a estudiar sus rasgos particulares muy de cerca. Son los responsables de muchos descubrimientos científicos brillantes relativos a las formas y leyes del pensamiento.

Desde sus orígenes la humanidad se había ocupado de una u otra manera del pensamiento. Pero el pensamiento *sistemático*, que abarca dominios específicos del conocimiento, y sobre todo el pensar sistemáticamente sobre el pensamiento mismo, era una nueva y poderosa fuerza social. No podía saberse antes de la experimentación y la observación de los resultados cuáles eran precisamente las propiedades especiales y las funciones del pensamiento, cuáles sus límites. En realidad, no han sido determinados aún. Había que descubrir su capacidad a través del tanteo, ejercitando el pensamiento hasta sus límites y trascendiéndolos. Frecuentemente, para el trabajo científico, para el progreso del pensamiento, no hay nada mejor que el exceso. El descubrimiento de lo excesivo, es decir, de lo que trasciende los límites de la realidad material, la necesidad social y la posibilidad lógica, permite efectuar las correcciones indispensables para llegar a la verdad.

Este fue uno de los servicios históricos que prestó el idealismo. Al impulsar el pensamiento más allá de sus límites materiales posibles los idealistas ayudaron a descubrir el poder y definir el campo y propiedades esenciales de la inteligencia.

Después de todo, pensemos en lo poco que conoce el bebé de su propio cuerpo. En el curso de su crecimiento el niño descubre no sólo que posee un cuerpo sino cuáles son las diversas funciones de los distintos órganos y cómo se interrelacionan.

Hasta el día de hoy la investigación fisiológica, bioquímica y médica descubre muchas cosas nuevas sobre el organismo, desde las funciones de las glándulas endocrinas y de otros tipos hasta los métodos para estabilizarlo cuando ha sido sometido a una fuerte tensión. En Grecia los primeros científicos todavía tenían que descubrir algunas de las cosas más elementales del cuerpo humano, tales como la circulación de la sangre y la función del sistema nervioso.

Llevados por el primer impulso de la innovación, los idealistas se aferraron a muchas nociones erróneas y exageradas acerca de los procesos mentales, que son aun más difíciles de estudiar y explorar. Lo que nos asombra no es que se hayan equivocado tanto sino que hayan tenido tantos aciertos.

Los griegos no fueron los primeros en razonar. Pero fueron los primeros en razonar sobre el razonamiento, en tratar de descubrir las leyes que rigen los procesos mentales, en formular y sistemati-

zar las formas de pensamiento. Fueron los inventores de la lógica, la ciencia de los procesos mentales.

Sócrates inventó la definición y la aducción. Platón fue quien por primera vez intentó definir las categorías del pensamiento, tales como el ser, la cantidad, la cualidad y la relación. Quiso descubrir qué es el juicio, qué le da validez y la relación entre lo general y lo particular.

Aunque lo utilizó para apuntalar sus conclusiones de que las ideas son eternas y superiores a la realidad material, la teoría platónica de las Ideas apuntaba a aplicar un método crítico a la realidad para hacerla inteligible a la inteligencia. Por ejemplo, en *Parmènides*, Platón toma pares de ideas correlativas tales como el uno y los muchos, ser y no ser, identidad y diferencia, movimiento y reposo, generación y degeneración, para tratar de desentrañar sus conclusiones lógicas cuando se las analiza dialécticamente. Primero examina cada elemento del par respecto de sí mismo, luego en relación a su opuesto, y luego el opuesto en sí mismo. De allí deriva dos posiciones y ocho consecuencias para cada idea.

Este método dialéctico, corregido y muy ampliado, devino en punto de partida y base de la lógica dialéctica de Hegel. Esta a su vez, con una base materialista y con interpretación y aplicación históricas, se convirtió en parte indispensable del materialismo dialéctico. Así los resultados válidos de las investigaciones lógicas de los idealistas son parte del legado recogido por el materialismo moderno.

Aristóteles expuso en sus escritos el primer sistema lógico acabado que resume los descubrimientos de los idealistas en este campo. Reunió, clasificó, codificó, criticó y sistematizó todos los resultados positivos del pensamiento sobre los procesos intelectuales investigados por los griegos. Su lógica formal fue el primer sistema del conocimiento científico de los procesos mentales y constituye una de las glorias que coronan el pensamiento griego.

Los filósofos idealistas hicieron muchos aportes importantes a las ciencias naturales, desde la biología y la botánica a la zoología. Fomentaron el estudio de la matemática, sobre todo de la geometría. Se dice que sobre el portal de la Academia de Platón estaba inscripto: "Que nadie entre que no sepa hacer geometría". Eudoxo, su discípulo, estudió la teoría de las proporciones e inventó el método exhaustivo que consistía en aproximar dos

dimensiones o cantidades disímiles agotando o disminuyendo sus diferencias.

Aristóteles y su escuela hicieron avanzar la biología hasta un punto superado recién en la Edad Moderna. Sus observaciones sicológicas no fueron superadas hasta el siglo XIX. Los idealistas efectuaron aportes sumamente valiosos a las ciencias sociales y culturales. Dieron origen a las ciencias de la economía, la política, la crítica de la moral, la estética, etcétera.

Los primeros descubrimientos científicos en la astronomía y la matemática pertenecen a los escribas religiosos y administradores de los templos de Egipto y Babilonia. Los filósofos científicos de Jonia rompieron la tradición sacerdotal. Los idealistas avanzaron un paso más en la actividad intelectual colectiva coherente al hacer de su trabajo filosófico y científico un esfuerzo cooperativo organizado, libre del control sacerdotal. La Academia de Platón perduró setecientos años; el Liceo de Aristóteles gozó de una vida mucho más breve, pero en el curso de la misma Teofrasto, su sucesor, y otros hicieron aportes importantes a la ciencia y a la pedagogía.

Los idealistas desde Sócrates hasta Aristóteles demostraron cómo analizar las formas más generales de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento humano y cómo distinguir lo esencial de lo no esencial en todos los fenómenos que estudiaron. Esto sigue siendo una necesidad para el verdadero conocimiento científico, a pesar de los errores cometidos por los idealistas.

Por último, los idealistas efectuaron aportes memorables a la literatura y al arte de vivir. Sócrates fue la personificación del crítico incansable, escarbando bajo la superficie para llegar a la verdad de las cosas. Platón fue el maestro del diálogo filosófico. Aristóteles fue el más grande pensador de la Antigüedad.

Existen diferencias tajantes entre el grado de idealismo de cada uno de los integrantes de este trío. En Sócrates el idealismo se halla en etapa de formación; en Platón se encuentra completamente cristalizado. Es el representante supremo de la perspectiva idealista en su época como lo fueron Leibnitz y Hegel en la era burguesa. Los estudios filosóficos de Aristóteles, como dice Thomson (*Studies in Ancient Greek Society*, Tomo I, p. 330) revelan una emancipación gradual aunque incompleta del idealismo puro. No pudo deshacerse de sus limitaciones en virtud de su animad-

versión hacia las técnicas prácticas aplicadas a la teoría y su servilismo para con las necesidades del sistema esclavista.

Así, les debemos a los idealistas clásicos muchos descubrimientos invalorables que les aseguran un lugar imperecedero en la historia del pensamiento humano.*

* Los empíricos o los materialistas vulgares no siempre saben apreciar estos aspectos de la obra de los idealistas. Por ejemplo, en su libro acerca del materialismo histórico, Bujarin tacha a Platón de vocero tendencioso de las "Centurias Negras", es decir, el equivalente de un fascista. Es innegable que Platón expresaba las posiciones de una clase gobernante esclavista. Pero también, y a su manera, lo hicieron Washington y Jefferson. Si ése fuera todo el contenido del pensamiento de Platón, es difícil que hubiese ejercido tan tremenda influencia a través de los siglos. Pero éste es sólo un aspecto de su producción.

Este desprecio hacia la obra y el valor de los grandes idealistas griegos puede hallarse en otros que se declaran marxistas. En su excelente libro *Greek Science*, Farrington contrapone correctamente el idealismo de la concepción de la naturaleza de Sócrates a la explicación materialista que dieron los pensadores jónicos de la naturaleza y el hombre, exaltando a éstos. Pero agrega: "Es probable que haya efectuado aportes importantes a la lógica. Aristóteles le atribuye la Inducción y la Definición. Pero [. . .] no ha hecho aportes a la ciencia".

Habría que deducir de estas observaciones que la lógica no es una ciencia, o que la lógica no necesita de la ciencia. Sin embargo si Sócrates creó, como es muy probable, varios elementos básicos de la lógica, entonces ha hecho aportes indispensables, por cierto, a la ciencia de la lógica, si no a la lógica de la ciencia.

En realidad Farrington demuestra una visión demasiado estrecha de la ciencia, una comprensión errónea de la historia y el valor de la lógica y con ello un conocimiento incompleto de Sócrates y de los otros importantes lógicos de la tradición idealista griega.

Capítulo XV

LA FILOSOFIA DE EPICURO

La línea de la filosofía materialista, iniciada por los jónicos y desarrollada en el atomismo de Leucipo y Demócrito, fue perfeccionada por Epicuro y su escuela. Epicuro vivió del 341 hasta el 268 a.C. Su vida se inició seis años después de la muerte de Platón y terminó cincuenta y cinco años después de la muerte de Aristóteles y Alejandro Magno.

Nació de padres atenienses en la isla de Samos, y después de cumplir el servicio militar en el ejército ateniense enseñó filosofía en distintos centros universitarios, hasta fundar en Atenas su famosa escuela llamada Jardín de Epicuro, lugar donde vivió y enseñó durante los últimos veinte años de su vida.

La reputación del epicureísmo ha llegado a nuestros días bajo dos formas. En el lenguaje popular se lo equipara con el sensualismo, con el sumergirse deliberadamente en los placeres groseros, en los apetitos de la carne. Un epicúreo es una persona que goza de la comida y el vino, etcétera. Esta definición se puede aplicar más correctamente a la escuela hedonista fundada por Aristipo de Cirene que a las doctrinas del verdadero Epicuro. Es un reflejo de las calumnias antimaterialistas lanzadas a una escuela materialista.

En otro sentido se identifica al epicureísmo con el ateísmo. El odio que sienten los judíos ortodoxos por las enseñanzas herejes de Epicuro está registrado en el término que utilizan los rabinos para designar al apóstata: *apikoras* (epicúreo). Esta también es una verdad a medias. Los epicúreos, en tanto que materialistas, no creían en la vida antes del nacimiento ni después de la muerte, ni

en la inmortalidad del alma ni en la omnipotencia de un Dios benévolo y justo. No eran, sin embargo, ateos. Decían que los dioses existen, pero en los espacios entre los mundos, y no se preocupan de los asuntos humanos. Pero el no creer en la influencia de la divinidad en nuestro mundo bastó para tacharlos de ateos a los ojos de judíos y cristianos.

Epicuro era un hombre culto, conocedor del curso anterior del pensamiento griego; basó su filosofía en el atomismo de Leucipo y Demócrito. Pero llegó al materialismo atomista después de que éste había sido sometido a las críticas de los idealistas clásicos y se vio obligado a revisar las posiciones atomistas a la luz de dichas críticas y en concomitancia con los cambios que se sucedieron en la vida griega durante su carrera.

Su reconstrucción del atomismo parte de aceptar sus posiciones esenciales, que él codifica en doce principios elementales:

1. La materia es increada.
2. La materia es indestructible.
3. El universo consiste en cuerpos sólidos y vacío.
4. Los cuerpos sólidos son simples o compuestos.
5. El número de átomos es infinito.
6. La extensión del vacío es infinita.
7. Los átomos se hallan siempre en movimiento.
8. La velocidad del movimiento atómico es uniforme.
9. El movimiento es lineal en el espacio, vibratorio en los compuestos.
10. Los átomos son capaces de desviarse levemente en cualquier punto del tiempo y el espacio.
11. Tres cualidades caracterizan a los átomos: peso, forma y tamaño.
12. La cantidad de formas distintas no es infinita, sino simplemente innumerable.

En estas proposiciones Epicuro sistematizó los fundamentos físicos de la concepción materialista del mundo elaborada por sus antecesores. A diferencia de Demócrito, otorgó a los átomos un peso esencial, de modo que su movimiento es descendente y afirmó que sus formas son finitas. Pero su discrepancia fundamental con sus antecesores en la teoría física es su hipótesis de una desviación infinitamente pequeña pero espontánea de la línea vertical de descenso. Demócrito no dejaba lugar para el azar en su cosmonogía, para el accidente en la sociología ni para la opción

moral. En su esquema del universo los átomos descienden verticalmente a través del espacio vacío, creando al mundo y todo lo que contiene mediante sus choques y combinaciones. Elaboró así una teoría rígidamente determinista del universo en la que todo acontecimiento es el producto de la más estricta necesidad y nada queda librado al azar en el universo ni a la elección en la vida humana.

Epicuro introdujo una desviación de la perpendicular en la naturaleza misma de los átomos y de su movimiento descendente. Esto sirve a dos fines. En primer lugar, en la física posibilita la unión de átomos, que de otra manera caerían en líneas paralelas y jamás formarían cuerpos compuestos; consideraba a esto último un defecto en la física de Demócrito. En segundo lugar, en lo que hace a la moral, libera a la humanidad de la sujeción a una cadena infinita e inexorable de causalidad física y posibilita la libre elección.

Las razones de esta innovación no poseen un carácter puramente teórico, sino que estaban enraizadas en la situación histórica cambiante. La necesidad y el azar son aspectos de la realidad asociados orgánicamente. Los griegos los simbolizaban en dos figuras: la *anankė* o necesidad, una fuerza ciega, y la *tijė* o azar. Ambas figuras míticas, símbolos de distintos aspectos de la realidad, se convirtieron en objeto de culto. Surgió el interrogante: ¿cuál ejercía la supremacía y el dominio del mundo, la *anankė* (necesidad) o la *tijė* (azar)?

Estos dos aspectos de la misma situación, o polos opuestos de la misma concepción, aparecen juntos. ¿Cómo elegir entre ellos? Se consideraba predominante a uno u otro según las circunstancias sociales específicas y las necesidades de clase que más presionaban al filósofo dado.

Epicuro vivía en la época en que la ciudad-estado se desintegraba, liberando a los individuos de sus viejos vínculos y asociaciones en la pequeña comunidad. El nuevo imperio mundial alejandrino superaba a las ciudades-estado y creaba nuevas relaciones entre los individuos y la sociedad que los rodeaba. El atomismo de los epicúreos trataba de tener en cuenta estas nuevas condiciones y hallar una base racional para los nuevos propósitos sociales. Su filosofía de la naturaleza era muy parecida a su ética.

Por ejemplo, la concepción contradictoria de la naturaleza y funciones de los dioses, y la actitud ambivalente de los epicúreos

para con ellos reflejaban los deseos y demandas contradictorias que surgían de su propia posición intermedia en la escala social. Los epicúreos trataban de liberar a los hombres de la dominación de los dioses y del temor a los mismos y luchaban por eliminar la interferencia arbitraria de las fuerzas sobrenaturales en la naturaleza y la sociedad. Buscaban erradicar la superstición de las mentes de los hombres y debilitar la religión como instrumento para el sometimiento de las masas al dominio aristocrático. Esto les ganó el odio de los puntales idealistas de la oligarquía y de los defensores tradicionales de las asociaciones religiosas.

Mientras los idealistas como Platón abogaban por la autosuficiencia de la ciudad-estado, los epicúreos predicaban sobre todo la autosuficiencia del individuo. El hombre sabio y feliz se retiraba de la vida pública, no participaba en los asuntos políticos sino que "cultivaba su propio jardín". Se trataba de una elección deliberada y un desafío a la coerción externa.

Esta receta era un modelo general de su concepción del átomo, los dioses y la buena vida. Los átomos que constituyen los elementos del universo son impasibles e impenetrables. Los dioses son igualmente ociosos e indiferentes entre ellos mismos o hacia la humanidad. Viven en los espacios situados entre los mundos y no son responsables por lo que ocurre en la tierra. Ellos también se componen de átomos, son seres corpóreos de forma humana, pero más grandes. No son inmortales por naturaleza pero, al igual que los hombres, pueden alcanzar la inmortalidad y mantener la felicidad si están alertas. No existe un gobierno divino del universo, ni divina providencia para los hombres, ni profecía. "La felicidad de los dioses epicúreos consiste en buena medida en su inmunidad a la responsabilidad. En este sentido se asemejan a gentileshombres ociosos, para quienes todas las ocupaciones terrenales son sórdidas", observa DeWitt en *Epicurus and his Philosophy* (p. 277).

La autosuficiencia de los átomos y la desviación en su movimiento, la imperturbabilidad de los dioses y su búsqueda de la felicidad eterna sólo para sí mismos son el complemento simétrico de la autosuficiencia del individuo y el ideal de vida que pregona Epicuro.

La mejor manera de comprender las características del epicureísmo es compararlas con las posiciones platónicas. Como exponente del materialismo, Epicuro era enemigo jurado del idealismo.

Más de la mitad de sus cuarenta doctrinas autorizadas son una contradicción categórica del platonismo.

Epicuro desprecia la concepción platónica de que el universo es una obra de arte creada por los dioses para servir a las necesidades y fines de la humanidad. El universo es resultado de un proceso material que proviene del movimiento de los átomos en el espacio vacío, con el que los dioses nada tuvieron que ver y que en realidad creó a los mismos dioses. No hay teleología en la visión epicúrea del proceso cósmico. Los cuerpos celestes fueron creados sin propósito visible, y lo propio ocurre con los órganos humanos. Son el resultado de la adaptación azarosa, no de la previsión divina.

Al mismo tiempo Epicuro trata de dejarle al ser humano un margen para reaccionar sobre su medio, echa las bases para ello al otorgarle al átomo un movimiento oblicuo y a la humanidad una libertad de opción que la ubica aparte y por encima de los demás animales. El átomo y la humanidad son libres, predomina el azar, no la necesidad.

Para los idealistas clásicos el modelo de hombre era el ciudadano de la ciudad-estado que participaba plenamente en todas las manifestaciones de la vida pública. El epicúreo perfecto era un personaje muy distinto. No sentía mayor responsabilidad por la vida cívica que los dioses por los asuntos humanos. Puesto que no podía dominar ni dirigir el curso de los acontecimientos de la naturaleza ni de la política, atributos propios de poderes que estaban fuera de su control, se abstenía de emprender lo imposible.

Había, empero, una esfera en la que podía aspirar a prevalecer: la de la supervisión y control de su propia vida, especialmente su vida interior. La premisa para lograrlo era retirarse de la contienda pública y del gran teatro de los acontecimientos. El epicúreo perfecto no se podía permitir someterse al monarca ni a la turba, es decir, debía volver la espalda tanto a la democracia como a la oligarquía.

Pero sí podía mejorarse a sí mismo, planificar su vida dentro de su hogar y gozar de la compañía de quienes pensaban igual que él. El objetivo del individuo debía ser evitar el dolor y alcanzar la calma. Para los idealistas el objetivo del esfuerzo humano era ser buen ciudadano, a lo que se llegaba mediante la conducta virtuosa y esclarecida, el conocimiento de lo ideal y la búsqueda de la

perfección a través de las formas divinas. Para el epicúreo el objetivo del esfuerzo humano consistía en buscar el placer, definido como ausencia de dolor.

La refinada búsqueda del placer que pregona Epicuro distaba mucho del tipo de vida de los muelles del Pireo o de la turbulenta ágora ateniense. Era apropiado para las personas que pueden cultivar su jardín privado en paz. La naturaleza no tiene objetivos, pero ha hecho del hombre una criatura capaz de dárselos. El placer es el fin que la naturaleza ha decretado para el hombre; el hombre puede acceder a ese fin mediante una planificación inteligente de su vida. Existen distintos grados de placer. El placer de poseer mente y cuerpo sanos es el fundamental y se puede gozar de él continuamente; otros placeres son superfluos y decorativos. El placer es la salud de la humanidad, el dolor su aflicción. El placer es anterior a la virtud y más importante para la vida. El niño recién nacido conoce el placer pero no puede practicar la virtud. Los adultos buscan la virtud en aras del placer, y no al revés como pregonaban Platón y Aristóteles.

La doctrina epicúrea del placer insistía en que el objetivo de la vida humana no es la negación de sí mismo, la autofrustración ni la inmolación sino el mejoramiento y perfección de las cualidades específicamente humanas, libradas de la superstición y el temor. "Desprecio la belleza y a quienes la adoran cuando no proporciona placer", exclamaba Epicuro con vehemencia. "En cuanto a mí, los invito a compartir placeres continuos, no virtudes vacías y vanas que no ofrecen sino esporádicas esperanzas de retribución." Estos placeres continuos, estables, eran racionales porque no conducían a la pérdida de la salud y la riqueza y, por lo tanto, no traían dolor.

La paz y la seguridad son el lema del epicureísmo. Su famoso consejo era: vive sin comprometerte. Es obvio que este consejo no apunta a la participación activa en la vida social ni a resistir sus males, sino a la pasividad y al conformismo. Surgía de la sensación de que el medio social era hostil, incontrolable e imposible de cambiar y podía enfrentárselo únicamente retirándose de la contienda de las fuerzas exteriores y encerrándose en una ciudadela. Pero esta abstención implicaba una protesta muda contra la situación.

La concepción epicúrea del alma y de la relación alma-cuerpo es bastante materialista y se opone tajantemente a la concepción platónica. Para los epicúreos el alma no es divina ni inmortal. Es

de naturaleza corpórea, compuesta de átomos lisos, esféricos y finos nacidos al mismo tiempo que el cuerpo. El cuerpo contiene al alma como un cántaro el agua. Las capacidades activas del cuerpo se limitan a las sensaciones, mientras que el alma posee memoria, inteligencia y razón, aunque el sonrojarse, transpirar y temblar demuestran que el alma participa de las sensaciones a través del cuerpo.

Otra cuestión clave en la que Epicuro difiere de Platón es en la naturaleza de las Ideas Perfectas con las que Platón justifica la dominación de la aristocracia. A la posición platónica de que la justicia es absoluta e inmutable Epicuro opone la concepción sofista de que la justicia es relativa y está condicionada por las circunstancias históricas cambiantes.

Decía: "Jamás ha existido una justicia absoluta, sólo un acuerdo al que se arriba en el curso de las relaciones sociales, que difiere de un lugar a otro, de una época a otra, para impedir que un hombre le haga daño a otro . . . Todos los elementos que las leyes reconocen como justos poseen ese carácter en la medida en que las necesidades de la relación social lo consideren conveniente, lo sean no para todos; y si una ley resulta incompatible con las conveniencias de las relaciones sociales, deja de ser justa. Y si la conveniencia expresada en la ley corresponde a esa concepción sólo por un tiempo, sin embargo es justa durante ese tiempo, siempre que no nos enredemos en frases desprovistas de contenido sino que busquemos simplemente los hechos."

El párrafo anterior es un ataque devastador a la concepción idealista clásica de las pautas intemporales de derecho y moral.

En lugar de la lealtad cívica a la aristocracia esclavista, consagrada por las ideas eternas, los epicúreos propugnaban por un lado la autosuficiencia individual templada por la amistad, y por otro un cosmopolitismo filantrópico. Aunque los epicúreos no atacaron directamente la esclavitud ni la sociedad de clases, ni siquiera la apropiación y disfrute de la riqueza, pregonaron el amor a la humanidad y trataron de practicar una amable tolerancia hacia los demás.

En sus doctrinas autorizadas Epicuro proporciona la siguiente receta sobre la mejor manera de sobrevivir en épocas agitadas: "El hombre que mejor evita la sensación de inseguridad exterior es aquel que mantiene relaciones amistosas cuando es posible, cuando es imposible las mantiene neutrales y cuando esto es imposible evita

todo contacto, y el que busca apoyo real en todos los casos en que ello sea provechoso".

Epicuro vivió según su prédica, enseñando únicamente en su establecimiento privado en Atenas en lugar de recorrer la ciudad como Sócrates y los sofistas. La escuela estaba situada en la casa y el jardín de Epicuro. La administraban esclavos y poseía un rasgo excepcional: la presencia de algunas mujeres en calidad de iguales y filósofos. Estas mujeres eran cortesanas; una de ellas, de nombre Leoncia, fue la cortesana más famosa de su época. Escribió un libro donde atacó a Teofrasto, jefe de la Academia de Aristóteles, quien reconoció que sus escritos eran inteligentes y redactados en buen griego del Atica.

Epicuro fue un maestro de la conducta moral que no sólo diseminó ideas sino que fundó un culto. Su filosofía se convirtió en guía para la vida cotidiana. Sus discípulos lo reverenciaban casi como a un dios. Aunque pregonaban el retiro de la vida pública, los epicúreos fueron evangelistas que difundieron su credo de un extremo a otro del mundo greco-romano. Las monarquías macedonias y su propia orientación individualista y universalista los liberaron de las limitaciones parroquiales de los idealistas de la ciudad-estado. Cualquiera podía unirse a los epicúreos sin limitaciones de cultura, raza ni ubicación social.

El epicureísmo alcanzó el *status* de filosofía mundial, distinta de las religiones autóctonas tradicionales y los ritos urbanos, opuesta al platonismo y al estoicismo entre las filosofías rivales y a los cultos orientales, el judaísmo y el cristianismo entre las religiones del mundo. El epicureísmo no ejerció gran influencia entre los aristócratas ni las masas, sino en las capas intermedias, tanto griegas como no griegas. Fue la primera filosofía griega que penetró en la Italia romana.

Su combinación particular de conformismo ante los poderes gobernantes y crítica materialista, observación de las costumbres e innovación en materia religiosa, la hicieron sumamente atractiva a los ojos de quienes se encontraban atrapados entre las clases gobernantes y las órdenes inferiores en las ciudades-estado que se desmoronaban bajo los imperios alejandrino y romano y buscaban un santuario moral donde refugiarse de los desórdenes y peligros de la época.

Los filósofos de la secta epicúrea que enseñaban a sus fieles la introspección fueron los prototipos de los consejeros espirituales y

padres confesores de la Iglesia Católica que se hacen cargo de la vida espiritual de sus clientes y dirigen su camino hacia la felicidad y la virtud. Fueron rivales de los estoicos y luego de los cristianos. Florecieron durante siete siglos y desaparecieron como movimiento organizado junto con la desintegración de la civilización romana: en algunos casos desaparecieron simplemente, en otros los absorbió la fe cristiana.

El espíritu del epicureísmo como culto popular antes que filosofía esotérica está reflejado en los monumentos que le erigieron sus discípulos. Se encuentran epitafios epicúreos en tumbas a lo largo de toda Italia, Galia y Africa. "No fui, fui, no soy. Soy inconsciente de ello." La Biblia hebrea conserva un sentimiento epicúreo en el libro del Eclesiastés: "Un perro vivo es mejor que un león muerto, porque los vivos saben que van a morir, pero los muertos nada saben". Esto es muy distinto de la doctrina cristiana, para la cual la muerte es la entrada a la vida divina y eterna. Para los epicúreos la muerte es la aniquilación del individuo y la vida el más precioso de todos los dones, como cuadra a materialistas.

En el siglo II d.C., un anciano en una aldea del Asia Menor erigió un monumento con inscripciones tomadas de las enseñanzas de Epicuro. En él dice que después de experimentar "la felicidad en su plenitud", quiso hacer algo por la felicidad de sus conciudadanos, por los forasteros que pasaron e incluso por los que no habían nacido, porque "el universo es un solo país y la tierra un solo hogar". Este cosmopolitismo es muy distinto del patriotismo hacia la ciudad-estado de la Grecia clásica.

El epicureísmo no sólo se convirtió en una filosofía mundial bajo los imperios alejandrino y romano, sino que inspiró la más grande obra literaria materialista de la Antigüedad, el poema de Lucrecio sobre la naturaleza de las cosas. Esta obra suprema marca la cumbre del pensamiento materialista en la primera fase de su evolución.

Capítulo XVI

EL MATERIALISMO EN LA CIVILIZACION ROMANA

Grecia fue conquistada por Macedonia en el siglo IV a. C. y por Roma dos siglos más tarde. Ninguna de estas potencias militares fomentó un desarrollo independiente u original de la filosofía. Las clases cultas romanas tomaron sus ideas filosóficas, junto con su alfabeto, de los griegos. Los griegos compensaron su sometimiento político dominando a sus amos en el terreno teórico.

El hecho de que Roma quedara bajo la tutela cultural más avanzada y refinada de Grecia resalta en la teoría materialista, diseminada en Roma a través de la influencia epicúrea. Los pensadores romanos no agregaron elementos nuevos a la filosofía materialista. Elaboraron las enseñanzas de Epicuro y de los atomistas y las aplicaron a los problemas y situación de su propia época.

El mejor exponente del atomismo epicúreo en el mundo grecoromano fue el poeta Lucrecio. Su épica *De Rerum Natura* es la obra antigua que más se aproxima al espíritu del materialismo moderno y que nos llega más directamente. Influyó en el pensamiento de los renovadores de la ciencia del siglo XVII y de Diderot y otros materialistas del siglo XVIII, y cualquier partidario serio de la filosofía materialista puede todavía estudiarla con provecho.

Lucrecio vivió en la etapa de la historia de Roma en que se precipitaron los conflictos entre patricios y plebeyos por el control del Estado y se construyó el imperio a través de interminables guerras de conquista en las que pueblos enteros fueron exterminados o esclavizados. El mismo hace referencia al "negocio brutal

de la guerra en el mar y en la tierra", en el extranjero y en el país, como cosa de todos los días. Las cruentas guerras civiles, que culminaban en la ejecución o exilio de los dirigentes de la fracción derrotada, culminaron en la implantación de la dictadura militar de César, el imperio de Augusto y la insurrección de los esclavos dirigida por Espartaco en el 73 a.C.

Lucrecio fue un joven contemporáneo de César y de Cicerón. Es posible que éste haya preparado una edición del poema y no cabe duda de que lo conocía. En una carta suya a un amigo, fechada a principios del 54 a.C., leemos: "Los poemas de Lucrecio se caracterizan, como tú dices, por su brillo digno de un genio, y por su poco arte".

Lucrecio basó explícitamente su obra en las enseñanzas de Epicuro, a quien reverenciaba como maestro del esclarecimiento y asemejaba a un dios. "A ti sigo, gloria del pueblo griego, oriento mis pasos sobre tus huellas y las piso."

Dos escuelas de pensamiento se disputaban la supremacía entre los romanos cultos: el epicureísmo y el estoicismo. El *De Rerum Natura* de Lucrecio fue más que una exposición elocuente del epicureísmo y una defensa del materialismo; fue una polémica contra el estoicismo que, a su manera, continuaba la tradición del idealismo griego. El poema ataca casi todas las posiciones más importantes de los estoicos: la creencia en una Divina Providencia que domina el mundo; la concepción de los cuerpos celestes como entes divinos dotados de movimiento propio; la doctrina del designio y propósito de la naturaleza; la necesidad divina en oposición a la libre voluntad humana; un cosmos esférico infinito contra la existencia de varios mundos; la creencia en la divinidad y perfección del mundo, junto con muchas de las ideas sociales y éticas de esa escuela.

El poema ataca sobre todo a la teología y la teleología, no en las formulaciones teóricas de los filósofos sino en su forma popular y oficial en las creencias y prácticas religiosas prevalecientes. Para Lucrecio, al igual que para Voltaire, la superstición religiosa es el enemigo público número uno. Con Lucrecio podemos medir el progreso del materialismo desde su nacimiento en Mileto. Tales deja implícitamente de lado a los dioses como autores del universo y principal fuerza motriz del cambio. Cinco siglos más tarde, el poeta romano repudia totalmente a los dioses como autores o fuerzas motrices de cualquier cosa, los despoja de todas sus funcio-

nes, los jubila, los persigue implacablemente para sacarlos de sus últimos refugios ocultos en las funciones naturales y sociales, y fustiga a quienes predican o creen en el poder de los dioses.

En esa época terrible y turbulenta de transición de la antigua República al nuevo Imperio mundial, las viejas creencias religiosas romanas tendían a desaparecer, sobre todo en las clases altas. Como dice Lucrecio: "Los hombres eran como vagabundos, algunos se extraviaban, buscando a tientas el camino de la vida". Algunos adoptaron los cultos nuevos que venían a Roma desde el Oriente. "Inclusive hoy en día, el sentido de reverencia que la práctica de la religión ha implantado en el corazón del hombre erige nuevos templos a los dioses en toda la tierra."

La práctica de la adivinación, practicada en Grecia por los sacerdotes de Delfos y de otros oráculos, era el rasgo central de la religión estatal romana en la época de Lucrecio. Ninguna medida importante podía resolverse sin consultar a los augures oficiales. El colegio de augures era la última trinchera del dominio aristocrático contra cualquier candidato peligroso que pareciera capaz de ganar una elección o contra una medida que beneficiara a la plebe. Por ejemplo, si se proponía una reforma agraria que podía obligar a los nobles a devolver fondos públicos mal administrados, no faltaba un augur que dijera que, habiendo consultado el cielo, los dioses habían prohibido cualquier acto público para ese día, de modo que la asamblea pública debía levantarse y no podía actuar.

Muchos romanos de las clases altas que habían perdido su fe en la magia de los augures, insistían de todas maneras en la necesidad de utilizar la impostura para engañar y controlar al pueblo. Al igual que Platón, Cicerón escribe: "La antigüedad indudablemente estuvo errada en muchas cosas, y el tiempo, la experiencia y los nuevos conocimientos han debido corregirla. Sin embargo es necesario mantener la veneración del augur y del colegio de augures y la práctica del augurio en razón de las creencias del pueblo bajo y por los grandes servicios que le prestan al Estado."

El historiador griego Polibio alaba a la aristocracia romana por la manera astuta en que utiliza la superstición para conservar su poder. "La base de la grandeza romana –dice– es la superstición. Ha sido introducida en todas las instancias de la vida pública y privada mediante todos los artificios capaces de asombrar a la imaginación. Porque las masas en todo momento son inestables, llenas de deseos ilegítimos, ira irracional y pasiones violentas. El

único recurso es mantenerlas atadas, mediante el temor a lo desconocido y otros engaños similares. No fue porque sí, sino por designio consciente, que los hombres de antaño introdujeron en las masas nociones sobre Dios y la idea de la vida después de la muerte."

A través de sus videntes las clases dominates de Roma trataron de mantener aterrorizadas a las masas, inculcando y fortaleciendo el temor a la violación de los tabúes, que serían castigados en esta y en la otra vida.

Lucrecio mismo era un patricio. En su poema no llama a una ciudadanía oprimida a sacudir el yugo de la dominación y extorsión aristocráticas. Pero sí llama a sus correligionarios a desechar los temores inculcados por la superstición religiosa y a erigirse como seres humanos independientes sin temor a las fuerzas oscuras y terribles de lo desconocido e incontrolable. Como materialista y racionalista consciente que opone la ciencia a la religión, insta a sus partidarios a dar el primer paso en su emancipación mental y confiar en las fuerzas materiales y en sus propias fuerzas en lugar de sucumbir a fuerzas ajenas y postrarse ante los dioses. Dos veces en sus poemas declara que es a los viejos filósofos naturales griegos y no al oráculo de Apolo en Delfos a los que hay que reverenciar como fuente de la verdad.

Lucrecio es un misionero que trae un mensaje de salvación y liberación a la sufrida humanidad de su época. Como dice uno de sus traductores americanos, excelente poeta además, William Ellery Leonard, "El habla como un hombre que sabe qué terrible es estar atado, qué magnífica es la libertad". Aunque la esencia de este pensamiento proviene de Epicuro, el espíritu que lo impregna dista de ser calmo; es feroz, evangélico, militante. La posición que ha alcanzado le parece el más preciado tesoro que le ha podido arrancar al sufrimiento y al dolor, y arde en deseos de impartírselo a los demás para que también ellos se vean libres del tormento.

Su homenaje a Epicuro se debe precisamente a que enfrentó el fabuloso poder de los dioses y puso los secretos de la naturaleza a la vista de los hombres. "Cuando la vida humana yacía prosternada a ojos de los hombres, postrada en tierra bajo el peso muerto de la superstición, cuya faz sombría amenazaba a los mortales desde los cuatro rincones del cielo, un hombre de Grecia fue el primero en elevar, desafiante, sus ojos mortales, el primero en erguirse y aceptar el desafío. No lo abrumaron las fábulas de los dioses, ni el

relámpago ni la rugiente amenaza de los cielos. Más bien estimularon su hombría de modo que él, el primero entre los hombres, destrozó los fuertes cerrojos que mantenían cerradas las puertas de la naturaleza. Se impuso el vigor vital de su mente. Se aventuró mucho más allá de las troneras encendidas del mundo y viajó con su espíritu hasta el infinito. Al retornar triunfante, nos anunció qué puede ser y qué no: cómo todos los poderes tienen límites y una marca fronteriza inamovible. Por ello la superstición yace a su vez aplastada bajo sus pies, y su triunfo nos eleva hasta el cielo."

Lucrecio vuelve entonces sus argumentos contra los sacerdotes al demostrar que, lejos de ser pecaminosas sus teorías sobre la realidad última de los cielos y los dioses, es la religión misma la madre de crueldades tales como el sacrificio de la virgen Ifigenia a manos de su padre. Exhorta a su amigo, el patricio Memmo, a no renegar cediendo ante los horribles fantasmas de los augures sino a seguir siendo un firme partidario de la razón.

Puede parecer anómalo que Lucrecio, el materialista, invoque la ayuda de Venus como fuerza rectora del universo, al iniciar su exposición del atomismo. Pero el poeta busca celebrar a través de la diosa la energía creadora de la naturaleza, que da lugar a todas las cosas, a todas las criaturas vivientes, las flores, los pájaros, el amor. El materialista ve en la naturaleza, no un mecanismo muerto sino la fuente eterna e inacabable de toda la creación. Esta concepción de la naturaleza como fuente de la creatividad, elemento esencial en una concepción materialista acabada, reaparecerá en el renacimiento del materialismo, en el siglo XVI, con Bruno.

Lucrecio sabía que el verdadero conocimiento de los fenómenos naturales ayuda a combatir la superstición. "Así como los niños en la oscuridad total tiemblan y se sobresaltan ante cualquier cosa, así nosotros a plena luz del día nos sentimos oprimidos por temores que tienen tan poca base real como los horrores que los niños piensan los acechan en la oscuridad. A este temor y oscuridad de la mente no lo disipan los rayos del sol, la claridad del día, sino el conocimiento de las funciones internas y externas de la naturaleza."

El arma más potente que blande Lucrecio contra la religión oficial es su explicación materialista del universo. Los dos primeros libros del poema presentan los principios básicos de la visión atomista del mundo físico. Los dos libros siguientes estudian a la humanidad. El segundo libro discute la naturaleza del alma y la

forma en que ésta se vincula con el cuerpo, demostrando la mortalidad del alma. Resulta interesante –e irónico– notar que mientras el idealista Sócrates invoca la inmortalidad del alma para disipar el temor a la muerte, el materialista Lucrecio demuestra su mortalidad con el mismo propósito.

El tercer libro trata de las sensaciones, el pensamiento y las funciones biológicas. Al igual que Epicuro, Lucrecio cree en la primacía de los sentidos para el conocimiento y la experiencia. Para ello utiliza sus propios sentidos con maestría. En él no existe esa denigración idealista del cuerpo y los sentidos que va de la mano con la exaltación de la razón pura y la revelación intuitiva como fuente única del conocimiento. Su confianza en los sentidos se refleja en las vívidas imágenes e ilustraciones que aparecen constantemente en sus páginas y en la forma en que recurre a la observación directa, asistida y guiada por el razonamiento analítico, para demostrar la verdad de su teoría atómica.

Se suele decir que la teoría atómica de los antiguos materialistas no fue más que una conjetura afortunada, desprovista de una base científica en sus actividades o pensamiento, pero que resultó ser una anticipación de la realidad. Es cierto que la especulación desempeñó un papel tan importante como la observación en la formulación de la teoría atómica, y que frecuentemente la especulación tomó rumbos completamente equivocados. Pero lo que hay que explicar no son los desaciertos inevitables de los atomistas, sino sus aciertos, sobre todo el tiro que da justo en el centro del blanco. El estudio del poema de Lucrecio demuestra claramente que las posiciones de los atomistas derivaban del examen minucioso y crítico de los procesos naturales. De las manifestaciones externas de la naturaleza que cayeron bajo su observación, dedujeron las funciones internas de los elementos atómicos. En la lenta disminución del tamaño de los objetos por desgaste, tales como un adoquín del pavimento o la mano de una estatua a la que se suele besar, en la pequeñez de muchos objetos visibles, tales como el polvo en los rayos solares, en los efectos físicos de vientos invisibles, en los olores, en el calor, Lucrecio ve manifestaciones de los movimientos de pequeñas partículas y la formación, transformación y cambio de todas las cosas. Y concluye que "la naturaleza obra a través de agentes invisibles".

Este método y sus conclusiones, aunque se hallan en un nivel mucho más rudimentario del avance científico y social, no difieren

fundamentalmente de los procedimientos que utiliza la ciencia moderna para descubrir y explicar un fenómeno como el movimiento molecular que Brown observó en las suspensiones de ciertos líquidos y que Einstein expuso en términos teóricos. Es cierto que Lucrecio no efectuó experimentos de laboratorio, con control de los resultados y verificaciones de los mismos a través del cambio de factores; estos métodos más precisos aparecieron en una etapa muy posterior de la investigación científica. Pero dentro de los límites de las técnicas científicas de la época dio interpretaciones de fenómenos naturales, razonables y verificables.

Por ejemplo, la ciencia moderna aún no ha resuelto el problema de la formación del agua de lluvia; se cree que la lluvia se debe a la presencia de sal del mar en la atmósfera. Es precisamente lo que dijo Lucrecio hace dos mil años: "Debemos tener en cuenta, también, que la naturaleza hace que toda una corriente de partículas se eleve desde el océano, como lo demuestran los vestidos que, puestos a secar al borde del mar, se humedecen. Esto sugiere que las nubes pueden hincharse, en buena medida, debido a una exhalación de la corriente salitrosa del mar; pues su humedad es de cualidad parecida."

El Libro Quinto trata de la tierra y su historia, describe la naturaleza y la formación del mundo, el surgimiento de la vida, el desarrollo de la sociedad humana. La sexta y última parte de esta obra incompleta estudia la meteorología y la geología y culmina con el tratamiento de epidemias y la gran plaga que asoló Atenas durante la guerra del Peloponeso, descrita por el historiador Tucídides. En esta parte Lucrecio demuestra su afinidad con la escuela hipocrática de la medicina al atribuir ciertas enfermedades a variaciones del aire y el clima.

Lucrecio trata de dar una explicación clara, conexa y global de los fenómenos principales que se encuentran en todas estas instancias de la realidad. Su coherencia materialista es admirable como bien dice Farrington: "En ninguna otra obra de la Antigüedad, y pienso que podría agregar, de la era moderna, se puede hallar semejante esfuerzo para reunir todos los fenómenos de la naturaleza y de la historia como testigos comunes de una visión unificada de las cosas". Visión unificada –agregaríamos nosotros– por un materialismo intransigente.

Lucrecio expuso muchas ideas fructíferas que le señalan rumbos a la ciencia moderna: la materia compuesta de pequeñas partículas

invisibles; de átomos que se desplazan en movimientos infinitamente breves y veloces; de vastas extensiones de tiempo y espacio; de leyes que rigen todo el cosmos; de la infinita diversidad de las cosas.

Una de las partes más instructivas, la segunda parte del libro quinto, expone su visión del origen de la vida y del avance de la sociedad. Este pequeño bosquejo de la civilización constituye uno de los mayores aportes de la Antigüedad al materialismo histórico. Elimina el accionar de la divina providencia del dominio de la historia humana y busca causas racionales para el progreso de las condiciones materiales en la vida animal y humana antes que en la voluntad y raciocinio de los hombres o en la intervención de los dioses.

Lucrecio presenta una teoría de la evolución orgánica y social aunque no se refiere al origen y evolución de las especies. Después de que este mundo fuera formado, no por dioses remotos y despreocupados sino por la combinación de los átomos, "la Tierra recién nacida produjo hierbas y arbustos. Luego engendró las diversas razas de criaturas mortales". Con el tiempo la tierra fructífera, la madre naturaleza, se volvió vieja y estéril, dejó de propagar, y entonces los seres vivos comenzaron a propagarse a sí mismos.

El hombre primitivo no era productor sino recolector. No poseía el fuego, el vestido y la vivienda sino que vivía en cavernas y se aparejaba en forma promiscua. Evitaba a los animales salvajes más peligrosos y cazaba a los otros con palos y piedras.

La civilización comenzó cuando el hombre consiguió el fuego, sea a través de una conflagración causada por el relámpago o el encendido de ramas de árboles frotadas unas contra otras por la acción del viento, y adquirió vestiduras de pieles y chozas. Hombre y mujer comenzaron a aparejarse en forma permanente y a vigilar la progenie. Los vecinos formaron alianzas mutuas y crearon la sociedad.

Sus concepciones sobre el origen del lenguaje evitan la explicación teleológica. La lengua no está hecha para el habla, sino que el habla se origina como subproducto social de la lengua. Así como los animales y pájaros expresan una variedad de emociones mediante sonidos distintos, los hombres utilizaron distintos sonidos para designar cosas distintas hasta que de común acuerdo implantaron un lenguaje.

"Con el pasar del tiempo, los hombres aprendieron a cambiar el viejo modo de vida mediante el fuego y otros inventos instruidos por los que poseían habilidad y energía mental excepcionales. Los reyes comenzaron a fundar ciudades y erigir ciudadelas para su propia seguridad y refugio. Parcelaron el ganado y la tierra, entregando a cada uno según su hermosura, fuerza y habilidad... Luego se inventó la propiedad y descubrióse el oro que rápidamente robó a los fuertes y bellos su preponderancia." Es decir, el oro se volvió más importante que las cualidades personales.

En la sociedad envidiosa y ambiciosa que resultó de ello, fue derrocada la monarquía y se impuso la anarquía. La anarquía fue reemplazada, a su vez, por el gobierno constitucional donde leyes y magistrados castigaban a los malhechores. Surgió entonces la religión para atormentar a los hombres con el terror porque los hombres creyeron erróneamente que los dioses que ellos crean dominan y dirigen el universo.

Los primeros maestros metalúrgicos fueron los incendios forestales que derretían el oro, la plata, el plomo, el cobre y el hierro y le sugerían al hombre la forja de armas y herramientas. Antes de conocer los metales, las herramientas del hombre habían sido las manos, las uñas, los dientes, ramas arrancadas de los árboles, la llama y el fuego. Lucrecio habla luego del desarrollo técnico de la guerra, el tejido, la agricultura, la música, la navegación, la poesía y la escritura.

En esta extraordinaria teoría de la evolución social, la naturaleza es, además de la madre, la maestra del hombre. El sol enseña al hombre a cocinar; los pájaros y el viento a hacer música; el relámpago la forma de hacer fuego; los incendios de los bosques la forma de fundir metales. Al imitar los métodos de la naturaleza y al utilizar su poder, la humanidad aumenta su capacidad productiva e intelectual y se eleva a la civilización.

Lucrecio correctamente asignó enorme importancia a los inventos técnicos clave para el progreso de la humanidad. Y percibió que la historia tiene sus leyes. Su conclusión: "Las naves y la agricultura, los muros, las leyes, las armas, los caminos, los vestidos y otras cosas parecidas, todos los premios, también las elegancias de la vida, todas sin excepción, los poemas, las pinturas y las estatuas finamente cinceladas, todas estas cosas practicadas juntamente con el conocimiento adquirido por la mente incansable enseñó a los hombres poco a poco, a medida que avanzaban paso a paso. Así

el tiempo de a poco pone a cada una de las distintas cosas ante los ojos de los hombres y la razón la eleva a la luz del día: porque las cosas deben ser puestas a la luz una tras otra y en el orden debido en las distintas artes, hasta que éstas hayan alcanzado su punto máximo de desarrollo."

El conocimiento y la teoría de los griegos y romanos sobre el desarrollo de la sociedad había avanzado de a poco desde los jónicos hasta alcanzar su punto culminante en este bosquejo de Lucrecio. Sintetizó los métodos y enseñanzas de los materialistas en torno a este problema. Nada hay en la ciencia de la sociología que pueda comparársele, hasta llegar a los trabajos del estudioso árabe Ibn Jaldún, trece siglos más tarde.

Al seguir la argumentación apasionada y razonada desde la invocación inicial hasta su abrupto final, el lector simpatizante se ve movido a exclamar: "¡Qué orgullo ser materialista y no sobresaltarse ni vacilar ante los oscuros rincones de la naturaleza y las ciegas fuerzas sociales que acechan a la humanidad y la traicionan, maniatan y destruyen!" El mismo Virgilio escribió, inspirado por Lucrecio: "Feliz aquél que conoce las causas de las cosas".

Pero hay matices de tristeza y pesimismo en el poema. Lucrecio creía que el mundo existente estaba en decadencia y que su fin era próximo. Se dice que enloqueció y se suicidó antes de completar su obra maestra. Históricamente la República romana llegaba a su fin entre convulsiones agónicas y el Imperio comenzaba a tomar su lugar.

También se entrevería el fin del camino del materialismo antiguo. Aunque el poeta Lucrecio suscitó la admiración de sus coetáneos romanos, no inspiró el avance de la filosofía. Permaneció aislado. Sus ideas fueron el último destello brillante del materialismo antiguo, cuya estrella estaba por ponerse. El postulado básico del materialismo resultó incompatible tanto con el desarrollo como con la decadencia de la civilización romana. Las religiones que él combatió surgieron bajo nuevas formas y ayudaron a eclipsar la luz de la razón crítica y la ciencia materialista.

Afortunadamente el poema de Lucrecio y su visión del mundo iban a sobrevivir en una única copia para inspirar el renacimiento del materialismo en el siglo XVII. Sigue siendo en nuestros días la incomparable afirmación de las ideas más verdaderas y nobles que nos legaron los griegos y los romanos.

He aquí
El gran verso de Lucrecio, quien elevó
Su dedo índice y golpeó la faz
Del Tiempo esquivo, dejando una huella de pensamiento
Que la lluvia de las edades no borrará.

Luciano

Antes de abandonar a los materialistas grecorromanos, no debemos olvidarnos de una persona, Luciano. Lucrecio fue un poeta filósofo; Luciano fue un satírico, moralista, crítico mordaz de las costumbres grecorromanas. Con Lucrecio, el materialismo antiguo culmina en una magnífica afirmación de sí mismo, en una reivindicación de su fuerza y validez frente a la religión, el idealismo estoico y el escepticismo.

Dos siglos después Luciano nos revela la tradición filosófica de Grecia y de Roma en su época de desintegración y caída, inseguro de sí y de su futuro. Con Luciano la filosofía aparece perdida en un laberinto de contradicciones después de seguir caminos equivocados que no conducen a ninguna parte. No hay salida a ningún camino ancho que conduzca a la humanidad a la verdad, al esclarecimiento, a la certidumbre. Sin embargo, esta decadencia del pensamiento no es, aparentemente, para Luciano motivo de desesperación. Si la religión es absurda y la filosofía vana, igualmente siente, como Montaigne, un fuerte apoyo espiritual e intelectual en un sentido común esclarecido, guiado por el raciocinio crítico, rociado de escepticismo y sazonado con una pizca de cinismo.

Luciano era un sirio cosmopolita, nacido alrededor del 120 d.C., de profesión profesor ambulante. A su muerte ocupaba un puesto importante en el Tesoro Imperial de Egipto. El mundo mediterráneo del siglo II d.C. estaba romanizado, helenizado, pacificado, unificado y, en las cumbres sociales, era lujoso y culto.

Aunque escribió sobre pintura, dibujo, un viaje a la luna y diversos temas, su producción más importante consiste en una serie de diálogos satíricos breves, donde se burla de los dioses, se mofa de los vivos a través de los muertos, denuncia a los impostores de la religión, desde los curanderos hasta los creyentes sinceros, desenmascara las pretensiones de las distintas escuelas filosóficas. Nos recuerda a Diderot por la forma en que utiliza la sátira como arma

contra la mentira y el fraude. Engels lo llamó el "Voltaire de la Antigüedad".

Refiriéndose a sus escritos principales, un comentador perspicaz señala que uno de sus rasgos más notables es "una simpatía enorme por las clases bajas, los millones de habitantes de los campos y las casas pobres, artesanos, trabajadores, marineros, prostitutas. La injusticia de la vida humana lo persigue. Bucea en los barrios bajos, hasta en sus obras satíricas." Luciano era un autodidacta nacido en un hogar pobre, que a la edad de quince años resolvió trabajar como aprendiz con un tío de su madre, tallador de piedra. Azotado por romper accidentalmente un trozo de mármol, escapa de su amo y se prepara para la carrera de escritor y orador. El joven y andariego Luciano conoció bien la pobreza y el abandono.

En el Hades de Luciano, la sociedad aparece dada vuelta y los papeles de las clases se invierten. Los ricos y poderosos son pobres y despreciados; el pueblo formula leyes contra los que ejercieron el poder.

Su actitud de irancundia hacia los ricos aparece en uno de los *Diálogos de los muertos*, donde la asamblea popular del Hades aprueba el siguiente decreto contra los Plutócratas: "Considerando que los Plutócratas perpetran una serie de iniquidades en vida mediante el pillaje, la violencia y el desprecio total hacia los Pobres en todo sentido; el Senado y el Pueblo resuelven que cuando ellos mueran, sus cuerpos sufran castigo, como los de otras gentes inútiles, pero que las *almas* vuelvan a la vida y entren en los cuerpos de los asnos, hasta que hayan transcurrido, en ese estado, doscientos cincuenta mil años, siendo asnos de generación en generación, y llevando cargas pesadas bajo el látigo de trabajadores pobres; después de transcurrido ese periodo, permítaseles morir."

Luciano se dirige, burlón, a la Gota. "¡Oh, Diosa! , que odias a los Pobres y eres la única vencedora de la riqueza, que sabes vivir 'bien' en todo momento, es de tu agrado apoyarte en pies ajenos, y sabes utilizar calzado de felpa, y los ungüentos son un problema para tí. Para tí, también, las flores del placer y el licor del Baco de Ausonia. Pero estas cosas no existen, jamás, entre los Pobres. Y por eso huyes del hogar de la pobreza, que no posee oro, y te deleita, en cambio, ponerte a los pies de la riqueza."

Otro blanco de su sátira es la religión. Lucrecio ataca la superstición, Luciano la ridiculiza. Sus dardos se dirigen no sólo a los

impostores religiosos, sino también a los mismos dioses. En los *Diálogos de los dioses* transforma al Olimpo, su morada, en un hogar burgués donde la celosa Hera se pelea con su marido Zeus, que le es infiel con hombres y mujeres a la vez.

En otro diálogo describe un consejo donde el pánico ha hecho presa de todos y los dioses, como aristócratas amenazados, temen perder sus puestos. Zeus, alarmado, se dirige a la asamblea, que incluye a dioses bárbaros al igual que griegos, para hablarles del peligro de morir de hambre, debido a que los sacrificios son tan escasos y magros. Se queja de que un capitán de barco le había ofrecido un banquete cuando su nave se hallaba en peligro cierto de encallar en las rocas, y que en definitiva le mandó un gallo, nada más, a repartir entre dieciséis dioses; que era "un pajarraco viejo, enfermo de catarro, y media docena de granos de incienso, tan cubiertos de moho que se apagaron al caer sobre las brasas, largando un humo que no alcanzó ni para hacerme cosquillas en las narices".

Zeus echa la culpa de esta escasez a las enseñanzas de los ateos. "Absorto en estos pensamientos, llegué al Pórtico y encontré una turba vociferante de hombres. Juzgué, correctamente, que se trataba de filósofos militantes y me detuve a escucharlos. El motivo del debate éramos nosotros. Damis el ateo –ese reptil– sostenía que no existimos. Timocles asumió nuestra defensa. Demostró el carácter ordenado y esclarecido de nuestro gobierno y exaltó nuestra providencia. Pero estaba agotado y bastante ronco; la mayoría se inclinaba a la irreligiosidad. Comprendí cuánto estaba en juego, y ordené que viniera la noche a romper la asamblea."

Entonces, en la persona de Momo, dios de la Mofa, se escucha la voz de Luciano, su simpatía hacia los oprimidos y el origen social de su odio hacia los dioses. "Os juro –dice Momo– que no debemos maldecir a los filósofos si el ateísmo prevalece. ¿Qué se puede esperar de los hombres, cuando ven la vida patas para arriba: los buenos abandonados, pudriéndose en la pobreza, la enfermedad, la esclavitud; canallas odiosos que viven en el lujo dando órdenes a sus superiores; los profanadores de templos jamás descubiertos e impunes; los inocentes siempre crucificados y apaleados? Ante esta evidencia es natural que arriben a la conclusión de que no existimos."

Si Luciano se burla de los dioses y sus falsos profetas, tampoco confía en las sectas filosóficas, aunque se siente atraído por el

epicureismo. Todas las sectas se contradicen –alega–; ninguna posee ni enseña la verdad. En uno de sus diálogos filosóficos discute con su amigo Herótimo, que había estudiado filosofía durante veinte años y se había convertido al estoicismo porque era el credo más popular. Sin embargo, no había llegado a la felicidad ni a la verdad. Herótimo es incapaz de convencer a Luciano y, exasperado, exclama:

–Tú no aceptas nada de lo que yo digo.

–Al contrario, señor mío, tú nada dices que yo pueda aceptar.

Hacia el final de la discusión Luciano, con el seudónimo de Licinio, dice:

–Todavía no sé en qué viajero debo confiar, pues todos han viajado en la misma dirección. Si alguno dice o no la verdad, no tengo forma de saberlo; puedo reconocer que ha llegado a alguna parte, que ha visto alguna ciudad; lo que no está claro es si la ciudad que vio es la que corresponde.

–Así eres siempre –responde el amigo– quieres burlarte de mí; detestas la filosofía, no sé por qué, y te mofas de los filósofos.

–Herótimo, no puedo decirte qué es la verdad con tan bellas palabras como las que emplean tú y tu profesor; pero sí sé una cosa, y es que la verdad no es agradable al oído; la mentira goza de mucho mayor estima; es más bella y por tanto más agradable; mientras que la Verdad, consciente de su pureza, pronuncia frases francas y ofende a las gentes. He aquí un ejemplo de ello; hasta tú te ofendes conmigo porque he descubierto (con tu ayuda) cómo está la situación y te he demostrado que nuestro objetivo común es difícil de lograr. Supónte enamorado de una estatua; esperas ganar su amor bajo la impresión de que es humana, y que yo me diera cuenta de que es de bronce o de mármol y te advirtiera amigablemente que tu pasión es irrealizable: con tu criterio me considerarías tu enemigo por no dejarte presa de engaños extravagantes e irrealizables.

– ¡Vamos! ¿Nadie tiene razón?

–No lo sé. ¿Te parece imposible que todos puedan obrar engañados y que a la verdad nadie la haya hallado?

Con este signo de interrogación puesto sobre todas las filosofías cae el telón sobre el materialismo del mundo grecorromano. La risa burlona de Luciano para con los dioses, y su escepticismo para con los filósofos indica qué bajo había caído la religión en la estima de los hombres cultos desde los días de Homero y cuánto

se había debilitado la filosofía desde su nacimiento en Jonia y su madurez en Atenas.

En Homero los dioses y hados son gobernantes todopoderosos del universo y rectores del destino del hombre. En Luciano son objeto de mofa, del desprecio y odio de cualquier persona razonable.

En Jonia la filosofía surge como rival de la religión y con los atomistas la supera en cuanto explicación del universo y de la historia. Con Luciano esta certidumbre racional basada en la evidencia empírica cede ante al agnosticismo y el escepticismo. Las sectas filosóficas no ofrecen una vía mejor y más segura hacia la verdad que sus rivales religiosos. El crepúsculo de los dioses abarca también a los filósofos.

El pensamiento racional y la filosofía materialista se habían metido en un callejón sin salida y detenido allí. En lo que restaría de la civilización romana y la Antigüedad no pudo hacer pie para avanzar. Las fuerzas sociales de los centros urbanos que habían nutrido a la filosofía desde su infancia hasta su juventud habían gastado sus últimos recursos ideológicos. En la sociedad esclavista decadente no había clases jóvenes y vigorosas que encendieran y portaran la antorcha moribunda del racionalismo. Con Luciano la antorcha estalló en un último destello de fuegos de artificio... y se apagó.

Capítulo XVII

EL ECLIPSE DEL MATERIALISMO

Terminamos así de pasar revista a la historia del materialismo en el mundo grecorromano, desde el siglo VI a.C. hasta el siglo II d.C. Fue ésta la primera etapa de la historia del materialismo, su primavera, su juventud.

Hemos visto cómo la filosofía se originó en los centros comerciales de Jonia en el siglo VI, como ruptura materialista con las tradiciones religiosas; cómo este naturalismo primitivo alcanzó su cumbre teórica en las intuiciones dialécticas de Heráclito; se enredó en las contradicciones insolubles de los pitagóricos y eléatas; recuperó terreno y se renovó en un nivel superior en el atomismo de Leucipo y Demócrito; cómo con los sofistas y Sócrates la filosofía se dividió en dos perspectivas cada vez más divergentes y conflictivas; y de allí en más siguió por los dos caminos opuestos del materialismo y el idealismo, que se cruzaron y actuaron uno sobre el otro; cómo el materialismo sobrevivió a las críticas de los idealistas clásicos y se reconstituyó en las doctrinas de Epicuro, que encontraron su expresión más bella y acabada en la épica de Lucrecio; y, finalmente, cómo tanto la filosofía como su tendencia materialista se disolvieron en el escepticismo burlón de Luciano, que predijo su eclipse en la Antigüedad.

¿Qué obtuvo el pensamiento materialista en esta primera fase de su desarrollo?

1 – En la *física*, el conocimiento de la naturaleza, los materialistas antiguos explicaron el universo como realidad de existencia independiente y en constante proceso de cambio, que funciona de

acuerdo con sus propias leyes y con una estructura atómica de la materia.

2 – En la *lógica*, la teoría del conocimiento, consideraron a las sensaciones como el factor primario para conocer el mundo exterior. "Los sentidos son heraldos de la verdad" (Epicuro). El razonamiento que conduce al conocimiento científico depende de los materiales asequibles en primer término por la experiencia sensorial.

3 – En la *sociología*, la ciencia que estudia a la sociedad, consideraron a la historia obra del hombre que imita a la naturaleza, utilizando sus medios y arbitrios para satisfacer sus necesidades materiales y desarrollando la civilización, mejorando sus propias capacidades.

4 – En la *ética;* la teoría de la moral, expusieron una concepción relativista y laica de la conducta moral y sus pautas cambiantes. Crearon las bases de un humanismo racional como guía para la buena vida sobre la tierra.

Todas estas teorías poseían incoherencias profundas y grandes lagunas debido al estado inmaduro de la sociedad y la ciencia. Las ideas de los materialistas primitivos eran simplistas, no elaboradas y torpes, como lo son todos los esfuerzos iniciales. Pero fueron sumamente creativas y esencialmente correctas; sentaron las bases sobre las que se construyó todo el pensamiento materialista posterior.

El avance de la filosofía y de su expresión materialista estaba ligado al desarrollo y desintegración de la civilización grecorromana y sus clases.

En todos los filósofos antiguos había elementos de idealismo y de materialismo. Pero la tendencia idealista, como reconstrucción racionalizada de la religión e instrumento ideológico de la dominación patricia corresponden a la perspectiva mundial, necesidades políticas y características socio-sicológicas de las aristocracias urbanas, esclavistas y ricos propietarios terratenientes de Grecia y Roma. Sin embargo, el pensamiento general de estos sectores de las clases dominantes estuvo influido, positiva y negativamente, por la cultura urbana y por los intereses, ideas y movimientos de los manufactureros, mercaderes, prestamistas, navegantes y artesanos. Estas fuerzas sociales opuestas se interpenetraban. Esto se refleja no sólo en algunas doctrinas positivas de los idealistas, sino también en el hecho de que tuvieran que adoptar la forma racional y

los métodos lógicos de la filosofía para expresar sus necesidades de clase, en lugar de la mitología de los cultos locales, que sirvieron adecuadamente a las viejas monarquías.

Por ejemplo, aunque los patricios idealistas consideraban al trabajo manual como algo vulgar (*banausic*), Platón designa al Creador como a un artesano (*demiurgos*). La categoría social productiva del trabajador especializado, cuyas funciones él desprecia, le sirven al poder supremo del universo.

La tendencia materialista, en cambio, era la concepción característica de fuerzas históricamente nuevas y socialmente dinámicas en las ciudades-estado griegas, originada y mantenida por sus intereses amplios en el comercio, la industria, la banca y el gobierno: comerciantes, fabricantes, navegantes, junto con considerable número de artesanos, mineros y trabajadores marítimos. A su vez su pensamiento se veía sometido a las presiones e influencias ejercidas desde arriba por los aristócratas y desde abajo por los campesinos, soldados, plebeyos, extranjeros, libertos y aun esclavos descontentos de las ciudades-estado.

Ninguna de estas dos tendencias filosóficas eran concepciones del mundo características de las clases plebeyas ni de los esclavos productores de la riqueza. En toda la Antigüedad la filosofía fue privilegio y producto de las clases superiores cultas que poseían el ocio, la oportunidad y el incentivo para teorizar acerca de los problemas de la naturaleza, la sociedad y la mente humana. Durante toda la sociedad de clases, y sobre todo en esta etapa de la misma, la teoría no ha sido una actividad del conjunto del pueblo sino de un pequeño sector del mismo. Las masas productoras carecían de las condiciones más elementales para la vida intelectual o debían alimentarse intelectualmente de las viejas religiones o los nuevos cultos y misterios.

Sin embargo, las clases populares no ocupaban el mismo nivel en su ubicación social ni en su situación de vida, trabajo o civil y por lo tanto no eran iguales en su actividad, ideas ni perspectivas generales. Si la masa de las clases inferiores se alimentaba intelectualmente de la magia, la religión o el sentido común, los más despiertos y esclarecidos de las ciudades y barcos, en la medida en que tenían una amplia visión del mundo, tendían a los pensadores empíricos, materialistas y naturalistas y los apuntalaban poderosamente. Ellos y sus dirigentes políticos buscaban a sus voceros ideológicos entre los representantes radicalizados de las clases supe-

riores que poseían los medios y arbitrios para el trabajo científico y especulativo. Los plebeyos democráticos no desarrollaron una ideología y un punto de vista de clase propios en términos filosóficos; compartieron sus ideas más esclarecidas con estratos más favorecidos, desde los naturalistas jónicos, pasando por los atomistas, hasta Luciano.

Esta situación anómala, en la que una clase cumple las funciones ideológicas de otra, surge de la naturaleza propia del Estado esclavista que encajona a los plebeyos entre una clase servil y una aristocracia plutocrática. En tales circunstancias los plebeyos no podían hallar la forma de crearse una ideología secular propia, como no podían hacerlo los esclavos. Al mismo tiempo, ni las clases mercantiles ni las clases terratenientes podían hacer avanzar la filosofía, sea por el camino del idealismo o por el del materialismo. La filosofía se iba a pique en medio de esas contradicciones sociales. La estructura esclavista, que había impuesto su estigma y limitaciones al pensamiento antiguo desde sus comienzos, fue la causa definitiva de su destrucción. Habiendo erigido barreras infranqueables a la expansión del pensamiento más allá de sus propios marcos, la economía esclavista decadente de Grecia y Roma acabó por minar las bases de las ideologías creadas en su apogeo. La filosofía fue víctima del agotamiento de las civilizaciones esclavistas clásicas.

Esta no fue la única víctima cultural. El avance de las ciencias naturales se detuvo junto con el de la filosofía. Las dos últimas glorias de la ciencia antigua, el astrónomo Ptolomeo y el médico Galeno, vivieron en el siglo II d.C. Después de ellos, las obras científicas más importantes de Occidente fueron comentarios y recopilaciones. Cuando los musulmanes invadieron la cuenca del Mediterráneo en el siglo VII, no encontraron sino las reliquias documentales y las tradiciones del pensamiento antiguo. La actividad creadora había cesado hacía mucho tiempo.

* * *

Podemos trazar una línea de desarrollo persistente y tradición coherente del pensamiento materialista en los círculos intelectuales de Grecia y Roma desde la Jonia del siglo VI a.C. hasta Lucrecio y Luciano, ocho siglos más tarde. Todos estos pensadores tenían afinidades, y se oponían a los dioses y a los defensores de la teología y la teleología.

Después de Lucrecio la continuidad fue quebrada; la tradición se perdió. Como observa suscintamente Farrington: el materialismo, después de luchar valientemente, resultó derrotado en el pensamiento antiguo. Formas decadentes del idealismo, como el estoicismo, el neoplatonismo y el neoaristotelismo lo echaron de la arena. Luego el cristianismo triunfó como religión de Estado y suprimió al materialismo durante muchos siglos. La teología ilegalizó al materialismo y convirtió a la filosofía en su sierva. El dogma cristiano de la Caída del Hombre y su redención por la gracia de Dios y de su Hijo unigénito suplantó a la doctrina materialista griega del surgimiento del hombre por medio de la naturaleza y de su propio esfuerzo colectivo, expuesta por Lucrecio de la manera más acabada.

Eran necesarias condiciones históricas radicalmente distintas y una tecnología y un marco social mucho más avanzados para que el materialismo pudiera volver a Occidente de su exilio y ponerse nuevamente de pie. Pero antes iban a pasar mil trescientos años.

Nada demuestra con mayor claridad la degradación de la filosofía y la triste suerte del materialismo que el contraste entre la perspectiva materialista de Lucrecio y la luminosa sátira racionalista de Luciano, y el misticismo enfermizo de los neoplatónicos y la apologética religiosa de los Padres de la Iglesia. Es la misma diferencia que existe entre el mediodía en un prado en flor y una tarde neblinosa en un pantano.

Pero si el materialismo fue exiliado y encadenado durante siglos, no se perdió totalmente En cierta medida durante estos siglos encontró refugio en las culturas árabes. Cuando volvió mil trescientos años más tarde a Europa Occidental, vino a combatir al idealismo y a la religión con armas mucho más potentes que las que tenía disponibles en la Antigüedad, y a hacer aportes imperecederos al pensamiento científico, al avance de la vida social y al esclarecimiento de la humanidad.

BIBLIOGRAFIA CITADA

Andrewes, A., *The Greek Tyrants*, (Los tiranos griegos), Londres, 1956.

Aristotle, *Basic Works*, Nueva York, ed. Richard McKeon, 1941. (Hay edición en castellano: Aristóteles, *Obras completas*, Buenos Aires, Bibliográfica Omeba, 1967.)

Bailey, C., *The Greek Atomists and Epicurus* (Los atomistas griegos y Epicuro), Oxford, 1928. *Epicurus, the Extant Remains* (Epicuro, los fragmentos existentes), Oxford, 1926.

Barker, E., *Greek Political Theory: Plato and his Predecessors* (Teoría política griega: Platón y sus predecesores), Londres, 1947.

Bhabha, H. J., "The Peaceful Uses of Atomic Energy", *Bulletin of the Atomic Scientists* (Los usos pacíficos de la energía atómica, Boletín de los científicos atomicos), Vol. XI N° 8, Chicago 1955

Bonnard, A., *Greek Civilization* (La civilización griega), Nueva York, 1959.

Boyle, R., *Philosophical Works* (Obras filosóficas), Vol. I, Londres, P. Shaw, 1725.

Breasted, J. H., *The Conquest of Civilization* (La conquista de la civilización), Nueva York, 1938.

Brehier, E., *Histoire de la Philosophie*, Vol. I, París, 1928. (Hay edición en castellano: *Historia de la filosofía*, Buenos Aires, Sudamericana, 1956.)

Burnet, J., *Early Greek Philosophy*, Londres, 1920. (Hay edición en castellano: *La aurora del pensamiento griego*, México, Argos, 1944.)

Bury, J. B., *The Ancient Greek Historians* (Los historiadores griegos antiguos), Londres, 1909.

Cochrane, C. N., *Thucydides and the Science of History*, (Tucídides y la ciencia de la historia), Londres, 1929.

Cornford, F. M., *From Religion to Philosophy* (De la religión a la filosofía), Londres, 1912. *Principium Sapientiae: The Origins of Greek Philosophical Thought* (Principium Sapientiae: los orígenes del pensamiento filosófico), Cambridge, 1952.

Cornforth, M., *Science Versus Idealism* (Ciencia *versus* idealismo), Londres, 1955.

De Witt, N. W., *Epicurus and his Philosophy* (Epicuro y su filosofía), Minneapolis, 1954.

Drachmann, A. B., *Atheism in Pagan Antiquity* (El ateísmo en la Antigüedad pagana), Copenhague, 1922.

Dunham, A. G., *The History of Miletus* (La historia de Mileto), Londres, 1915.

Durant, W. J., *The Life of Greece* (La vida en Grecia), Nueva York, 1939.

Encyclopedia of Religion and Ethics (Enciclopedia de religión y ética). Vol. VIII. Nueva York, ed. J. Hastings, 1955.
Engels, F., *Ludwig Feuerbach and the Outcome of German Classical Philosophy*. Nueva York, 1941. (Hay edición en castellano: *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, Buenos Aires, Anteo.)
Farrington, B., *Greek Science*, Londres, 1949. (Hay edición en castellano: *La ciencia griega*. Buenos Aires, Hachette, 1957.)
Freeman, K., *The Pre-Socratic Philosophers* (Los filósofos presocráticos). Oxford, 1946.
Godley, A.D., *Socrates and Athenian Society* (Sócrates y la sociedad ateniense). Londres, 1896.
Gomperz, T., *Greek Thinkers*, Londres, 1912. (Hay edición en castellano: *Pensadores griegos*, Buenos Aires, Guarania, 1961.)
Hegel, G., *History of Philosophy*. Vol. I. Londres, 1892. (Hay edición en castellano: *Introducción a la historia de la filosofía*, Buenos Aires, Aguilar, 1973.)
Herodotus, *Histories*, Nueva York, 1958. (Hay edición en castellano: Herodoto: *Los nueve libros de la historia*. Buenos Aires, Ateneo, 1961.)
Holbach, Baron d', *The System of Nature* (El sistema de la naturaleza). Boston, 1889.
Hume, D., *Philosophical Works*, Vol. IV, Boston, 1889. (Hay edición en castellano: *Ensayos filosóficos*, México, Barreros Hermanos, 1965.)
Jardé, A., *The Formation of the Greek People*, Nueva York, 1926. (Hay edición en castellano: *La formación del pueblo griego*, Barcelona, Cervantes, 1926.)
Kautsky, K., *Foundations of Christianity* (Los fundamentos del cristianismo). Nueva York, 1925.
Lange, F. A., *The History of Materialism*, Nueva York, 1925. (Hay edición en castellano: *Historia del materialismo*, Buenos Aires, Lautaro, 1946.)
Leibniz, G. W., *Philosophical Papers and Letters*, Vol. II, Chicago, ed. L.E. Loemker, 1956. (Hay edición en castellano: *Tratados fundamentales*, Buenos Aires, Losada, 1951.)
Lilley, S., *Men, Machines and History* (Hombres, máquinas e historia). Londres, 1948.
Lucian, The Loeb Classical Library, (Biblioteca Clásica Loeb), 8 vols., Londres, 1913.
Lucretius, *The Nature of the Universe* tr. R.E. Lathma, Harmondsworth, 1951. (Hay edición en castellano: Lucrecio, *La naturaleza de las cosas*, La Plata, Andes, 1959.)
Masson, J., *The Atomic Theory of Lucretius* (La teoría atómica de Lucrecio), Londres, 1884. *Lucretius, Epicurean and Poet* (Lucrecio, epicúreo y poeta), Londres, 1909.
Millikan, R. A., *The Electron* (El electrón), Chicago, 1917.
Plekhanov, G., *In Defense of Materialism*, Londres, 1947. (Hay edición en castellano: Plejanov, *Materialismo militante*, La Plata, Calomino, 1946.)
Rivaud, A., *Le Probleme de Devenir et la Notion de la Matiere dans la Philosophie Grecque, depuis les Origines jusqu'a Théophraste*, París, 1906.
Robin, L., *Greek Thought and the Origins of Scientific Spirit*, Nueva York,

1928. (Hay edición en castellano: *El pensamiento griego y los orígenes del espíritu científico*, México, Uteha, 1956.)
Ross, W. D., *Aristotle*, London, 1923. (Hay edición en castellano: *Aristóteles*, Buenos Aires, Sudamericana, 1957.)
Sambursky, S., *The Physical World of the Greeks*, Nueva York, 1956. (Hay edición en castellano: *El mundo físico a fines de la antigüedad*, Buenos Aires, Eudeba, 1970.)
Stace, W. T., *A Critical History of Greek Philosophy* (Una historia crítica de la filosofía griega), Nueva York, 1956.
Thomson, G., *Aeschylus and Athens* (Esquilo y Atenas), Londres, 1941. *Studies in Ancient Greek Society* (Estudios sobre la sociedad griega antigua), Vol. II: "The First Philosophers" (Los primeros filósofos), Nueva York, 1955.
Thucydides, *History of the Peloponessian War*, tr. R. Warner, Londres, 1954. (Hay edición en castellano: Tucídides, *Historia de las Guerras del Peloponeso*, Madrid, Hernando, 1955.)
Unterstoiner, M., *The Sophists* (Los sofistas), Nueva York, 1954.
Vocabulaire Technique et Critique de la Philosophie, París, ed. A. Lalande, 1951.
Voegelin, E., *Order and History* (Orden e historia), Vol. II, Louisiana, 1957.
Winspear, A. D., *The Genesis of Plato's Thought* (La génesis del pensamiento de Platón), Nueva York, 1956.
Wright, R., *Black Power* (Poder negro), Nueva York, 1954.

INDICE ALFABETICO

Abdera: 104, 109
Abidos: 70
Academia: 105, 116, 191-192, 202
Africa: 70, 78, 120, 203
Agamenón: 78
Agrigento: 113
Aires, aguas, lugares: 133
Alamogordo: 104
Alcibíades: 137, 159
Alcmeón: 120-130
Alejandría: 124
Alejandro: 195
Amazonas: 79
Anacreonte: 64
Anaxágoras: 92, 113, 115, 121, 143, 144, 173
Anaximandro: 51, 74, 76, 80, 84-86, 92, 98, 115
Anaxímenes: 84, 86-87, 98, 105, 173
Andes: 47
Antesteria: 50
Antífona: 150
Antístenes: 67, 150-151
Apolo: 51, 67, 68, 70, 77, 78, 170, 208
Arabia: 70, 106, 173, 214, 225
Areópago: 145
Aristipo: 195
Aristófanes: 146, 158
Aristóteles: 52, 62, 65, 73, 84-85, 90, 105, 116, 120-121, 122, 124-125, 138, 142, 143-144, 150, 153, 158, 165, 167-195, 200
Arquímedes: 124
Asia Menor: 45, 61, 63, 66, 69, 104, 110, 155, 203
Asiria: 135
Aspasia: 67
Atenas y atenienses: 49, 62-63, 66, 68, 69, 71, 96, 113, 116, 125, 134, 136, 137-138, 142, 144-146, 148, 153-159, 160-161, 168, 184, 195, 200, 202, 211, 218-219
Atica: 67, 155
Atlántida: 172
atomismo y atomistas: 23, 26-27, 86, 103-126, 144, 150, 158, 195-215, 219, 221, 224
aztecas: 47, 49

Babilonia: 59, 63, 66, 192
babilonios: 48-49, 52, 79, 80
Baco: 216
Bacon, Francis: 125
Belerofantes: 128
Beocia: 153
Berezan: 69
Berkeley, Obispo: 28
Beyle, Pierre: 27
Bhabha, Dr. H. J.: 103-104
Boyle, Robert: 27, 121
Breasted: 101
Brown: 211
Bruno: 86, 209
budismo: 41, 81
Bujarin: 193
Burnet: 52-56, 158

Calcis: 67

Carmides: 168
cartesianos: 117
católicos: 130, 170, 182, 202-203
Cáucaso: 67
Cebes: 174
celtas: 133
Centroamérica: 47
Centurias Negras: 193
César: 206
Cicerón: 121, 206, 207
Cirene: 195
civilización egea: 45, 57-72, 97, 153, 155
civilización romana: 205-220, 222
Clemente de Alejandría: 88
Clístenes: 156
Cnidos: 130
Cólchis: 71
Comisión de Energía Atómica de la India: 103
Conferencia Internacional sobre el Uso Pacífico de la Energía Atómica: 103
confucionismo: 81
Copérnico: 86
Corinto: 71, 137, 155, 158
Cornford: 52-56
Cos: 130
Costa de Oro: 119-120
Creso: 70, 135
Creta: 48, 50, 63, 68, 181
cristiandad: 41-42, 50-51, 75, 86, 134, 163, 173, 196, 202-203, 225
Cristo: 182
Critias: 150
Crotona: 110, 129

China: 61, 81

Dalton: 27, 119
Damis: 217
Darío: 153
Delfos: 51, 67, 148, 170, 207, 208
Deméter: 49
Demócrito: 23, 104, 105, 108-109, 115-116, 118, 120-126, 139, 141, 169, 173, 195, 221
De Rerum Natura: 205, 215
Descartes: 90
Dewey, John: 160
DeWitt: 198
D'Holbach: 28, 97
Diálogos: 147, 158, 168
Diálogos de los dioses: 217
Diálogos de los muertos: 216
Diderot: 28, 97, 205, 215
Didima: 68, 70, 77
Diez Mandamientos: 162
Diotima: 54
Disoi Logoi: 148
Dodona: 51
Dunham, A. G.: 65

Ecclesiastés: 202
Edad del Bronce: 57-58
Edad del Hierro: 47, 57-58, 63, 72
Edad de Piedra: 36, 58, 78-79
Efeso: 67, 87
Egipto: 45, 47-49, 51, 52, 58, 61, 62-63, 64, 66, 69-70, 74, 77, 79, 80, 84-85, 98, 100, 106, 127, 135, 192
Einstein: 118, 211
El banquete: 181
Elea: 111
eleátas: 26, 112-113, 115, 123, 142, 221
El sofista: 174
Empédocles: 54, 113, 115, 116, 130, 173
enciclopedistas: 146
Engels: 25, 88, 216
epicúreos: 24, 49, 54, 195-203, 205
Epicuro: 27, 52, 96, 108, 122, 124, 195-203, 205, 208, 210, 221
Era atómica: 104, 108
Eretria: 67
Eros: 54
escépticos: 26
escitas: 131, 133
Escuela del Jardín: 195

Escuela hipocrática: 130-134, 139, 150, 211
Esculapio: 130
Esmirna: 69
Esparta: 63, 67, 134, 136, 137, 142, 147, 154, 155, 169, 181
Espartaco: 205-206
Esquilo: 66, 127
estoicos y estoicismo: 26, 151, 202, 206, 215, 218, 225
Etiopía: 95
Etruria: 67
Eubea: 67
Eudoxo: 191-192
Eufrates: 103
Eurípides: 127
Euxino: 66-67

Farrington: 61, 98, 108-109, 180, 193, 211, 225
Fedón: 144-145, 163, 165, 172, 173-174, 184
Fenicia: 48-49, 51, 66, 68, 74, 170-171
Feuerbach: 20, 28, 95
Fiji (Islas): 39
Filolao: 130
Florencia: 64-65, 68
Focea: 67
Franklin, Benjamín: 76
Frigia: 62

Galeno: 123, 224
Galia: 203
Galileo: 27, 90
Gassendi: 27, 121
Ges Periodas: 134
Ginebra: 103
Gomperz: 105
Gorgias: 139, 149, 150
Guerra de Troya: 136
Guerras del Peloponeso: 136, 145, 148, 155, 159, 211

Hades: 216
Hecateo: 74, 84, 134-135
Hegel: 19, 26, 27, 87-88, 107, 187, 191, 192
Helesponto: 67
Hera: 217
Heráclito: 54, 87-90, 98, 99, 111, 115, 116, 136, 163, 182, 221
Herodoto: 66, 111, 135-136, 138
Herótimo: 218
Hesíodo: 50, 52-53, 54, 95, 128
Hipócrates: 130
Hiroshima: 104
Histaeo: 77
Historias: 134
hititas: 48
Hobbes: 24, 25
Hombres, máquinas e historia: 48
Homero: 54, 78-79, 95, 134, 163, 219
Hume: 31

Ibn Jaldun: 274
Ifigenia: 209
Imperio Alejandrino: 24, 153, 197, 202
Imperio de Augusto: 206
Imperio Romano: 24, 202, 205
India: 52, 81, 134
indios americanos: 35, 39, 47
Inglaterra: 96
islamismo: 41, 224
israelitas: 79, 162
Italia: 67, 69, 110, 111, 128, 129, 146, 202

Japón: 61, 104
Jardé, A.: 66, 69
Jefferson, Thomas: 76, 193
Jehová: 79
Jenófanes de Colofón: 84, 94
Jenofonte: 157, 181
Jerjes: 150
Jesús: 182
Johnson, Dr.: 31
Jonia y jónicos: 23, 45, 48, 50, 52, 60, 61-66, 67, 71, 73, 81, 94, 97, 100, 101, 105, 109, 110, 111, 113, 128, 130, 132, 134, 139, 144, 161, 162, 163, 180, 192, 195, 214, 219, 220, 224
Josué: 70

Judá: 70
judaísmo: 41, 81, 202
judíos: 81, 133, 196

Kant: 21, 28, 90-91, 92
Kautsky: 74-75
Khem: 106
Khazomenai: 144
kookies: 39

La Biblia: 78, 203
lacedemonios: 137, 145, 148
Lado: 67
La epidemia: 133
Lange: 121, 161,
Laplace: 92
Las leyes: 192
Las nubes: 146
Latmos: 68
Laurion: 150
Lavoissier: 109
Leibnitz: 27, 191, 195
Lenin: 88
Leonard, W.E.: 93
Leoncio: 258
Leucipo: 104, 108, 109, 115-116, 119-120, 219, 231
Liceo: 195
Licino: 217
Lidia: 58, 62, 67, 70, 71, 135
Lilley, S.: 48
Locke: 90
Luciano: 215, 219, 221, 224-225
Lucrecio: 23, 96, 108, 124, 205-215, 221, 225

Macedonia: 145, 169, 192, 205
Mach, Ernst: 118
Malta: 95
maorís: 38
Maratón: 153
Marduk: 79
Marx: 35, 77
marxismo: 24, 25, 26-27, 160, 174
Meandro: 68
Media: 135
Medicina antigua: 131, 139
Medicis: 65
Megara: 153
Méjico: 47
Memmo: 209
Menfis: 51, 70
Mesopotamia: 45, 47, 49, 58, 61, 62, 64, 100
Metafísica: 172
micenios: 48, 50, 61, 137
milesios: 23, 25, 52, 73-74, 77-101, 105-106, 108-109, 110, 113-115, 116, 134, 142, 144, 165
Mileto: 45, 51, 53, 63, 65, 66-73, 77, 83-101, 104, 109, 134, 154, 206
Misterios: 50
Misterios Eleúsicos: 51
Misterios Orficos: 51
mitraísmo: 51
Momo: 217
Montaigne: 255
Monte Olimpo: 50

Naucratis: 70
Neco: 70
neo aristotelismo: 225
neo platonismo: 225
Newton: 90, 118, 121
Nilo: 70, 103
niveladores: 25
Norteamérica: 61, 76, 96, 101
Nueva Inglaterra: 74
Nueva Méjico 104

Océano: 78
Olimpo: 217
Orestes: 148
Padre Nuestro: 41-42
Palestina: 81
Pan: 50-51
Parménides: 49, 111-113, 116
Parménides: 191
Paros: 95
Pérgamo: 130
Pericles: 67, 113, 137, 144, 146, 157, 158, 170
Persia: 51, 71, 73, 77, 81, 110, 133, 135, 136, 144, 153, 155, 170

Pireo: 155, 200
Pitágoras: 110, 176
pitagóricos: 26, 49, 54, 110, 113, 116, 129, 130, 142, 163, 223
Platón: 27, 105, 124-125, 138, 142, 143-144, 151, 152, 158, 165, 167-177, 178, 198, 200, 201, 207, 223
platónicos: 123
platonismo: 199, 200
Plotino: 187
poetas homéricos: 50, 64
Polibio: 207
presocráticos: 51, 53, 55, 159
Pródico: 151
Protágoras: 139, 144, 146, 148-149, 151
Ptolomeo: 288

Quíos: 67, 75

Revolución agrícola: 40, 46, 48
Revolución norteamericana: 79
Robin, Prof.: 159
Rodas: 130
Roma: 66, 96, 124, 205, 207, 225

Safo: 64
saíta (dinastía): 70
Salamis: 150
Samos: 49, 71, 177
San Agustín: 187
San Juan: 28
Sestos: 135
Sibaris: 67
Sicilia: 110, 113, 127, 151
Sidón: 66
Simias: 173
Simplicio: 121
Siracusa: 95, 142
Siria: 215
Sísifo: 95
Sócrates: 26, 54, 95, 107, 111, 142, 143-144, 147, 150-151, 153, 167-177, 179, 184, 191, 192, 193, 200, 210, 223
sofistas: 95, 139-149, 159, 163, 165, 170, 182, 190, 192, 231
Sófocles: 128
Solón: 62
Soviet: 62
Storey: 158
sumeros: 41, 48

Tales: 51, 53, 62, 73-74, 77, 79, 84-87, 90, 97, 101, 107, 206
taoísmo: 77
Taylor, A.E.: 158
Tennant: 107
Tetis: 78
Timocles: 217
Tiro: 67
Trasíbulo: 71
Trasímaco: 150
Troya: 78
Tucídides: 136-141, 145, 211

Venus: 209
Virgilio: 219
Voltaire: 109, 206, 216

Washington: 193
Wright: 115

Zeus: 51, 217
Zoroastro: 81

INDICE

Prólogo 7

Capítulo I
Materialismo contra idealismo 19

Capítulo II
Los fundamentos reales del materialismo 29

Capítulo III
Magia y Religión 35

Capítulo IV
El camino a la filosofía 45
Apéndice: Burnet y Cornford 52

Capítulo V
La revolución de la civilización egea 57
Las ciudades-estado jónicas 61
Mileto. La cuna de la filosofía 66

Capítulo VI
Los primeros filósofos 73
Religión y filosofía 77

Capítulo VII
Las contribuciones de los milesios al materialismo 83
Heráclito 87
Materia y movimiento 90
El proceso evolutivo 91
Las limitaciones de los milesios 93
Materialismo y ateísmo 94
Los héroes del pensamiento 97

Capítulo VIII
Los primitivos atomistas 103
El atomismo griego y la ciencia 105
La base filosófica del atomismo 109

Capítulo IX
Las concepciones de los atomistas 115

Capítulo X
La medicina y la historia en Grecia 127

Capítulo XI
Los sofistas 141
Anaxágoras 143
Los sofistas 144

Capítulo XII
Atenas y la revolución socrática 153
La vida en Atenas 153
La revolución socrática 159

Capítulo XIII
Platón y Aristóteles 167

Capítulo XIV
Los logros de los idealistas 179
Los aportes del idealismo griego a la filosofía 187

Capítulo XV
La filosofía de Epicuro 195

Capítulo XVI
El materialismo en la civilización romana 205
Luciano 215

Capítulo XVII
El eclipse del materialismo 221

Bibliografía citada 227

Indice alfabético 231

Este libro se terminó de imprimir
en la segunda quincena de junio de
1975 en Integraf S.R.L., Ponsomby
966, Buenos Aires, Argentina.